VICTOR DURUY

HISTORIA ROMANA

TOMO PRIMERO

HISTORIA ROMANA

HASTA

LA INVASION DE LOS BÁRBAROS.

HISTORIA ROMANA

HASTA

LA INVASION DE LOS BARBAROS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR V. DURUY.

TRADUCCION

de D. J. F. Saenz de Urraca.

TOMO PRIMERO.

MADRID
LIBRERÍA ESPAÑOLA
calle de Relatores, 14.

BARCELONA
EN EL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1858.

PROLOGO.

Hay tres edades en el mundo antiguo, tres períodos en su historia: el *período oriental* ó el tiempo de las monarquías sacerdotales, el desarrollo solitario de las naciones, la inmovilidad de las razas; el *período griego* ó la libertad, el movimiento y la propagacion de las ideas; el *período romano* ó unidad política, la organizacion administrativa, la igualdad de los derechos. Cada una tiene su grandeza, porque cada una, tambien, desempeña su papel en el conjunto del desarrollo histórico de la humanidad. Pero á primera vista distan mucho de ofrecer igual interés.

Cuando, desde la Grecia, tan llena de vida, de luz y de belleza se pasa al mundo romano, frio, silencioso y severo, al pronto se estrecha el horizonte, el cielo aparece mas sombrío, se apaga la imaginacion y se detiene el pensamiento. Consiste esto en que Grecia conservó durante mucho tiempo los arrebatos, la pasion y el entusiasmo de la juventud, mientras que Roma, desde sus primeros años, tuvo la madurez séria, pero fuerte de la edad de la reflexion y de la abnega-

cion calculada. A orillas del Tiber, en vez del arte se encuentra la política, en vez del pensamiento, la accion, en vez de individualidades brillantes, una disciplina austera; pero tambien á la anarquía y á la debilidad social, suceden el órden y la grandeza pública. Durante mucho tiempo, la gloria no tuvo nombre en Roma, y allí podia decir: Me llamo legion.

Así pues, si el artista y el filósofo se alejan, el jurisconsulto, el hombre de Estado y el historiador se quedan viendo crecer esa gran cosa que comienza al pié del monte Palatino, en la cuna de un niño, y que se convierte en un universo, *orbis romanus*.

Y esa fortuna llega sin sacudimientos, sin golpes repentinos é imprevistos. Merced á una acertada mezcla de prudencia y de audacia, de ambicion activa y de constancia incansable, todo se desarrolla con la regularidad de una deduccion lógica, ó con el necesario encadenamiento de las leyes naturales; no parece sino que es la vegetacion lenta, pero poderosa, del árbol que ha de estender su sombra sobre la tierra.

Aquí desearia manifestar el espíritu de la presente obra y resumir lo que en ella se halla desparramado; pretendo esplicar las principales causas de la grandeza y de la decadencia de Roma y señalar sus resultados, porque solo comprendo la historia que dilucida las cuestiones, y la que suministra lecciones y ejemplos provechosos.

Causas principales de la grandeza romana.

Sin conceder mas de lo necesario á las influencias materiales, se puede asegurar que la situacion geográfica de

Roma coadyuvó mucho á su fortuna; porque hay posiciones fatales, y una virtud, un poder, que sin embargo nada tienen de misteriosos, se hallan unidos á ciertos sitios: Lóndres, Lisboa, Marsella, Génova, Venecia, Alejandría, sôn por necesidad ciudades ricas y prósperas, ó habrán de volver á serlo. «Constantinopla vale un imperio,» decia Bonaparte. Cartago, destruida por dos veces, volverá, sin duda alguna, á levantarse (1), y sin ser profeta se puede presagiar que los alrededores del istmo de Panamá aguardan, tambien, alguna gran ciudad.

Entre las estensas llanuras del Lacio y de la Etruria, mas abajo de las montañas de la Sabina, alzóse la Ciudad eterna á cinco leguas del mar, á orillas del Tiber, que es el mayor rio de la Italia peninsular, y sobre siete colinas de fácil defensa (2). Al Norte y al Sur, comarcas feraces y ricas convidaban al saqueo; al Este, intrépidos montañeses habian de formar el ejército ó hacerle invencible, ejercitándole por medio de ataques, poco peligrosos, pero continuos. Roma, colocada en el límite de tres civilizaciones y de tres lenguas, entre los Rasenas de Etruria, los Ausones del Lacio, y los Sabelianos de la Sabina y del país de los Equos, tanto por su situacion como por la voluntad de su fundador, se halló convertida en un grande asilo de los pueblos italianos. Fué la ciudad de la guerra, porque en torno suyo todos eran estrangeros, enemigos; la ciudad *rica en hombres*, y de costumbres severas, de vida frugal y laboriosa, porque su árido territorio nada producia sino á costa de un trabajo duro y penoso que, durante 600 años, alejó la pereza y la molicie.

(1) Cartago y Túnez son una misma cosa. (*N. del A.*)

(2) Véase Tito Livio, V, 45, en donde Camilo enumera las ventajas de la posicion de Roma. (*N. del A.*)

Bastante cerca del mar para conocerlo y no temerlo, bastante apartada de él para no estar espuesta á los ataques de los piratas griegos, volscos ó etruscos, no era Esparta ni Atenas, no era esclusivamente marítima ni continental. Los romanos, vecinos á un mismo tiempo de las montañas, de las llanuras y de la costa, no debian parecerse á los pastores, á los labradores, ni á los marinos; pero habian de tener en sí los tres caracteres de los pueblos italianos, y reunir todas sus ventajas.

«Colócad á Roma en otro punto de Italia, dice Ciceron, y su imperio llegará á ser casi imposible.»

Unamos á las ventajas de su posicion las de su orígen. En Plutarco se encuentra esta leyenda hermosa y espresiva: «Rómulo, dice, llamo de Etruria á algunos hombres que le enseñaron las ceremonias santas y las fórmulas sagradas; abrieron un foso en torno del comicio, y cada uno de los ciudadanos de la nueva poblacion arrojó á él un puñado de tierra llevada de su país nativo; luego lo mezclaron todo y dieron al foso, como al universo, el nombre de mundo.» Esto es una imágen fiel de aquella mezcla de todos los hombres y de todas las cosas de Italia que se verificó en el seno de Roma, etrusca por las costumbres, por las fiestas, por el arte augural y por el carácter sagrado de la propiedad; latina, por la lengua, sabeliana por las costumbres y por el espíritu guerrero. Así pues, no era estrangera para ninguna de las razas que la rodeaban; parecia que presentaba á cada una de ellas una mano y un rostro amigos que les llamaban y atraian. Por eso la Etruria le dió sus reyes mas poderosos, Servio y los dos Tarquinos; la Sabina, su nobleza mas altiva, los Apios y los Flavios; el Lacio, algunos de sus ciudadanos mas eminentes, Ciceron, Mario, Caton y sus dos primeros emperadores.

La Italia habia sido el refugio comun de los fugitivos del antiguo mundo; Pelasgos é Ilirios, Griegos é Iberos, Celtas y Réticos, todos habian acudido á ella; Roma, á su vez, segun acabo de decir, fué el asilo de todas las razas y de todas las civilizaciones italianas lo que fué causa de un rápido desarrollo. Su sesto rey se vió obligado á darle un recinto que le bastó en los dias de su fortuna mas brillante, y si bien la rebelion de los plebeyos despues del destierro de Tarquino la redujo á solo sus murallas, ante los mil pueblos desunidos que la rodeaban, continuó siendo la ciudad mas grande del Occidente, una poblacion de 110,000 soldados reunidos bajo el mando de los cónsules, dirigidos por una sola voluntad en los momentos que exigian la dictadura, y á los que solo uno cualicion imposible hubiera podido destrozar.

Los romanos, merced á esta concentracion de sus fuerzas, pudieron entregarse impunemente á sus contiendas interiores, pues si bien gastaban en el foro la energía que hubieran podido llevar á los campos de batalla con mucha utilidad para su dominacion, eran tambien sobrado fuertes para que les agobiara cualquier enemigo que les atacase, pues una guerra formal trae luego y siempre consigo la union, y con esta, un poder invencible.

Aquellas intestinas disensiones duraron mas de siglo y medio. Sin embargo, rindamos el debido tributo á aquella gran aristocracia romana que supo entender de una manera tan admirable las necesidades políticas, y que, durante los primeros siglos, no cerró nunca su libro de oro. Siempre que el pueblo quiso dar un paso hácia adelante, le contuvo, es verdad, pero como para obligarle á hacerse mas digno de la victoria. Siempre, tambien, cedian los patricios, pero des-

pues de una resistencia hábilmente calculada para oponer al torrente popular un dique que amortiguase su fuerza sin escitarla; y cual un ejército valiente que nunca deja que rompan sus filas, retrocedian, pero para colocarse en otro punto en una fuerte defensiva. Así se eternizó aquella guerra interior que formó la robusta juventud del pueblo romano y que preparó sus gloriosos triunfos, porque las luchas políticas son la vida y la fuerza de los Estados libres.

En efecto, así contrajeron los plebeyos el hábito de la disciplina y de la constancia, adquirieron el conocimiento de los negocios, el sentimiento de los intereses generales; y en la libertad conquistada hallaron el respeto de su propia dignidad, que es el principio de todas las virtudes; en la igualdad civil y política encontraron la abnegacion y la adhesion á la patria, orígen y puro manantial de todas las grandes acciones.

De aquel parto prolongado de la libertad romana salió esa constitucion que han admirado Polybio, Maquiavelo y Montesquieu. Entonces, por medio del consulado hubo unidad en el mando; por medio del senado, esperiencia en los consejos, y por medio del pueblo, fuerza en la accion. Estos tres poderes conteniéndose mútuamente dentro de justos límites, todas las fuerzas del Estado dirigidas unas contra otras durante largo tiempo, habian encontrado, por fin, un equilibrio feliz que era causa de que concurriesen con irresistible poder al logro de un fin comun: el engrandecimiento de la república.

Por esto, cuán admirables son los romanos de los antiguos tiempos! Cincinato abandonaba el arado para vestirse la púrpura dictatorial, y los consulares como Fabricio y Emilio Papus preparaban por sí mismos sus toscos alimentos, en

vasijas de madera! Curio Dentato rehusó el oro de los Samnitas, Fabricio el de Pyrro, y Cineas, introducido en el senado, creyó ver una reunion de reyes. «Entonces, dice Valerio Máximo, habia muy poco ó ningun dinero, y por única propiedad siete yugadas de tierra mediana; la indigencia reinaba en las familias, los entierros eran pagados por el Estado y las jóvenes casadas sin dote; pero consulados ilustres, dictaduras maravillosas, triunfos innumerables; tal es el cuadro que presentan aquellos tiempos antiguos!»

Los romanos de entonces merecian el imperio por sus virtudes sólidas, por sus costumbres austeras y por la escelencia de su gobierno; lo obtuvieron por la concentracion de sus fuerzas y la energía de su patriotismo, por su disciplina y su valor; lo conservaron por su union y su genio práctico.

En su historia, á cada progreso del pueblo hácia la conquista de sus derechos, se verá que corresponden en el esterior los golpes decisivos dados al enemigo. ¿Reina la paz en el foro? en seguida se alejan los peligros, cae Veies, Auxivi es tomada, las antiguas fronteras del tiempo de Tarquino, son recobradas, y en menos de 80 años, la Italia vencida, domada, reconoce «la majestad del pueblo romano.»

En estos resultados, concedamos tambien su parte á las legiones. Todos los hombres de guerra han admirado la inteligente estructura de aquel gran instrumento de las conquistas romanas. Pero lo que mas valió, quizás, fué la política del senado.

En la antigüedad, otros pueblos ganaron tambien provincias é imperios, pero ninguno supo conservarlos, porque ninguno quiso olvidar los derechos que le diera la victoria.

Esparta, Atenas, Cartago, que nunca renunciaron á su orgullo municipal, nunca fueron mas que ciudades, y perecieron. Roma, que lo olvidó con frecuencia para permanecer fiel á los recuerdos de su orígen, llegó á ser un gran pueblo y vivió por espacio de doce siglos.

Véase como se mezcló gradualmente con los vencidos, con lentitud, para no ser absorvida, y de modo que hiciese prevalecer siempre en la fusion el carácter, las costumbres y las ideas romanas. Así como la aristocracia abrió sus filas en la ciudad á cuantos hombres de talento descollaron entre el pueblo, el senado, por medio de la concesion del derecho de ciudadanía, hizo que se adhiriesen á la fortuna de Roma cuantos hombres ricos, nobles ó ambiciosos habia en las ciudades latinas. Antes de convertir á un país en una provincia, se preparaba apoyos en él con mucha antelacion; formaba de antemano una poblacion que habia de ser romana por sus intereses ó por su orígen. Enmedio de veinte pueblos independientes lanzaba una colonia, centinela perdido que velaba siempre sobre las armas. Convertia una ciudad en aliada suya; concedia á otra la honra de vivir bajo la ley quiritaria; á esta daba el derecho de sufragio, á aquella le conservaba su propio gobierno.

Municipios de diferentes grados, colonias marítimas, colonias latinas, colonias romanas, prefecturas, ciudades aliadas, ciudades libres, todas esas poblaciones aisladas por la diferencia de su condicion y unidas todas por su igual dependencia, formaban como una red estensa que enlazó á los pueblos italianos hasta el dia en que, sin nueva lucha, despertaron siendo súbditos de Roma.

De este modo, en medio de pueblos vencidos, desunidos y vigilados, en el punto de reunion de todas las vías milita-

ros, detrás de un doble y triple muro de fortalezas y de ciudades aliadas, se alzaba el pueblo romano, fuerte con su posicion central, con su union, con sus costumbres, con su patriotismo ardiente, con su ánimo guerrero y con la sabiduría de una política secular.

Ante aquel gran espectáculo, ante aquellos resultados de la prudencia y de la actividad humanas, dirémos con Bossuet: «Entre todos los pueblos del mundo, el mas altivo y el mas audaz, pero al propio tiempo el mas arreglado en sus consejos, el mas constante en sus máximas, el mas cuerdo, el mas laborioso, y por último, el mas paciente, fué el pueblo romano. De todo esto se formó la mejor milicia y la mas previsora, enérgica y consecuente política que se vió en tiempo alguno.»

Hubo un momento en que parecieron inútiles aquellas instituciones y aquella sabiduría. La Italia fué invadida por un ejército de mercenarios, y los vencedores de Pyrro y de los Samnitas sufrieron sangrientos descalabros. Pero aquel duelo de un grande hombre contra un pueblo no podia tener resultado funesto. Ante Anibal, los romanos dieron un ejemplo imperecedero de patriotismo y de constancia á las naciones que quieran mantenerse libres.

Vencida Cartago, y fugitivo ya el vencedor de Canas, el Senado solo encontró delante de sí anarquía y debilidad: en el Occidente, mil pueblos desunidos; en el Oriente, todo un mundo que moria de ese mal de que los pueblos nunca curan: la depravacion de la vida pública y privada. Por eso el pueblo romano, no obstante sus guerras intestinas, no obstante la ruina de sus costumbres y de las fuertes instituciones que habian producido, lo esclavizó todo; y desde el Eufrates hasta la Mancha, desde los Alpes hasta el Atlas, hubo una sola dominacion.

Pero el mundo vencido se vengó de Roma dándole sus vicios, y aquella clase media que habia fundado la libertad y el imperio, diezmada por los combates y pervertida á la vez por harta pobreza y por sobrada riqueza, desapareció dejando en pos de sí un abismo en que se hundió la república.

Entonces, los mismos que ántes mandaban se sometieron, primero al senado, despues á un partido, y mas tarde á un hombre, heredero de la república entera y de sus ejércitos.

Un dia, estos ejércitos dividieron su obediencia, y aquella dominacion se volvió contra sí misma. Sin embargo, ni un grito de independencia salió del seno de las naciones vencidas; fueron á tomar parte y á mezclarse en aquellas rivalidades sangrientas, como los senadores que bajaban á la arena á disputar á los gladiadores del César una mirada de su dueño y señor.

Agrupáronse, pues, en torno del nuevo trono, los vencedores y los vencidos, igualmente aniquilados, pues, por desgracia, aun para las mejores y mas nobles causas, hay horas de cansancio y de verdadero disgusto. El mundo no queria ya libertad, aspiraba á la paz, al órden, á la tranquilidad, como dos siglos mas tarde, saciado de bienestar, aspiró á costa de maceraciones y de suplicios, á las alegrías del alma, á la pureza moral, al santo entusiasmo de una nueva fe. Tácito lo dice al principio de su admirable historia: «La tierra cansada de discordias civiles, aceptó á Augusto por dueño, y las provincias saludaron con sus aclamaciones la caida de un gobierno débil que no sabia reprimir ni á sus codiciosos, magistrados, ni á sus insolentes nobles.»

Pero, desde el Cántabro feroz y libre en sus montañas, hasta el griego de Antioquía ó de Efeso, servil y afeminado en sus ciudades, existian en aquellos pueblos todos los gra-

dos por los cuales se pasa desde la mas grosera barbarie á la civilizacion mas refinada, todas las diversidades de lenguas, de costumbres y de carácter derivadas de la variedad de tantas razas, entre las cuales no existia otro vínculo que el de una dependencia comun.

Sin embargo, era preciso adherirse y unirse cuanto antes; era preciso hacer de todos aquellos pueblos una masa compacta y casi homogénea, que resistiese durante bastante tiempo á la presion ejercida sobre ella por las tribus del Norte, á fin de que no pudiesen serle arrancadas la civilizacion antigua y la religion cristiana depositadas en su seno. Detrás del Rhin y del Danubio se ajitaban ya algunas hordas amenazadoras á las que los Cimbros y los Suecos habian enseñado el camino de los países del vino, de la alegría y del oro. El imperio los detuvo con una mano, y con la otra intentó organizar las naciones de cuyo territorio queria alejar la guerra. Cubrió su suelo de caminos, de acueductos y de ciudades florecientes; hizo penetrar en todas partes su lengua, sus leyes y su culto; y cuando el dique cedió ante el torrente invasor, era ya, por fortuna, sobrado tarde para que pudiera llevárselo todo. La civilizacion antigua, es decir, la nuestra, despues de haber reinado sobre cien millones de hombres, despues de haberse arraigado durante cuatrocientos años por sus creencias y por sus monumentos en el corazon de los pueblos lo mismo que en el terreno que estos ocupaban, ha invertido, sin embargo, diez siglos para salir de debajo de las ruinas. ¿Qué habria sucedido si la invasion hubiese encontrado delante de sí solo barbarie, esceptuando Atenas, Roma y Alejandría? Apagados estos tres focos luminosos, qué noche tan sombría habria quedado para el mundo!

En esto estriba la lejitimidad del imperio. En la mages-

tuosa unidad que sucedia á la division infinita del mundo pagano veia Bossuet el cumplimiento de un decreto de la Providencia; en la unidad política, la preparacion para la unidad religiosa; en la universalidad de la ciudad material, el próximo advenimiento de la ciudad divina.

Sé que el imperio ha producido mónstruos, pero por fortuna era sobrado estenso para que las locuras y crueldades de un solo hombre, por grandes que fuesen, pudieran perturbarle mucho. Para los emperadores, y no me refiero á los locos como Calígula, Neron y Eliogábalo, sino á los políticos como Tiberio y Domiciano, hay dos historias. Tienen doble fisonomía, como su dios Jano. Si se les vé en Roma, en medio de la nobleza que, al decir de Suetonio, está en conspiracion permanente contra ellos, son tiranos execrables; si solo se vé el imperio, pueden pasar por príncipes enérgicos y vigilantes. Es preciso considerarlos bajo este doble aspecto. Por lo general solo muestran uno: no ocultemos este, pero tampoco olvidemos el otro. Consérvese pues el príncipe del senado, con sus delatores y sus verdugos, con las manos teñidas en sangre, y que el emperador aparezca con las tradiciones de paz pública y de órden comenzadas por Augusto, continuadas por Tiberio, Claudio, Vespasiano, aquel trabajador incansable que quiso morir de pié, por sus dos hijos, por los Antoninos y por Septimio Severo, que cargado ya de años y de gloria, daba todavía á sus soldados esta última órden: «¡Trabajemos!»

Estos cuidados tuvieron buen éxito, y aseguraron al mundo siglos de ventura. Entonces se vió el singular espectáculo de un imperio de cien millones de hombres, armado en sus fronteras, pero regido en el interior sin un solo soldado, maravilla que consistia sin duda alguna, en la

imposibilidad de una rebelion afortunada; pero tambien, y quizás mas que en todo, en la gratitud de los súbditos hácia un gobierno que, por lo general, no ejercia mas que una proteccion elevada y saludable, sin intervenir de un modo enojoso en la administracion de los intereses locales.

«Un cónsul, dice el rey Agripa, manda sin un soldado en las 500 ciudades de Asia, y 3000 legionarios bastan para la custodia de países tan rebeldes á toda autoridad, como son el Ponto, la Colchida y el Bósforo. Cuarenta buques han restablecido la seguridad en las inhospitalarias aguas del Euxino, y la Bitinia, la Capadocia, la Panfilia y la Cilicia pagan tributo sin que se necesite un ejército para obligarles á ello. En la Tracia, 2000 hombres, y entre los dalmatas, los españoles y los africanos, una legion. En la Galia, 1200 soldados tantoscomo ciudades hay allí. He ahí las fuerzas que aseguran la obediencia de aquellas regiones estensas y poderosas!... Ah! solo Dios es quien ha podido elevar el pueblo romano á tal grado de felicidad y poderío.

«Una rebelion contra él equivaldria á una rebelion contra el mismo Dios.» Tambien á Tácito le aterra esta idea de un levantamiento triunfante, pero solo por interés de la humanidad entera. «Si los Romanos desapareciesen de la superficie de la tierra, ¡quieran los dioses impedir tal desgracia! ¿qué se veria en ella, en lo sucesivo, sino la guerra universal entre las naciones? Se han necesitado 800 años de una fortuna y una disciplina constantes para elevar á ese coloso que aplastaria bajo sus ruinas á quien intentase derribarle.

Causas principales de la caida del imperio.

Sin embargo, el coloso cayó, y mucho tiempo antes de que

hubiese llegado al término de la carrera qus parecia estarle prometida. Cuatro siglos no son vida suficiente para un pueblo! El imperio podia durar mucho mas. ¿Qué estado se halló en tiempo alguno mejor preparado para una existencia prolongada? Tenia fronteras fáciles de defender contra enemigos poco peligrosos en el ataque, y detrás de esa muralla de rios caudalosos, de desiertos y de montañas, pueblos que felices con su obediencia, porque en ella encontraban la tranquilidad y la riqueza, no sabian designar al poder colocado sobre ellos mas que con el nombre de la Paz romana.

Se han señalado varias causas á una caida tan rápida.

Unos acusan al pueblo, porque se obstinan en no ver mas que á la plebe de Roma; otros á los soldados, que aprovecharon pero no crearon la posicion en que se les colocó, y que espiaron con mas valor y servicios de lo que se quiere suponer el papel desgraciado que se les dejó representar. ¿No hicieron retroceder una vez á los invasores, en tiempo de Claudio, de Aureliano y de Probo? ¿Fué culpa suya por ventura, el que sus gefes arruinasen á su antojo las instituciones militares de la república y del imperio, que Graciano les desarmase, que Constantino les envileciese, que el campamento se convirtiese en un presidio (1) y el legionario en una especie de forzado ó presidario público?

Unos encuentran harto estenso el imperio, como si no le hubiese sido posible medir sus recursos con arreglo á la latitud de sus fronteras, y solo oyen los golpes repetidos de los bárbaros, como si el ariete que golpea el muro ó las flechas que rebotan en la armadura fuesen lo único que decidiese la victoria. Pero un centurion de Cesar enseñaba con

(1) El soldado era señalado en el brazo ó en la pierna, *puncturis in cute punctis*. Veget., *de Re milit.*, I, 8; II, 5.

una mano á su general 120 flechas que habia recibido en su escudo, y con la otra al enemigo que huía á lo léjos.

Por otra parte, esos enemigos de los últimos dias, ¿eran por ventura tan innumerables é invencibles? A la verdad, los godos ascendian á 200.000, pero solo despues de una derrota, y como suplicantes, fueron recibidos en el imperio; muy luego habia de reclamarles Atila como sus esclavos fugitivos. Trece mil hombres bastaron á Juliano para vencer á siete reyes y libertar la Galia, y Clodoveo contaba escasamente con cinco ó seis mil guerreros para conquistarla. Hace ya mucho tiempo que M. Agustin Thierry y M. Guizot han apreciado debidamente los innumerables enjambres de bárbaros.

Otros, tocando el mal mas de cerca, culpan á la esclavitud que minó, á la fiscalía que aniquiló, á las costumbres que depravaron á aquel mundo enervado. Estas no son ya causas exteriores, sino íntimas, y por consiguiente formales. Sin embargo, la esclavitud no fué un mal exclusivamente romano; fué la ley de todo el mundo antiguo; y durante mucho tiempo ha continuado siendo la del mundo moderno. En el último siglo de la república, los esclavos eran probablemente mas numerosos, y de seguro mas miserables que á fines del imperio en cuya última época los progresos de la razon pública y las doctrinas cristianas habian dulcificado ya su suerte. Merced á la propia influencia, tambien las costumbres eran mejores; así pues, no está en esto el elemento destructor. ¿Lo seria el fisco? sin duda que los romanos, que consumian mucho y producian poco, se vieron obligados á hacer pesar sobre los contribuyentes cargas abrumadoras. Sin embargo, no juzguemos al fisco por las declamaciones elocuentes y apasionadas de Lactancio y de Salviano. Tan

poca parte tuvo en la ruina del imperio, como el mal presupuesto y las deudas de la antigua dinastía en la caida de la monarquía de Luis XIV.

Mas se acercan, empero, á la verdad, cuando hablan de la ruina de la agricultura y de la concentracion de las propiedades, es decir, de la miseria y de la despoblacion de los campos. Tambien seria preciso mostrar la abrumadora preponderancia del capital por razon de la escasez de numerario (1) y de su absorcion en manos de algunos propietarios ó banqueros que prestaban al 10, al 20 y al 30 por ciento (2). De aquí resultaron las inmensas fortunas de Herodes Atico, que pagaba una pension anual á todos los ciudadanos de Atenas; del mercader Firmus, á quien vendieron la púrpura en Alejandría; de Didio Juliano, que la compró en Roma á pública subasta; y por último del senador Tácito, dueño de un patrimonio que valia 75, y aun quizás 300 ó 400 millones, y que solo con sus rentas podia satisfacer la paga de todos los ejércitos (3). Plinio el anciano repetia la frase pro-

(1) Por las exportaciones para el comercio exterior y los donativos á los bárbaros, por el agotamiento de las minas, por los numerosos depósitos de medallas que se encuentran en todas partes, por los naufragios y la freza que Mr. Jacob (*Precious Metals*... I, 225) valora en una pérdida anual de 1/360°. Por eso Montesquieu llega al estremo de decir: «Todas las naciones que rodeaban al imperio, en Europa y en Asia, absorvieron gradualmente las riquezas de los romanos, y así como se habian engrandecido porque el oro y la plata de todos los pueblos se trasladaban á ellos, se debilitaron porque su oro y su plata se trasladaron á los demás pueblos.» (*Grand. et Déc.* c. XVIII.) En el primer siglo del imperio se quejaba ya Tiberio (Tác., *Ann.*, III., 52) de la salida del numerario. Plinio calcula en 20 millones la exportacion anual para el comercio con la India, la Arabia y el Africa.

(2) Bruto prestaba á 48 y Pompeyo á 50 por 100. Cic. á *Att.*, lib. V. 21; VI, 1.

(3) Aun en la época de las mayores miserias, en tiempo de Honorio, varias familias de Roma poseian todavía rentas de 2 millones. Giraud, *Historia del derecho de Prop.*, p. 66.

funda y ecsacta de Tiberio: «La gran propiedad perdió á la Italia,» añadiendo, porque veía que el mal se estendia diariamente: «y ahora pierde á las provincias.» En efecto, en tiempo de Neron, segun tambien nos dice Plinio, la mitad del Africa pertenecia á seis propietarios. Esta era pues la situacion de la Irlanda, con sus inmensas posesiones, con algunos magnates ricos y con una poblacion famélica.

Desapareciendo la pequeña propiedad, se formaba el desierto en los campos, en torno de las ciudades que eran las únicas que parecian ricas y prósperas. En ellas era activa la vida municipal, y algunos ciudadanos opulentos, ya fuese por vanidad ó por munificencia, las dotaban con monumentos que solian ser grandiosos y cuyas ruinas nos sorprenden (1).

Pero no nos dejemos deslumbrar por ese fausto enteramente esterior y teatral; no miremos al interior de esas ciudades que se esfuerzan en copiar á Roma, y que renuevan asimismo la historia de sus aciagos dias. Libres ya de la guerra ha mas de tres siglos, enriquecidas por el comercio y la industria, parecen ser felices bajo un gobierno que deja hacer mucho, y ¡cosa singular! la despoblacion y la miseria es lo que se encuentra en ellas.

Aquellos municipios se hallaban constituidos aristocráticamente. En los tres primeros siglos del imperio, la nobleza provincial acumuló riquezas inmensas, y para imitar á los patricios de Roma, que daban el tono en todas partes (2),

(1) Adriano concede 3 millones de dracmas á Herodes Atico para construir un acueducto en Troada; la construccion cuesta 7: Herodes paga la diferencia. Philost., *Vit soph.*, lib. II.

(1) Plinio dá 500,000 sextercios á Como para fundar distribuciones gratuitas (*Epist.* VII, 18). Constantinopla y Alejandría tenían distribuciones regulares, lo mismo que Roma. «Todas las ciudades de primer órden, dice Sis-

instituyó juegos y distribuciones gratuitas que alimentaron la pereza del pueblo; de manera que, lo mismo que habia causado la caida de la gran república, se reprodujo, á cuatro siglos de distancia, en todos los grandes municipios del imperio: campiñas desiertas como la de Roma desde el tiempo de los Gracos, un populacho con sobrada frecuencia ocioso y mendigo, nada de clase media, sin tener ya la costumbre de manejar las armas, ni ninguna de las virtudes que aquella produce (1), una aristocracia, en fin, que ocultó durante mucho tiempo todas sus miserias con el brillo de sus fiestas y la magnificencia de sus presentes.

Estos males eran muy grandes sin duda, pero acaso no hubiesen bastado para precipitar al imperio en el abismo. Bajo la influencia de las causas económicas sufren ó prosperan los Estados; las causas políticas, especialmente, son las que les hacen vivir ó morir. El imperio romano fué minado por las primeras y se hundió bajo la accion de las segundas.

Como hemos visto, ni del interior ni del esterior, tenia que temer graves peligros, sino solo miserias y sufrimientos. Así pues, el mal mayor, puesto que no consistia en el enemigo ni en los súbditos, se encontraba en la constitucion misma del poder y en la organizacion del Estado.

Un gobierno nuevo quiere instituciones nuevas, y el imperio habia de ser constituido de distinto modo que la república. Se tenia una monarquía y se necesitaban instituciones monárquicas que amparasen el trono y defendiesen al

mondi, tenian distribuciones gratuitas de víveres y juegos públicos.» Tréveris fué atacada por los bárbaros mientras sus habitantes se hallaban en el circo.

(1) *Dites et imbelles*, dice Tácito de los galos. «Perdieron su valor en el mismo dia que su libertad.» (*Ann.*, XI, 18, Lo propio dice de los Bretones. (*Agric.* II.)

monarca. Pero Augusto, ocupado en ocultar su poder, y contentándose con vivir al dia, no se cuidó del porvenir. Pareció que subsistia el antiguo órden de cosas; solo hubo un hombre mas en Roma, cónsul en el ejército y procónsul en las provincias, príncipe en el senado, tribuno y pretor en el foro, censor para las costumbres y sumo pontífice para la religion. Así pues, aun duraba la república; mentira oficial que el imperio y el emperador espiaron cruelmente! porque en política, de toda posicion falsa no pueden salir sino desastres. Se hablaba de libertad, algunos creyeron en ella y la buscaron con puñal en mano. Un hombre solo, sin corte, sin sacerdotes, sin nobleza, sin nada que le amparase, era dueño del mundo, y muchos le amenazaron. Para defenderse se apoyó en el ejército, y éste, viendo que cada nuevo príncipe le distribuía tesoros, multiplicó las vacantes del trono para multiplicar, tambien, los donativos del advenimiento. En tres siglos y medio, de 49 emperadores, 31 por lo menos fueron asesinados, y no hablo de los Treinta tiranos que, menos dos ó tres, perecieron de muerte violenta, ni de los demás usurpadores que todos tiñeron la púrpura con su sangre.

Pero, ¿se hallaba el Estado organizado de modo que pudiese resistir á tantos choques y sacudimientos?

Encuéntranse algunas veces, en las montañas, trozos de piedra imponentes por su masa, y que parecer deben arrostrar los siglos y los esfuerzos de los hombres; pero sus moléculas mal aglutinadas caen reducidas á polvo al primer choque, que destruye la débil fuerza de cohesion por la cual se habian mantenido reunidas. Así se hundió el imperio, conjunto colosal de partes que nunca se habian fundido sólidamente en un todo homogéneo. En efecto, la unidad solo era

aparente, y si en todas partes se hablaba latin y griego, ¿dónde se encontraban romanos? Bajo la capa esterior de una administracion que fué siempre estraña y sospechosa para los administrados, se habia mantenido vivo el amor esclusivo á la ciudad nativa (1). Siempre se era ciudadano de Tours, de Sevilla, de Alejandría ó de Efeso, nada mas; y la adhesion, lo mismo que el patriotismo, no trasponian los límites de la ciudad, porque aquel régimen municipal que dió tanto esplendor al imperio, no producia por desgracia, esos arrebatos generosos que hacen sentir, cual un dolor personal, una afrenta sufrida por otro miembro de la comunidad á quinientas ó seiscientas leguas de distancia.

Uno de los últimos poetas de Roma se engañaba al glorificar á la Ciudad eterna por haber hecho de un mundo una ciudad (2). Habia mil ciudades completamente estrañas las unas para las otras, envidiosas, rivales, y separadas en el siglo IV, por el desierto que se habia formado en torno de cada una de ellas. Cuando llegaron los bárbaros, no se hallaron en presencia de un gran pueblo dispuesto á levantarse en masa por su propia defensa, sino enfrente de pequeñas repúblicas que no tenian afecto porque sufrian, desprovistas de espíritu militar (3), y colocadas todavía bajo la impresion de la in-

(1) Las nacionalidades provincionales subsistieron mucho mas de lo que se dice. El griego y el latin no borraron los idiomas vascongado, céltico, púnico, asirio, copto, y aun toscano, y los jurisconsultos reconocian como válidos los convenios particulares, cualquiera que fuese el idioma en que se hallasen escritos.

(2) «Urbem fecisti quod prius orbis erat.»
(Rutil. Numat., V. 66.)

(3) Véase en *Amm.* Marcelino, lib. IV, cuantos hombres se cortaban el dedo pulgar para no servir en el ejército, y en Vegece, *de Re milit.*, I, 7, Aurel. Vict., 32, Mamert. *Paneg. Vet.*, X, 29, el menosprecio en que habia llegado á caer el servicio en las legiones.

mensa conmocion del cristianismo que, en vez de armarse contra los invasores, les llamó, como á hermanos, al seno de la nueva alianza. Así pues, los bárbaros triunfaron sin dificultad, porque el Estado no era mas que una ficcion, y bajo su mano, todo se fué á pedazos, porque, á pesar del vínculo administrativo, nada se mantenia unido. Cuatro siglos mas tarde, cuando llegue la segunda invasion, el segundo imperio de Occidente se hundirá por las mismas causas políticas y morales.

Si en vez de levantar una pirámide que solo tenia la cúspide y la base, sin los sillares intermedios, los primeros emperadores hubiesen imitado con la organizacion política, esa red de vías militares que supieron estender por todo el imperio, para unir todos los puntos con la capital; si por medio de instituciones generales, cuyo gérmen se hallaba en todas partes, hubiesen unido entre sí á aquellas ciudades y á aquellos pueblos aislados, entonces hubiera podido formarse en las provincias romanas un patriotismo que nunca existió, hubiera habido ideas y sentimientos generales, y el imperio, en vez de ser un coloso formado de granos de arena, se habria convertido en una masa compacta, homogénea, en cuyo seno hubiera circulado una vida comun, y que habria sido indestructible durante siglos enteros. ¿Qué fundaron Augusto y sus sucesores? el despotismo militar y los derechos de la fuerza, sin mas garantía para los súbditos que el interés bien entendido del príncipe.

Así pues, persevera el sistema Oriental. Es triste ver á ese mundo greco-romano en el que la libertad fué tan querida, en el que las ideas políticas fueron tan debatidas, concluir por realizar ese ideal anticuado y añejo que le enseñara un discípulo de Sócrates. Aquella civilizacion supo

organizar admirablemente una ciudad, pero nunca un imperio.

La exageracion estremada del principio antiguo de la preponderancia de la ciudad, fué lo que dió muerte al mundo antiguo (1). Nosotros, que nos encontramos en el estremo opuesto, no olvidemos tan provechosa leccion. Si la vida pública es destruida por el aislamiento municipal, una centralizacion sobrado enérgica hace afluir la sangre al corazon y deja frias las estremidades. Por ambas partes es igual el peligro.

Resultados de la dominacion romana.

En política, por lo general, solo se hacen grandes cosas á costa de grandes dolores. ¿Habria sido preferible que la fortuna de Roma hubiese sido menor? diremos que mil veces no, porque hemos heredado en demasía su genio para que nos sea dado renegar de su memoria.

En la historia general de la literatura y de las artes no tiene derecho Roma á un lugar privilegiado. En aquello no hace mas que seguir las huellas de la Grecia. ¿Pero no es ya mucho haber salvado la tradicion y conservado preciosamente la rica herencia? Si los romanos hubiesen concebido

(1) En el aislamiento municipal solo la vida pública es lo que se estingue; tambien suele perecer con frecuencia la libertad y aun la fortuna de la ciudad. O bien domina el populacho, como en las repúblicas italianas, y entonces surge la tiranía de la anarquía, ó bien los personages mas notables tiran de todo para sí, y administran á su antojo en medio del entorpecimiento y del silencio, de donde resultan dilapidaciones espantosas. En 1803, todas las ciudades libres de Alemania se hallaban en estado de bancarrota, y en 1789, todas las municipalidades de Francia que disfrutaban de alguna libertad para su administracion interior estaban empeñadas. Solo Lyon debia 29 millones. A fines del siglo IV, todas las municipalidades romanas ofrecian el mismo espectáculo en mayores proporciones.

hácia la literatura griega el desprecio que sintieron los soldados de Alejandro hácia las civilizaciones de Africa, de Fenicia y del Asia central, el prolongado trabajo de una raza dotada por el cielo de todos los dones de la inteligencia, habria quedado perdido para nosotros, como ha sucedido con la antigua sabiduría de los sacerdotes de Egipto y de Caldea. Hoy nos vemos reducidos á despertar penosamente en las orillas del Nilo, del Eufrates y del Ganges algunos de esos ecos sagrados, así como vamos en medio de las ruinas de Palanqué ó á las orillas del Ohio, á pedir el nuevo mundo los secretos de un pasado misterioso. Así pues, conviene agradecer á los romanos el que, en vez del desprecio soberbio de los griegos, ó de la suprema indiferencia de los conquistadores de Méjico y del Perú hácia las sociedades que destrozaban, mostrasen esa admiracion cándida que les convirtió en discípulos dóciles de aquellos á quienes habian vencido, y que nos ha conservado tantas obras maestras. Por lo demás, á estas añadieron los romanos monumentos admirables en los que se inspira aun la Europa entera. El armonioso cantor de Dido guiando á Alighieri hácia las regiones inmortales, ¿no es por ventura, la misma antigüedad tomando de la mano al hombre niño de la edad media para conducirle hácia las luminosas claridades que habian de hacer fuese su camino mas brillante y seguro? Detrás de Virgilio, Tito Livio y Horacio, triunvirato glorioso de la epopeya, de la historia y de la poesía, veo la austera figura de Labeon y de esos grandes jurisconsultos que nada deben á la Grecia: mas léjos aun, á esos artistas desconocidos que elevaban arcos de triunfo, la cúpula del Panteon, acueductos, anfiteatros y columnas triunfales, que construian vías indestructibles, y que encadenaban á los rios con sus atrevidos puentes. Tam-

poco aquí puede reclamar nada la Grecia para sí; acaso la mano que ejecutaba, pero no la inteligencia que habia concebido (1).

Así pues, la civilizacion que nos guardaban la acrecentaban y sobre todo supieron estenderla y darle así mas fuerza para resistir, y mas probabilidades para revivir si la barbarie la ahogaba algun dia. La Grecia nada habia hecho en favor de las comarcas del Occidente; Roma llevó á ellas la luz, y al constituir las naciones neo-latinas, con sus innumerables ciudades en que habia de renacer la riqueza, y de donde habia de salir un dia la libertad, preparó el antagonismo fecundo de las razas del Norte y del Mediodía de Europa.

De esa universalidad de la civilizacion romana resultó otra ventaja, la universalidad de la lengua latina, que fué, y es todavía, en caso necesario, el vínculo comun de los sábios de todos los países.

Si en la esfera de las ideas tiene Roma poca iniciativa y originalidad, ¿cuantas lecciones dá para la administracion de los estados y de las ciudades? El imperio ofreció el primer ejemplo, en nuestro Occidente, de cien millones de hombres que vivieron en paz por espacio de dos siglos, y mas tarde, el de una administracion complicada y sábia que, por medio de una estensa gerarquía, descendía desde el trono hasta la aldea. Por desgracia, esa administracion que, como nosotros pagaba á sus agentes y separaba las funciones civiles de las militares, al Estado de la Iglesia, olvidó demasiado al pueblo por el príncipe; de modo, que la última palabra de la ci-

(1) Los griegos no emplearon el arco ni la bóveda, que aumentan mucho los recursos de la arquitectura, reducida sin esto á las líneas rectas, á las formas angulosas y á las superficies planas. Tambien el mosaico es un arte esencialmente romano.

vilizacion romana fué el órden, pero el órden material y hasta sin bienestar. Quince siglos solo han añadido á aquella palabra otra, la de libertad. El problema del porvenir es la conciliacion del principio romano con la idea moderna.

Sin embargo, los jurisconsultos habian encontrado ya la idea intermediaria, la de la igualdad. Antes de ellos, todo descansaba en la fuerza; no obstante su crueldad, los Césares desembarazaron gradualmente la idea del derecho, y preparando de antemano las armas de que se sirvieron sus sucesores de la edad media para batir en brecha al feudalismo, hicieron que aquel derecho fuese igual para todos los habitantes libres del imperio. Así pues, dominados por el hecho consumado y por la historia, solo mantenian la gran desigualdad de la esclavitud (1); y dejaron además que se formase una codicion nueva, la de colono, que quizás fué fatal al pronto para los campesinos libres, pero facilitó la primera transformacion de la antigua servidumbre.

El cristianismo hubiera querido ensanchar mas aun aquella base, y dar como vínculo á las sociedades humanas la fraternidad, el amor. Hemos vuelto á traer á la tierra la igualdad que el cristianismo, en su orígen, no osaba ni podia colocar sino en el cielo y bajo la mirada de Dios. Pero en muchos conceptos estamos todavía en la época romana, no hemos ido mas allá de la idea del derecho, y nuestros legistas repiten siempre la hermosa definicion de Celso: *Jus est ars boni et æqui*; ó los tres preceptos de Ulpiano: *Honeste vivere, alterum non lædere, suum cuique tribuere.*

La dominacion universal que habia roto el angosto recin-

(1) No admiten, siquiera, la servidumbre sino como un estado *contra naturam*, Dig., I, 5, 4, *jure naturali omnes liberi nascerentur*. 7 Instit., I, 5, in præm.

to de la ciudad para derramar sobre el mundo la igualdad de los derechos, rompió tambien la estrecha cubierta de los sistemas. Las ideas se ensancharon como el Estado. La metafísica ganó poco en ello; ¿qué importa? no es por ahí por donde viven los pueblos. Los romanos, apartados por las tendencias prácticas de su genio de las argucias en que con tanta frecuencia se perdió el talento sutil de los griegos, prescindieron de las discusiones teóricas para ir en derechura á las consecuencias sociales, y sus filósofos no fueron mas que moralistas. Pero su moral, exclusiva y egoista con Caton, Bruto y Traseas, se estendió gradualmente, como y con la ciudad. «El ateniense, esclama Marco Aurelio, decia: O ciudad muy amada de Cecrops! Y tú no puedes decir ó ciudad muy amada de Júpiter!»

Así caen las barreras, desaparece la diferencia de condiciones, se nivela y se une todo; y á los ojos del filósofo imperial que mira el mundo desde lo alto del Capitolio, ya no hay ciudadanos ni estranjeros, sino hombres. La simpatía, la caridad (1) y el amor sustituyen al odio. Ábrense el corazon y los brazos; todos los hombres son nobles, aun el esclavo; todos son hermanos, porque todos son hijos de Dios (2).

Así pues, aun antes de que el cristianismo hubiese triunfado, habia pasado por entre la sociedad pagana como un soplo del espíritu cristiano. Désele á Marco Antonino una creencia mas firme en la vida futura, y sus pensamientos

(1) En tiempo de los Antoninos se llevaron á cabo las primeras fundaciones caritativas para los niños, los huérfanos y las viudas. Cf. Victor, *Epist.*, Espartiano, *Adriano*, 7, Dion, LXVIII, p. 771.

(2) *Omnes... a diis sunt.* Sen., ep. 44. Tambien Platon lo habia dicho: «Todos somos hermanos.» En Plauto se lée (*Aulularia*, V. c. 2.º): « La naturaleza á todos nos ha criado libres... El mortal aborrecido de Júpiter es quien está sepultado en la esclavitud.»

parecerán un libro propio de algun personaje santo y piadoso. «Mi alma, decia un cardenal, se pone mas encarnada que mi púrpura al contemplar el espectáculo de las virtudes de aquel gentil (1).»

Lo que Marco Aurelio, Epicteto y Séneca, decian en sus buenos dias á algunos sábios, los misioneros del Evangelio vinieron á decirlo á todos, pero con muy distinto poder; porque, en vez de aquellas doctrinas, que habrian permanecido individuales en razon á que no se hallaban unidas á creencia alguna religiosa, en vez de una filosofía estéril, porque no podia bajar hasta la multitud, se alzaba una religion activa, enérgica, armada con la moral mas pura y el dogma mas capaz, por sus mismos misterios, de impresionar fuertemente á las inteligencias; una religion animada, cual ninguna otra lo estuvo nunca, del espíritu de proselitismo, y que muy luego se remontó desde los humildes y los pobres hasta los ricos y poderosos.

Cuanto se hubo sentado con Constantino en el trono imperial, ya pudieron llegar los bárbaros, Roma con su idioma, sus leyes, sus tesoros acumulados de arte, de saber, de elocuencia, de poesía; con sus tradiciones de órden público y de administracion regular; con el recuerdo de la unidad del Estado y el de la igualdad de todos bajo la omnipotencia del monarca (2).

Roma moribunda debia legar al mundo nuevo una reli-

(1) El cardenal Fr. Barberin, sobrino de Urbano VIII. Tradujo los pensamientos de Marco Aurelio para difundirles entre los fieles, y dedicó esta traduccion á su alma.

(2) En este legado, no todo era de igual valor. Los cargos, los títulos, las fórmulas de corte, la divinidad del monarca, muchas heregías, y lo demás, nos vino de Constantinopla. En cuanto á la igualdad bajo el despotismo, escusado es decir que solo la consideramos como un bien mientras conduce, como ha sucedido en Francia á las libertades publicas.

gion en cuyo seno el hombre de las clases inferiores, por quien nada hiciera la antigua sociedad, habia de volver á encontrar su dignidad moral, y la que, mostrando la tierra como un lugar de pruebas, pedia á todos un corazon caritativo, humilde y puro.

Hoy en dia, ¿qué queda de Roma? Para el que solo la mira con los ojos del cuerpo, los siglos, al pasar, han rellenado los valles y nivelado las siete colinas. De trecho en trecho un trozo de columna antigua taladra el suelo, y bajo la yedra que le oculta, apenas se conocen algunos restos de monumentos mutilados: el panteon de Agripa y el anfiteatro medio hundido de Tito, la columna de Trajano, los arcos de Severo y de Constantino, los termas de Caracala. Pero estos no son mas que los restos gloriosos del sepulcro y las ruinas bajo las cuales habia enterrado la edad media al genio de Roma. Un dia se escapó de allí, y entonces, el mundo *renaciente* volvió á ponerse en marcha. Aun se cierne sobre nuestras cabezas: *Siamo Romani* (1).

Ah! quiera Dios que al menos pueda hacer revivir en nosotros lo mejor que tuvo, el amor y la adhesion á la patria! Esa virtud de los antiguos tiempos se ha debilitado bajo la influencia de doctrinas enervantes y de costumbres mas suaves. Que se reanime ante el espectáculo de las grandes cosas que en otro tiempo se ejecutaron por ella: lo necesitamos, porque, á Dios gracias, aun no ha terminado el papel que ha de representar nuestra Francia.

(1) Es la frase que repiten con orgullo los *Trasteverini*

HISTORIA ROMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Geografía física y primeras poblaciones de Italia.

LOS ALPES Y EL APENINO.—VOLCANES, RIOS, LAGOS Y PANTANOS.—ISLAS.—PASOS DE LOS ALPES.—ILIRIOS Y PELASGOS.—IBEROS Y CELTAS.—TERRENOS Y ELENOS.—OSCIOS Y SABELIANOS.—ETRUSCOS.—LA ITALIA EN 754.

Los Alpes y el Apenino.

La Italia, rodeada por el mar y por las montañas mas elevadas del continente europeo, forma entre el Adriático y el mar de Toscana, una península prolongada que se divide al Sur en dos puntas, mientras que al Norte se ensancha en un semicírculo cuya circunferencia traza la cordillera superior de los Alpes. Desde Bolonia hasta el estrecho de Messina, la parte peninsular tiene 890 kilómetros de longitud, por una latitud que varía de 231 á 138, y que aun solo es de 27 en las Calabrias. Desde el Var hasta los Alpes Julianos, la parte continental mide, del Oeste al Este, 630 kilómetros, y unas 225 en la direccion del Norte al Sur, desde Génova al Saint-Gothardo, ó desde Bolonia á Botzen.

Los Alpes han conservado los nombres que les dieron los romanos; aun se dividen en Alpes marítimos, cocianos, griegos, peninos, helvéticos ó lepontinos, recianos, nóricos, cárnicos, y julianos. Al Norte y al Noroeste de esta gran cor-

dillera, por la parte de Suiza y de Francia, se alza lentamente el suelo, por una série de montañas y de valles transversales, hasta las cumbres mas elevadas. Pero en la vertiente italiana, la pendiente es rápida y todos los valles caen perpendicularmente al Pó ó al Adriático, sin que haya montañas ni valles paralelos.

En su estremo Sudoeste, los Alpes se inclinan hácia el Este, y disminuyen progresivamente de altura hasta mas allá del nacimiento del Bormida, en donde vuelven á alzarse de cerca de Savona para comenzar una nueva cordillera, la de los Apeninos. Estas montañas siguen, en su orígen la costa de la Liguria, cierran casi completamente, por el Sur, el Valle del Pó, y van á morir, divididos en dos ramales, al estremo del Brucio (las Calabrias), y en el país de los Salentinos (comarca de Otranto). La altura media de esta cordillera es de 1000 metros; pero al Este de Roma, en el país de los Marsos y de los Vestinos, el *monte Velino* llega á 2562 metros y el *monte Corno*, á 2998. Los Apeninos, mas prócsimos al Adriático que al mar de Toscana, cubren la parte oriental (menos la Pulla) de colinas fragosas y de pastos surcados por numerosos torrentes. Al Oeste, entre el mar y la falda de los montes, se estienden algunas campiñas dilatadas y fértiles (Toscana, Lacio y Campania), regadas por rios mas tranquilos (el Tíber, el Liris, el Vulturne), pero abrasadas por el viento de Mediodía, y malsanas por pantanos pestilentes.

Si se esceptuan estas llanuras, poco numerosas y poco estensas, á decir verdad, la Italia peninsular se halla erizada de montañas por todas partes, y cortada por angostos valles, en términos que los Abrucios y las Calabrias, en el reino de Nápoles, son casi inaccesibles para un ejército. ¿Cómo podrá causar sorpresa que haya existido siempre la division política en aquel suelo que la misma naturaleza ha dividido tanto? ¿como podrá causar sorpresa el que cada ciudad haya sido un Estado en unos parages en que cada valle contenia un pueblo?

Volcanes, rios, lagos y pantanos.

Desde las orillas del Pó hasta los últimos confines de Italia se ha reconocido que existe como á manera de un reguero inmenso de materias volcánicas; pero la actividad de los fuegos subterráneos parece haberse concentrado ahora, al Sur de esta línea, en el Vesubio y en los campos flegráneos (*solfatara*), en el Etna y en las islas Lipari. Al Norte no se encuentran mas que cráteres apagados, de los que muchos contienen en su seno los lagos, las colinas volcánicas de Roma, los manantiales inflamables de Toscana, los *salses* ó volcanes de aire y de barro de las cercanías de Parma, de Reggio, de Módena y de Bolonia.

Los Alpes y la parte Septentrional de los Apeninos contienen la fértil llanura que atraviesa el Pó, y que, desde Turin hasta Venecia, no presenta en su superficie ni una sola colina. Innumerables torrentes que bajan de aquella cintura de nevadas montañas, la surcan y fecundizan, pero la esponen tambien á desastres espantosos. Estos torrentes son tributarios del Pó (*Padus*) que, naciendo en la falda del monte Viso (*Vesulus*), es navegable desde Turin, y desagua en el Adriático por varias embocaduras cuyo nombre y posicion variaron con frecuencia. Este rio, al arrastrar tierras y objetos delas montañas que le rodean y de los terrenos que cruza, obstruye y alza diariamente su lecho, mas elevado hoy en Ferrara que los tejados de la ciudad, y todos los años vá haciendo que el mar retroceda y pierda terreno. Sus principales afluentes, de los que treinta eran navegables, son en la orilla derecha: el Tanaro (*Tanarus*), el Trebia (*Trebia*), el Reno (*Rhenus*), que contiene la isla de los Triumviros; en la orilla izquierda: el Tessino (*Ticinus*), el Adda (*Addua*), que es el mas grande de todos los afluentes del Pó, el Oglio (*Ollius*), y el Mincio (*Mincius*). Muchos de estos rios han producido grandes lagos, llenando las cuencas naturales abiertas en los terrenos que cruzan; así el Tesino ha formado el

lago Mayor (*Verbanus*) que tiene 62 kilómetros de longitud; el Adda, el lago de Como (*Larius*) de 53 kilómetros; el Oglio, el lago de Iseo (*Sevinus*) de 22 kilómetros; el Sarca, el lago de Garda (*Benacus*), de 53 kilómetros, de donde sale con el nombre de Mincio.

Al Este del Mincio, que es el último afluente de la orilla izquierda del Pô, bajan desde los Alpes al Adriático: el Adige (*Athesis*), que es el rio mas grande de Italia despues del Pô, porque recorre una estension de 400 kilómetros; el Bacchiglione y el Brenta (*Medoacus major et minor*, 98 y 178 kilómetros); el Piave (*Plavis*, 222 kilómetros); el Tagliamento (*Tildventum*, 53 kilómetros); el Isonzo (*Sontius*, 89 kilómetros); el Timavo (*Timavus*), y el Arsa (*Arsia*, 31 kilómetros).

Los Apeninos envian al mar de Toscana, de Norte á Sur, el Magra (*Macra*, 58 kilómetros); el Arno (*Arnus*, 244 kilómetros); el Tevero (*Tiberis*, 356 kilómetros), aumentado con las aguas del Chiana (*Clanis*), del Nera (*Nar*) y del Teverone (*Anio*), que entre los 42 rios que recibe el Tiber es el único que merece el nombre de rio; el Garigliano (*Liris*, 111 kilómetros), que, como el Tiber, recorre una larga estension de Norte á Sur antes de desembocar en el mar por entre los pantanos de Minturnes; el Volturno (*Vulturnus*, 133 kilómetros); el Sele (*Silarus*) y el Lao (*Laus*). Al Adriático desaguan, de Norte á Sur, desde el Pô: el Pisatello (*Rubico*), el Metauro (*Metaurus*), el Esino (*Æsis*), el Fronto (*Frontus*, 89 kilómetros); el Pescara (*Aternus*, 133 kilómetros); el Sangro (*Sangrus*, 133 kilómetros); el Tiferno (*Tifernus*, 93 kilómetros); el Fortore (*Fronto*, 129 kilómetros); y el Ofanto (*Aufidus*, 183 kilómetros). Pero todos estos rios de la Italia peninsular tienen el carácter caprichoso de los torrentes que bajan de las montañas: anchos y rápidos en la primavera, en la época en que se derriten las nieves, se secan en verano, y aun los mas considerables, están casi inútiles en todo tiempo para la navegacion.

A los lagos que hemos nombrado de la Italia alta, tenemos

que añadir los de Nemi (*Nemorensis*), Albano (*Albanus*), Gabi (*Gabinus*) y Regillo (*Regillus*), en el Lacio; los de Averna y Lucrino en la Campania; los de Bracciano (*Sabatinus*), Bolsena (*Vulsinensis*), Ronciglione ó Vico (*Ciminius*), Bassano (*Vadimonius*), Perugia (*Trasimenus*), el Palude Chiana (*Clusinus*) en Toscana; por último, el de Celano (*Fucinus*), cuyos desbordamientos constituian un peligro continuo para el país de los Marsos.

Costeando las orillas del mar de Toscana es donde se estienden todos los pantanos de la Italia peninsular, esceptuando los que se encuentran al Norte y al Sur del monte Gargano. Plinio el jóven hablaba de la insalubridad de las costas de Etruria, en donde comenzaba ya la *Maritima*. César y Augusto intentaron inútilmente secar las lagunas Pontinas, que ocupan un espacio de cerca 30 leguas cuadradas. La Campania tenia los pantanos de *Minturnæ* y de *Maricæ* (Marisma del Garigliano), el *Linterna Palus* (Lago de la Patria) y el *Acherusia Palus* (Lago de Fusaro).

Islas.

Como el Apenino proyecta hácia el Oeste todos sus contrafuertes, y vá á morir al Sur, al Oeste y al Sur se encuentran los promontorios y las islas. En efecto, las costas del mar de Toscana y del mar Jónico se hallan cortadas por golfos estensos y puertos naturales que llaman el comercio y la navegacion, así como las dilatadas llanuras que se estienden detrás de ellos convidan á la agricultura. Por último, á lo léjos, y mar adentro, se estienden islas que parecen estar colocadas en frente de cada grande promontorio. La costa italiana del Adriático, es por el contrario lisa y sin puertos, y el navegante que iba huyendo de los piratas líburnios y del inextricable laberinto de sus islas, no hallaba refugio en toda aquella costa inhospitalaria mas que en el fondo del Adriático, en las lagunas de Venecia. De aquí resultaron tres pueblos distintos y enemigos: al Oeste y al Sur,

los mercaderes en la costa y los labradores en las llanuras; al Este, los pastores en la montaña, ó para llamarlos por sus nombres históricos, los griegos italistas y los Etruscos, que hicieron durante mucho tiempo todo el comercio de la península, los Romanos y los Latinos, los agricultores mas hábiles y entendidos de Italia, los Sabinos y los Samnitas.

Las islas mas importantes eran: *Ilva* (Elba), en frente del promontorio de Populonium y muy nombrada por sus minas de hierro, que, segun la creencia de los antiguos, se reproducian por sí solas; *Pontia* y *Pandataria*, al Sur del promontorio de Circei; *Ænaria* ó *Pithicusa* (Ischia), y *Prochyta* (Prócida), en frente del cabo Miseno; *Caprerœ* (Capri), en frente del cabo de Sorrento.

La *Sicilia* ó la isla de los tres promontorios (*Pelorum*, *Pachynum*, y *Lilybœum*), con el grupo de las islas *Egates* (Tavagnana, Mavetimo y Levenzo) y de las islas *Eólias* (Lipari), pertenece á la Italia, de la que sin duda alguna es la continuacion.

La *Córcega* y la *Cerdeña*, aunque situadas mas léjos de aquella península, son todavía dependencias geográficas suyas, y en todos tiempos se han hallado en estrechas relaciones con ellas. La superficie de estas tres grandes islas constituye casi la cuarta parte de la superficie total de la Italia.

Pasos de los Alpes.

La Italia solo era accesible por un escaso número de gargantas ó pasos que dejan entre sí las cumbres de los Alpes, ó que forman en ambos estremos de la cordillera, al inclinarse hácia el mar. Los caminos que siguieron las legiones romanas para pasar á la Galia, á la Helvecia, á la Recia, al Noricum y á la Iliria, eran diez: el primero cruzaba los alpes marítimos; otros cinco pasaban por el monte Ginebra, el monte Cenis (*Cenisius*), el pequeño San Bernardo (*Alpis Graja*), el gran San Bernardo (*Pennianus mons*) y el San Gotardo (*Adulas mons*); el séptimo seguia por el lago de Como y subia por el Valtelino; el octavo cruzaba el monte Brenner; el noveno la

garganta de Tarvis, y el décimo conducia á la Iliria por los Alpes julianos.

Pero estos caminos, aunque difíciles y peligrosos en su mayor parte, abrian igualmente la Italia á los ataques exteriores. Por allí fué, precisamente, por donde recibió sus primeros habitantes, por allí entraron, tambien, los Galos y Aníbal; y despues no se libró de las invasiones de los Bárbaros, ni de ninguna de las guerras europeas, no obstante de su terrible barrera de los Alpes, no obstante de sus cumbres colosales que, «vistas desde cerca, parecen gigantes de hielo colocados para defender la entrada de aquella hermosa comarca.»

Ilirios y Pelasgos.

Todos los países que rodean la Italia contribuyeron á formar su poblacion; España le envió las tribus iberas de los Sicanos y los Ligurios; Galia, los Celtas umbríos; los grandes Alpes, los Etruscos de la Rétia; la Iliria, numerosas tribus pelásgicas; por último, la Grecia, las colonias helénicas, á cuyos pueblos hay que añadir los indígenas ó autoctones de la Italia central. Es muy importante observar esta diferencia de raza en las poblaciones italianas, porque necesariamente arrastraba en pos de sí una diferencia de lenguas, de costumbres y de caracteres que impedia que todos aquellos pueblos se mirasen como hermanos, que se uniesen en una misma causa, y para la defensa de los mismos intereses. Añádase á esto la naturaleza física de la Italia, de esa península larga y angosta, cruzada en toda su longitud por una cadena de montañas, y surcada á cada paso por cadenas transversales que cubren el país de innumerables valles. En terreno tan quebrado, con una poblacion de tan variado orígen, era imposible que se formase un gran pueblo; cada valle iba á convertirse en territorio de una colonia, y las proporciones de todo Estado se reducirian á las de una tribu, de una ciudad.

En épocas remotas y casi desconocidas fué cuando la Italia recibió la mayor parte de las colonias que acabamos de

mencionar. Las mas antiguas, que llegaron hácia 1700 y 1600, parece que fueron las de los *Pelasgos* y los *Ilirios*, dos pueblos que acaso sea preciso considerar como de la misma raza, y que poblaron todas las costas de la península itálica, así como ocupaban ya toda la orilla oriental del Adriático. En un principio, los *Mesapios*, que se dividian en *Salentinos* y *Calabreses*; ocupaban la Yapignia al Sur, lo mismo que los *Peucetianos* ó *Pediculos*, y los *Daunios*; luego, en la otra península (Lucania y Brucio), los *Œnotrianos*, los *Chonos* y los *Morgetes*. Subiendo hácia el Norte, entre los Apeninos y el mar superior, se encontraba á los *Liburnos*, y detrás de ellos al Norte del Pó y á orillas del Adriático, los *Venetos*, que tenian por su capital á *Patavium*. Otros Pelasgos ó Ilirios, los *Siculos*, cubrieron al propio tiempo una parte del valle del Pó y las costas occidentales de la Italia.

Iberos y Celtas.

Pero, hácia 1500, las tribus iberas de los *Sicanos* y los *Ligurios*, expulsadas de España por una invasion céltica, se esparcieron á lo largo de la orilla del mar, desde el Ródano hasta las fronteras de la Etruria, y por las tierras hasta el Pó y el Tesino; y aun algunas pasaron á la Córcega. Ponderaban su actividad incansable, su sobriedad, su valor, su agilidad. Los veremos pelear durante cuarenta años para conservar su libertad. Los Sicanos, que eran de las tribus iberas, la que estaba mas adelantada hácia el Sudeste, obligaron á los *Siculos* á alejarse de las orillas del Arno. Estos Pelasgos encontraron en el Lacio á otros enemigos que los rechazaron hácia el Sur, desde donde pasaron, por fin, á la isla que aun lleva su nombre. Los Sicanos, oprimidos á su vez por los Umbrios, sufrieron la suerte de aquellos á quienes antes vencieran, y les siguieron á su nueva comarca.

Estos *Umbrios* (*Ambra*, los nobles, los valientes) eran Galos que, habiendo llegado á Italia hácia 1400, despues de sangrientos combates se apoderaron de toda la llanura del Pó,

rechazaron hácia el Sur á los *Liburnos*, de los que apenas subsistieron algunos restos en las orillas del Aterno bajo el nombre de *Preticios* y *Pelignios*, y fueron mas allá de los Apeninos, á someter tambien el país situado entre el Tiber y el Arno. La dominacion umbría se estendió entonces desde la Italia alta hasta el Tiber. Aquel territorio estenso fué dividido en tres provincias: la *Issumbria* (Umbría baja), que comprendió las llanuras que atraviesa el Pó; la *Ollombria* (Umbría alta), entre el Adriático y los Apeninos; por último, la *Vilumbria* (Umbria marítima), al lado opuesto de los Apeninos hasta el mar inferior. Allí se alzaron numerosas ciudades de las que las principales fueron *Ravena*, *Ariminum* y *Ameria*.

Tirrenos y Helenos.

La oscuridad en que se hallan envueltas aquellas épocas remotas no ha permitido conciliar todavía las diferentes tradiciones que nos quedan respecto de los movimientos de pueblos de que entonces fué teatro la Italia. Así, por ejemplo, numerosos testimonios y monumentos indestructibles atestiguan la existencia en la comarca situada entre el Tiber y el Arno, de *Pelasgos tirrenos*, pero sin que pueda saberse en qué época llegaron allí, ni como se apoderaron del país. Acaso deba atribuirse esa primera civilizacion de la Etruria á los Pelasgos siculos y á la colonia tirrena que segun Herodoto y los autores latinos, fué desde Lidia á establecerse á orillas del Tiber, y se estendió desde allí á toda la Umbría marítima.

Los sucesos que siguieron á la guerra de Troya llevaron nuevas colonias á la Península. La del Arcadio Evandro en *Pallantium*, sesenta años antes de aquella guerra; la del hijo de Anfiarao en Tibur, la de Eneas en el Lacio, y la fundacion de *Alba la larga* por su hijo Ascanio, pertenecen á las tradiciones mitológicas. Pero parece fuera de duda que despues de la caida de Troya, ó al menos en una época remota, algunos griegos desembarcaron en el Sur de Italia. Por eso,

en el golfo de Tarento, *Petilia* habia sido fundada, segun decian, por Filocteto; *Metaponte* por los Pilianos de Nestor; *Salento* por Idomeneo; *Dipontum*, *Argos*, *Hippium*, *Salapia*, *Canusium* y *Maleventum* (Benevento), por Diomedes y sus compañeros. Aun algunas islas pequeñas, situadas al Norte del monte Garganus, llevaban el nombre de *islas de Diomedes*.

Pero estos primeros establecimientos de la raza helénica en Italia, si son históricos, tuvieron escasa importancia. Habiendo quedado sin relaciones con la madre patria, perdieron gradualmente el carácter de ciudades griegas, debiéndose hacer una excepcion en favor de *Cumas*, fundada en las costas de la Campania hácia 1130 ó 1050, por unos Eolios procedentes de Calcis en Eubea y de Cima en Eolia. Alcanzó muy luego un alto grado de poderío, ocupó las islas pequeñas inmediatas á la costa, y fundó tres ciudades célebres bajo diferentes títulos: *Dicearchia* ó *Puteoli*, (Puzoles) que le sirvió de puerto; *Partenope*, llamada tambien *Paleopolis* ó *Neapolis* (Nápoles), y por último *Zancle* ó Mesina en Sicilia.

Oscios y Sabelianos.

En medio de aquellos pueblos estrangeros que se habian fijado en el Sur y en el Norte de Italia, existian dos razas indígenas, los Sabelianos y los Oscios. Los Oscios ú Opicos, llamados tambien por los griegos Ausonios y Auroncios, habitaban en el territorio que se estendia desde el Tiber hasta las montañas de Benevento. Los Siculos, en el tiempo de su poderío, habian poseido la tierra de los Opicos, pero despues que hubieron perdido las llanuras del Pó y de la Etruria, una tribu de los Oscios, la de los *Casci*, denominados mas tarde *Aborijenas*, bajó de los países montañosos situados entre *Amiterne* y *Reate*, y se apoderó de las campiñas que se estienden por la orilla izquierda del Tiber. Los Casci, por su mezcla con Umbrios, Tirrenos, Siculos y Ausonios, formaron el nuevo pueblo de los *Latinos*. Las demás tribus ausonias aprovecharon, sin duda, en la misma época, la debilidad de los Siculos

para entrar de nuevo en posesion de las llanuras de la Campania y del Lacio meridional, y los Latinos tuvieron por vecinos, al Sur, á los *Rutulos*, los *Volscos*, los *Ernicos* y los *Auroncios*. En cuanto á la raza belicosa de los pastores Sabelianos, no formaba aun mas que un solo pueblo, el de los *Sabinos*, que habitaban en el Norte de la comarca denominada mas tarde Samnium.

Tal era, pues, la situacion de Italia, como unos once siglos antes de nuestra era. Al Norte, la poderosa nacion de los Umbríos, que, segun dicen, solo en la Isumbría y la Olumbría poseia trescientos pueblos ó aldeas, pero que se hallaba amenazada ya, por el Sudoeste, á causa de los ataques de los Tirrenos, de una decadencia próxima; en el fondo del golfo Adriático, los Venetos; en el fondo del golfo de Génova, los Ligurios; en la parte central y montañosa de la Península, los Oscios y los Sabelianos; al Este, sobre el Adriático, los restos de los Liburnios y los establecimientos pelásgicos de la Yapigia; al Oeste, en fin, los Enotrios en la Lucania y el Brucio llamado entonces *Italia*.

Etruscos.

En el trascurso del undécimo siglo apareció en Italia un nuevo pueblo, los *Rasenas* llamados tambien *Tuscios* y mas tarde *Tirrenos* cuando se hubieron mezclado con la colonia lidiense establecida antes que ellos en las costas del mar Inferior. Los Rasenas, que habian bajado de las montañas de la Recia, atravesaron las llanuras del Pó, traspusieron los Apeninos, y despues de haber subyugado á los Tirrenos, se detuvieron en la Umbría marítima en donde doce ciudades, fortificadas con esmero y habitadas por los conquistadores, mantuvieron á todo el pais bajo su dependencia (1). Una vez establecidos sólidamente en la Etruria, los Rasenas estendie-

(1)..... Al Este, *Arretium, Cortona, Clusium, Perusia, Volsinii; al Oeste, Volaterræ, Vetulonium, Rusellæ, Tarquinii; al Sur de la selva Ciminia, Falerii, Veii, Cære.*

ron gradualmente sus conquistas al Norte y al Sur. Los Umbríos, despojados de la Vitumbria, perdieron además los 300 pueblos que poseian á orillas del Pó, y atacados tambien en la Olumbria por los Rasenas del Oeste, y por los Sabinos del Sur, fueron rechazados hasta las orillas del Aesis, dejando desde entonces de formar una nacion temible. Las doce ciudades etruscas, para conservar sus conquistas en las llanuras del Pó, construyeron allí una ciudad cada una, y un vínculo federativo unió entre sí á aquellas doce colonias, como lo estaban ya sus metrópolis (1).

En una época posterior, sobre unos ochocientos años antes de nuestra era, los Etruscos se establecieron tambien en la Campania. Dueños aun de todas las islas pequeñas que se estendian por la costa occidental hasta Córcega y Cerdeña, llegaron á ser el pueblo mas mercantil é industrioso de las orillas del Mediterráneo. Rivales afortunados de los Griegos y de los Cartagineses acumularon en su poder riquezas inmensas; pero su prosperidad solo les dió corrupcion y debilidad. La prueba de esta prosperidad existe todavía en los monumentos funerarios descubiertos en Corneto, en Vulci, en Veyes, en Ceré., etc: el interior de las bóvedas está adornado con pinturas, y se han encontrado en ellas urnas y sarcófagos con magníficos bajos-relieves, espejos metálicos, jarrones pintados, una multitud de objetos de metales preciosos, cincelados ó labrados con esmero. Todas estas obras atestiguan la íntima relacion que habia entre el arte etrusco y el arte griego, y las numerosas reminiscencias del Oriente. En cuanto á la lengua, ha desaparecido. Es verdad que poseemos 1200 inscripciones etruscas, pero son ilegibles para nosotros.

La Italia en 754.

En el año 754 antes de nuestra era, no habia recibido aun la Italia sus últimas colonias. Si el centro de la península se

(1)..... Las principales eran *Melpum*, *Brixia*, *Verona*, *Mántua*, *Adria*, *Bononia*, *Mutina*, y *Parma*.

hallaba ocupado por los pueblos que habian de mantenerse como dueños de ella, aun no habian llegado los Galos á quienes estaba reservado el valle del Pó (1), ni los Griegos, cuyos numerosos establecimientos habian de hacer que se diese el nombre de Grande Grecia al Sur de la Italia (2). En cuanto á los pueblos establecidos hacia tiempo en la Península vivian apartados y desunidos, y por consiguiente desprovistos de poder, si bien conviene hacer una escepcion en favor de los Etruscos. Ningun pueblo tenia á la sazon en Italia posesiones tan dilatadas ni una civilizacion tan adelantada. Así pues, no debe causar estrañeza que ejerciesen tan grande influencia en la naciente Roma, que una parte de la religion, de las costumbres y de las artes de la nueva ciudad fuesen tomadas de Etruria, y que aun en varias ocasiones sufriese el ascendiente político de algunos gefes etruscos. Pero aquel gran pueblo, que dominaba desde los Alpes hasta el Vesubio, no se libraba tampoco de la division que parece ser el carácter necesario de todas las sociedades italianas. Los Etruscos, que habian bajado de las montañas de la Recia, en donde sin duda se hallaban divididos en tantas tribus como valles ocupaban, conservaron la misma division en sus nuevos establecimientos; en vez de tribus eran ciudades confederadas. Cada ciudad tenia su rey (lars ó lucumon), gefe de una aristocracia poderosa que reunia los privilegios de las castas egipcias, de los guerreros y de los sacerdotes, y constituía en patrimonio suyo hereditario la religion, la ciencia y la autoridad política.

En resúmen, en la Italia superior, Ligurios, Umbríos, Etruscos y Venetos; en el Norte de la parte peninsular, tambien Etruscos y Umbríos; en la Opica, á orillas del mar Tir-

(1) Hácia 587, los *Inoubrios* fundaron á Milan, y en el espacio de 66 años los *Cenomanos* se establecieron en Brixia y en Verona; los *Anamanos* en Plasencia; los *Boyos* en Bononia, los *Lingones* en la embocadura del Pó, y los *Senones* á lo largo del Adriático hasta el Aesis.

(2) Fundacion hácia 720 de la Colonia griega de Sibaris; 710, Crotona; 707, Tarento; 683, Locres; 668, Regium, Elea; 446, Turium.

reno, desde el Tiber hasto el Silarus, la multitud de las tribus ausonias con los Etruscos de las orillas del Vulturne; en los Apeninos, los pueblos sabelianos mezclados con Ausonios, y á orillas del Adriático, los Liburnos y los Pelasgos; en fin, al rededor del estenso golfo al que Tarento dió mas tarde su nombre, los restos de las tribus peláscicas ó ilirias, de las que se hallaban numerosos restos en todos los puntos de la península.

Así pues, en todas partes habia diferencia de orígen, y por consiguiente diferencia de costumbres y de idiomas, fraccionamiento en el seno de un mismo pueblo en tribus rivales, y por consiguiente, debilidad y guerras intestinas tambien en todas partes. Ahora, en medio de todos esos pueblos que han llegado á ser estrangeros los unos para los otros á consecuencia de un aislamiento prolongado, colóquese á un pueblo que ha llegado á hacer de la guerra una necesidad, del ejercicio de las armas un hábito, de la disciplina militar una virtud, y se comprenderá que ese pueblo triunfe sucesivamente de todas aquellas tribus que, atacadas unas despues de otras, verán demasiado tarde que la ruina de una era la amenaza y el anuncio de la próxima ruina de la otra.

PRIMER PERÍODO.

ROMA BAJO LOS REYES,

Ó

ÉPOCA DE LA FORMACION DEL PUEBLO ROMANO,

244 años (754-510 antes de J. C.)

CAPÍTULO II.

Historia tradicional de los Reyes (754-510.)

RÓMULO; FUNDACION DE ROMA (754).—EL ASILO; LAS SABINAS Y TACIO.—NUMA (714-672); INSTITUCIONES RELIGIOSAS. — TULIO HOSTILIO (672-640): RUINA DE ALBA.—ANCO (640-616); SUS GUERRAS CONTRA LOS LATINOS.—TARQUINO EL VIEJO (616-578); ORNATO DE ROMA; INTRODUCCION DE LAS COSTUMBRES ETRUSCAS.—SERVIO TULIO (578-534); REFORMAS POPULARES.—TARQUINO EL SOBERBIO, (534-510); SU PODER; LOS LIBROS SIBILINOS; LUCRECIA Y BRUTO.—DESTIERRO DE TARQUINO (510); GUERRAS REALES (510-494).

Rómulo; fundacion de Roma (754).

En los primeros tiempos, segun dicen las tradiciones, reinaba sobre los Aborígenes del Lacio un rey estrangero, hijo de Apolo, llamado Jano. Dió á Saturno, desposeido por Júpiter, el monte *Capitolino*, y el dios, en pago de esta hospitalidad, enseñó á los latinos el arte de cultivar el trigo y la viña. A Jano sucedieron Pico, Fauno y el Arcadio Evandro, que edificó una ciudad en el *Palatino*. Hércules tambien fué al Lacio, en donde abolió los sacrificios humanos y mató en el *Aventino* al bandido Caco. Así colocaba Roma, como todos

los pueblos antiguos, á dioses, semi-dioses y héroes en el orígen de su historia, y entre las ciudades anteriores á ella elegia á la mas ilustre por metrópoli. Eneas, habiéndose librado de la ruina de Troya, segun tambien la leyenda, fué á desembarcar en las costas del Lacio con su hijo Ascanio, los dioses penates y el Paladion de Troya. Latino, rey del país, acogió perfectamente al estrangero y le dió por esposa á su hija Lavinia. Pero en una batalla contra los Rútulos, Eneas, vencedor de Turno, desapareció en medio de las aguas del Numicio y le adoraron bajo el nombre de Júpiter Indigeto. Ascanio continuó la guerra y en un combate singular mató á Mecencio, aliado de Turno. Abandonando entonces la costa malsana en que su padre habia fundado Lavinia, fué á edificar Alba la Larga en el monte Albano. Allí se sucedieron doce reyes de la raza de Eneas; uno de ellos, Procas, dejó dos hijos, Numitor y Amulio. El primero, como mayor, debia heredar el reino, pero Amulio se apoderó de él, mató al hijo de Numitor, colocó á su hija Silvia entre las vestales, y solo dejó á su hermano una parte de las posesiones particulares de su padre. Ahora bien, un dia en que Silvia habia ido al manantial del bosque sagrado á buscar el agua necesaria para el templo, se le apareció Marte y prometió á la asustada doncella que tendria hijos divinos. Silvia, cuando llegó á ser madre, fué condenada á muerte con arreglo al rigor de las leyes del culto de Vesta, y á sus dos hijos gemelos los espusieron sobre el Tiber. El rio se hallaba desbordado á la sazon; su cuna, llevada suavemente por las aguas hasta el monte Palatino, se detuvo al pié de una higuera silvestre, y una loba, atraida por los gritos de los dos niños, los alimentó con su leche. Faustulo, pastor de los rebaños del rey, sorprendido por aquel prodigio, cogió á los dos niños y los entregó á su muger Acca Larencia, quien los llamó Rómulo y Remo.

Criados en el Palatino como hijos del pastor, crecieron fuertes y valientes. Los compañeros de Rómulo se llamaban los Quintilios, los de Remo, los Fabios; y ya se introducia la

division entre ellos. Sin embargo, un dia los dos hermanos trabaron disputas con los pastores del rico Numitor, cuyos rebaños pacian en el Aventino, y Remo, sorprendido en una emboscada, fué arrastrado por ellos á Alba delante de su amo. Las facciones del prisionero, su edad, aquel doble nacimiento, sorprendieron á Numitor, hizo que le llevasen á Rómulo, y Faustulo descubrió á ambos jóvenes el secreto de su nacimiento. Ayudados por sus compañeros, mataron á Amulio, y Alba entró de nuevo bajo el dominio de Numitor. En recompensa, este les abandonó todo el territorio que se estendia desde el Tiber al camino de Alba hasta la sesta milla, los dos hermanos, iguales en fuerza y en autoridad, se disputaron la honra de edificar en aquel parage una ciudad nueva. Confiaron la decision á los dioses, cuya voluntad se consultó por medio del augurio sabeliano del vuelo de las aves. Remo, desde el Aventino, fué el primero que vió seis buitres; pero casi en seguida se mostraron doce á la vista de Rómulo, sobre el Palatino, y los compañeros de ambos, impresionados por tan feliz presagio, pronunciaron el fallo en favor de este último.

Rómulo, con arreglo á los ritos etruscos, unció á un arado un toro y una ternera sin mancha, y con una reja de bronce trazó en torno del Palatino un surco que representó el circuito de los muros, el *Pomerium*, recinto sagrado, mas allá del cual comenzaba la ciudad profana, la ciudad sin auspicios de los estrangeros, de los plebeyos (21 abril 754.). Ya estaban levantando la muralla, cuando Remo, por escarnio, la saltó de un salto: pero Celer, ó el mismo Rómulo, le mató, esclamando: «Así perezca todo el que salte estos muros!»

El asilo; las Sabinas y Tacio.

Rómulo, para aumentar la poblacion de la nueva ciudad, abrió un Asilo en el monte Capitolino, y pidió á las ciudades vecinas que se uniesen á su pueblo por medio de casamientos. En todas partes se negaron con desprecio. «Abrid

tambien, decian, un asilo para las mugeres.» Rómulo disimuló su despecho, pero en las fiestas del dios Conso, hizo que arrebatasen á las jóvenes que habian acudido con sus padres á aquellos juegos. Los ofendidos no se pusieron de acuerdo para castigar este ultrage. Los Ceninios, que fueron los primeros que se lanzaron al combate, sufrieron una derrota completa; Rómulo dió muerte á su rey Acron, y consagró sus armas como ópimos despojos, á Júpiter Feretrio. Los Crustuminios y los Amtemnatas tuvieron la misma suerte, y perdieron sus tierras. Pero los Sabinos de Cures, conducidos por su rey Tacio, penetraron hasta el Capitolino y se apoderaron de la ciudadela por la traicion de Tarpeya. Por abrirles las puertas les habia pedido lo que llevaban en el brazo izquierdo, que eran brazaletes de oro, pero en el mismo brazo llevaban tambien las rodelas. Al entrar se las arrojaron y quedó ahogada bajo su peso. Entre tanto, los Romanos huian, cuando Rómulo, ofreciendo consagrar un templo á Júpiter Estator, renovó el combate; pero las Sabinas arrojándose entre sus padres y sus esposos, impidieron que continuase. Se estipuló la paz, y el fundamento de la grandeza de Roma quedó establecido por la union de los dos ejércitos.

Al cabo de cinco años fué muerto Tacio por los Lorentinos, á quienes se negaba á hacer justicia por un asesinato; los Sabinos consintieron en reconocer á Rómulo por su rey. Varias victorias obtenidas sobre los Fidenatos y los de Veies, justificaron aquella eleccion; pero un dia en que estaba pasando revista á sus tropas, cerca del pantano de la Cabra, una tormenta dispersó al pueblo; cuando volvió, el rey habia desaparecido. Próculo refirió á la multitud que habia visto á Rómulo elevarse al cielo en el carro de Marte en medio de los rayos y relámpagos. Le adoraron bajo el nombre de Quirino. El Senado le habia inmolado á sus temores, reservándose convertirle despues en dios para engañar la cólera del pueblo.

Numa (714-672); instituciones religiosas.

Los dos pueblos no pudieron entenderse para darle un sucesor, y durante un año gobernaron alternativamente los senadores por interregnos. Al fin convinieron en que los Romanos hicieran la eleccion, pero sin que esta pudiese recaer sino en un Sabino. Una voz nombró á Numa Pompilio, y todos le proclamaron; era el hombre mas justo y el favorito de los dioses. Inspirado por la ninfa Egeria, arregló las ceremonias religiosas, las funciones de los Pontífices, custodios del culto; de los Flaminos, ministros de los grandes dioses; de los Augures, intérpretes de las voluntades divinas; de los Feciales, que impedian las guerras injustas; de las Vestales que, elegidas por el gran sacerdote en las familias mas nobles, conservaban el fuego perpétuo, el Paladion y los dioses penates; y por último, las de los Sálios, que custodiaban la rodela caida del cielo *(ancile)*, y festejaban al dios de la guerra con cantos y con bailes de hombres armados. Prohibió los sacrificios sangrientos y la representacion de los dioses por medio de imágenes de madera, de piedra ó de bronce. Estimuló la agricultura, y á fin de regularizar sus trabajos, reformó el calendario. Para que cada cual viviese en paz con el fruto de su herencia, distribuyó al pueblo las tierras conquistadas por Rómulo, levantó un templo á la Buena Fe, y consagró los límites ó linderos de las propiedades (fiesta de las *Terminalias)*, consagrando á los dioses infernales á los que moviesen ó mudasen los mojones de las tierras. Además, dividió á los pobres en nueve gremios de artesanos, y construyó el templo de Jano, cuyas puertas, cuando estaban abiertas, anunciaban la guerra, y cuando cerradas, la paz. Pero en tiempo de Numa, «parecia que las ciudades vecinas habian respirado el hálito saludable de un viento dulce y puro que soplaba de la parte de Roma», y el templo de Jano permaneció siempre cerrado. Fuera de estos trabajos pacíficos, nada sabe la tradicion acerca del segundo rey de

Roma, y permanece muda respecto de ese largo reinado de 43 años.

Tulio Hostilio (672-640); ruina de Alba.

Al príncipe piadoso y pacífico sucedió el rey guerrero y sacrílego, á Numa, Tulio Hostilio. Tulio, nieto de un Latino cuyo abuelo habia peleado valerosamente al lado de Rómulo, amó á los pobres, les distribuyó tierras, y aun fué á vivir en medio de ellos en el Celio, en donde estableció á los Albanos vencidos.

Alba, la madre de Roma, casi habia llegado á ser estraña para su colonia, y mútuos robos y saqueos produjeron la guerra. Ambos ejércitos permanecieron durante mucho tiempo enfrente uno de otro, sin atreverse á empeñar una lucha sacrílega. Por fin, los tres Horacios por Roma, y los Curiacios por Alba, decidieron en combate singular cual de los dos pueblos habia de mandar. La fortuna de Roma, y la destreza del único Horacio que habia quedado vivo, prevalecieron. Pero el vencedor mancilló su victoria con el asesinato de su hermana, que lloraba á uno de los Curiacios prometido suyo. Sentenciado á muerte por los Duunviros, solo logró librarse apelando al pueblo.

Alba se habia sometido; pero en una batalla sostenida contra los Fidenates, Mettio Fufetio, dictador de los Albanos, aguardó con sus tropas, en un lugar apartado, á saber el resultado del combate. «Tu corazon se ha dividido entre mis enemigos y yo, dijo Tulio; lo propio se hará con tu cuerpo;» y le ataron á dos carros de los cuales tiraron en direcciones opuestas. Luego, Alba fué destruida, su pueblo trasladado á Roma, al monte Celio, sus patricios admitidos en el senado, y sus hombres ricos entre los caballeros. Roma heredó las pretensiones de Alba á ocupar el rango de metrópoli de las ciudades latinas. Tulio volvió á pelear con buen éxito contra los Sabinos y los de Veies, cuya ciudad sitió; pero descuidaba el servicio de los dioses, y la cólera de éstos atrajo sobre Roma una enfermedad contagiosa que alcanzó

al mismo rey. Creyó hallar en los libros de Numa un medio de espiacion y el secreto para obligar á Júpiter Elicio á hacer revelaciones. Una falta que cometió en sus conjuros terribles atrajo el rayo sobre él, y la llama devoró su cuerpo y su palacio (640).

Anco (640-616); sus guerras contra los Latinos.

Su sucesor Anco, que dicen era nieto de Numa, favoreció y estimuló la agricultura á ejemplo de su abuelo, restableció la religion descuidada, é hizo escribir en unas tablas y esponer en el Foro las leyes que marcaban su ceremonial; pero no pudo como Numa, tener cerrado el templo de Jano, porque los Latinos rompieron la alianza estipulada con Tulio. Les tomaron cuatro ciudades, sus habitantes fueron establecidos en el Aventino, y el territorio de Roma se estendió hasta el mar. Anco encontró allí salinas y bosques que agregó al patrimonio real, y en la boca del Tiber halló un parage favorable en donde fundó el puerto de Ostia. Construyó el primer puente de madera sobre el Tiber (*pons Sublicius*), y defendió su entrada, por la parte de Etruria, con una fortaleza sobre el Janículo. Para amparar las habitaciones de los nuevos colonos en la orilla opuesta, trazó el foso de los Quirites, y para precaver los delitos, que se habian hecho mas numerosos con el aumento de poblacion, abrió en la toba del monte Capitolino la cárcel del Foro.

Tarquino el viejo (616-578); ornato de Roma; introduccion de las costumbres etruscas.

En el reinado de Anco habia ido un estrangero á establecerse en Roma. Era el hijo del Corintio Demarates, rico mercader de la familia de los Bagniades, el cual, huyendo de la tiranía de Cipselos, se habia retirado á Tarquinia, y desde allí á Roma. Supo grangearse la confianza de Anco, quien le dejó la tutela de sus hijos, y el afecto del pueblo que le proclamó rey.

Bajo el dominio de este príncipe, Roma se hermoseó y acrecentó su territorio. El Foro, despues de secado y rodeado de pórticos, sirvió para las reuniones y placeres del pueblo; la ciudad quedó ceñida por una muralla de piedra, se comenzo el Capitolio, y se niveló el circo para los espectáculos y juegos importados de Etruria. Los trabajos mas considerables que se hicieron fueron las cloacas subterráneas de las que aun subsiste una parte debajo de la Roma moderna. Para ejecutar tales obras, que al menos no tienen la grandiosa inutilidad de las construcciones egipcias, sin duda fué preciso someter al pueblo á fatigas penosas y al tesoro á gastos enormes. Pero el rey proveyó á todo con el botin arrebatado á los Sabinos y á los Latinos en guerras afortunadas que le valieron la posesion de las tierras comprendidas entre el Tiber, el Anco y la Sabinia de las montañas. La sumision de los Etruscos, que se dice le enviaron en señal de su derrota, los fasces, la corona, el cetro, la silla curul y el manto de púrpura, solo es una tradicion insegura é improbable.

Tarquino fué el primero que celebró un triunfó con toda la pompa etrusca, con el ropage sembrado de flores de oro y el carro tirado por cuatro caballos blancos. De su reinado data, sin duda, la introduccion en Roma de los trages etruscos, las vestiduras reales, los mantos de guerra, la pretexta, la túnica palmada, las sillas curules, las fasces, los lictores, etc. Lo que es mas grave, es la admision de cien plebeyos en el senado, y la formacion de tres nuevas centurias de caballeros. En vano se opusieron á ello los patricios por boca del augur Atto Navio. Sin embargo, este habia apoyado su oposicion con un milagro. «Augur, dijo el rey, ¿puede verificarse la cosa en que estoy pensando?—Sí, contestó Navio despues de haber observado el cielo.—Pues corta esta piedra con una navaja de afeitar.» El augur la tomó y la cortó. Para que el pueblo tuviese incesantemente este recuerdo en la memoria, junto á un altar en que fueron depositadas la piedra y la navaja colocaron la estatua de Navio, con la cabeza cubierta con un velo, como en el momento en que el augur

aguardaba las revelaciones de los dioses. Desde entonces, nadie se atrevió ya á dudar de la ciencia augural, y el rey y despues de él la aristocracia, tuvieron el medio de hacer hablar á los dioses para imponer su voluntad al pueblo.

Hacia 30 ó 40 años que reinaba Tarquino, cuando un dia dos pastores apostados por los hijos de Anco trabaron disputa en las cercanías de la morada real; llamados ambos ante el rey, uno de ellos aprovechó el momento en que el príncipe escuchaba al otro para partirle la cabeza de un hachazo. Tanaquilda mandó cerrar en seguida las puertas del palacio, y declaró al pueblo que el rey, que solo estaba herido, encargaba á su yerno Servio que gobernase en lugar suyo. Durante varios dias ocultó su muerte, y cuando se supo, Servio permaneció siendo rey, sin haber sido aceptado por el conjunto de las curias, pero con el consentimiento del senado (578).

Servio Tulio (578-534); reformas populares.

En la tradicion romana, Servio era hijo de una esclava ó del príncipe Corniculo, muerto en una guerra contra los Romanos; su orígen incierto estaba rodeado de misterios, y se habia criado en el palacio del rey en medio de los prodigios y de los signos evidentes del favor de los dioses. Pero los escritores toscanos pintaban á Servio como fiel compañero de Celes Vibena, gefe de un ejército de mercenarios etruscos. Servio, segun decian, despues de haber compartido durante mucho tiempo su fortuna, habia ido á establecerse en Roma sobre el monte Celio con los restos de su ejército; entonces cambió su nombre etrusco de Mastarna por el nombre romano de Servio, y obtuvo la dignidad real.

Servio dió á Roma la estension que tuvo en tiempo de la república, uniendo á la ciudad por medio de una muralla, con el Viminal, el Esquilino y el Quirinal; luego la dividió en cuatro barrios ó tribus urbanas, Palatina, Suburana, Colina y Esquilina; cada barrio tenia su tribuno que formaba las listas para las contribuciones y el servicio militar. El ter-

ritorio fué dividido en 26 cantones, denominados tambien tribus, y todo el pueblo, con arreglo al censo, en seis clases y en 193 centurias. En el esterior estipuló Servio una alianza con las 30 ciudades latinas, y para estrechar mejor los vínculos, levantaron á comunidad de gastos un templo á Diana en el monte Aventino, donde tambien fueron á sacrificar algunos pueblos sabinos. Una guerra contra los de Veies y los Etruscos concluyó por un aumento de territorio; pero la distribucion que de estas tierras hizo á los pobres aumentó mas aun el ódio de los patricios, cuyo poder habia menguado considerablemente con sus leyes. Por eso favorecieron la conspiracion que se fraguó contra el rey popular.

Las dos hijas de Servio se habian casado con los dos hijos de Tarquino el Viejo, Lucio y Aruns. Pero la ambiciosa Tulia habia sido desposada con Aruns, el mas blando y bondadoso de los dos hermanos, y su hermana con Lucio, quien por su orgullo y crueldad mereció el sobrenombre de Soberbio. Tulia y Lucio tardaron muy poco en comprenderse y en unir sus criminales esperanzas. Tulia se desembarazó de su marido y de su hermana por medio del veneno para casarse con Lucio. Servio, abrumado de dolor, quiso abandonar la corona y establecer el gobierno consular. Este fué el pretesto que ofreció Lucio á los patricios para derribarle. Un dia, mientras el pueblo estaba en los campos para verificar la siega, apareció en el senado revestido de las insignias reales, precipitó al anciano rey desde lo alto de las gradas de piedra que conducian á la curia, é hizo que le matasen sus secuaces; Tulia, cuando acudió presurosa para saludar como rey á su esposo, hizo rodar su carro por encima del cadáver sangriento de su padre. La calle conservó el nombre de *Via Scelerata*, y el pueblo no olvidó á aquel que habia querido fundar las libertades plebeyas, y en cada dia de Nonas festejaba el natalicio del buen rey Servio (534).

Tarquino el Soberbio (534—510); su poder; los libros Sibilinos; Lucrecia y Bruto.

Al rey sucedió el tirano. Tarquino, rodeado de una guardia de mercenarios, y secundado por una parte de los senadores á quienes habia ganado, gobernó sin cuidarse de las leyes: despojando á unos de sus bienes, desterrando á los otros, y castigando con pena de muerte á cuantos le inspiraban temores. Para asegurar su poder se alió con extrangeros, y dió su hija á Octavio Mamilio, dictador de Tusculo. Roma tenia su voto en las ferias latinas, en las que los gefes de 47 ciudades, reunidas en el templo de Júpiter Laciario, en el monte Albano, ofrecian un sacrificio comun y celebraban su alianza con fiestas. Tarquino cambió estas relaciones de igualdad por una dominacion verdadera, y convertido en gefe de la confederacion latina, á la cual pertenecian tambien los Hernicos y las ciudades volscas de Ecetra y de Ancio, sitió y tomó la rica ciudad de Suesa Pomecia, que sin duda se negaba á entrar en la liga. Gabies, en el Lacio, sufrió la misma suerte. En las tierras arrebatadas á los Volscos fundó Tarquino las colonias de Signia y Circei.

Tarquino, como su padre, gustaba de la pompa y de la magnificencia. Llamó á obreros etruscos hábiles, y con el botin cogido á los volscos terminó las cloacas y el Capitolio. Al cavar en el suelo para poner los cimientos de aquel edificio, encontraron una cabeza que parecia cortada recientemen, señal, segun dijeron los augures, de que aquel templo seria la cabeza del mundo. Debajo del Capitolio encerraron en un arca de piedra los libros sibilinos. Una profetisa, la sibila de Cuma, era quien habia ido, bajo las facciones de una vieja, á ofrecer al rey que le venderia nueve libros. Habiéndole dado una negativa, quemó tres libros, y volvió á pedir la misma cantidad por los otros seis. Una segunda negativa le hizo quemar los otros tres. Tarquino, sorprendido, compró los que quedaban y los confió á la custodia de dos patricios.

Sin embargo, algunas señales amenazadoras asustaron á la familia real. Tarquino, con el fin de conocer los medios de aplacar á los dioses, envió á sus dos hijos y á su sobrino Bruto, que se fingia insensato para librarse de sus recelosos temores, á consultar al oráculo de Delfos, cuya nombradía habia llegado hasta Italia. Cuando el dios hubo contestado, los jóvenes preguntaron cuál de los hijos del rey le sustituiria en el trono. «El que primero bese á su madre», dijo la Pitonisa. Bruto comprendió el sentido oculto del oráculo: se dejó caer al suelo, y besó á la tierra nuestra madre comun.

Al regresar encontraron á Tarquino bajo los muros de Ardea, capital de los Rútulos. Las operaciones se dilataban en demasía, y los jóvenes príncipes procuraban atenuar el fastidio del sitio por medio de fiestas y juegos, cuando un dia se suscitó entre ellos aquella disputa fatal sobre el mérito de sus mujeres. La de Tarquino Colatino, Lucrecia, á quien hallaron en medio de sus criadas, hilando y presidiendo los trabajos domésticos, fué proclamada como la mas virtuosa. Pero el atentado de Sexto y la muerte de Lucrecia, que se mató por no sobrevivir á aquella deshonra involuntaria, atrajeron sobre la cabeza de los Tarquinos la maldicion de los dioses. Bruto se trasladó desde Colacia á Roma con un cuerpo de tropas, enseñando el cadáver ensangrentado de la víctima y llamando á la venganza al senado que Tarquino habia diezmado, y al pueblo, al que habia abrumado con odiosas fatigas para llevar á cabo sus construcciones. Un senado-consulto confirmado por las curias, proclamó el destronamiento del rey, su destierro y el de todos los suyos. Luego, Bruto se trasladó presuroso al campamento y le sublevó, mientras Tarquino, que habia vuelto con toda celeridad á Roma, encontraba sus puertas cerradas y se veia reducido á refugiarse con sus hijos, Tito y Arnus, en la ciudad etrusca de Cere. En aquel mismo año se amancipaba Atenas de la tiranía de los Pisistratos (510).

Destierro de Tarquino (510); guerras reales (510-494).

Reclamaba el pueblo, en pago de su concurso, las leyes del buen rey Servio y el establecimiento del gobierno consular; el senado consintió en ello, y los comicios centuriados proclamaron cónsules á Junio Bruto y Tarquino Colatino, y luego á Valerio, cuando Tarquino, habiendo llegado á ser sospechoso por razon de su nombre, emigró á Lavinia.

Entretanto, Cere solo ofreció al rey fugitivo un asilo. Pero Tarquinia y Veies enviaron á Roma á pedir su restablecimiento, ó cuando menos, la restitucion de los bienes de su familia y de las de aquellas que le habian seguido. Durante las negociaciones, los diputados fraguaron una conspiracion con algunos patricios jóvenes que preferian el servicio brillante de un príncipe al reinado de las leyes, del órden y de la libertad; el esclavo Vindex descubrió la conjuracion; cogieron á los culpables, y entre ellos á los hijos y algunos otros parientes de Bruto, quien ordenó y presenció friamente su suplicio. Se concedieron á los emigrados veinte dias de término para regresar á la ciudad. Con el fin de lograr que el pueblo se adhiriese á la causa de la revolucion, se les concedió el saqueo de los bienes de Tarquino, y cada plebeyo recibió siete fanegas de tierra de las posesiones reales. La llanura que se estendia entre la ciudad y el rio, y que Tarquino habia convertido en patrimonio suyo, fué consagrada á Marte (Campo de Marte).

Sin embargo, un ejército de Veies y de Tarquinios marchaba sobre Roma; las legiones le salieron al encuentro, y en un combate singular fueron heridos mortalmente Bruto y Arnus. La noche separó á los combatientes, sin que se pudiese decir quienes eran los vencedores. Pero á la media noche se oyó como una voz fuerte que salia de la selva Arsia y pronunciaba estas palabras: «Roma ha perdido un guerrero menos que el ejército etrusco,» y este, aterrado, huyó. Valerio entró en triunfo en Roma y pronunció el elo-

gio fúnebre de Bruto; las matronas honraron al vengador del pudor ultrajado llevando luto durante un año, y el pueblo puso su estátua, con una espada en la mano, en el Capitolio, cerca de las de los reyes que aun se hallaban protegidas por un terror supersticioso.

La adhesion á la cosa pública, la piedad hácia los dioses y las hazañas heróicas, honraron á la naciente libertad. Valerio, sabiendo que inspiraba sospechas por su casa edificada de piedra, mas arriba del Foro, la hizo demoler en una noche, y por sus leyes populares mereció el sobrenombre de Publícola; Horacio, á quien durante la dedicacion del Capitolio anunciaron la muerte de su hijo, pareció que no oia aquella desgracia doméstica, porque rogaba á los dioses por Roma; por último, cuando Tarquino armó á Porsena contra su antiguo pueblo, Horacio Cocles defendió por sí solo un puente contra un ejército; Mucio Scévola, delante de Porsena que quedó lleno de admiracion y espanto, puso su mano en un brasero ardiendo para castigarla por haberse engañado matando en vez del rey, á uno de sus oficiales; y Clelia, entregada en rehenes al príncipe etrusco, se escapó de su campo y atravesó el Tiber á nado. Luego vino el canto de guerra de la batalla del lago Regilio, el último esfuerzo de Tarquino que, abandonado por Porsena, habia sublevado tambien el Lacio. Todos los jefes se encontraron allí en combate singular, y perecieron ó fueron heridos. Como en los tiempos Homéricos, los mismos dioses tomaron parte en aquella lucha suprema. Durante la accion, dos guerreros jóvenes y de elevada estatura, montados en caballos blancos, pelearon á la cabeza de las legiones, y fueron los primeros que penetraron en los atrincheramientos enemigos. Cuando el dictador Aulo Postumio quiso darles la corona obsidional, los collares de oro y los ricos presentes prometidos á los que primero hubiesen entrado en el campo real, ellos habian desaparecido; pero en la misma noche vieron en Roma á dos héroes cubiertos de sangre y de polvo, que lavaron sus armas en la fuente de Yuturna y anunciaron

al pueblo la victoria: eran los Dioscuros. Durante varios siglos mostraron la huella gigantesca de una pata de caballo impresa en la roca del campo de batalla (496).

La victoria fué sangrienta. Por parte de los Romanos tres Valerios, Herminio, el compañero de Cocles, Ebucio, el maestre de la caballería, quedaron en el campo de batalla ó salieron heridos. Por parte de los Latinos sucumbieron, Octavio Mamilio, el dictador de Alba y el último hijo de Tarquino. El mismo rey, herido de un lanzazo, solo sobrevivió á su raza y á sus esperanzas para terminar su vejez miserable al lado de Aristodemo, tirano de Cumas.

Tales eran las leyendas que los Romanos gustaban de referir acerca de aquellos tiempos primitivos de su historia, en las que la crítica puede entrar para destruir, pero no para edificar.

CAPÍTULO III.

Constitucion de Roma bajo el dominio de los Reyes.

ORIGEN PROBABLE DE ROMA.—TRIBUS; CURIAS; GENTES.—PATRICIOS Y CLIENTES; REUNION CURIAL; SENADO; REY; CABALLEROS.—PLEBEYOS; COLEGIOS SACERDOTALES Y CULTO.—INTRODUCCION DE LAS DIVINIDADES GRIEGAS; INFLUENCIA DE LOS AUGURES.—CONSTITUCION Y LEYES POPULARES DEL REY SERVIO.—DESPOTISMO Y TRABAJOS DE TARQUINO EL SOBERBIO; GRANDEZA DE ROMA.—LITERATURA Y ARTES.—COSTUMBRES DOMÉSTICAS.—EL PADRE DE FAMILIA; LA MUGER Y LOS HIJOS.—COSTUMBRES PÚBLICAS; PATRIOTISMO, ESPÍRITU RELIGIOSO, FIDELIDAD PARA LOS COMPROMISOS.

Origen probable de Roma.

Todos los grandes pueblos han rodeado su cuna de narraciones maravillosas. Tambien Roma quiso tener un orígen noble; así pues, su oscuro nacimiento fué ocultado bajo ficciones brillantes, y un jefe de aventureros se convirtió en hijo del dios Marte, en nieto del rey de Alba, en descendiente de Eneas! ¡Roma fué la hija y heredera de Troya!

Para nosotros, Rómulo, á quien si se quiere podrán hacer descender de la casa real de Alba, será uno de aquellos jefes de guerra, como los tuvo la antigua y la nueva Italia, y que llegó á ser rey de un pueblo al que la posicion de Roma, circunstancias afortunadas, la enérgica habilidad de su aristocracia, y sus costumbres belicosas y severas, dieron el imperio del mundo.

Hay testimonios numerosos que prueban que mucho tiempo antes de que Rómulo trazase un círculo en torno del Palatino, se hallaba habitada esta colina. Habia allí, pues, una antigua ciudad latina, la ciudad del Tiber, *Ruma*, que tenia las costumbres y las leyes del Lacio y de la Sabinia, es decir, el patriciado, la autoridad paterna, el patronato, la clientela, un senado, y quizás un rey; en una palabra, una organizacion política y religiosa antigua ya, que Rómulo, latino él tambien, no haria mas que adoptar. Iria á establecerse allí victoriosamente con su tropa, los *Celsi Ramnenses*, dando á la antiguna ciudad nueva faz y costumbres mas guerreras. Bajo este título podria pasar por fundador suyo, y sus compañeros por jefes de las casas patricias. Pero el rapto de las Sabinas produjo, á consecuencia de una transaccion y despues de una victoria, la ocupacion del Capitolino y del Agonal por los Sabinos de Cures. Las dos ciudades quedaron separadas, cada una tuvo su rey y su senado; para deliberar mancomunadamente, se reunian en la llanura (*comitium*) que se estendia entre las tres colinas. Despues de la muerte de Tacio, Rómulo quedó por jefe único de los dos pueblos, y decidieron que en lo sucesivo no hubiese mas que un senado y un rey.

Pero, ¿qué eran ese senado y esas primeras instituciones?

Tribus; curias; gentes.

Las tradiciones mas antiguas muestran al pueblo dividido en tres TRIBUS, los *Ramnenses* ó compañeros de Rómulo, los *Ticienses* ó sabinos de Tacio, y los *Luceres* cuyo orígen se atribuye á un jefe etrusco, llamado Lucumon, que dicen fué con una tropa numerosa á ayudar á Rómulo á edificar su ciudad, y á ganar sus primeras victorias. Pero la inferioridad política de esta última tribu, que al pronto no tuvo senadores ni vestales, haria que se le considerase como un pueblo vencido, y quizás los habitantes de la antigua ciudad en que Rómulo habia ido á establecerse por fuerza, y que,

en ciertos conceptos, quedarian bajo el peso de la conquista hasta la dominacion de Tarquino.

La tribu se dividia en diez *curias*, cada una de estas en diez decurias; á cada division de estas se hallaba destinado un tribuno, un curion y un decurion. Cada tribu contenia cierto número de familias políticas, ó *Gentes*, las cuales no se componian solo de hombres de la misma sangre, sino tambien de otros unidos por mútuas obligaciones, por el culto de un héroe venerado como el abuelo comun (*sacra gentilitia*), y por el derecho de heredarse unos á otros á falta de un testamento ó de herederos naturales. Por eso el número de estas familias políticas pudo ser rigurosamente determinado, y reducido á un guarismo poco elevado, 200 primero, y mas tarde 300.

Patricios y clientes; reunion curial; senado; rey; caballeros.

Los individuos de las *gentes* se dividian en dos clases: 1.° los que pertenecian á ellas por el derecho de la sangre, los patronos ó *patricios;* 2.° los que se habian asociado á ellas por ciertos compromisos, los *clientes*. Los primeros formaban la clase soberana, los verdaderos ciudadanos; los otros eran los pobres y todos cuantos habian preferido á una libertad sin garantía, la dependencia respecto de los grandes y de los fuertes, pero tambien su proteccion. El patrono daba en arriendo á su cliente una tierra pequeña; velaba por sus intereses, le asistía en justicia, y hacia por él, en una palabra, lo que hace un padre por sus hijos. El cliente, por su parte, tomaba el apellido de su patrono; le ayudaba á pagar su rescate, sus multas, el dote de su hija, y hasta los gastos necesarios para desempeñar sus funciones y sostener la dignidad de su rango. Les estaba recíprocamente prohibido citarse ante la justicia, deponer y votar uno contra otro, y por parte del cliente habria sido un crímen sostener un partido contrario á su patrono. Con las conquistas de la república se estendió el patronato á ciudades y pueblos enteros, y en las guerras civiles duplicó las fuerzas de los jefes.

En los negocios importantes, los individuos de las *gentes*, es decir, los patricios, se reunian en el *comitium* divididos en treinta curias (*Reunion Curial*), y allí por mayoría de votos, redactaban las leyes, decidian la paz y la guerra, recibian los emplazamientos y apelaciones, y conferian los cargos públicos ó religiosos.

Pero en los casos ordinarios, los jefes de las *gentes*, al pronto en número de 100, en el de 200 despues de la reunion con los Sabinos, y en el de 300 despues de la admision de las *gentes minores* bajo el dominio de Tarquino, eran los únicos á quienes se convocaba para despachar los asuntos corrientes (*Senado*). Así componian el consejo del magistrado que, bajo el nombre de *Rey*, era jefe y representante del Estado. El rey elegido á propuesta del senado, por la reunion de las 30 curias, desempeñaba las triples funciones de generalísimo, de gran sacerdote y de juez supremo. De nueve en nueve dias administraba justicia ó establecia jueces para administrarla en su nombre. Pero de sus sentencias se podia apelar al pueblo, es decir, á la reunion curial. Durante la guerra y fuera de las murallas era absoluta su autoridad. El era quien convocaba al senado y á la asamblea soberana, nombraba los senadores y formaba el censo. Tenia para su propia custodia, una guardia de 300 *caballeros* (celeres). Pero estos caballeros, escogidos entre los ciudadanos mas ricos, no eran probablemente sino una division militar de las tribus; durante la guerra formaban la caballería de las legiones. En ausencia del rey, un senador escogido por él gobernaba la ciudad bajo el nombre de *prefecto*. Por último, cuestores llamados *duumviri perduellionis* cuando figuraban como jueces en las causas criminales, vigilaban el cobro de los impuestos y la administracion de la hacienda.

Plebeyos.

Al lado de esas tres tribus, de ese pueblo de las familias patricias, único que formaba el estado, redactaba las leyes, suministraba individuos al senado, reyes y sacerdotes á la

república; que lo tenia todo: la religion, los derechos políticos y privados, las tierras, y en la multitud de sus clientes, un ejército fiel; mas abajo, en fin, de esa clase medio soberana, se encontraban hombres que ni eran clientes, ni servidores, ni individuos de las *gentes;* que no podian ingresar por medio de matrimonio legal en las familias patricias; que no tenian el poder paternal, ni el derecho de testar, ni el de adoptar; que no intervenian en negocio alguno, ni tomaban parte en ninguna deliberacion. Estos hombres eran los *Plebeyos*. Trasportados á los alrededores de Roma por la conquista, ó atraidos por el asilo, vivian como vasallos del pueblo que les habia recibido ú obligado á habitar en aquellas tierras; estraños á las tribus, á las curias, al senado, y como habia de decírselo mas tarde un Apio, sin auspicios, sin familia, sin antepasados, pero libres; poseyendo propiedades, ejerciendo oficios y el pequeño comercio que habia de enriquecerlos; arreglando sus diferencias por medio de jueces escogidos en su seno; no recibiendo órdenes sino del rey, y peleando en las filas del ejército romano para defender los campos que cultivaban y la ciudad á cuyo amparo habian edificado sus exíguas viviendas, muy luego los veremos convertidos en ciudadanos de Roma, merced á las leyes de Servio.

Colegios sacerdotales y culto.

En la tradicion, á Rómulo era á quien atribuian la honra de haber dado aquellas leyes políticas y civiles; Numa era considerado como el fundador de la religion. Tampoco en esta hubo sino imitaciones de lo que se hacia entre los vecinos pueblos, y lo mismo que respecto de Rómulo, es preciso admitir que Numa regularizó un estado de cosas que ya existia de antiguo. Roma no tuvo casta sacerdotal, porque los jefes de cada casa eran por sí mismos los sacerdotes de la familia (culto de los Lares y de los dioses Penates), y los curiones, en nombre de las curias, así como el rey en nombre del Estado, ejecutaban los sacrificios públicos. Por eso la reli-

gion, lo mismo que sus ministros, se hallaron siempre íntimamente enlazados con la política. Sólo las cuatro vestales, custodias del fuego sagrado, se hallaban consagradas á los altares; y aun al cabo de treinta años de servicio podian ingresar de nuevo en la vida civil. Habia otros siete *colegios* de sacerdotes: los dos Flaminios, los sacerdotes de los Celeres, los cuatro Augures, los Curiones, los doce Salios ó sacerdotes de Marte, los veinte Feciales, que presidian todos los actos internacionales, y los cuatro pontífices que, bajo la presidencia del gran Pontífice, velaban por el mantenimiento de las leyes y de las instituciones religiosas, fijaban el calendario, los dias fastos ó nefastos, y escribian los anales de la ciudad: de los ocho colegios, este era el mas respetado. Tambien el culto doméstico de ciertas familias formaba parte del culto público; así sucedia con las *Lupercales*, fiestas de Pan, destructor de los lobos, cuyo sacerdocio hereditario tenian las *gentes* Fabia y Quintilia; los sacrificios en honor de Hércules, que habian de verificarse por los Pinarios y los Póticos. Las *Palilias*, fiestas en honor de Pales, diosa de los pastores, y las *Ambarvalias*, especie de rogativas paganas celebradas por los hermanos Arvales, recordaban las costumbres de los primeros Romanos.

Ofreceria escaso interés detenerse en los innumerables pormenores de un culto que apenas se alejaba de ese fetiquismo que en otras partes fué la religion de todos los antiguos pueblos agricultores: el Quiris sabino (Marte representado por una lanza), el Júpiter Lapis, los dioses ó diosas de los barbechos, del escardamiento, del estiércol, del tizon, del molino y del horno, del miedo y de la fiebre, etc., en nada son superiores á los seres benéficos ó maléficos que adoran los pueblos que se hallan todavía en estado de barbarie. Nombremos tambien á Jano, dios de dos caras y árbitro de los combates, á Saturno, deificacion de la agricultura, al dios Término, custodio de los límites y de las propiedades.

Introduccion de las divinidades griegas; influencia de los augures.

El reinado de Tarquino el Viejo marca una nueva era en la existencia de Roma. Dícese que este príncipe expulsó del monte Tarpeyo á todos los dioses de Numa para levantar allí un templo á la gran familia del Olimpo griego, Júpiter, Juno y Minerva. Solo resistieron la Juventud y el dios Término, porque el pueblo romano nunca habia de envejecer, y sus fronteras nunca habian de retroceder. Ceres, que se identificó con Pales; Diana que se identificó con Feronia, protectora de los esclavos; Vulcano, á quien ya honraba Tacio; Minerva y Mercurio entablaron con los dioses indígenas una competencia peligrosa. Neptuno, Apolo, Baco, Cibeles y Vénus, no llegaron sino mas tarde. Con los dioses de Grecia entró en Roma el arte, y el Etrusco Vulcanio vació las primeras estátuas.

Pero tambien la Etruria dió algo de sí misma; el milagro hábilmente preparado por el Toscano Navio, popularizó en la ciudad el respeto hácia los augures. No hay duda alguna de que la época que vió á Roma adoptar tantas costumbres etruscas fué, tambien, la de la introduccion de la ciencia augural como religion de Estado y como medio de gobierno. El senado comprendió tan bien su importancia que no confió aquellas funciones sino á patricios enviados muy jóvenes á Etruria, para estudiar allí aquel arte misterioso. Los Romanos, que tanto habian multiplicado ya sus dioses, vieron desde entonces por todas partes *signos*, y se convirtieron en el pueblo mas supersticioso del universo. El canto ó el vuelo de un pájaro, un ruido desusado, un tropezon, el chisporroteo de la llama, los mugidos de la víctima, su agonía lenta ó rápida, el color y la forma de las entrañas, todo fué presagio, lo mismo para el individuo que para el Estado; y el apetito de las gallinas sagradas ó el tamaño del hígado de una víctima produjeron con frecuencia las decisiones mas graves.

Tarquino el viejo fué tambien el primero que reformó la antigua constitucion; formó cien nuevas familias patricias, cuyos jefes ingresaron en el senado (*patres minorum gentium*). Esta variacion vino á preparar en cierto modo el terreno para las grandes reformas de Servio.

Constitucion y leyes populares del rey Servio.

Ya se ha visto lo que eran los plebeyos, que estaban privados de todo derecho político, pero gozaban de la libertad personal. Desde el tiempo de Rómulo se habia acrecentado mucho su número; porque los reyes permanecieron fieles á su política de llamar á los vencidos á Roma para aumentar la poblacion militar. Hasta el reinado de Servio, la plebe estuvo sin direccion y sin unidad; pero este príncipe, que temia la enemistad de los patricios, buscó el apoyo de aquel pueblo numeroso y oprimido. Le reunió en el Aventino y obligó á la aristocracia, herida ya por las innovaciones de Tarquino, á recibir á los plebeyos como miembros de una misma ciudad.

Dos medios le sirvieron para lograr este objeto: las *tribus* y las *centurias*. Dividió el territorio romano en veinte y seis regiones, y la ciudad en cuatro barrios; en resúmen, eran treinta regiones ó tribus, de las que cada una contenia cierto número de patricios y de plebeyos: enseguida hizo el censo ó empadronamiento, que en lo sucesivo hubo de renovarse cada cinco años (*lustrum*). Cada ciudadano fué á declarar bajo juramento su nombre, su edad, su familia, el número de sus esclavos y el valor de lo que poseía. Una declaracion falsa hubiera producido la pérdida de los bienes, de la libertad y aun de la vida. Conociendo de este modo todas las fortunas, dividió á los ciudadanos con arreglo á sus bienes en seis clases, y cada una de estas en un número diferente de centurias. La primera clase tenia 98, mientras que las otras cinco reunidas no tenian mas que 95. En cada clase se distinguian los *juniores*, de diez y siete á cuarenta y seis años, que componian el ejército activo, y los *seniores*, que custo-

diaban la ciudad. La primera clase contenia tambien diez y ocho centurias de caballeros.

Clases.	Centurias.		Fortuna.	Armas.
1.ª	Seniores 40 Juniores 40 Equites 18	98	Lo menos 100.000 ases,—unos 30.400 rs.	Casco, rodela redonda de bronce (*clypeus*), coraza, martingalas, dardo, espada.
2.ª	Seniores 10 Juniores 10 Fabri 2	22	75,000 ases,—22.800 rs.	Iguales armas, sin coraza, con la rodela de madera oblonga (*scutum.*)
3.ª	Seniores 10 Juniores 10	20	50,000 ases,—15,200 rs.	Iguales armas, sin martingala ni cota de malla.
4.ª	Seniores 10 Juniores 10 Tubicines 2	22	25,000 ases,—7.600 rs.	Picas y flechas, sin armas defensivas.
5.ª	Seniores 15 Juniores 15	30	11.000 ases,—3,344 rs.	Hondas.
6.ª	Capite censi	1	Men. de 11.000 ases ó nada.	Ningun servicio.
		193		

Así pues, no era ya el nacimiento el que dividia á los ciudadanos en patricios y plebeyos, sino que con arreglo á su fortuna se determinaba á la vez su reparticion en las clases, su puesto en la legion, la naturaleza de sus armas, la cuota del impuesto que cada uno de ellos habia de pagar. Todas las centurias habian de contribuir al tesoro con una misma cantidad, y habian de tener en el campo de Marte los mismos derechos políticos. Pero la primera clase contaba noventa y ocho centurias, aunque era mucho menos numerosa, puesto que solo comprendia á los ricos; así pues, habia de suministrar mas de la mitad del impuesto, y sus legionarios, por la misma razon de su reducido número, habian de ser llamados con mas frecuencia bajo las banderas. Pero tambien por centurias se iban á contar en lo sucesivo los sufragios para decidir la paz ó la guerra, nombrar personas para los cargos y hacer las leyes: los ricos, divididos en noventa y ocho centurias, tendrian noventa y ocho votos en un total de ciento noventa y ocho, es decir, la mayoría, y por consiguiente una influencia decisiva en el gobierno.

En la nueva ley, los rangos se hallaban marcados con tanta exactitud como en la antigua constitucion; pero esta desigualdad quedaba desvanecida para los pobres por la honra de ser contados, por fin, en el número de los ciudadanos, y por las ventajas materiales concedidas á su condicion. Si los ricos tenian mas poder político, tambien pesaban sobre ellos todas las cargas: en la ciudad, la parte mas pesada del impuesto: en el ejército, el servicio mas frecuente, el armamento mas costoso y las posiciones mas peligrosas. Pero en aquella época no habia en Roma mas riqueza que las propiedades territoriales, y como casi todo el *ager romanus* y la mayor parte de las tierras conquistadas se hallaban en poder de los patricios, estos continuaban siendo lo mismo que antes, los dueños del Estado; por eso aquellas nuevas leyes que reconocian á los plebeyos como ciudadanos libres de Roma, y los llamaban, en proporcion á su fortuna, á deliberar y á votar acerca de los asuntos públicos, no variaban en realidad la condicion presente de las dos órdenes; sin embargo, se habia realizado un progreso inmenso. Al sustituir la aristocracia del nacimiento, poder inmutable, con la aristocracia del dinero, poder variable y accesible para todos, aquellas leyes preparaban las revoluciones por las cuales pasó Roma republicana.

Servio promulgó mas de cincuenta leyes que llevaban impresó el sello de ese carácter liberal que brilla en todas sus leyes políticas, como esta, por ejemplo, que fué abolida por Tarquino, y que el pueblo empleó cerca de dos siglos en reconquistar: «solo la propiedad del deudor, y no su persona, responderá de su deuda.» Por eso la gratitud popular protegió la memoria del rey plebeyo, que habia nacido en la esclavitud ó en estraña tierra, y se llegó hasta el estremo de creer que habia querido abandonar la corona para establecer el gobierno consular.

Despotismo y trabajos de Tarquino el soberbio; grandeza de Roma.

Pero Tarquino, cuando llegó á ser rey, destruyó las tablas en que constaba el resultado del empadronamiento, abolió el sistema de las clases, y prohibió las reuniones religiosas de los plebeyos; luego, sostenido por sus numerosos mercenarios, obligó al pueblo á concluir el circo, el capitolio y la cloaca grande. Contando en demasía con sus propias fuerzas, con sus aliados latinos y hérnicos, guardó tan poca consideracion á los grandes como al pueblo. Esta dominacion duró, empero, hasta que el atentado contra Lucrecia dió á la multitud una de esas pruebas injuriosas de servidumbre que producen las revoluciones con mucha mas seguridad, aun, que la sangre derramada.

Sin embargo, Tarquino habia llevado léjos el nombre de Roma. La grandiosidad de la poblacion, el esplendor de sus edificios, y sus 150,000 combatientes, prueban que constituia entonces uno de los Estados mas poderosos de Italia. Hasta Aureliano, es decir, durante cerca de ocho siglos, Roma permaneció encerrada en el recinto que Servio le habia construido, y que cubria una línea de siete millas romanas. Las aguas del Tiber estaban ya contenidas por muelles cuyos restos pueden verse aun en el dia, así como los de la *cloaca máxima*. Tambien subsisten las construcciones subterráneas hechas para levantar el Capitolio, y aquel templo, que fué digno de Roma en el tiempo de su poder, estaba concluido.

Por lo demás, la dominacion de Roma era entonces bastante estensa para que la grandeza del Estado se manifestase por la magnificencia de los edificios. En el tratado estipulado con Cartago, en el mismo año de la espulsion de Tarquino, todas las ciudades de la costa del Lacio, Ardea, Ancio, Circeya y Terracina, están designadas como súbditas de Roma. En el interior del país, Aricia le obedecia con el mismo título; Suesa Pomecia habia sido tomada, y Signia colonizada. Entre el Tiber y el Anio, le pertenecia toda la Sabinia

baja, y las narraciones relativas á Porsena prueban que, al Norte del rio, su frontera se estendia bastante léjos para que diez de sus treinta tribus tuviesen su territorio en Etruria. Su marina ó la de sus aliados no carecia de importancia, puesto que en el tratado con Cartago se vé que muchos mercaderes romanos traficaban hasta en Sicilia, en Cerdeña y en Africa.

Literatura y artes.

Respecto de aquella época remota no se puede hablar de ciencias, de artes ni de literatura. En Roma, en aquel tiempo, apenas sabian grabar en madera ó en bronce las leyes y los tratados, y las únicas obras que se citan, del período real, son: la recopilacion de las leyes, formada por Papirio en tiempo de Tarquino el Soberbio (*Jus Papirianum*), y los comentarios del rey Servio, que probablemente contendrian su constitucion. Algunos himnos religiosos (los de los Salios y de los hermanos Arvales), y sin duda algunos cantos en honor de los reyes, de los héroes y de las grandes familias, formaban toda la literatura romana. Por lo demás, la lengua ruda y sin flexibilidad, era harto pobre y de formas poco definidas para prestarse á exigencias numerosas, y los fragmentos que aun se conservan de los cantos de los hermanos Arvales muestran cuan poco habia servido aquel tosco instrumento.

Las artes no se hallaban mejor cultivadas; antes de los Tarquinos, ni siquiera hubo imágenes de dioses; y durante mucho tiempo, sus estátuas, obras de artistas etruscos, solo las hicieron de madera y de barro. La Etruria suministraba tambien los arquitectos y hasta los flautistas necesarios para la celebracion de ciertos ritos; porque el genio de las artes, lo mismo que el de la poesía, le faltaba á aquel pueblo, cuya actividad entera se consagraba á un objeto práctico, cual era el de los negocios públicos y los cuidados domésticos. Dos palabras designaban para él todas las cualidades buenas, todas las virtudes, *virtus et pietas*, es decir, el

valor, la fuerza, una energía inalterable, la paciencia para el trabajo y el respeto hácia los dioses, los antepasados, la patria y la familia, las leyes y la disciplina establecidas.

Costumbres domésticas.

En efecto, su vida doméstica era sencilla y austera : nada de lujo ni ociosidad, el dueño labraba con sus criados, la dueña hilaba en medio de sus mujeres, hasta la reina Tanaquilda y la virtuosa Lucrecia. «Cuando nuestros padres querian alabar á un hombre de bien, dice Caton, le llamaban buen labrador y buen arrendatario, y era el mejor elogio. Entonces vivian en sus tierras, en las tribus rústicas, que eran las mas honrosas de todas, y no iban á Roma sino en los dias de mercado ó de comicios. En la hacienda (*villa*), no se perdia un dia, ni un solo instante. Si el mal tiempo impedia que se saliese al campo, mandaban que se trabajase en la alquería, que se limpiasen los establos y el corral, que se compusiesen las cuerdas viejas y la ropa deteriorada ; aun en los dias de fiesta se podian cortar las zarzas, podar los setos, bañar los ganados é ir á la ciudad á vender el aceite y la fruta.»

«El padre de familia, decia tambien Caton, debe hacer dinero de todo y no perder lo mas mínimo: si dá sayos nuevos á los esclavos, que le devuelvan los viejos, que servirán para hacer retazos; que venda el aceite, si vale algo, y el vino y el trigo que le queden; que venda los bueyes viejos, los becerros, los corderos, la lana, las pieles, los carros viejos, el hierro viejo, los esclavos viejos y los enfermos; que venda siempre: el padre de familia debe ser vendedor, y no comprador.»

El padre de familia; la muger y los hijos.

El padre de familia! á él es á quien nombran siempre, porque en la casa no hay mas que él: muger, hijos, clientes, sirvientes, todos ellos no son mas que cosas, instrumentos de trabajo, personas sin voluntad y sin nombre, sometidas á la omnipotencia del padre. Juez y sacerdote á la vez, su au-

toridad es absoluta: solo él está en comunicacion con los dioses, porque solo él ejecuta los *sacra privata,* y como dueño dispone de las fuerzas y de la vida de sus esclavos; como esposo, sentenciará á muerte á su muger si fabrica llaves falsas ó viola la fe jurada; como padre matará al niño que ha nacido deforme y venderá los demás hasta tres veces antes de perder sus derechos sobre ellos. Ni la edad, ni las dignidades los emanciparán: cónsules ó senadores, podrán ser arrancados á la tribuna y á la curia, ó sufrir la muerte, como aquel senador, cómplice de Catilina, que fué muerto por su padre. Si es rico, prestará á doce, á quince, á veinte por ciento, porque el padre de familia debe hacer valer su dinero lo mismo que sus tierras, y la ley le concederá la libertad y hasta la vida de su deudor insolvente. Por último, cuando ocurra su muerte, ni sus hijos ni su muger podrán reclamar lo mas mínimo de sus bienes si los ha legado á un estraño, porque tiene el derecho de disponer de su *cosa* segun lo entienda.

Por las mugeres, sobre todo, es por quienes varian las costumbres, por quienes se mezclan las familias, las clases y las fortunas; pero en aquella sociedad tan severamente disciplinada, las mugeres permanecian durante toda su vida bajo tutela. Una de las causas de la ruina de Esparta fué el derecho que les dejó Licurgo de heredar y disponer de sus bienes. En Roma, si las mugeres obtenian alguna parte en la herencia de su padre ó de su esposo, escepto las vestales, las demás no podian vender ni legar, sin el consentimiento de sus tutores, es decir, de su marido y de sus hermanos, ó de sus parientes varones mas próximos por la línea paterna, interesados todos, como herederos suyos, en impedir una venta ó un legado. Tambien tenian derecho de oponerse al matrimonio ordinario *(coemptio vel cohabitatio.)* Solo el padre, negando su consentimiento, podia impedir el matrimonio solemne *(confarreatio)* que en ningun caso se verificaba entre un plebeyo y una patricia.

El derecho de vida y muerte concedido al esposo sobre su

muger no derivaba, en su principio, sino del matrimonio patricio por *confarreatio*, pues la ley no se ocupaba todavía de las uniones plebeyas. Tan luego como la desposada habia probado el bollo simbólico (*far*), pasado por debajo del yugo del arado, puesto el as en la balanza, en los penates, en el dintel de la puerta del domicilio conyugal, y pronunciando la fórmula: *ubi tu Gaius, ego Gaia*, con arreglo á la espresion del derecho caia *in manum viri*, y su dote, lo mismo que su persona, se convertia en propiedad (*res*) del esposo. Las doce tablas concedieron para el matrimonio plebeyo (*comptio vel cohabitatio*), los mismos derechos al esposo sobre la muger: *usu anni continui in manum conveniebat*. Así pues, no era una primera emancipacion para las mugeres, sino hacer estensivo á los plebeyos un derecho patricio.

En caso de divorcio, el esposo retenia el dote. Pero en aquella época de costumbres fuertes y austeras, era desconocido el divorcio, y las matronas aun no habian levantado al pudor aquel templo cuyas puertas se cerraban ante la muger que habia ofrecido dos veces el sacrificio de los desposorios. En cuanto á los hijos mandaba la ley que si el padre moria sin testar se hiciese entre ellos la particion por igual.

Tal es el derecho de los Quirites, *jus Quiritium*, y aquí encontramos la triple base sobre la cual descansaba aquella sociedad tan profundamente aristocrática: la inviolabilidad de la propiedad, los derechos ilimitados y el caracter religioso del gefe de la familia.

Costumbres públicas; patriotismo religioso, fidelidad para los compromisos contraidos.

Estos derechos de la autoridad paterna habian de preparar súbditos dóciles. El hijo, convertido en ciudadano, trasladaba del padre al Estado su ciega obediencia. Es un carácter peculiar de las sociedades pequeñas que el patriotismo se halle en ellas en razon inversa de la estension del territorio, y que sea tanto mas enérgico cuanto mas próxima esté la frontera enemiga. En ellas pertenece el hombre mas al

Estado que á la familia. Es mas bien ciudadano que esposo ó padre; y las afecciones domésticas ocupan un lugar posterior al amor al suelo nativo y á sus leyes. Servir al Estado era la primera religion de los Romanos, y en *el sueño de Escipion*, esa página medio cristiana, solo á los ciudadanos eminentes se promete la inmortalidad. De aquí ese respeto de los plebeyos hácia las instituciones, aun cuando les fuesen contrarias, y esas *retiradas* sin saqueos, esas revoluciones poco sangrientas, ese progreso pacífico que se verifica con lentitud, paso á paso, y por las vías legales. De aquí, tambien, en la vida ordinaria, esa sumision á las costumbres antiguas, á la letra de la ley, que seria sacrilegio interpretar; esa fé ciega hácia fórmulas no comprendidas, y la autoridad, durante tanto tiempo reconocida, de las *acta legitima*, es decir, del procedimiento simbólico, todo en palabras y en ceremonias misteriosas, con cuyo auxilio era preciso reclamar ó defender su derecho.

La religion, al colocar todos los actos de la vida bajo la vigilancia divina, es decir, bajo la de los pontífices y los augures patricios, al dar pábulo á la supersticion por medio de la intervencion frecuente de los dioses, multiplicaban mas y mas los vínculos que unian al ciudadano con el Estado y sus instituciones. Entre los antiguos todo tenia relacion con la religion: el arte, los placeres, la vida pública y privada, la familia y el Estado. Los juegos y las carreras se celebraban en honor de los dioses. Los cantos eran himnos, los bailes una oracion; la música se componia de toscas pero santas armonías. Lo mismo que en la edad media los dramas eran piadosos *misterios*, y si las casas no tenian mas que tejados de paja, la estatuaria y la arquitectura decoraban, segun sus fuerzas se lo permitian, los templos de los dioses.

No obstante algunos ejemplos famosos, ningun pueblo llevó tan léjos la religion del juramento: reclutamiento de tropas, distribucion de botin, pleitos, sentencias, elecciones, negocios públicos y privados, ventas, contratos, nada se hacia

sin que se jurase, ya fuese fidelidad y obediencia, ó justicia y buena fe. En las ventas, el comprador en presencia de cinco testigos, todos ellos ciudadanos romanos de edad adulta, ponian en una balanza el bronce, precio de la compra, y tocando con la mano la tierra, el esclavo, ó el buey que compraba, decia: «Esto es mio, segun la ley de los Quirites; lo he pagado con este cobre, debidamente pesado.» Este derecho de vender ó comprar por mancipacion (*manu capere*), sin la intervencion de un magistrado y sin prueba escrita, era uno de los privilegios de los Quirites, y sin duda alguna una de sus costumbres mas antiguas. Esplica la importancia de aquella ley: *Uti lingua nuncupassit, ita jus esto,* la cual penetró tanto en los hábitos de los Romanos que hizo de ellos el pueblo mas fiel á su palabra, pero á la palabra literal, al sentido material, aunque la buena fe hubiese de resentirse de ello, como en las Horcas Caudinas, delante de Cartago, en Numancia.

Despues de la guerra, la única ocupacion de los Romanos era la agricultura, porque la poca industria que entonces tenia Roma se abandonaba á los libertos y á los estrangeros, salvo algunas profesiones necesarias en el ejército. Pero la agricultura no enriquece al propietario de pocas tierras; feliz aun, cuando le dá lo suficiente para vivir y no se vé obligado, por la insuficiencia de las cosechas, á recurrir á la bolsa del rico, al auxilio fatal del usurero. El deudor insolvente no tenia que esperar la mas leve compasion. «Si el deudor no paga, dice la ley, que sea citado ante la justicia. Si se halla impedido por enfermedad ó por edad avanzada, que se le suministre un caballo, pero de ningun modo una litera. Confesada la deuda y dictada la sentencia, concédansele treinta dias de término. Si aun entonces no paga, el acreedor le meterá en el *ergastulum*, atado con correas ó con cadenas de quince libras de peso. Al cabo de sesenta dias, preséntesele en tres dias de mercado, y luego que sea vendido allende el Tiber; y si hay varios acreedores, podrán dividirse su cuerpo; que corten mas ó menos poco importa.»

Crueldad impolítica y peligrosa, porque la vista de un cadáver ó la aparicion en el foro de un hombre del pueblo medio muerto á consecuencia de los golpes recibidos, producen de un modo mas seguro una revolucion, que las injusticias mas terribles y la opresion mas dura.

SEGUNDO PERÍODO.

ROMA BAJO LOS CÓNSULES PATRICIOS,

Ó

ÉPOCA DE LA LUCHA DE LOS DOS ÓRDENES.

143 años (510-367 antes de J. C.)

CAPÍTULO IV.

Establecimiento del gobierno republicano (510-471).

CARÁCTER ARISTOCRÁTICO DE LA REVOLUCION DEL AÑO 510; CONCESIONES AL PUEBLO; LEYES DE LOS CÓNSULES BRUTO Y VALERIO.—GUERRAS REALES; CRUELDAD DE LOS ACREEDORES.—LA DICTADURA (496).—RETIRADA DEL PUEBLO AL MONTE SACRO; EL TRIBUNADO (493).—LEY AGRARIA DE ESPURIO CASIO (486).—LOS FABIOS; DERECHO CONCEDIDO Á LOS TRIBUNOS DE ACUSAR Á LOS CÓNSULES (476).—VOLERO; DERECHO CONCEDIDO AL PUEBLO DE NOMBRAR SUS TRIBUNOS Y HACER PLEBISCITOS (471).—GUERRAS CONTRA LOS VOLSCOS, LOS EQUOS Y LOS DE VEIES (493-471); CORIOLANO.—QUINTIO CAPITOLINO Y CINCINATO.

Carácter aristocrático de la revolucion del año 510; concesiones al pueblo; leyes de los cónsules Bruto y Valerio.

Bajo la dominacion de los reyes la aristocracia tenia un gefe que, como Servio, podia elevar á la vida política á la multitud avasallada de los plebeyos, ó como Tarquino podia derribar las cabezas mas altas. La abolicion de la dignidad

real libró á los PATRICIOS de este doble peligro, y para evitar su reproduccion sustituyeron al rey con dos cónsules ó pretores, escogidos de su seno é investidos de todos los derechos y todas las insignias de la dignidad real, menos la corona y el manto de púrpura recamado de oro. Los cónsules, siendo á la vez ministros y presidentes del senado, administradores, jueces y generales, tenian el poder soberano, *regium imperium*, pero solo por un año. Aun en el interior de la ciudad, solo tenian alternativamente, durante un mes, los doce lictores y la autoridad. Finalmente, al dejar el cargo, podian ser acusados y llamados á dar cuenta de sus actos.

Este nuevo gobierno se hallaba por entero en manos de los patricios. Dueños del senado, por el cual habian de pasar préviamente todas las proposiciones hechas en los comicios, por sus riquezas y sus clientes, dominaban en los *comicios centuriados* que acababan de ser restablecidos. Tambien podian, como augures, disolver estos comicios ó anular sus decisiones; y si carecian de malos presagios, quedábales el derecho de negar en el senado y en sus *comicios curiados*, de los cuales eran escluidos los plebeyos, la sancion necesaria para todos los actos de los comicios centuriados. Asi pues, en realidad ellos eran quienes hacian las leyes, decidian la paz y la guerra, y nombraban las personas para todos los cargos, que por lo tanto desempeñaban ellos mismos. Eran sacerdotes, augures, jueces, y ocultaban cuidadosamente á los ojos del pueblo las fórmulas misteriosas del culto y del derecho. Solo ellos, en fin, tenian el *derecho de imágenes* (1) que alimentaba el orgullo hereditario de las familias, y la prohibicion de los casamientos entre los dos órdenes, parecia que habia de rechazar para siempre al pueblo de las posiciones ocupadas por la aristocracia.

(1) *Jus imaginum*, es decir, el derecho de colocar en el *atrium* de su casa, y de hacer llevar en los funerales de los individuos de la familia, las imágenes ó los bustos de los que habian desempeñado magistraturas curules, revistiendo á aquellas imágenes de las insignias de estos cargos.

Pero los PLEBEYOS tenian en favor suyo el número, y los patricios habian de verse obligados á armarlos para resistir á Tarquino, á los Equos, á los Volscos y á los Etruscos. Este concurso era preciso pagarle. En efecto, á las centurias militares fué á las que se pidió el nombramiento de los dos cónsules, como lo queria Servio; los comicios centuriados habian de ser los que en lo sucesivo hiciesen las leyes que el senado propusiese y confirmasen las curias; ellos habian de ser los que nombrasen personas para todos los cargos, y decidiesen la paz ó la guerra. Otra medida acabó de unir al pueblo á la revolucion. Para completar el Senado privado de una parte de sus miembros por la crueldad de Tarquino y el destierro de sus partidarios, Bruto llamó á él á 100 caballeros (*conscripti*) que algunos años despues fueron sustituidos en las centurias ecuestres por 400 plebeyos de los mas ricos. Al propio tiempo distribuía al pueblo las tierras del patrimonio real, abolía las aduanas, disminuía el precio de la sal, y atraía de este modo á la multitud á la causa de los grandes.

Tambien se atribuyen al primer año de la república las leyes del cónsul Valerio, que hizo fuese libre la candidatura para el consulado, pronunció la pena de muerte contra todo el que aspirase á la dignidad real, hizo bajar los fasces consulares ante los comicios generales, y reconoció su jurisdiccion soberana dando la ley de la *apelacion al pueblo*. En señal de haber quitado al cónsul el derecho de vida ó muerte, se quitaron las hachas de los fasces en el interior de la ciudad y hasta la distancia de una milla fuera de sus muros. Mas allá de este límite las hachas eran restituidas á los lictores, porque los cónsules, al pasar de la primera milla, recobraban ese poder ilimitado que les era tan necesario en el ejército como peligroso habria sido en la ciudad.

Guerras reales; crueldad de los acreedores.

Estas concesiones eran exigidas por la posicion difícil en que se encontraba la aristocracia, que veia á los Tarquinos

suscitar contra ella una guerra peligrosa. Dícese que el rey desterrado, refugiado al pronto en Tarquinia, había arrastrado á aquella ciudad y á Veies á defender sus derechos; luego á Porsena, que tomó á Roma y no perdió su conquista sino despues de una expedicion desgraciada al Lacio (1), despues á los Sabinos, que sostuvieron una lucha de cinco años, durante la cual, Apio Claudio, gefe de una familia poderosa y de una gran clientela fué á establecerse en Roma; y por último al cabo de catorce años, á los Latinos, que dieron la gran batalla del lago Regilio (496).

Tarquino murió algun tiempo despues de aquella accion sangrienta é indecisa; pero los Volscos continuaron las hostilidades, y al fin el pueblo se encontró aniquilado y arruinado por tantos esfuerzos. Los plebeyos peleaban á su costa; pero, mientras que bajo las banderas defendian la libertad y los derechos de los patricios, sus campos permanecian sin cultivo, eriales, y sus familias en la miseria. Para mantenerlas era preciso tomar dinero á préstamo, á un interés enorme; por eso, algunos años despues de la expulsion de los reyes, la mayor parte de los plebeyos habian llegado á ser deudores de los ricos, á los cuales daba la ley como garantía la libertad y la vida de aquellos. Si el deudor no satisfacia sus obligaciones dentro del término legal, con arreglo á la sentencia del pretor, era adjudicado como esclavo á su acreedor, quien podía imponerle trabajos humillantes, tenerle en la cárcel, ó venderle allende el Tíber.

La dictadura (496).

Creciendo la miseria de los plebeyos bajo una ley tan dura, inevitable era una rebelion. Al pronto pidieron pacíficamente la abolicion de las deudas; luego se negaron al alistamiento contra los Latinos. Parecióle al senado bastante crítica la situacion para que procurase apaciguar el tumulto por medios legales. Creó la *dictadura*, magistratura sin

(1) Las formales aseveraciones de Tácito y Plinio el Viejo no permiten que se dé crédito á la tradicion ordinaria referente á la generosidad de Porsena.

apelacion y cuyo poder fué mas ilimitado de lo que lo habia sido el de los reyes. El dictador (*magister populi*), elegido á invitacion del senado, por uno de los cónsules, y escogido entre los consulares, en señal de su poder absoluto, se rodeaba, aun dentro de Roma, de 24 lictores que llevaban hachas en los fasces. Era nombrado por seis meses, como su lugar teniente el *magister equitum;* pero ninguno de ellos conservó por tanto tiempo sus terribles funciones. El dictador abdicaba tan luego como pasaba el peligro que habia hecho suspender las libertades públicas, y establecer legalmente aquella tiranía provisional.

Asustados los plebeyos por aquel poder ilimitado, cedieron, y se aumentó la violencia de los acreedores. El mas desapiadado fué Apio Claudio. Nombrado cónsul con Servilio en 495, escitó mas aun con su ejemplo la crueldad de los ricos. Ya estallaban los murmullos entre la multitud, cuando de improviso apareció en el foro un hombre pálido y tan flaco que causaba espanto. Era uno de los centuriones mas valientes del ejército romano; habia asistido á 28 batallas. Refirió que, durante la guerra sabina, el enemigo habia quemado su casa y sus cosechas, y apoderádose de su rebaño. Para vivir habia pedido dinero prestado, y la usura, cual una llaga ponzoñosa, devorando su patrimonio, habia atacado á su cuerpo; su acreedor se le habia llevado, así como á su hijo, lo habia cargado de cadenas y maltratado de la manera mas cruel, y mostraba su cuerpo que aun estaba ensangrentado. Al ver esto, llegó á su colmo la exasperacion, y habiendo ido un mensagero á anunciar una incursion de los Volscos, los plebeyos se negaron á tomar las armas. Solo cedieron cuando el cónsul Servilio hubo prometido que despues de la guerra se examinarian sus quejas, y que mientras durase aquella permanecerian libres los deudores. Fiado el pueblo en esta seguridad, tomó las armas y derrotó al enemigo; pero el senado se negó á cumplir las promesas del cónsul. En vano reclamaron con desaforadas voces; Apio era inflexible, y para asustar á la multitud hizo

que nombrasen un dictador. Recayó la eleccion en un hombre de una familia popular, Manio Valerio, quien renovó las promesas de Servilio, y con un ejército de 40.000 plebeyos derrotó á los Volscos, á los Equos y á los Sabinos.

Retirada del pueblo al Monte Sacro; el tribunado (493).

El pueblo creía haber conquistado esta vez el cumplimiento de las promesas consulares, pero volvieron á engañarle; solo algunos pobres fueron enviados á Velitres. Valerio, lleno de indignacion, abdicó, y para evitar un motin, los cónsules del año 493, fundándose en el juramento militar prestado á sus predecesores, obligaron al ejército á salir de la ciudad. Pero fuera ya de las puertas, los plebeyos abandonaron á los cónsules, y fueron á acampar al otro lado del Anio en el Monte Sacro; los de Roma, por su parte, se retiraron con sus familias al Aventino, que era, despues del Capitolio, la posicion mas fuerte de la ciudad.

Invirtióse algun tiempo en negociaciones infructuosas. Al fin, asustados los patricios por la posicion emenazadora de las legiones, diputaron diez consulares á los soldados. Entre ellos se hallaba Menenio Agripa, el senador mas elocuente y popular. Les contó el apólogo de los Miembros rebelados contra el Estómago, y trasmitió al senado sus peticiones. Tienen un carácter notable de moderacion: «Todos los esclavos por deudas serán emancipados, y las deudas de los insolventes serán abolidas.»

El pueblo, antes de regresar á la ciudad, quiso una garantía de que aquellas concesiones serian fielmente cumplidas, y los comicios centuriados nombraron dos *tribunos*, Sicinio y Bruto, que tuvieron el derecho de auxiliar al deudor maltratado, y de detener con su *veto* el efecto de las sentencias consulares, aunque con la condicion de no ejercer este derecho sino dentro de la ciudad, y hasta la distancia de una milla de sus murallas. Aquellos representantes de los pobres no tenian signo alguno exterior que les distin-

guiese de la multitud, y solo iban precedidos de un ugier. Pero su persona era inviolable. El que ponia la mano en ellos era sacrificado á los dioses. Un patricio no podia ser nombrado tribuno (493).

Esta creacion de dos jefes del pueblo (muy luego fueron cinco, y mas tarde diez) equivalia, casi, á una revolucion, y llegaba á ser el acontecimiento mas grande de la historia interior de Roma. «La creacion de un magistrado, dice Ciceron, que no dependia del poder consular, fué la primera disminucion de este. La segunda fué el auxilio que aquel prestó á los demás magistrados y á los ciudadanos que se negaban á obedecer á los cónsules.» Por eso los plebeyos ricos adoptaron á aquellos jefes como si lo fuesen de la clase entera, y por su influencia en los comicios centuriados impidieron que los patricios llenasen el tribunado con hechuras suyas, mientrás el pueblo, por medio de una nueva victoria, llegaba á arrancar el derecho de nombrarlos por sí mismo en reuniones por tribus.

Ley agraria de Espurio Casio (486).

Los primeros tiempos del tribunado fueron humildes y oscuros, como los de todas las magistraturas plebeyas. Pero un patricio, tres veces cónsul y triunfador, Espurio Casio, reveló á los tribunos el secreto de su poder, «la agitacion popular.» Fué el primero que arrojó á la multitud esta gran palabra: *la ley agraria*, y los tribunos, despues de él, no tuvieron mas que pronunciarla para promover en el foro las tormentas mas furiosas.

Durante la monarquía, las leyes agrarias ó que marcaban la distribucion de las propiedades territoriales, habian sido frecuentes, porque estaba en el interés de los reyes, rodeados de una aristocracia recelosa y esclusivista, granjearse partidarios entre el pueblo; pero, desde el destierro de Tarquino, no habia habido mas *asignacion* de tierras que la de Bruto. Sin embargo, cuantas miserias habian sufrido

los plebeyos durante aquellos 24 años, á consecuencia de la guerra y de la usura! Por eso el patricio mas ilustre, el único de aquella época que, con Valerio, hubiese sido condecorado por tres veces con la púrpura consular, Espurio Casio, quiso restituir al Estado sus rentas y sus tierras, y á los pobres los medios de llegar á ser ciudadanos útiles. En el mismo año del establecimiento del tribunado habia estipulado Casio con los Latinos un tratado de alianza que los Hérnicos aceptaron siete años despues, de modo que entonces pudo Roma oponer aquellos dos pueblos á sus eternos enemigos los Equos y los Volscos. Despues de tan hábiles negociaciones fué cuando Casio propuso distribuir entre los mas necesitados una parte de las tierras públicas, obligar á los colonos del Estado á pagar con regularidad sus diezmos, y emplear esta renta en pagar á las tropas.

Pero estas peticiones populares y patrióticas promovieron la indignacion del senado, porque aquella usurpacion del patrimonio público (*ager publicus*) contra la cual reclamaba Casio, era el orígen principal de las fortunas patricias. Sin embargo, en un momento en que el pueblo veia á un cónsul á su cabeza, habria sido peligroso rechazar la ley; el senado la aceptó, reservándose no ejecutarla; pero una vez aplacada la multitud, se difundieron por la ciudad sordos rumores; decian que Casio no era sino un amigo falso del pueblo. Para conquistar aliados habia sacrificado ya los intereses de Roma á los Latinos y á los Hérnicos, y á la sazon queria amotinar á los pobres contra los grandes y aprovecharse de sus contiendas para hacer que lo proclamasen rey. Los tribunos, celosos de su popularidad, y el mismo pueblo, que es tan fácil de asustar, le abandonaron cuando, al salir del consulado, le acusaron los patricios de traicion é hicieron que le sentenciasen á ser azotado y decapitado (486).

Los Fabios; derecho concedido á los tribunos de acusar á los cónsules (476).

Libres ya los grandes de Casio, pensaron en desembarazarse de su ley. La poderosa casa de los Fabios se habia señalado por su celo hácia los intereses del senado, y los grandes no quisieron otros cónsules; durante siete años (484-478) se vió constantemente á un Fabio en el consulado. Por eso los tribunos reclamaron inútilmente la ejecucion de la ley agraria. Habiendo querido C. Mœnio, en 482, oponer su veto al levantamiento de tropas, los cónsules trasladaron su tribunal fuera de la ciudad, adonde no se estendia la proteccion tribunicia, y llamaron á los ciudadanos á alistarse, haciendo que sus lictores quemasen las granjas de los que no daban sus nombres. Estas violencias podian llegar á ser peligrosas; el senado prefirió seducir á algunos tribunos, cuya oposicion detuvo el veto de sus colegas. Pero los soldados se encargaron de vengar al tribunal impotente, y en 480 las legiones se negaron á completar una victoria sobre los de Veies para no asegurar á Ceso Fabio los honores del un triunfo.

Al llegar aquí se oscurece la historia. Los Fabios, gefes del senado, se pasaron al pueblo, y despues se vieron obligados á salir de Roma. No se puede desconocer en este cambio una de esas revoluciones frecuentes en las repúblicas aristocráticas. Sin duda se alarmaron los patricios al ver que el consulado se habia convertido en hereditario para una familia, y los Fabios hubieron de buscar en el pueblo, para su ambicion, el apoyo de que el senado iba á privarles. Los soldados, seducidos por la conducta y por las palabras populares de M. Fabio (479), le prometieron esta vez la derrota de los de Veies. La batalla fué sangrienta; el hermano del cónsul sucumbió en ella, pero los soldados cumplieron su palabra; los Etruscos fueron destrozados. Los Fabios, á su regreso, recogieron en sus casas á los plebeyos heridos, y desde entonces

ninguna familia fué mas popular. En el año siguiente, Ceso Fabio quiso arrancar á los patricios la ejecucion de la ley agraria; salió mal en su empresa, y toda la familia de los Fabios se vió obligada á salir de la ciudad. Para ser útil aun á Roma en su destierro voluntario, fué á establecerse en frente del enemigo, á orillas del Cremere. El orgullo de la *gens Fabia* no quiso ver mas tarde, en aquel destierro, mas que la abnegacion de trescientos seis Fabios que, solos con sus cuatro mil clientes, sostuvieron, en favor de Roma aniquilada, la guerra contra los de Veies. Un solo Fabio, á quien habian dejado en Roma por razon de su tierna edad, impidió, segun decian, la extincion de toda la raza. Vencedores en varios encuentros, olvidaron la prudencia que les habia valido sus primeros triunfos, y se dejaron atraer á una emboscada en que perecieron todos, sin que el cónsul Menenio, que se hallaba en las inmediaciones con un ejército, hiciese lo mas mínimo para salvarlos (477).

Los tribunos acusaron al cónsul de traicion (476), y él, abrumado por el dolor y la vergüenza, se dejó morir de hambre. Este triunfo era importante, porque los tribunos acababan de apoderarse del derecho de citar á los cónsules ante el pueblo, y en lo sucesivo, las acusaciones tribunicias habian de aguardar, al abandonar sus cargos, á los magistrados que se hubiesen opuesto á la ley agraria.

Volero; derecho concedido al pueblo de nombrar sus tribunos y de hacer plebiscitos (471).

Servilio, en 475, y L. Furio y C. Manlio, en 473, fueron acusados por los tribunos, el primero por un ataque mal dirigido en la guerra contra los de Veies, y los otros dos por no haber ejecutado la ley agraria. Servilio se escapó; pero Manlio y Furio tenian por adversario al tribuno Genucio, quien habia jurado ante el pueblo que no se dejaria detener por obstáculo alguno. En el dia del juicio fué hallado muerto en su cama (473).

Este asesinato causó profundo terror al pueblo y á sus gefes, y cuando los cónsules procedieron al alistamiento, solo un hombre se atrevió á resistir, Publilio Volero, centurion valiente que se negaba á servir como simple soldado. Habiéndose acercado los lictores para apoderarse de él, los rechazó, se refugió en medio de la multitud, la escitó, la amotinó, y expulsó del foro á los cónsules y á los lictores, con sus fasces rotos. Poco tiempo despues fué nombrado tribuno (472). En seguida pidió que en lo sucesivo fuesen elegidos los tribunos, no en los comicios centuriados, en donde los patricios obtenian siempre algunos puestos para sus hechuras, sino en las *reuniones por tribus*, en donde los sufragios, contados por personas y dados directamente, aseguraban la mayoría á la gente del pueblo y á sus candidatos. Esta ley habia de restituir al tribunado, toda su sávia democrática. Los patricios lo comprendieron así, y durante un año supieron impedir que pasase. Pero los plebeyos fueron bastante fuertes, aun en las centurias, para reelegir á Volero y agregarle Letorio, quien añadió á la proposicion Publilia: «Los ediles serán nombrados por las tribus, y estas podrán conocer de los asuntos generales del Estado;» es decir, la asamblea plebeya tendrá el derecho de hacer plebiscitos. El senado, por su parte, hizo subir al consulado á Apio Claudio, al defensor mas violento de los privilegios patricios. En el dia de la votacion la lucha fué muy viva y corrió la sangre. Letorio fué herido; pero, para salvar á Apio, fué preciso que los consulares se le llevasen violentamente á la curia. El pueblo, habiendo quedado dueño del foro, votó en él la ley Publilia y obligó al senado á aceptarla apoderándose del Capitolio (471). La derrota de la aristocracia era ya segura para un porvenir mas ó menos cercano, porque el pueblo habia de hallar en el tribunado, definitivamente sustraido á la influencia de los grandes, una proteccion formal y decidida; en aquellas reuniones, que tenian el privilegio de hacer plebiscitos, un medio de accion; finalmente, en su número y en su disciplina, una fuerza siempre creciente.

Entre los tribunos nombrados después de la adopcion de la ley Publilia se hallaba Sp. Icilio, quien, para evitar la reproduccion de tales violencias, se sirvió del derecho de hacer plebiscitos, que acababa de ser reconocido á la comuna popular, é hizo pasar esta ley: «Que nadie interrumpa á un tribuno cuando esté hablando delante del pueblo. Si alguien infringe esta prohibicion, que dé fianza para responder de que se presentará; si falta á ello, que sea castigado con pena de muerte, y sus bienes confiscados.»

Apio habia sido vencido; pero una invasion de los Equos y de los Volscos puso á los plebeyos á merced suya, obligándoles á salir de Roma bajo sus órdenes. Nunca hubo mando mas imperioso. «Mis soldados son otros tantos Voleros», decia, y parecia que, á fuerza de rigores injustos, procuraba escitarles á la rebelion. Ya fuese traicion, terror pánico ó venganza de los soldados que quisieron deshonrar á su general, en el primer encuentro tiraron las armas y huyeron hasta llegar al territorio romano. Allí volvieron á encontrar á Apio y á sus venganzas. Los centuriones, los duplicarios que habian abandonado las banderas, fueron entregados al suplicio, y los soldados diezmados.

Apio regresó á Roma persuadido de la suerte que le aguardaba, pero contento por haber domado á aquel pueblo, á costa de su vida, siquiera una vez. Citado por dos tribunos al dejar el consulado, compareció, no como suplicante, sino como dueño; dirigió invectivas á los tribunos, á la asamblea, y les hizo retroceder á fuerza de altivez y de audacia. El dia del juicio fué prorogado, pero él no le aguardó; una muerte voluntaria se anticipó á su sentencia, y el pueblo, admirando á pesar suyo aquel valor indomable, honró sus funerales con una concurrencia inmensa.

Guerras contra los Volscos, los Equos y los de Veies (493-471); Coriolano.

Aquellas luchas en el foro habian estado mezcladas con

guerras continuas con los pueblos vecinos. Al Norte, Roma confinaba con el territorio de Veies, gran ciudad etrusca cuyas fuerzas igualaban casi á las suyas; al Este, era limítrofe de los Sabinos, que rara vez se aventuraban mas allá del Enio, y de los Equos, montañeses codiciosos y pobres, que casi todos los años bajaban por las colinas fragosas del Algide para saquear el Lacio. Desde los tratados estipulados por Casio con los Latinos y los Hérnicos, los Volscos no podian arrastrar ya á aquellos dos pueblos contra los Romanos; pero hacian la guerra á su costa, y favorecidos por las contiendas interiores de Roma, veian á las ciudades latinas caer una despues de otra en su poder. En el tiempo á que hemos llegado, habian llevado sus avanzadas hasta la distancia de diez millas de Roma. La invasion mas afortunada que verificaron y á la que se atribuyeron todas sus conquistas, fué dirigida por un ilustre desterrado romano, de la *gens Marcia*. Era, segun dice la leyenda, un patricio distinguido por su valor, su piedad y su justicia. En la batalla del lago Regilio, habia merecido una corona cívica y ganado en la toma de Corioles el sobrenombre de *Coriolano*. Un dia en que los plebeyos se negaban á las levas, armó á sus clientes y sostuvo por sí solo la guerra contra los Anciates. Sin embargo, el pueblo á quien lastimaba por su altanería, le negó el consulado, y Coriolano concibió con este motivo un ódio que dejó traslucir por medio de palabras imprudentes. Durante la retirada al Monte Sacro, las tierras habian quedado sin cultivo; para combatir al hambre, compraron trigo en Etruria y en Sicilia, en donde Gelon se negó á recibir su importe. El senado queria distribuirle gratuitamente al pueblo. «O no se les dá trigo, ó se quitan los tribunos,» dijo Coriolano. Estas palabras fueron oidas por los tribunos, quienes le citaron en seguida ante el pueblo. Ni las amenazas, ni los ruegos de los patricios pudieron ablandarles, y Coriolano, sentenciado al destierro, se retiró al territorio de los Volscos de Ancio. Tulio, su gefe, olvidó su envidia y su ódio para excitar en el corazon del desterrado el deseo de la ven-

ganza; consintió en ser tan solo su teniente, y Coriolano marchó sobre Roma á la cabeza de las legiones volscas. Ningun ejército, ninguna plaza le detuvo; llegó hasta la distancia de cinco millas de la ciudad á acampar sobre el foso de Cluilio, asolando las tierras de los plebeyos, pero salvando, de intento las de los grandes. En vano intentó Roma ablandarle. Los consulares mas venerables y los sacerdotes de los dioses no obtuvieron sino una respuesta dura; cedió, empero, á las lágrimas de su madre Veturia (490). Los Volscos volvieron á sus ciudades cargados de botin, pero no perdonaron á Coriolano que se hubiese detenido en medio de su venganza, y le sentenciaron á muerte. Segun dicen otros, vivió hasta una edad avanzada, repitiendo: «El destierro es muy duro para un anciano.»

Mientras los Volscos invadian el mediodía del Lacio, los Equos se apoderaban de sus ciudades orientales. Con arreglo al tratado estipulado por Casio, Roma debiera haber enviado todas sus fuerzas al auxilio de los Latinos; pero sus disensiones interiores y los peligros que corria por la parte de Veies detenian á las legiones en la ciudad ó al Norte del Tiber. En efecto, los Veios, desde 482 habian comenzado de nuevo la guerra, y el desastre de los Fabios á orillas del Cremere (477) les habia permitido que penetrasen hasta el Janículo. Un cónsul intentó inútilmente desalojarlos de allí. Otro mas feliz, Virginio, les expulsó y volvió á llevar la guerra al territorio de Veies. Durante este tiempo, tambien por la parte del Lacio habian tomado los enemigos una posicion formidable. Los Equos en el Algide, y los Volscos en el monte Albano, separaban á los Latinos de los Hérnicos y amenazaban á la vez á estos dos pueblos. Pero una tregua de cuarenta años que firmaron los Veios en 474, cuando Manlio Vulso comenzó el sitio de su ciudad y la adopcion de la ley Publilia en 471, pusieron término por algun tiempo á la guerra etrusca y á los disturbios del foro, y el senado pudo escuchar las quejas de los aliados.

Quintio Capitolino y Cincinato.

Dos miembros de la *gens Quinctia*, Capitolino y Cincinato, tuvieron toda la honra de aquella guerra. T. Quintio Capitolino, patricio popular, era cólega de Apio en 471. Mientras los *Voleros* de Apio hacian que los Volscos les derrotasen, Quintio arrebataba á los Equos su botin y regresaba á Roma con el sobrenombre de *Padre de los soldados*. Pero aquel pueblo reducido era incansable: sus ágiles bandas se arrojaron cuatro veces audazmente por entre los campamentos consulares sobre la campiña de Roma. En 468, el cónsul Furio se lanzó en persecucion suya por una garganta angosta, y cuando quiso retroceder, los Equos, súbitamente reunidos, habian cerrado todas las salidas. El ejército estaba perdido, y Quintio le salvó. Al recibirse la noticia del peligro en que se hallaba Furio, el senado habia investido á su cólega Postumio con el poder dictatorial por medio de la fórmula: *Caveat consul ne quid detrimenti respublica capiat*, y Postumio solo se sirvió de él para confiar á Quintio el difícil cuidado de libertar al ejército consular. Siendo cónsul por segunda vez en el año siguiente, se apoderó de la rica ciudad marítima de Ancio, y al regresar de esta campaña celebró un triunfo tan brillante que por ello conservó el sobrenombre de Capitolino.

El peligro solo momentáneamente fué alejado. En efecto, desde el tiempo de Porsena, nunca se habia visto Roma tan sériamente amenazada. Los disturbios interiores habian comenzado de nuevo con motivo de la proposicion *Terentila;* la peste se cebaba con violencia, y un ejército enemigo acampaba á tres millas de la puerta Esquilina (462). Los desastres se multiplicaron mas aun en los años siguientes. La ciudadela de los fieles Tusculanos fué ocupada durante varios meses por los Equos, y un golpe de mano audaz entregó una noche el Capitolio al Sabino Herdonio y á una tropa de desterrados (459). El Capitolio fué recobrado; pero en el año siguiente hubo una defeccion por parte de Ancio, y el ejército del cón-

sul Minucio se dejó encerrar otra vez por los Equos en un desfiladero. Solo Cincinato pareció capaz de salvar á la república. Le nombraron dictador. Los senadores que fueron á saludarle como dueño del pueblo le encontraron junto á su arado, labrando su modesta posesion con sus manos victoriosas. En el mismo dia marchó contra los Equos, los encerró en sus líneas, y los hizo pasar bajo el yugo con su general Graco Cluilio. Habiendo entrado en Roma en triunfo, seguido del cónsul y del ejército á quienes habia salvado, al décimo sesto dia dejó la dictadura para regresar á sus tierras (457). No obstante este triunfo, que la vanidad ha ponderado como tantos otros puntos de la historia militar de Roma, la guerra no estaba concluida, y los Equos continuaban en posesion del Algide, y los Volscos en la del monte Albano. Algunas partidas de Sabinos que tomaron parte en las correrías de los Veios y de los Equos, tambien habian sido derrotadas.

En el espacio de medio siglo que habia trascurrido desde la espulsion de los reyes, la decadencia del poder de Roma no se habia detenido un solo instante; en 493, su territorio, al menos, se hallaba cubierto por los Latinos; pero de las treinta ciudades latinas que habian firmado el tratado de Casio, trece se hallaban á la sazon destruidas ú ocupadas por el enemigo. Si el *ager romanus* no estaba aun menguado, la barrera que habia de protegerle se hallaba destruida en parte. Felizmente, la poblacion se habia aguerrido en aquellas luchas continuas, pero en el fondo poco peligrosas; y los soldados, á quienes Apio diezmó sin resistencia, y á quienes Cincinato cargó con doce estacas gruesas, con sus armas y con sus víveres para una marcha de veinte millas en cuatro horas, eran ya los legionarios de Veseris, de Benevento, de Cinocefalos y de Zama.

CAPÍTULO V.

Los decenviros; igualdad civil.

PROPOSICION TERENTILIA (461); CESON Y EL SABINO HERDONIO (459).—CONCESION DE LAS TIERRAS PÚBLICAS DEL AVENTINO Á LOS PLEBEYOS, Y LEY SOBRE LAS MULTAS (454-453).—LOS PRIMEROS DECENVIROS (450).—AREO Y VIRGINIA (448).—RESÚMEN DE LAS XII TABLAS: DERECHO DE LAS PERSONAS Y DE LAS COSAS.—DISPOSICIONES FAVORABLES PARA LOS PLEBEYOS.

Proposicion Terentilia (461); Ceson y el Sabino Herdonio (459).

Hasta el tiempo de Volero y de Letorio, el pueblo solo habia conquistado armas para el combate; pero este, no obstante las violencias que hemos visto, aun no se habia empoderado formalmente. En 461, los plebeyos pasaron de la resistencia al ataque; pidieron la revision de la constitucion antigua, y una legislacion nueva. Era querer demasiado á la vez, porque no eran bastante fuertes para triunfar de pronto. Por eso su victoria habia de fraccionarse, por decirlo así, y no se completaria sino en mas de un siglo. En 450, arrancaron la igualdad civil; en 367, la igualdad política; en 339, y 306, la igualdad judicial; en 302, la igualdad religiosa.—El decenvirato hizo la conquista de la igualdad ante la ley civil.

Los cónsules y los jueces patricios habian administrado justicia hasta entonces, no con arreglo á leyes escritas y conocidas de todos, sino observando costumbres antiguas y oscuras que interpretaban arbitrariamente, y que entregaban á su poder discrecional al litigante plebeyo. En la cons-

titucion nada habia fijo ni determinado; nadie sabia cual era el límite de la jurisdiccion de los magistrados, ni donde cesaban los poderes del senado. Para destruir esta arbitrariedad y estas incertidumbres fué para lo que el tribuno Terentillo Arso, abandonando la ley agraria que estaba en uso, pidió en 461 que se nombrasen diez hombres para redactar y publicar un código de leyes. El senado rechazó con violencia esta proposicion, y para ganar tiempo procuró contener al tribuno por medio del veto de uno de sus colegas. Pero todos habian jurado mantenerse firmemente unidos, y ni la astucia, ni las amenazas, ni los presagios siniestros, pudieron retraerles de su propósito. El jefe de todas las violencias patricias era el hijo de Cincinato, Quintio Ceson, jóven envanecido con su fuerza, con sus hazañas y con su nobleza. A la cabeza de los jóvenes patricios turbaba las deliberaciones, se arrojaba sobre la multitud, y mas de una vez espulsó á los tribunos del foro. Aquel hombre parecia *que llevaba en sí todas las dictaduras y todos los consulados*, y su audacia hacia que la autoridad tribunicia fuese impotente. Sin embargo, un tribuno se atrevió á hacer uso de la ley Icilia. Virginio acusó á Ceson de haber pegado á un tribuno, no obstante su carácter inviolable, y un plebeyo atestiguó que en la via Suburrana habia derribado al suelo á un anciano, hermano suyo, el cual habia muerto pocos dias despues á consecuencia de sus heridas. El pueblo se conmovió al oir el relato de este homicidio, y Ceson, á quien dejaron libre bajo fianza, hubiera sido sentenciado á muerte en los próximos comicios si no hubiese emigrado voluntariamente á Etruria. Cincinato, para pagar la multa de su hijo, vendió casi todos sus bienes, y solo le quedaron cuatro fanegas de tierra al otro lado del Tiber (460).

Ceson, lo mismo que Coriolano, quiso vengarse, y los tribunos fueron un dia á denunciar al senado una conspiracion de la que aquel era el alma. Su objeto era sorprender el Capitolio, asesinar á los tribunos y á los jefes del pueblo, y abolir las leyes sagradas. En efecto, en el año siguiente fué ocu-

pado el Capitolio una noche por el Sabino Herdonio al frente de cuatro mil esclavos y desterrados, entre los cuales se hallaria acaso Ceson (459). Aquel golpe de mano audaz no aterró menos al senado que al pueblo, al cual prometió Valerio la aceptacion de la ley Terentilla como premio de su concurso. El Capitolio fué recobrado y de cuantos le ocupaban ni uno solo se escapó; pero Valerio, el cónsul popular, habia perecido durante el ataque, y fué sustituido por Cincinato, quien juzgó que por aquella muerte se hallaba el senado absuelto de sus promesas. «Mientras yo sea cónsul, dijo á los tribunos, no pasará vuestra ley, y antes de abandonar el cargo, nombraré un dictador. Mañana llevo al ejército contra los Equos.» Los tribunos anunciaban su oposicion al alistamiento. «No necesito nuevos soldados; los legionarios de Valerio no han sido licenciados; me seguirán al Algide.» Queria llevarse allá á los augures, hacerles consagrar un sitio apropósito para las deliberaciones y obligar al ejército, como representante del pueblo, á que revocase todas las leyes tribunicias. El senado no se atrevió á seguir á su cónsul en aquella reaccion violenta; se contentó con rechazar la ley; pero los mismos tribunos fueron reelegidos por tercera vez (458); tambien lo fueron en los años siguientes, hasta cinco veces, y con ellos se presentó siempre la odiosa proposicion, no obstante una nueva dictadura de Cincinato que aprovechó su autoridad sin apelacion para desterrar al acusador de su hijo.

Este estado de cosas mantenia los ánimos en tal fermentacion, que el senado creyó prudente consentir en que en lo sucesivo se nombrasen diez tribunos, dos por cada clase. El pueblo, y especialmente el de las clases inferiores, aguardaba de aquel aumento una proteccion mas eficaz y mas rápida, los patricios una facilidad mayor para comprar ó seducir á algunos miembros del colegio. A esto siguieron otras concesiones.

Concesiones de las tierras públicas del Aventino á los plebeyos y ley sobre las multas (454—453).

En 454, el tribuno Icilio pidió que las tierras del dominio público en el Aventino fuesen distribuidas al pueblo; y no obstante las violencias de la juventud patricia, hizo que su ley fuese aceptada por las tribus, y obligó á los cónsules á llevarla al senado, en donde obtuvo la entrada para defender por sí mismo su plebiscito. De esta innovacion resultó para los tribunos el derecho de convocar al senado y de hablar ante él. Pasó la ley, y el Aventino se cubrió de casas plebeyas. En el año siguiente, el cónsul Aternio hizo cesar la arbitrariedad de los cónsules en la imposicion de las multas. Fijó como mínimum un carnero, y como maximum dos carneros y treinta bueyes, pero á este solo se llegaba aumentando una cabeza de ganado por cada dia de retraso ó negativa.

Con estas concesiones esperaba el senado alejar la ley agraria y la ley Terentilla, pero ambas proposiciones fueron reproducidas en seguida, y Sicinio Dentato, viejo centurion que asistió á 120 batallas, siguió 9 triunfos, mató á 9 enemigos en combate singular, recibió 45 heridas de las que ninguna por la espalda, mereció 83 collares y 60 brazaletes de oro, 18 lanzas y 25 arneses, fué nombrado tribuno é hizo que condenasen á dos cónsules á pagar la multa. El senado comprendió que era preciso renunciar todavía á la fuerza, quedando el recurso de apelar á la astucia para falsear la revolucion. Aceptó la proposicion Terentilla, y fueron designados tres comisionados, Sp. Postumio, A. Manlio y P. Sulpicio, para ir hasta Atenas, quizás, pero mas seguramente á las ciudades griegas de Italia á recoger las mejores leyes.

Los primeros decenviros.

Cuando regresaron los tres diputados, suspendieron la constitucion vigente, el tribunado y aun el derecho de apelacion, y diez magistrados fueron investidos de poderes ili-

mitados para redactar nuevas leyes. Los patricios, invocando su conocimiento del derecho, hicieron que les concediesen aquellos diez puestos. Este primer punto decidió la cuestion; la reforma, solo por esto, perdia todo carácter político.

En el año 450, en los idus de mayo, los decenviros, todos ellos personages consulares, entraron á desempeñar sus cargos. Cada dia tenia uno de ellos la presidencia, el gobierno de la ciudad, y los doce lictores. Unánimes en sus actos, justos y afables para con todos, mantuvieron la república en una paz profunda, disminuyendo mas bien que estralimitando sus poderes. Habíase encontrado un cadáver en la casa del patricio Sextio; no solo el decenviro Julio llevó adelante la acusacion, sino que no obstante serle dado juzgar sin apelacion, sometió la causa á la decision de los comicios del pueblo. Al fin del primer año diez tablas de ley fueron fijadas en el foro para que cada cual pudiese proponer modificaciones; los decenviros volvieron á revisarlas, y luego las presentaron al pueblo y fueron aceptadas en los comicios centuriados. Eran las antiguas costumbres de Roma ó de la Italia primitiva mezcladas con algunas cosas tomadas de las legislaciones de las ciudades griegas, que el Efesio Hermodoro habia esplicado á los decenviros.

Apio y Virginia (448).

Sin embargo, el código no estaba completo. Para concluirle conservaron sus poderes á la comision legisladora, pero llamando á ella, segun el espíritu de la constitucion romana, á otros hombres. Entre los decenviros salientes se encontraba Apio Claudio, quien en el primer año habia ocultado su orgullo y su ambicion bajo una esterioridad popular. Encargado de presidir los comicios de eleccion, combatió la candidatura de Cincinato y de Capitolino, á quienes no hubiera podido atraer á sus designios, y solo dejó nombrar á personas que le eran adictas. No temió recoger votos para sí mismo, aunque como presidente de los comicios y y segun la costumbre, no pudiese ser reelegido. Sus nuevos

cólegas, todos ellos hombres oscuros, y algunos plebeyos, se sometieron á su ascendiente. Precedidos de sus 120 licto res con las vergas y las hachas, parecian diez reyes, y tenian el orgullo de tales.

Como sus predecesores, estaban unánimes, porque se habian prometido recíprocamente que nunca la oposicion de uno de ellos habia de detener los actos de sus cólegas; pero aquel acuerdo solo aprovechaba á su poder. Desde entonces, la fortuna, la honra y la vida de los ciudadanos estuvieron á merced de los decenviros. El senado tenia que encargarse de un papel hermoso, el de defensor de las libertades públicas. Prefirió dejarse arrastrar á antiguos rencores, y vió con júbilo aquella tiranía salida de una ley popular. La juventud patricia costumbrada hacia tiempo bajo el dominio de Apio y de Ceson, á la violencia, llegó á ser en la ciudad como una especie de ejército de los decenviros, y los senadores, desertando su puesto en la curia, se dispersaron por sus casas de campo.

Entretanto, los decenviros publicaron dos nuevas tablas, llenas, dice Ciceron, de leyes inícuas; y trascurrió el año sin que anunciasen la intencion de abdicar. Roma se habia dado dueños. Afortunadamente, los Sabinos de Eretrum y los Equos renovaron la guerra, y fué preciso convocar el senado. Un patricio popular, Valerio, se levantó tan luego como se abrió la sesion, y sin hacer caso de Apio que le negaba el uso de la palabra, denunció la conjuracion formada contra la libertad. «Los Horacios y los Valerios fueron quienes expulsaron á los reyes, exclamó Horacio Barbato, sus descendientes no humillarán la frente ante los Tarquinos.» Los decenviros le interrumpieron, le amenazaron, y le hicieron precipitar desde la roca Tarpeya. Pero el mismo tio de Apio se declaró contra él; sin embargo, los consejos tímidos prevalecieron, y al final de aquella sesion borrascosa, diez legiones fueron confiadas á los decenviros. Salieron de Roma dos ejércitos. Mal dirigidos, ó mas bien, mal dispuestos hácia sus gefes, hicieron que les derrotasen. En uno servia Dentato,

que no ocultaba su odio. Los decenviros para desembarazarse de él, le enviaron á escoger el terreno para un campamento, dándole por escolta á unos soldados encargados de asesinarle. El *Aquiles romano* no sucumbió sino despues de haber dado muerte á quince de los traidores. Difundieron la voz de que habia perecido en una emboscada, pero nadie vaciló en creer que hubiese sido sacrificado á los temores de los decenviros. Otro crímen produjo, por fin, su caida.

Apio habia apostado á uno de sus clientes para reclamar como esclava suya á Virginia, hija de uno de los plebeyos mas distinguidos. En vano su padre Virginio, su prometido Icilio, el antiguo tribuno, y numerosos testigos, ofrecieron probar su nacimiento libre. Apio, menospreciando una ley que él mismo habia presentado, adjudicó la jóven á su cómplice. Pero Virginio cogió un cuchillo de la tabla de un carnicero, la hirió en el corazon, por querer mas bien verla muerta que deshonrada, y cubierto aun de sangre de su hija, corrió presuroso á reunirse con el ejército acampado en Algide. Los soldados se sublevaron, marcharon sobre Roma, en donde ocuparon el Aventino, y desde allí, seguidos de todo el pueblo, fueron á reunirse en el monte Sacro con las legiones de los Sabinos.

Durante algun tiempo vacilaron los decenviros, sostenidos por una parte del senado que temia las consecuencias de una revolucion plebeya. Pero si habia sido preciso ceder 46 años antes, cuando aun era omnipotente el patriciado y los plebeyos estaban sin gefes, ¿cómo resistir entonces que el pueblo tenia ya la experiencia de sus últimas luchas y la conviccion de su fuerza?—Los decenviros abdicaron.

Resúmen de las XII tablas: derecho de las personas y de las cosas.

Las doce tablas conservaron al padre de familia su poder absoluto sobre sus esclavos, sus hijos, su muger y sus bienes, y consagraron las obligaciones recíprocas de los clientes y de los patronos. La propiedad permaneció tambien en las

mismas condiciones. Era pública ó privada. Para la primera nunca habia prescripcion, porque el Estado no podia perder sus derechos; para la segunda bastaban dos años, porque el Estado tenia interés en que las tierras no quedasen sin cultivo. Si se trataba de bienes muebles ó de esclavos, bastaba un año. Pero contra el detentor extrangero quedaba siempre abierto el derecho: *adversus hostem æterna auctoritas*. De aquí los esfuerzos de las provincias, cuando Roma hubo extendido á lo léjos sus conquistas para obtener ese título de ciudadano que, entre otros privilegios, daba, despues de un goce de dos años, el derecho de propiedad sobre las tierras incultas, tan numerosas en cuantos parages habian recorrido las legiones.

Las doce tablas no señalaban sino penas comparativamente leves para los ataques contra las personas. Pero los ataques contra la propiedad se castigaban cruelmente. El robo llegaba á ser una impiedad. «Que aquel que haya encantado ó seducido (*incantassit, pellexerit*) la miés de otro, que haya llevado á pastar su ganado por la noche á la tierra de su vecino, ó segado su cosecha, sea sacrificado á Céres.—Que el ladron pueda ser muerto por la noche, impunemente, y de dia si se defiende.—El que prenda fuego á un monton de trigo, será atado, apaleado y quemado.—El deudor insolvente será vendido ó cortado en trozos.» Para los delitos considerados como menos graves, se encuentran de nuevo los dos sistemas penales que estaban en uso entre todos los pueblos bárbaros: el *talion* ó represalias corporales, y la composicion ó avenencia. «El que rompe un miembro pagará 300 ases al herido; si no se aviene con él, que sea sometido al talion.»

Disposiciones favorables para los plebeyos.

Proteccion para el deudor contra el usurero: «El que preste á mas de ocho y un tercio por ciento, restituirá el cuadrúplo; que el *nexus* (esclavo por deudas) no sea considerado como infame.» Proteccion para el débil contra el poderoso: «En las cuestiones de estado que se adjudique la provision en favor

de la libertad.» Proteccion para el litigante pobre contra el litigante rico y el juez patricio: «Que el testigo falso y el juez corrompido sean precipitados.» Nueva consagracion de la ley Valeria y restriccion impuesta al poder ilimitado de la dictadura: «Que siempre pueda apelarse al pueblo de las sentencias de los magistados.» Concesion al pueblo de la atribucion de la jurisdiccion criminal, arrebatada al propio tiempo á las curias y á las tribus: «Que solo el pueblo, *en los comicios centuriados*, tenga la facultad de dictar sentencias capitales.» A la asamblea de las centurias en donde todos, patricios y plebeyos, se hallaban confundidos con arreglo al órden de sus fortunas, era á la que pasaban el poder y los títulos.

Otra ventaja para los pebleyos era el carácter general de la ley. «No mas leyes personales;» *ne privilegia inroganto*. La legislacion civil de las doce tablas no conoce mas que ciudadanos romanos. Sus disposiciones no están hechas para un órden ni para una clase, y su fórmula es siempre *si quis*, «si alguien;» porque el patricio y el plebeyo, el senador, el pontífice y el proletario, son iguales á sus ojos. Por este olvido de las distinciones tan profundas en otro tiempo, quedaba proclamada, por fin, la union difinitiva de ambos pueblos, y este pueblo nuevo, la universalidad de los ciudadanos, fué la que tuvo desde entonces la autoridad soberana, la que se convirtió en orígen y manantial de todo poder y de todo derecho. «Lo que el pueblo haya mandado en último lugar será la ley.» Así pues, por las doce tablas habia obtenido el pueblo algunas consideraciones materiales, y ya que no la igualdad política, al menos la igualdad civil, que dá, aun al mas miserable, el sentimiento de su dignidad de hombre, y que le hace elevarse sobre los vergonzosos vicios del servilismo.

Sin embargo, el espíritu aristocrático se revela en las penas severas pronunciadas contra los autores de versos injuriosos, contra las reuniones nocturnas, y en la prohibicion de los casamientos entre las familias patricias y plebeyas.

Tambien los patricios eran los únicos que podian continuar siendo cónsules, senadores, augures, pontífices y jueces, de modo que por las formas multiplicadas y misteriosas de los procedimientos (*acta legitima*) que los plebeyos ignoraban, podian inutilizar aquella publicacion de la ley y aquella igualdad civil que ellos mismos acababan de proclamar. En cuanto á resultados, la nueva legislacion defraudaba las esperanzas del pueblo. Pero los decenviros, sino por sus leyes, al menos por su caida, habian dado al poder plebeyo un impulso irresistible.

CAPÍTULO VI.

Progresos políticos y triunfos militares (448-390) Invasion gala.

LEYES POPULARES DE VALERIO Y DE HORACIO (448—390).—AUTORIZACION DE LOS CASAMIENTOS ENTRE LOS DOS ÓRDENES (445).—NUEVA CONSTITUCION: CENSURA Y TRIBUNADO CONSULAR (444).—LUCHAS PARA LA EJECUCION DE LA NUEVA CONSTITUCION (444-390); ESPURIO MELIO (437).—PROGRESOS DE LAS ARMAS ROMANAS Y USURPACIONES DE LOS TRIBUNOS (436-405). —ESTABLECIMIENTO DEL SUELDO Y SITIO DE VEIES (405-395) —LA INVASION GALA: BATALLA DEL ALLIA (390).—TOMA DE ROMA; SITIO DEL CAPITOLIO; CAMILO.—RECONSTRUCCION DE LA CIUDAD Y RESTABLECIMIENTO DEL PODER ROMANO.—MANLIO

Leyes populares de Valerio y de Horacio (448-390).

La revolucion de 510, hecha por los patricios, solo habia aprovechado á la aristocracia; la de 148, hecha por el pueblo, solo á este aprovechó. Los decenviros habian abdicado, y dos senadores Populares, Valerio y Horacio, habian ido al monte Sacro á prometer el restablecimiento del tribunado y del derecho de apelacion con una amnistía para cuantos habian tomado parte en la rebelion. El Pontífice Máximo reunió á los comicios para la eleccion de los diez tribunos; luego nombraron cónsules á Horacio y á Valerio, quienes garantizaron por medio de varias leyes la libertad restaurada. La primera prohibió, bajo pena de muerte, que en tiempo alguno se crease una magistratura sin apelacion. La segunda

dió fuerza de ley á los plebiscitos, lo cual equivalia á decir que las resoluciones adoptadas en la reunion de las tribus no necesitarian ya de la sancion de las curias, como las resoluciones de los comicios centuriados, para convertirse en leyes generales. La tercera reprodujo el anatema lanzado contra todo aquel que atentase á la inviolabilidad tribunicia. La cuarta disponia que una copia de todos los senado-consultos, refrendada por los tribunos con la letra T, á fin de evitar toda falsificacion, fuese entregada á los ediles plebeyos y custodiada por ellos en el templo de Céres, en el Aventino. El tribuno Duilio hizo pasar, además, esta ley: «Que el magistrado que descuide reunir los comicios al fin del año para la eleccion de los tribunos del pueblo, sea castigado con el palo y el hacha.»

La libertad estaba asegurada; pero la sangre derramada pedia venganza. Virginio acusaba á los decenviros. Apio, su gefe, se mató en su encierro antes del juicio; Opio, que despues de aquel era el mas odioso, concluyó del mismo modo. Los demás emigraron; sus bienes fueron confiscados. Sin embargo, los dos cónsules habian comenzado de nuevo sus operaciones militares contra los Equos y los Sabinos, y estos fueron tan bien derrotados por Horacio que se mantuvieron en paz con Roma durante siglo y medio. A la vuelta, los cónsules pidieron el triunfo: hasta entonces, solo el senado habia tenido el derecho de concederle; le negó. Pero Icilio hizo que fuese decretado por el pueblo. Tambien los tribunos fueron quienes pronunciaron su decision en un debate que se suscitó entre Ardea y Aricia, y la guerra que surgió de esta decision injusta no hizo sino dar aun mas importancia á aquella innovacion popular.

Autorizacion de los casamientos entre los dos órdenes (445).

Los patricios habian intentado mas de una vez ingerirse en el tribunado; una ley Trebonia les cerró para siempre su entrada. Habíanse reservado el poder judicial, escepto en el

caso de sentencia capital contra un ciudadano, y la administracion de la hacienda, dejando á los cónsules el derecho de nombrar por sí mismos los cuestores del tesoro. Los tribunos obtuvieron en 447 que los *quæstores parricidii* y los *quæstores ærarii* serian nombrados en lo sucesivo en los comicios centuriados. Dos cosas mantenian la distincion injuriosa entre los dos órdenes: la prohibicion de los casamientos, y la ocupacion de todos los cargos por los patricios: en 445, el tribuno Canuleyo pidió que se aboliese la prohibicion relativa á los casamientos, y sus cólegas solicitaron la participacion en el consulado. Esto era pedir la igualdad política. Los patricios se indignaron al oir esta peticion, pero el pueblo empleó el medio que le habia servido ya dos veces; se retiró armado al Janículo, y el senado, pensando que las costumbres serian mas fuertes que la ley, aceptó la proposicion del tribuno.

Nueva constitucion: Censura y tribunado consular (444).

Caida esta barrera, ya no era posible prohibir á los plebeyos el acceso de los cargos curules. Sin embargo, á fuerza de habilidad, el patriciado medio vencido, se defendió todavía durante 45 años. Los cólegas de Canuleyo pedian por su órden una plaza de cónsul y dos de cuestores del tesoro. El senado concedió que los cuestores del tesoro fuesen elegidos indistintamente en los dos órdenes, y merced á esta latitud, durante mucho tiempo solo se vieron patricios en este cargo. En cuanto al consulado, le desmembró. A este poder real le habian arrebatado ya el derecho de verificar ciertos sacrificios (*rex sacrificiorum*), la custodia del tesoro (*quæstores ærarii*), y la instruccion de los negocios criminales (*quæstores parricidii*); dos nuevos magistrados, los censores, creados en 444, primero por cinco años y luego por diez y ocho meses, heredaron tambien el derecho de los cónsules de formar el censo, de administrar las posesiones y la hacienda del Estado, de arreglar las clases, de formar la lista del senado y de los caballeros, de tener, en fin, la alta policía de la ciudad.

Quedábanles á los cónsules las funciones militares, la justicia civil, la presidencia del senado y de los comicios, la custodia de la ciudad y de las leyes; se las dieron á tres, cuatro ó seis generales, pero divididas entre varios, sin los honores curules, con seis lictores en vez de doce, y bajo el nombre plebeyo de tribunos militares.

Una invasion de los Volscos, que penetraron en aquel mismo año hasta la puerta Esquilina, fué rechazada. T. Quintio destruyó su ejército y estableció en Verrugo una guarnicion que los mantuvo sujetos durante quince años. Con la libertad volvia la victoria.

Luchas para la ejecucion de la nueva constitucion (444—390); Espurio Melio (437).

La constitucion de 444 autorizaba el nombramiento de plebeyos para el tribunado consular: hasta 400, ni uno solo le alcanzó, y durante los 78 años que subsistió aquel cargo, el senado hizo nombrar 24 veces á cónsules, es decir, que, en un año por cada *tres*, procuró y logró restablecer la antigua forma de gobierno. Estas osciliaciones perpetuas dieron pábulo á las esperanzas ambiciosas de un caballero rico, Espurio Melio. Durante una época de hambre, distribuyó limosnas abundantes á los pobres. El senado se alarmó por esta caridad que no estaba en las costumbres antiguas, ó hizo subir á la dictadura al viejo Cincinato. Melio, citado ante el tribunal del dictador, se negó á contestar y buscó enmedio de la multitud que cubria el foro una proteccion contra los lictores. Pero el jefe de la caballería, Serv. Ahala, le alcanzó y le atravesó con su espada. Cincinato, apesar de la indignacion del pueblo, aprobó altamente á su lugar teniente, y mandó demoler su casa y vender al precio de un as el *modius* (8^{litros}, 67) el trigo reunido por él. Acaso fuera como Casio, una víctima sacrificada al temor receloso de los grandes. Al menos estos recobraron por algun tiempo el ascendiente, y durante los once años siguientes solo dos veces se nombraron tribunos militares. Sin embargo, en 431 hubo una dictadura po-

pular, la de Mamerco Emilio, que redujo á diez y ocho meses la duracion de la censura.

Progresos de las armas romanas y usurpaciones de los tribunos (436—405).

Sin embargo, los Veios y los Volscos ocupaban sin tregua las armas romanas. En 436, los Fidenates expulsaron á los colonos establecidos en medio de ellos, y se pusieron bajo la proteccion de los Veios. El rey de este pueblo, Tolumnio, fué muerto por Cornelio Coso, quien tuvo así la honra de conseguir los segundos despojos ópimos. En Fidenes, los Romanos degollaron á toda la poblacion etrusca, y Veies, atemorizada, solicitó una tregua de 20 años (424). Tambien en el Lacio habian contenido los progresos del enemigo, merced á una disciplina que hacia que las legiones romanas fuesen la mejor infantería del mundo. Un dictador hizo decapitar á su hijo por combatir sin órden. Pero tambien los Volscos fueron derrotados y obligados á solicitar una tregua de ocho años. Los cónsules vencidos por los Equos en 428, á pesar de las órdenes del senado se negaban á nombrar un dictador; solo cedieron cuando los tribunos del pueblo les amenazaron con mandarlos llevar á la cárcel: era un espectáculo nuevo el de la autoridad tribunicia protegiendo á la majestad del senado. Tres años antes, los tribunos, recelosos porque veían que todos los sufragios recaían siempre en los grandes, habian proscrito los trajes blancos que designaban desde léjos, á los ojos de todos, á los candidatos patricios. Era una primera ley contra la intriga. Oponiéndose á las levas, obligaron al senado á llevar á los comicios centuriados, en 427, la cuestion de la guerra contra Veies, y si no lograron hacer pasar la ley agraria, que volvieron á presentar, al menos obtuvieron en 420 que la cuestura fuese accesible á los plebeyos, y en una época que no se conoce á punto fijo, que los censores pudiesen escoger los senadores en todos los órdenes.

Al propio tiempo exigian que las conquistas hechas en el exterior aprovechasen á los pobres de Roma. Así hicieron dis-

tribuir 3000 fanegas del territorio de Labicum á 1500 familias plebeyas. En 414, reclamaron tambien el reparto de las tierras de Bola. Habiéndose opuesto á ello un tribuno militar llamado Postumio, fué muerto en un motin de soldados, crímen inaudito en los ejércitos romanos, que perjudicó á la causa popular. La distribucion de tierras no se verificó, y durante cinco años el senado pudo hacer nombrar cónsules. Esta reaccion patricia produjo otra en sentido contrario; en 408, tres plebeyos ascendieron á la cuestura; por último, en 400, de seis tribunos militares, cuatro fueron plebeyos. El término de esta lucha política fué señalado en el exterior por grandes triunfos. En 406, la toma de Ansura hizo recobrar á la república la frontera que Roma tenia en tiempo de los reyes.

Establecimiento del sueldo y sitio de Veies (405—395).

Era preciso recompensar á los plebeyos por aquella conquista brillante; por otra parte, la tregua con los de Veies espiraba en el año siguiente, y este pueblo mostraba intenciones hostiles. El senado decretó que la infantería recibiese un sueldo del tesoro público. El legionario que desde entonces mostró menos apresuramiento para volver á sus tierras, permaneció mas tiempo bajo sus banderas. Se pudo extender la guerra y prolongar las operaciones, y á los generales les fué dado exigir mas obediencia á los soldados. En el mismo año de 405 comenzó el sitio de Veies. Dos ejércitos romanos fueron á acampar bajo sus muros: uno para sitiarla por hambre, y otro para impedir la llegada de socorros. Los Etruscos abandonaron á Veies á su suerte; reunidos en el templo de Voltumna, habian declarado disuelta la liga; los Faliscos y los Capenatos, mas próximos al peligro, fueron los únicos que hicieron algunos esfuerzos. Se apoderaron de uno de los dos campamentos, y restablecieron las comunicaciones de los sitiados con la campiña. Los Tarquinios invadieron tambien el territorio romano; los Equos y los Volscos no desperdiciaron tan buena ocasion. Roma hizo frente por

todos lados, y conjuró todos los peligros, sin dejar que la distrajesen de su gran asunto del sitio de Veies.

Por primera vez habian continuado los Romanos las hostilidades durante el invierno. Como la division del mando entre los tribunos militares produjese derrotas, el pueblo sospechó una traicion por parte de los grandes, y nombró por fin, en 400, á cuatro plebeyos para el tribunado consular. No varió la fortuna, y aun hubo un momento en que creyeron que la Etruria se sublevaria en masa. El senado se apresuró á hacer que nombrasen dictador á un patricio que habia desempeñado ya con brillantez el tribunado y la censura, á M. Furio Camilo. Este armó á todos los ciudadanos que se hallaban en estado de combatir, derrotó las fuerzas enviadas para socorrer á los Veios, y volvió á estrechar vivamente el sitio. La tradicion colocaba en este punto prodigios numerosos: el desbordamiento del lago de Alba, en medio de un verano abrasador, los mil canales abiertos para impedir que las aguas llegasen al mar, y la imprudencia fatal del arúspice toscano que reveló los secretos de su pueblo. Los Romanos penetraron al fin en la plaza por una mina. Los pocos Veios que se libraron de la matanza fueron vendidos (395).

La caida de Veies arrastró en pos de sí la de Faleria (394), conquistada, segun dicen, por la generosidad de Camilo; por último, la toma de Sutrium llevó la frontera romana al Norte, hasta la sombría é impenetrable selva Ciminia. Sin embargo, los romanos se atrevieron á cruzar por ella y á atacar á los Vulsinios, que solo obtuvieron una tregua de veinte años consintiendo en pagar un año de sueldo al ejército romano (390).

Así los Romanos desde 450 á 390, tomaron la ofensiva y se establecieron en medio de los Volscos; pero los Equos continuaron posesionados del Algide. Si la cuestion no se hallaba decidida todavía entre Roma y sus dos enemigos incansables, al menos la posicion era entonces inversa de lo que habia sido al principio de este período. El temor y la prudencia

habian pasado á la parte de los Volscos. Además, Roma habia adquirido un ascendiente cada vez mas marcado sobre los restos que aun quedaban de los 30 pueblos latinos. Acostumbrados estos á ser defendidos por ella, habian contraido tambien el hábito de obedecerla. La antigua igualdad quedaba olvidada, y Roma reunia á su territorio el de las ciudades latinas que recobraba del enemigo. Al Norte del Tiber, podia glorificarse de haber alcanzado el triunfo mas brillante. Pero, por esta parte, sus victorias la conducian al encuentro de los Galos, y acababa de perder á su mejor general. La orgullosa magnificencia del triunfo de Camilo, su altanería, el voto que habia hecho secretamente de consagrar á Apolo Pitio el diezmo del botin de Veies, y su vehemente y patriótica oposicion contra los tribunos que querian trasladar á esta ciudad una parte del senado y del pueblo, habian escitado contra él la envidia y el odio popular. Fué acusado de cometer concusiones, y aun sus mismos clientes se negaron á emitir un voto favorable para él. «No podemos absolveros, decian, pero pagaremos vuestra multa.» No quiso aceptar esta adhesion que salvaba su fortuna á costa de su honra, y se marchó sin aguardar el enjuiciamiento. Cuando hubo pasado de la puerta Ardeatina, dicen que se volvió hácia la ciudad y rogó á los dioses del Capitolio que, si era inocente, hiciesen arrepentir muy luego á sus conciudadanos de su destierro. Egoismo y dureza que, por el contraste, recuerdan la triste plegaria de Arístides. En el mismo año entraron los Galos en Roma.

La invasion gala: batalla del Allia (390).

En el trascurso decerca de dos siglos que hacia que los Galos bajaron á Italia, aun no se habian atrevido á aventurarse en el Apenino; pero en 390, fueron 30.000 Senones á pedir tierras á los Clusinos, quienes imploraron el auxilio de Roma. Enviáronse tres embajadores, tres Fabios, para interponer su mediacion. En una salida se mezclaron con los sitiados, y uno de ellos mató á un gefe galo á la vista de ambos ejérci-

tes. En seguida pidieron los bárbaros una reparacion á Roma. Todo el colegio de los feciales insistió para que se hiciese justicia; pero prevaleció la influencia de la *gens Fabia*, y los culpables fueron absueltos. Los Senones, al saber esta noticia, se pusieron en marcha sobre Roma. A media jornada de la ciudad, cerca del Allia, vieron al ejército romano, el cual, aterrado por los gritos y el aspecto salvage de los bárbaros, rompió filas y huyó sin combatir (16 de julio de 390). Todos los que no pudieron pasar el Tiber á nado y refugiarse detrás del fuerte recinto de Veies, fueron pasados á cuchillo; el ala derecha intacta, verificó su retirada sobre Roma, y corrió presurosa á ocupar la ciudadela del monte Capitolino, en donde se encerraron tambien el Senado, los magistrados, los sacerdotes y mil hombres de los mas valientes de la juventud patricia. Los demás se dispersaron por las ciudades inmediatas. Ceres dió asilo á las Vestales y á los objetos sagrados.

Toma de Roma; sitio del Capitolio; Camilo.

Los Galos no entraron hasta dos dias despues de la batalla. Todo estaba desierto; solo vieron algunos consulares que, antes que ir á mendigar un asilo entre sus antiguos súbditos, se habian quedado en sus respectivas moradas, sentados en sus sillas curules. Los bárbaros creyeron que veían á séres sobrenaturales, pero habiendo pasado uno de ellos suavemente la mano por la larga barba de Papirio, este le pegó con su vara de marfil, y el galo irritado, le mató; esta fué la señal de la matanza. Nada de lo que tenia vida fué perdonado; despues del saqueo, el incendio destruyó las casas.

Los bárbaros quisieron subir al Capitolio: una pendiente angosta y rápida conducia á él; costóles poco trabajo á los romanos rechazarlos, y el sitio hubo de convertirse en bloqueo. Durante siete meses estuvieron acampados los Galos entre las ruinas; un otoño lluvioso produjo enfermedades que les diezmaron, y el hambre les obligó á correr en bandadas por toda la campiña inmediata. Los Latinos y los

Etruscos se habian regocijado al pronto por las desgracias de Roma, pero se alarmaron á su vez. Ardea dió á Camilo, emigrado en aquella ciudad, algunos soldados con los cuales sorprendió y pasó á cuchillo á un destacamento galo. Este primer triunfo estimuló la resistencia; por todas partes se insurreccionaron los campesinos, y los romanos refugiados en Veies proclamaron dictador á Camilo. Necesitábase la sancion del senado y de las curias para confirmar la eleccion y restituir á Camilo los derechos de ciudadano que habia perdido por su destierro. Un jóven plebeyo, Cominio, atravesó el Tiber á nado, huyó el encuentro de los centinelas enemigos, y con el auxilio de las zarzas y demás arbustos que cubrian la escarpada falda de la colina, llegó hasta la ciudadela. Volvió á bajar con la misma felicidad y llevó á Veies el nombramiento que habia de disipar los escrúpulos de Camilo. Pero los Galos habian observado las huellas de sus pasos, y en una noche oscura subieron hasta el pié de la muralla. Ya llegaban á las almenas, cuando los gritos de los gansos consagrados á Juno despertaron á Manlio, quien derribó desde lo mas alto de la pared al adelantado de los que daban el ata que.

El capitolio estaba salvado; pero los víveres se habian agotado, y como Camilo no parecia, el tribuno militar Sulpicio convino con el *brenno*, á quien llamaba á su patria un ataque de los Venetos, en pagar por el rescate de Roma 1000 libras de oro, y en que los aliados y las colonias de Roma suministrarian á los Galos víveres y medios de trasporte. Cuando se pesó el oro, los bárbaros llevaron pesas falsas, y como Sulpicio reclamaba y se quejaba, el brenno dijo: Væ victis: «Desgraciados los vencidos!» y echó además en la balanza su ancha espada y su tahalí. Los bárbaros se alejaron, pero Camilo anuló el tratado con su autoridad dictatorial. Mandó á los aliados que cerrasen sus puertas y atacasen á las partidas aisladas. Durante el bloqueo, al que habian ido hasta 70.000 galos, numerosos destacamentos abandonaron el sitio para recorrer el país; algunos habian ido hasta Apu-

lia; cuando regresaron, la parte principal del ejército se habia marchado, todo el Lacio estaba armado, y las legiones romanas reorganizadas; por lo cual se escaparon muy pocos de aquellos. Los Cerites pasaron á cuchillo á un destacamento entero que cayó de noche en una emboscada, y otro fué destruido por Camilo. La vanidad romana convirtió estos triunfos leves en una victoria tan completa que, segun decian, ni un bárbaro se habia librado de la espada vengadora de los soldados de Camilo.

Reconstruccion de la ciudad y restablecimiento del poder romano.

Roma libertada estaba convertida en ruinas. Varios tribunos volvieron á presentar la proposicion de trasportar el pueblo á Veies, cuyo fuerte recinto y sólidas casas estaban aun de pié. Acaso fuera vana la prudente oposicion de Camilo y del Senado, á no ser por un presagio que decidió al pueblo dudoso todavía, á restablecer la ciudad. Bastó para ello un año. La espada de los bárbaros habia causado grandes bajas en la poblacion; para cubrir las faltas y evitar una rebelion peligrosa de los súbditos, se concedió el derecho de ciudadanía á los habitantes del territorio de Veies, de Capena y de Faleria; con ellos se formaron cuatro tribus nuevas. Medida muy grave era la que llamaba de una vez á tantos hombres á compartir la soberanía, y daba á antiguos súbditos 4 votos en cada 25; pero acaso era la única que pudiese sacar á Roma de la situacion peligrosa en que la habian dejado los Galos. Por ello fué recompensada en seguida, porque no hay duda alguna de que aquella concesion ayudó mucho á sus triunfos cuando, antes de salir Roma de entre sus ruinas, se vió atacada por los Volscos, los Equos, una parte de los Latinos, y los Etruscos de Tarquinia.

Camilo, á quien se encuentra de nuevo á la cabeza de las legiones, ganó en aquellas circunstancias difíciles, con mucha mas justicia que en la guerra contra los Galos, el título de segundo fundador de Roma. En el interior, con sus patrió-

ticos consejos llamaba á los partidos á la union, en la que, por su energía, procuraba imponerles la paz. En los campamentos, sus hábiles reformas preparaban la victoria, la cual aseguraba con su talento militar en el campo de batalla. Armó á los soldados con picas largas, cascos de bronce y rodelas forradas con una chapa de hierro, en las cuales se embotaron los sables mal templados de los bárbaros. Dió mas movilidad á la legion, y cambió todo el órden de batalla sustituyendo la antigua organizacion en falange con la division en manípulos. Los Tarquinios fueron derrotados y no quedó un solo enemigo entre la selva Ciminia y el Tiber. Pero en la orilla izquierda le costó sumo trabajo á Camilo el evitar grandes desastres. En 379, los Prenestrinos penetraron hasta la puerta Colina; sin embargo, habiendo sido vencidos á orillas del Allia, pidieron la paz: tres años despues, una batalla de dos dias terminó una guerra contra los Antiates. Desde entonces quedó Roma tranquila tambien por la parte del Lacio, pero no habia restablecido en él su autoridad.

Manlio.

En medio de estas graves dificultades exteriores, habian comenzado de nuevo en el foro las discusiones, y lo mismo que un siglo antes, las deudas, resultado de las últimas guerras, eran su causa principal. Las *ergastulas* se llenaron otra vez; el mismo Camilo mostró mucha dureza. Un patricio, el salvador del Capitolio, Manlio Capitolino, se constituyó en protector de los pobres, y sacó de la cárcel hasta 400 deudores, pagando á sus acreedores. Acusado por los grandes de querer seducir al pueblo, mostró en los comicios centuriados las armas de 30 enemigos muertos por su propia mano, 8 coronas cívicas, 32 recompensas militares, las cicatrices que cubrian su pecho, y el Capitolio desde el cual habia precipitado á los Galos. Fué absuelto: pero en una reunion celebrada fuera de la vista de aquella fortaleza,

fué sentenciado á muerte (383). Segun dice Dion, Manlio, que ocupaba con sus partidarios el monte Capitolino, fué precipitado desde la roca Tarpeya por un traidor á quien estaba escuchando sin desconfianza alguna.

TERCER PERÍODO.

ROMA BAJO LOS CÓNSULES DE LOS DOS ÓRDENES,

Ó

ÉPOCA DE LA CONQUISTA DEL MUNDO ANTIGUO.

233 años (366-133 antes de J. C.)

CAPÍTULO VII.

Leyes licinias, igualdad política (366).

LEYES LICINIAS (376-366). INEJECUCION DE LA LEY AGRARIA, PERO PARTICION DEL CONSULADO; CREACION DE LA PRETURA Y DE LA EDILIDAD CURUL.— TRIUNFO COMPLETO EN TORNO DE ROMA.

Leyes licinias (376-366).

Manlio era un ambicioso vulgar, al paso que C. Licinio Stolon y L. Sextio fueron verdaderos reformadores. Eran dos plebeyos ricos y nobles, á quienes la igualdad de los dos órdenes para el tribunado militar no pareció mas que una mentira política. Nombrados tribunos en 376, pidieron que se compartiese el consulado, y para obligar al pueblo á que se tomase interés por esta cuestion, presentaron las resoluciones siguientes:

1.º En lo sucesivo no se elijirán tribunos militares, sino dos cónsules, de los cuales uno habrá de ser siempre plebeyo;

2.º Ningun ciudadano podrá poseer mas de 500 fanegas de tierra patrimoniales, ni enviar á los pastos públicos mas

de 100 cabezas de ganado mayor y 500 de ganado menor; de aquellas tierras restituidas al Estado, se distribuirán 7 fanegas á cada ciudadano pobre; los que continúen siendo colonos del Estado pagarán al tesoro público el diezmo de los frutos de la tierra, la quinta parte del producto de los olivos y de las viñas, y el censo debido por cada cabeza de ganado.

3.º Los intereses pagados serán deducidos del capital, y lo demás será satisfecho en tres años, á partes iguales.

Habia llegado, pues, el momento de la lucha suprema. Los tribunos hicieron que les reeligiesen durante diez años consecutivos. En vano fué que el senado se apoderase del ánimo de sus cólegas cuyo *veto* les detuvo, y que recurriese por dos veces á la dictadura. Camilo, amenazado con una multa de 500.000 ases, abdicó. Tambien les opusieron la santidad de la religion; ni un plebeyo habia en el sacerdocio. Para destruir tal motivo, añadieron esta cuarta proposicion, que el senado aceptó con el fin de poner de su parte las apariencias de la justicia: «En vez de duunviros para los libros sibilinos, en lo sucesivo se nombrarán decenviros, de los que cinco serán plebeyos.» Sin embargo, el pueblo, cansado de tan prolongados debates, solo pedia las dos leyes relativas á las deudas y á las tierras, y los patricios se hallaban dispuestos á concederlas; pero los tribunos declararon inseparables las tres proposiciones, y por fin fueron aprobadas (367). Camilo que, nombrado por quinta vez dictador, acababa de conseguir su última victoria sobre los Galos cerca de Alba, se habia interpuesto, y los senadores, vencidos por sus consejos, cedieron. La eleccion del primer cónsul plebeyo, Sextio, fué ratificada, y Camilo, cerrando para siglo y medio la era de las revoluciones, consagró un templo á la Concordia (366).

Inejecucion de la ley agraria, pero particion del Consulado; creacion de la pretura y de la edilidad curul.

La ley agraria de Licinio estaba adoptada, pero fué tan mal

observada, que aun á él mismo le condenaron por haberla infringido, de modo que el patrimonio público continuó estando invadido por los grandes. La ley sobre los diezmos parece que fué mejor cumplida; tambien se adoptaron diferentes medios para disminuir las deudas. Pero, de todas aquellas proposiciones, la que produjo resultados mas inmediatos fué la de la particion del consulado. Los grandes, antes de cederle, le desmembraron. Fueron creadas dos nuevas magistraturas patricias: la *pretura* para la administracion de justicia, cuyas fórmulas no conocian los plebeyos, y la *edilidad curul* para la policía urbana, que el senado no queria dejar confiada exclusivamente á los ediles plebeyos (365). Quedábale aun la dictadura de la cual se sirvió para presidir ó influir en los comicios, ó para arrebatar á un general plebeyo la gloria de una guerra afortunada. Desde 364 hasta 343, en 21 años, hubo 14 dictaduras.

El primero que comenzó esta prolongada lista fué Manlio. Cebábase la peste en la poblacion con mortífera intensidad, y acababa de arrebatar á Camilo; el Tíber salia de madre, y un temblor de tierra habia abierto en medio del foro un abismo al que se dice que Curtio se precipitó armado de piés á cabeza. Con el fin de conjurar á los dioses irritados, habian celebrado juegos imp ortados recientemente de Etruria y un *lectisternium* (1). Por último, fué nombrado un dictador, Manlio, para hincar el clavo sagrado en el templo de Júpiter. Manlio, despues de la ceremonia, debia abdicar; conservó sus 24 lictores, y anunció una leva contra los Hérnicos. El tribuno Pomponio le acusó y le hubiera sentenciado á pagar la multa, si el hijo de Manlio, olvidando la injusta severidad de su padre que le tenia sujeto en el campo y dedicado á una vida dura y laboriosa, no hubiese obligado al tribuno, con el puñal al pecho, á desistir de su empeño. El pueblo, para recompensar su filial cariño, le nombró

(1) Llamábase así un festin dado á los dioses, cuyas estátuas tendian en lechos suntuosos en torno de mesas preparadas en un templo, y era una de las fiestas mas solemnes de Roma.

tribuno legionario, y en tal ocasion se apoderó del derecho de nombrar 6 de cada 9 de aquellos oficiales.

Triunfo completo en torno de Roma.

Entretanto, todo estaba alborotado en torno de Roma. Los Latinos, asustados al ver renacer sus fuerzas, se habian sublevado. En 362, los Hérnicos mataron al primer cónsul plebeyo que llegó á mandar un ejército, á Genucio. Este descalabro permitió al senado que recurriese á la dictadura. En 360, fué nombrado un tercer dictador contra los Galos, que volvian con encarnizamiento y que se establecieron en el mismo Lacio, alrededor de Tibur. En uno de estos encuentros, el tribuno legionario Manlio, provocado por un bárbaro de estatura gigantesca, le mató, y arrancándole su collar de oro (*torques*, de donde procede *Torquatus*), se le puso al cuello ensangrentado como estaba. Sin embargo, los bárbaros, pasando entre dos ejércitos consulares, llegaron hasta la puerta Colina. Esta vez no pudieron hacer mas que insultar las murallas de Roma: fueron rechazados en completo desórden hácia la parte de Tibur.

Un ataque de los Tarquinios, dado en 357, complicó mas aun la situacion; derrotaron á un cónsul, é inmolaron á sus dioses á 307 legionarios prisioneros. Estas dificultades obligaron al senado á hacer al pueblo nuevas concesiones. Disminuyó el interés legal del dinero (356), estableció un banco (352) que prestó á un precio muy bajo, y el plebeyo Marcio Rutilio fue nombrado dictador (355). Rutilio restableció tambien el honor de las armas romanas á costa de los Tarquinios, que en 350 pidió este pueblo una tregua de 40 años. Tambien volvió á favorecer la fortuna por la parte del Lacio. Las ciudades Latinas, tan cansadas como Roma de la residencia prolongada de los bárbaros, unieron sus fuerzas á las legiones, y por fin fueron destrozados los Galos. Los romanos, en su alegría, igualaron esta victoria con la de Camilo (356). El senado, para atraer defensores á su causa, formó dos nuevas tribus con todos los habitantes del territorio

que se extendia entre Ancio y Terracina. Se esperaba obtener algun descanso, pero reaparecieron los Galos (349). Valerio reprodujo la hazaña de Manlio, pero con circunstancias maravillosas. Un cuervo bajó á posarse sobre su casco durante el combate, y turbó al galo pegándole en el rostro con el pico y las alas. Los soldados dieron al vencedor el sobrenombre de *Corvus* y se precipitaron sobre el enemigo, seguros de vencer. Esta victoria, ganada por el hijo de Camilo, puso término á las invasiones de los Galos. La toma de Sora, en 345, y una victoria conseguida sobre los Aurunces, abrieron á los romanos el camino de la Campania. Así pues, en el interior, la igualdad estaba muy cerca de ser completa, porque los plebeyos habian invadido el decemvirato de los libros sibilinos, el consulado y la dictadura. En el exterior, las legiones habian restablecido el dominio de Roma al Sur de la Etruria, y todo el Lacio parecia estar sometido definitivamente. Roma era, indudablemente, el Estado mas poderoso de Italia.

CAPÍTULO VIII.

Guerra de la Independencia italiana (343-265).

GEOGRAFIA DE ITALIA ANTES DE LA GUERRA DEL SAMNIUM.—PRIMERA GUERRA: ADQUISICION DE CÁPUA (343-342).—MOTIN DE LAS GUARNICIONES ROMANAS DE LA CAMPANIA (341).—DEFECCION DE LOS LATINOS; BATALLA DE VESUBIO; LEYES DE PUBLILIO FILO; TRATO DADO A LOS INSURGENTES (340-338).—SEGUNDA GUERRA SAMNITA (326-305); EL PROCONSULADO (326); HORCAS CAUDINAS (321); RECONQUISTA DE LA APULIA Y DE LA CAMPANIA.—PRIMERA COALICION DE LOS SAMNITAS CON LOS ETRUSCOS, LOS UMBRIOS Y LOS HÉRNICOS (311-309).—ASOLACION DEL SAMNIUM (307); SUMISION DE LOS MARSIOS Y DE LOS SAMNITAS (305); CENSURA DE FABIO (304).—SEGUNDA COALICION DE LOS SAMNITAS, DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS UMBRIOS (300-290); BATALLA DE SENTINUM (295).—VICTORIA DE AQUILONIA (293); SUMISION DE LOS SAMNITAS Y DE LOS SABINOS (290); DICTADURA POPULAR DE HORTENSIO (286).—TERCERA COALICION DE LOS ETRUSCOS, LOS SENONES Y LOS BOYOS (285-280); BATALLA DEL LAGO VADIMON (283).—GUERRA DE PIRRO (280-272); LOS TARENTINOS LLAMAN Á PIRRO (280).—BATALLA DE HERACLEA Y MARCHA DE PIRRO SOBRE ROMA.—BATALLA DE ASCULUM (279); PIRRO EN SICILIA; BATALLA DE BENEVENTO (275).—SUMISION DE TARENTO (272).

Geografía de Italia ántes de la guerra del Samnium.

La península italiana contenia seis pueblos diferentes:

Primero: Al Noroeste, entre el Macra y el Tiber, los ETRUSCOS. Tres de sus ciudades habian entrado en la alianza del Senado: *Ceres, Capene* y *Faleries*. Dos, *Sutrium* y *Nepe*, ha-

bian recibido colonias romanas; *Veies* habia sido destruida, *Tarquinia* y *Volsinia*, vencidas. De sus grandes ciudades, ocho que eran: *Arrecio*, *Cortona*, *Clusium*, *Perusium*, *Volaterre*, *Vetulonium*, *Ruselle* y *Cossa*, conservaban su libertad, y en la apariencia su antigua fuerza.

Segundo: Al Norte, los UMBRIOS, quienes, despues de haber sido uno de los pueblos mas poderosos de Italia, se habian convertido en uno de los mas oscuros; *Espoleto*, *Interramna* y *Nequinum* eran sus ciudades principales.

Tercero: Al Nordeste, los SENONES, de los cuales, una parte habitaba la Galia cisalpina, y otra las costas de Umbría, en donde poseian á *Pisaurum*, *Ariminum* y *Senagallia*.

Cuarto: ROMA y los LATINOS. La dominacion romana, que se extendia desde la selva Ciminia hasta el promontorio Circeyo, se hallaba sostenida por las colonias de *Nepe* y de *Sutrium*, al Norte del Tiber; por las de *Circeya*, *Signia*, *Cora*, *Norba*, *Setia* y *Sora* etc., en el pais de los Volscos. Pero entre estas plazas se hallaban pueblos y ciudades libres. Los EQUOS, al Este, y los VOLSCOS al Sur, habian cesado en sus continuas excursiones. Los HÉRNICOS acababan de ser duramente castigados. En cuanto á los LATINOS propiamente dichos, continuaban respetando los antiguos tratados; pero sus ciudades *Preneste*, *Tibur*, *Velitres*, *Lavinia*, *Aricie*, *Pedum* etc., formaban Estados distintos. Sin embargo, Roma, que podia armar diez legiones, conservaba sobre sus aliados una preponderancia que muy pronto habia de convertirse en una dominacion definitiva. Los AUSONES, entre el Liris y el Vulturne, con las dos ciudades fuertes de *Teanum* y de *Cales*, eran independientes.

Quinto: Los SABELIANOS. Esta raza habia llevado en aquella época su nombre desde la Umbría hasta el Brucio, y se podian contar trece pueblos de orígen Sabeliano: al Norte, los SABINOS (*Reate* y *Amiternum*) y los PICENOS (*Asculum* y *Ancona*); en el centro, la liga de los MARSIOS, de los VESTINOS, de los MARRUCINOS, de los PELIGNIOS (*Corfinium*), y la de los SAMNITAS propiamente dichos, que comprendia los PENTRI

(*Bovianum*), los CARACENI, los CAUDINI (cerca del desfiladero llamado las Horcas Caudinas,) y los HIRPINOS (*Avellinum*, *Herdonia*, *Aquilonia*, *Romillea* y *Maleventum*;) al Oeste, los SAMNITAS CAMPANIOS, mezclados con Oscuos y Griegos, y dueños, desde hacia ochenta años, de Cápua, desde donde dominaban á *Acerre*, *Casilinum*, *Nuceria* y *Nola*; los PICENTINOS (*Salernum*); al Este, los FRENTANOS; al Sur, los LUCANIOS. Si estos trece pueblos hubieran estado unidos, habríales pertenecido la Italia; pero los Lucanios eran enemigos de los Samnitas, estos de la confederacion marsia, y los Marsios de los Sabinos. Roma no tuvo que hacer mas que combatirlos unos despues de otros.

Sexto: Los GRIEGOS. *Cumas*, en Campania, habia quedado libre, pero en 343 ya no existia *Sybaris*; *Crotona*, *Thurium*; *Locres*, *Regium* habian sostenido guerras desastrosas contra Dionisio de Siracusa y los Lucanios; *Pestum* y *Metaponte* estaban arruinadas. Solo *Tarento* conservó riquezas inmensas y una gran confianza. En el fondo de la península en que Italia termina al Suroeste, hacia poco tiempo que acababa de formarse un pueblo nuevo, los BRUCIOS, resto de los Pelasgos avasallados por los Griegos, y que se habian rebelado aprovechando la decadencia de sus dueños. En la Apulia, la poblacion era una mezcla compuesta de casi todas las razas que habian poblado la Italia. Las grandes ciudades de aquella region reducida (*Luceria*, *Arpi*, *Herdonia*, *Canusium* y *Venusia*) temian la inmediacion de los Samnitas. *Brundisium* ó *Hydruntum*, situadas en las costas de Calabria, habian de convertirse muy luego en grandes ciudades marítimas.

En la Italia alta, los LIGURIOS ocupaban toda la region del Suroeste, divididos en tribus numerosas, pero pobres; los VENETOS, la region del Nordeste, en donde se hallaba situada su rica capital *Patavium*. Los Galos se repartian el resto de la Cisalpinia. Al Norte del Pó, los INSUBRIOS (*Mediolanum* ó *Milan*), y los CENÓMANOS (*Brescia*, *Verona* y *Mantua*.) Al Sur del rio, del Oeste al Este, los ANÁMANOS, los BOYOS, los LIN-

GONES y los SENONES (*Plasencia, Parma, Módena, Bolonia y Rávena*).

Primera guerra: adquisicion de Cápua (343-342).

Los romanos se habian establecido en Sora, á pocos pasos del territorio samnita, y los Samnitas amenazaban á Teanum Sidicinum, cerca del país de los Aurunces, cuya conquista parecia que se habian reservado los romanos por una victoria reciente. Desde lo alto de las murallas de Teanum se veia á Cápua mas allá del Vulturne y á Minturnes en las bocas del Liris. Estas dos plazas y el camino entre el Lacio y la Campania hubieran estado á discrecion de los Samnitas si hubiesen conquistado el país de los Sidicinos. Por eso los de Cápua prometieron socorros á Teanum; pero sus tropas enervadas fueron derrotadas por dos veces y rechazadas hácia Cápua, á la que los Samnitas tuvieron como sitiada. En tal estremo, los Campanios enviaron una embajada á Roma (342). Once años antes, los Romanos habian estipulado un tratado con los Samnitas. Este fué el pretesto de que se valió el Senado para rechazar la peticion de los Campanios. «Pues bien!» dijeron los diputados, ¿rehusareis defender lo que os pertenece? Cápua se entrega á vosotros.» El Senado aceptó, y comenzó una guerra de setenta y ocho años. Se la ha denominado la guerra del Samnium; es preciso darle su verdadero nombre; fué la guerra para la independencia de Italia. Antes de aquella gran lucha era libre la península; terminado el debate, se halló avasallada, y todos sus pueblos tomaron parte en ella sucesivamente.

Los Latinos enemigos de los montañeses del Apenino, se consagraron con ardor á aquella guerra. Un ejército, mandado por Valerio Corvus, fué á libertar á Cápua; otro, bajo las órdenes de Cornelio, penetró en el Samnium, mientras que los aliados latinos cruzaban el Apenino para atacar á los Samnitas por retaguardia. Cornelio se dejó atraer á una garganta angosta, de donde le salvó la abnegacion del tribuno legionario Decio Mus, y una victoria le vengó del enemigo

que por un momento le hiciera temblar. Valerio les derrotó dos veces en medio de la Campania. Estos triunfos tuvieron sonoro eco en lejanas comarcas: los Cartagineses, amigos de aquel poder que se alzaba entre sus rivales los Etruscos y los Griegos, enviaron una embajada á felicitar al Senado.

Motin de las guarniciones romanas de la Campania (341).

Cuando llegó el invierno, los Romanos, á petición de los Campanios, se establecieron de guarnicion en sus ciudades. Los soldados seducidos por la hermosura de aquellos parages, formaron el intento de apoderarse de Cápua y de permanecer en ella. Para frustrar esta maquinacion, los mandaron salir por cohortes; pero se reunieron en las gargantas de Lautulés, llamaron á sí á los esclavos por deudas, y marcharon sobre Roma en número de veinte mil. Los plebeyos corrieron presurosos á reunirse con ellos, y todos juntos pidieron y obtuvieron: «Que el legionario que se hallase bajo sus banderas no pudiese ser borrado de las listas sin que precediese su propio consentimiento; que todo aquel que hubiese servido como tribuno no pudiese ser alistado como centurion; que se redujese el sueldo de los caballeros, y se abonasen el préstamo á rédito y las deudas; que los dos cónsules pudiesen ser plebeyos, y que nadie pudiese ser reelegido para el mismo cargo sino despues de un intérvalo de diez años.» Como se vé, no era tanto un motin militar como la continuacion del gran movimiento de 367.

Cuando se restableció la tranquilidad, el Senado, que veia al Estado en peligro y á los Latinos amenazadores, renunció á la guerra, sin pedir á los Samnitas mas que un año de sueldo y tres meses de víveres para el ejército romano; á este precio les abandonaban Teanum y Cápua. Los Latinos continuaron por su cuenta las hostilidades, ligados con los Volscos y los Campanios (341).

Defeccion de los Latinos, batalla de Veseris; leyes de Publilio Filo; trato dado á los insurgentes (340—338).

Esta alianza y los disturbios que agitaban á Roma hicieron pensar á los Latinos que habia llegado el tiempo de sacudir una supremacía importuna. Sus pretores fueron á pedir que uno de los cónsules y la mitad de los senadores fuesen elegidos entre los hombres del Lacio. El orgullo nacional se rebeló. Rechazaron con voz unánime aquella pretension insolente; Manlio Imperioso juró dar de puñaladas al primer Latino que fuese á tomar asiento en el Senado.

Estalló en seguida la guerra (340). El peligro era inmenso, porque Roma iba á tener que combatir contra hombres acostumbrados á su disciplina, á sus armas, á su táctica. Los Romanos opusieron á los Latinos la alianza de los Samnitas, y fueron á buscar al principal ejército latino hasta la Campania, en donde se estaba disponiendo para invadir el Samnium. Antes de la batalla dada al pié del monte Vesuvio, cerca de un arroyo llamado Veseris, un Tusculano provocó á combate singular al hijo del cónsul. Manlio aceptó el reto y quedó vencedor. Pero habia combatido sin órden, y su padre le mandó decapitar. En medio de la batalla, el ala izquierda, mandada por Decio, flaqueó; se consagró á los dioses para la salvacion de las legiones, y por medio de este noble sacrificio inflamó su valor. Las tres cuartas partes del ejército latino quedaron en el campo de batalla, y la Campania fué reconquistada de una vez. Una segunda victoria abrió el Lacio á Manlio, y rompió la liga. Varias ciudades se sometieron; pero no habiendo dado resultado una espedicion contra Ancio, fué esto un estímulo para las ciudades que habian quedado armadas, y una victoria de Publilio Filo no alcanzó á desvanecer el efecto de un descalabro sufrido por su cólega en el sitio de Pedum.

La república estaba agitada en aquella época por nuevos disturbios. Publilio Filo, nombrado dictador (339), hizo aprobar las proposiciones siguientes: «Los plebiscitos serán obli-

gatorios para todos; toda ley presentada á la aceptacion de los comicios centuriados será aprobada de antemano por las curias y el senado; se elegirá siempre un censor entre los plebeyos, y los dos cónsules podrán pertenecer á este órden.» Estas leyes terminaban verdaderamente la lucha política. En efecto, los plebeyos habian de llegar sucesivamente y sin esfuerzo á los cargos que aun no poseian: en 337, á la pretura; en 326, al procousulado; en 302, al augurado y al pontificado. En el mismo espacio de tiempo habia de fundarse para los pobres un gran número de colonias, y, en 325, decretarse que los bienes, y no el cuerpo del deudor, respondiesen de su deuda.

La revolucion victoriosa en el interior, lo fué tambien en el exterior, y el primer acontecimiento de la nueva era fué la sumision completa del Lacio. Ancio en la costa, y Pedum delante del Algide, eran los dos últimos baluartes de la liga. Un cónsul derrotó, cerca del Astura, á los Latinos de la llanura; otro se apoderó de Pedum, no obstante todos los esfuerzos de los Latinos de la montaña. Desde entonces cesó la resistencia, y todas las ciudades, unas en pos de otras, abrieron sus puertas (338). El senado con el fin de evitar nuevas ligas, prohibió á todos los habitantes de las ciudades latinas que se reuniesen en asambleas generales, que formasen alianzas, que hiciesen la guerra, que contrajesen matrimonios é hiciesen adquisiciones fuera de su territorio. Las poblaciones mas inmediatas á Roma obtuvieron el derecho de ciudadanía y de sufragio. Laurentum permaneció aliada. Mas léjos, Tibur y Prenesto perdieron una parte de su territorio, Priverna las tres cuartas partes, Velitres y Ancio la totalidad. Ancio entregó sus bajeles de guerra, cuyos espolones fueron á adornar la tribuna del foro. La posicion importante de Sora hacia poco tiempo que se hallaba ocupada por una guarnicion romana; Ancio, Velitres, Priverna, y algunos años mas tarde Ansura y Fregelles, que dominaban los dos caminos del Lacio, en Campania, recibieron colonias. Entre los Aurunces, Fundi y Formies, en Campania, Cápua, cuyos

ricos ciudadanos garantizaban su fidelidad; Cumas, Suessula, Atella y Acerre, tuvieron el derecho de ciudad sin sufragio (*jus Cœritum*). Por último, Calés fué tomada y custodiada por una colonia de 2.500 hombres.

Segunda guerra samnita (326–305); el proconsulado (326); Horcas Caudinas (321); reconquista de la Apulia y la Campania.

Los resultados de la guerra latina daban á la república un territorio de una extension de 140 millas del Nordeste al Sudeste, y de cincuenta millas del Oeste al Este. En aquella guerra, la alianza de los Samnitas habia salvado á Roma. Cuando ya no hubo entre ambos aliados pueblo alguno enemigo, se despertó su rivalidad. Durante algunos años se hicieron una guerra sorda que aumentó su ódio, pues los Samnitas procuraban promover sublevaciones entre los aliados ó súbditos de Roma, y esta hacia avanzar sus colonias y sus guarniciones cada dia mas cerca de los Samnitas. Un ataque de los griegos de Palepolis contra los romanos dispersos por la Campania, produjo al fin el rompimiento; 4.000 Samnitas entraron en la plaza para ayudar á los habitantes (327).

Sin embargo la guerra careció de intensidad durante el primer año, aunque el senado se habia asegurado el apoyo de los Apulios para coger á los Samnitas por retaguardia. Las operaciones se concentraron en torno de Palepolis. Para continuar el bloqueo de esta ciudad fué prorogado el mando de Publilio Filo, bajo el título de procónsul. Era una innovacion importante que permitia mantener al frente de las tropas á los gefes que poseian su confianza, y dejar la ejecucion de un plan de campaña al cuidado del que le habia concebido.

Tomada Palepolis, los Samnitas fueron expulsados de la Campania. Desde entonces comenzó una guerra interminable en el Apenino. En el año 324 era Papirio dictador. El gefe de la caballería que iba bajo sus órdenes, Fabio Ruliano,

peleó sin órden y venció. Hubiera sufrido la misma suerte que el jóven Manlio si no se hubiese fugado á Roma, en donde el senado y los tribunos intercedieron por él. Papirio rehusaba, en nombre de la disciplina violada; pero el pueblo solicitó el perdon y él accedió á su ruego. Despues que hubo regresado al campo, derrotó á los Samnitas y les concedió una tregua de un año.

Aun no habia espirado cuando ya aquel pueblo empuñara de nuevo las armas, alentado por la defeccion de una parte de los Apulios. Fabio cruzó apresuradamente el Apenino para ir á destruir aquella coalicion, y restableció en la Apulia la influencia romana. Pero los Samnitas, mandados por C. Poncio, atrajeron á otro ejército á las Horcas Caudinas, é hicieron pasar á otras cuatro legiones bajo el yugo. El senado no quiso ratificar el tratado firmado por los vencidos, y entregó sus gefes á los Samnitas. Era una perfidia. «Romped el tratado, decia Poncio, pero entonces enviad de nuevo vuestras legiones á las Horcas caudinas.»

El senado no se cuidó de hacerlo, y aquellas mismas legiones, mejor conducidas por Publilio Filo, derrotaron á un ejército en el Samnium, y fueron á reunirse en la Apulia con Papirio, que habia rechazado altanero la intervencion de los Tarentinos, dispersado al enemigo por medio de un ataque impetuoso y recobrado á Luceria. Allí encontró los 600 rehenes, las armas y los estandartes perdidos en Caudium, é hizo pasar por debajo del yugo, medio desnudos y sin armas á 7.000 prisioneros samnitas con su gefe, el noble é imprudente Poncio (320). La Apulia se hallaba, pues, aliada de nuevo con Roma; en 318, el enemigo solicitó por sí mismo una tregua de dos años. De este modo, desde las primeras hostilidades, nada habian perdido los Samnitas, pero Roma habia conquistado dos provincias.

Al expirar la tregua, se supo sucesiva é instantáneamente en Roma que una colonia romana habia sido cogida, los habitantes de otra asesinados, y Saticula, á pocas leguas de Cápua, arrastrada á la rebelion. Saticula fué recobrada muy

luego, pero los Samnitas atrajeron á los dos ejércitos consulares, al uno hácia Sora, y al otro hácia la parte de la Apulla, en dos direcciones opuestas, pasaron entonces entre ellos, y se arrojaron sobre la Campania que habia quedado indefensa. Fabio, nombrado en seguida dictador, no pudo contenerlos, y llegaron hasta las puertas del Lacio (315). Nadie se movió. El senado tuvo tiempo suficiente para reunir fuerzas. Los Aurunces, que habian hecho defeccion, fueron destrozados, y una victoria que costó á los Samnitas 30,000 hombres cerca de Caudium, restituyó la Campania á los romanos (314). Rechazados una vez mas al Apenino, fueron encerrados en él, al Este y al Oeste, por una línea de plazas fuertes: Quesa-Aurunca, Interamna del Liris, Casino y Luceria, en la Apulla, recibieron colonias romanas.

Primera coalicion de los Samnitas con los Etruscos, los Umbrios y Hernicos (311—309).

Hacia diez y seis años que los Samnitas estaban luchando solos. Al fin se conmovieron los demás pueblos. Las ciudades etruscas veian con terror que en cada campaña crecia la fortuna de Roma. Unos emisarios samnitas las decidieron á formar de nuevo la antigua liga, y mientras las legiones se hallaban detenidas en el Samnium, 50.000 etruscos fueron á caer sobre Sutrium, que servia á Roma de arrabal al Norte del Tiber. Fabio acudió allí presuroso. Las líneas de los enemigos eran demasiado fuertes para poderlas tomar; las dejó segun se hallaban, atravesó la selva Ciminia, que habia hecho explorase su hermano disfrazado de pastor toscano, mató cerca de Perusa á 60.000 Etruscos ó Umbrios, y obligó á Perusa, á Cortona y Arreccio á solicitar una tregua de 30 años. Sutrium quedaba salvada y la confederacion disuelta de nuevo.

En el Samnium, Marcio Rutilio se habia hallado próximo á encontrar nuevas Horcas Caudinas; fué preciso nombrar un dictador. El senado deseaba que fuese Papirio; pero la eleccion pertenecia á Fabio. Este estuvo vacilando

durante un dia entero, ante el recuerdo de su antigua disension; pero, prevaleciendo por fin el patriotismo, nombró á Papirio. Numerosos guerreros samnitas habian hecho ante los altares de los dioses, en medio de ceremonias imponentes, el juramento solemne de vencer ó morir. Sucumbieron (309).

Los Umbríos fueron derrotados, los Etruscos aniquilados cerca del lago Vadimon, vencidos de nuevo cerca de Perusa sublevada, y obligados á solicitar la paz; tales fueron, tambien en aquel año, los servicios prestados por Fabio.

Asolacion del Samnium (307); **sumision de los Marsios y de los Samnitas** (305); **censura de Fabio** (304).

En seguida llevó su suerte favorable al Samnium, en donde los Marsios y los Pelignios comenzaban á comprender que la causa de los Samnitas era la de toda Italia. Se les ocurrió esta idea demasiado tarde; Fabio los derrotó, sometió á Nuceria, y al saber que su cólega Decio retrocedia ante un gran armamento de los Umbríos, fué á reunirse con él, dispersó al ejército umbrío y recibió la sumision de sus ciudades. En el año siguiente cercó á un ejército samnita y le obligó á entregar sus armas ante la vista de los embajadores tarentinos que querian imponerse como mediadores (308). Entre los prisioneros se encontraron Equos y Hérnicos. Un cónsul, Q. Marcio, ganó á estos tres batallas, y les obligó á que volvieran á ponerse á discrecion del senado; luego acudió presureso á librar á su cólega bloqueado por los Samnitas, y les mató 30,000 hombres. Durante cinco meses, las legiones recorrieron el Samnium, quemando las casas y las granjas, cortando los árboles frutales, y matando hasta á los animales (307). El enemigo sostuvo una campaña todavía. Una derrota sangrienta obligó á los Samnitas, á los Marsios, á los Pelignios, á los Marrucinos y á los Frentanos á solicitar el término de una guerra que habia durado mas de una generacion de hombres. Conservaron su territorio y todos los signos exteriores de la independencia; pero reconocieron la magestad del pueblo romano. Las circunstancias

habian de explicar lo que el senado entendia por magestad romana (305).

Esta paz dejaba á los Equos espuestos, solos, á la cólera de Roma. En 50 dias los tomaron y quemaron 41 plazas; luego confiscaron una parte de sus tierras y les dieron el derecho de ciudadanía sin sufragio, lo cual les colocaba en la condicion de súbditos. Cinco años despues el temor inspirado por la coalicion galo-samnita hizo que fuesen elevados al rango de ciudadanos.

Aquellos triunfos, á los cuales habia contribuido tanto Fabio, le dieron la fuerza necesaria para oponerse en la ciudad á las innovaciones de Apio. Este personage, creador de la vía Apia, era censor en 312, habia hecho entrar en el senado á hijos de libertos, y esparcido entre todas las tribus los *cærarii*, que antes ni siquiera eran ciudadanos (*cæra pro capite præbebant*). Uno de ellos, el escribano Flavio, acababa de publicar el calendario de los pontífices, que hasta entonces se habia tenido secreto, y las fórmulas de procedimiento, lo cual disminuía para el pueblo la dependencia en que los grandes le tenian por la religion y la justicia. Este Flavio llegó tambien hasta el tribunado y la edilidad curul. Habia que temer los progresos harto rápidos del pueblo bajo. Fabio, nombrado censor en 304, redujo á los *cærarii* á las cuatro tribus urbanas. Los grandes, agradecidos, le dieron el sobrenombre de *Máximo*.

Segunda coalicion de los Samnitas, de los Etruscos y de los Umbrios (300—290); batalla de Sentinum (295).

Sin embargo, la paz no era mas que una tregua. En 300, se vió á los cónsules tomar la ciudad umbría de Narnia, posicion fuerte que dominaba el paso de la Umbría en el valle del Tíber; el senado se apresuró á enviar allí colonos. Con las colonias recientes de Carseolia y de Alba Fucentia, la nueva plaza completaba la línea de defensa en que Roma queria envolverse.

Entre los defensores de Narnia habian encontrado Samni-

tas; sus gefes preparaban una sublevacion general. Los Sabinos en paz con Roma hacia ya siglo y medio, no quisieron abandonar en su última hora á un pueblo hermano; los Etruscos estaban completamente decididos, y los Umbríos marchaban con ellos. Valerio Corvus fué enviado á Etruria; el enemigo, asustado por el nombre de tal adversario, dejó asolar sus campos sin aventurar una batalla (299). Mas atrevido en el año siguiente, fué vencido. En el Samnium, Boviano y Aufidenes fueron arrebatadas, y en 297, Fabio y Decio sometieron aquel desgraciado país á una asolacion metódica. Al otro año, Fabio acabó de destruir lo que se le escapara la primera vez. Estos destrozos inspiraron á los Samnitas una resolucion desesperada. Abandonando su pais, que ya no podian defender, se arrojaron á Etruria, sublevaron las ciudades que aun vacilaban, arrastraron consigo á los Umbríos, y llamaron á los Galos. En Roma se cerraron los tribunales, y llamaron á Fabio y á Decio al consulado. Alistaron á todos los hombres útiles, que ascendian á lo menos á 9000. La matanza de una legion, cerca de Camerino, entregó á los Senones el paso del Apenino; si lograban verificar su union con los Umbríos y los Etruscos, el ejército consular se perdia irremisiblemente; pero Fabio, por medio de un movimiento estratégico, hizo que los Etruscos acudiesen á defender sus hogares, y corrió presuroso á buscar al ejército galo-samnita en las llanuras de Sentinum (295). El choque fué terrible: 7000 romanos del ala izquierda, mandada por Decio, habian perecido ya, cuando el cónsul, siguiendo el ejemplo de su padre, se consagró á los dioses. Pero los Galos eran inaccesibles al terror religioso que esperimentaran los Latinos, y el ala izquierda entera hubiera perecido si Fabio, vencedor de los Samnitas, no hubiese acudido presuroso. Los bárbaros rodeados por todas partes, retrocedieron sin desórden, y regresaron á su país. Fabio derrotó tambien á un ejército que habia salido de Perusa, y en seguida fué á triunfar en Roma.

Victoria de Aquilonia (293); sumision de los Samnitas y de los Sabinos (290); dictadura popular de Hortensio (286).

La coalicion estaba disuelta, pero los Samnitas no estaban exterminados. En el año siguiente derrotaron á un cónsul, y los romanos no se atrevieron á invernar en su país. Afortunadamente, los Etruscos acababan de firmar una tregua de 40 años. Entonces se concentró la guerra en el Samnium. Los jefes samnitas, lo mismo que 15 años antes, llamaron á la religion al auxilio de la union y del patriotismo. El anciano Ovio Paccio reunió 40,000 guerreros, y entre ellos 16,000 hombres escogidos, la *Legion del Lino*, que habian jurado vencer ó morir. Cumplieron su palabra: 30,000 samnitas quedaron en el campo de batalla de Aquilonia (293). Sin embargo, intentaron un nuevo esfuerzo, y pusieron á su frente al héroe de las Horcas Caudinas. Poncio reapareció victorioso, al cabo de 29 años, en las llanuras de la Campania. El hijo del gran Fabio se atrevió á atacarle, y fué derrotado; pero su padre obtuvo del senado que le permitiese ir á servirle de teniente. El vencedor de Perusa y de Sentinum dió el último golpe de aquella guerra: 20,000 samnitas perecieron; Poncio Herenio fué hecho prisionero, y decapitado despues del triunfo. Aquella guerra era entonces un combate sin gracia ó perdon.

Un año despues, las legiones persiguieron á los restos de los ejércitos samnitas, hasta que Curio arrancó por fin á aquel pueblo la confesion de su derrota. Un tratado cuyas cláusulas ignoramos, le hizo entrar en el número de los aliados de Roma (290). Para contenerle, Venusa, situada entre el Samnium y Tarento, fué ocupada por una colonia de 14,000 hombres. Curio sometió tambien á los Sabinos, y al volver de aquella espedicion, despues de haber penetrado hasta el Adriático, dijo estas palabras que demuestran como conducia Roma la guerra: «He conquistado tanta extension de terreno, que esas regiones no serian sino una soledad

inmensa si para poblarlas tuviese yo menos prisioneros. He sometido á tantos hombres, que no podríamos mantenerlos si hubiese yo conquistado menos tierras.» Por eso distribuyó á todos los ciudadanos á razon de siete fanegas, y aun para sí mismo no quiso otra recompensa. Los sabinos tuvieron el derecho de ciudadanía sin sufragio; Castrum y Adria fueron colonizadas. Curio triunfó dos veces en el mismo año. Aquella honra, de la que hasta entonces no hubiera ejemplo, y el respeto que llegó á inspirar su nombre, anuncian grandes servicios. La verdadera guerra del Samnium habia concluido.

En los mismos momentos concluia tambien la del foro. El pueblo, que se sublevara una vez mas con motivo de las deudas, se retiró al Janículo. Fué nombrado un dictador, Hortensio, quien abolió ó disminuyó las deudas, confirmó todas las conquistas anteriores de los plebeyos, y aseguró la fiel ejecucion de las leyes de Publilio Filo (286).

Tercera coalicion de los Etruscos, de los Senones y de los Boyos (285—280); batalla del lago Vadimon (283).

Todo el centro de la Italia sufria la dominacion ó la alianza impuesta de Roma. Pero al Norte, los Etruscos eran hostiles, y los galos habian olvidado ya su derrota de Sentinum. Al Sur, si la nacion samnita habia dejado las armas, quedaban todavía partidas que rechazaban toda paz con Roma, y que fueron á buscar auxiliares á las ásperas montañas de las Calabrias. Allí se extendian bosques inmensos, en donde se habia formado lenta y gradualmente un pueblo nuevo al que los griegos y los romanos denominaban desdeñosamente esclavos rebelados, Brucios, Griegos, Lucanios, todos veian con terror á la dominacion romana acercarse á ellos, y especialmente Tarento, que mostraba creciente despecho por los triunfos de Roma, y que se hizo el alma de una nueva coalicion. Pero era imposible la union entre tantos pueblos; solo hubo un momento de peligro for-

mal, al Norte, por parte de los Etruscos. Arrecio habia permanecido fiel; los Etruscos, sostenidos por auxiliares Senones, fueron á sitiarla. Un ejército, que acudió presuroso á socorrer á aquella plaza, fué exterminado. El senado se quejó al consejo de los senones. Sus diputados fueron asesinados. El cónsul Dolabella, al saber esta noticia, atravesó cautelosamente la Sabinia, y entró por el Piceno en el territorio galo; quemó las aldeas, mató á los hombres, vendió á los niños y á las mujeres, y no salió de aquel país sino despues de haberle convertido en un desierto. Al propio tiempo, su cólega destruia en Etruria al ejército combinado. Los Boyos de la Cisalpinia se alarmaron con aquel exterminio de todo un pueblo galo. Atravesaron el Apenino y arrastraron á un nuevo ejército etrusco hasta el lago Vadimon. Allí les aguardaba una nueva derrota desastrosa. En el año siguiente estipularon la paz (282). Durante dos años, todavía, algunas ciudades etruscas atrajeron sobre sí las armas de las legiones. La victoria de Coruncanio sobre los Vulsinios les obligó á entrar en negociaciones de paz (280).

Durante estas operaciones en el Norte, Thurium, al Sur, habia implorado el auxilio de Roma contra los Lucanios. Fabricio derrotó á este pueblo y puso guarnicion en Thurium (282). Al volver, depositó en el tesoro 400 talentos, despues de haber dado cuantiosas gratificaciones á los soldados y á los ciudadanos. Campañas tan productivas hacian tener aficion á la guerra; la ambicion de los grandes y la codicia de los pobres quedaban tambien satisfechas.

Guerra de Pirro (280—272); los Tarentinos llaman á Pirro (280).

El senado habia agregado á la guarnicion romana de Thurium una escuadra de diez galeras. Un dia en que el pueblo de Tarento estaba reunido en el teatro, en frente del mar, los buques romanos se presentaron en la entrada del puerto. Un demagogo, Filocaris, exclamó que, con arreglo á los antiguos tratados, los romanos no tenian derecho para

pasar del cabo Lacinio. Los Tarentinos corrieron presurosos á sus buques, atacaron á las galeras romanas, echaron cuatro á pique, cojieron otra cuya tripulacion asesinaron, y envalentonados por tan fácil triunfo, fueron á expulsar de Thurium á la guarnicion romana. Muy luego se presentó un embajador romano pidiendo reparacion; fué acogido con silbidos é innobles ultrajes. «Reid, esclamó, reid ahora, que vuestra sangre lavará esas manchas.» Era una declaracion de guerra. El senado envió un ejército que, antes de atacar, volvió á ofrecer la paz; los grandes la aceptaban, pero el partido popular rechazó todas las proposiciones y llamó á Pirro rey de Epiro. Los Tarentinos no le escasearon los regalos ni las promesas. Habia de encontrar en Italia 350,000 infantes y 20,000 caballos. No obstante las advertencias del Tesalio Cineas, su amigo, que reducia aquellas promesas pomposas á su verdadero valor y demostraba los peligros de la empresa, Pirro aceptó y preparó una espedicion considerable: 25,000 soldados y 20 elefantes. En la travesía, una tempestad dispersó la flota y estuvo próxima á destrozar la nave real.

Batalla de Heraclea y marcha de Pirro sobre Roma.

Cuando Pirro hubo llegado á Tarento, cerró los baños y los teatros, obligó á los ciudadanos á tomar las armas, y los ejercitó como á mercenarios suyos. Habian creido que el rey se batiria por ellos y sin ellos, y muchos se fugaron. En Roma, como sucedia siempre en los peligros extremados, los cónsules alistaron hasta á los proletarios. En vano quiso Pirro entablar negociaciones, pues los romanos rechazaron toda proposicion; ya no podian ni querian admitir que un rey estranjero interviniese en los asuntos de Italia. Cerca de Heraclea fué donde se dió la primera batalla. Los elefantes, á los que aun no habian visto nunca los romanos, introdujeron el desórden en sus filas; dejaron 15,000 hombres en el campo de batalla. Pero Pirro habia perdido 13,000.

«Con otra victoria como esta, decia, vuelvo al Epiro sin ejército.»

Este triunfo difícil, los mismos peligros que habia corrido, y las noticias que adquirió de Roma, inspiraron al rey griego grande estimacion hácia aquellos bárbaros, cuya organizacion y disciplina eran tan notables. Al pasar el Adriático habia contado con una guerra fácil y auxiliares numerosos, y los italianos le habian dejado combatir solo en Heraclea. Despues de esta batalla, Locres le abrió sus puertas; la legion de Campania, que se hallaba de guarnicion en Regium, asesinó á los habitantes de esta ciudad y ocupó su puesto; muchos Lucanios y Samnitas acudieron á su campo; pero de esto á los 370,000 hombres prometidos, habia aun gran distancia. Pirro renovó sus primeras ofertas: dejar libres á Tarento y á todos los griegos de Italia, y restituir á los Samnitas, á los Apulios, á los Lucanios y á los Brucios las ciudades y las tierras que los Romanos les habian arrebatado. En cambio ofrecia su alianza y el rescate de sus prisioneros. Cineas, cuya elocuencia decian que habia conquistado para Pirro mas ciudades que la fuerza de sus armas, fué el encargado de llevar á Roma aquellas proposiciones. Llevaba ricos presentes para los senadores y para sus mujeres, pero á nadie encontró que se dejase seducir. Sin embargo, el senado se hallaba inclinado á la paz. «Que salga primero Pirro de Italia, exclamó el anciano Apio, y luego se verá de tratar con él.» Cineas recibió la órden de salir de Roma en el mismo dia. «El senado, decia á su regreso, me ha parecido una reunion de reyes. Combatir con los romanos equivale á pelear con la hidra. Su número es infinito, lo mismo que su valor.»

Pirro intentó dar un golpe de mano atrevido. Salió de la Lucania, eludió el encuentro de Levinio, que resguardaba á Nápoles y Cápua, se arrojó al valle del Liris, y llevó sus avanzadas hasta la distancia de algunos kilómetros de Roma; pero nadie se movió en torno suyo, ni una ciudad ofeció el ejemplo de la defeccion, y Levinio se acercó; Coruncanio, que

acababa de firmar la paz con los Etruscos, regresó de Etruria con otro ejército; en la ciudad todos tomaron las armas. Pirro, antes de que se formase en torno suyo aquel círculo amenazador, se escapó con su botin y regresó á invernar en Tarento.

Batalla de Asculum (279); Pirro en Sicilia; batalla de Benevento (275.)

Sin embargo, el senado se decidió á pagar el rescate de los prisioneros. Eran en su mayor parte, jinetes á quienes sus caballos, espantados por los elefantes, habian arrojado al suelo. Pirro rehusó lo que le pedian, pero por estimacion hácia Fabricio, que era uno de los diputados, permitió á sus prisioneros que fuesen á celebrar en Roma las saturnales. Ni uno, dicen, dejó de regresar al campo enemigo. En la primavera del año 279, sitió á Asculum, á la que los dos cónsules Sulpicio Saverrio y P. Decio se decidieron á salvar por medio de una batalla. No por eso dejaron los romanos de ser derrotados, pero como podian serlo, es decir, vendiendo una victoria muy cara. Decididamente era aquella guerra harto formal y lenta para Pirro, y solo buscó ya un pretexto para salir de ella con honra. Habiéndole advertido Fabricio que su médico Filipo queria envenenarle, devolvió todos sus prisioneros sin rescate, dejó guarnicion en Tarento y en Locres, y pasó á Sicilia, á donde le llamaban los Griegos para defenderlos contra los Mamertinos y los Cartagineses.

Los Cartagineses estaban sitiando á Siracusa, y el yerno de Agatocles era llamado para auxiliar á esta ciudad. Hizo levantar el bloqueo, y arrojó de todas sus posiciones á los africanos hasta el Lilibeo, que no pudo arrebatarles. Pero tambien allí, despues de las primeras victorias, llegaron la mala inteligencia con los aliados y el fastidio de una guerra interminable. Pirro escuchó las súplicas de los italianos, vivamente estrechados por Roma, y por segunda vez dejó incompleta su empresa.

Al pasar el estrecho, los Cartagineses derrotaron su flota y

se apoderaron de su tesoro militar; luego encontró á los Mamertinos, que se le habian anticipado para llegar á Italia, y por entre los cuales hubo de abrirse paso. Uno de ellos, de estatura jigantesca, se encarnizaba para perseguirle; Pirro se volvió, y de un hachazo le hundió el cuerpo desde la cabeza hasta la cintura. En Locres, adonde regresó, saqueó el templo de Proserpina para pagar á sus mercenarios. Pero este sacrilegio, segun decia él mismo, atrajo sobre sus armas la cólera de la diosa, y su fortuna fué á estrellarse en Benevento. Curio Dentato mandaba allí el ejército romano. Los legionarios se habian familiarizado con los bueyes de Lucania, que era como llamaban á los elefantes; sabian alejarlos por medio de una granizada de flechas ó con hachones encendidos. Su victoria fué completa; el campo real cayó en su poder, y allí estudiaron la sabia castrametacion de los griegos.

Sumision de Tarento (272).

Pirro no podia sostenerse ya en Italia; dejó á Milon con una guarnicion en Tarento, y condujo de nuevo al Epiro á su ejército, reducido á ocho mil hombres; le llevó á acometer nuevas empresas, intentó reconquistar la Macedonia, y fué proclamado rey por segunda vez, yendo á perecer enseguida miserablemente en el ataque de Argos (272). Entretanto, Curio triunfaba en Roma en un carro tirado por cuatro elefantes, y una embajada del rey de Egipto, Ptolomeo Filadelfo, iba á felicitar al senado y á solicitar su alianza.

Todavía duraron las hostilidades algunos años en el Sur de Italia, pero sin importancia. Una victoria de Papirio Cursor y de Sp. Carvilio desarmó á las últimas partidas samnitas, y por fin se sometió este pueblo. Hacia setenta años que se habia dado la batalla del monte Gauro, y durante esta guerra prolongada obtuvieron los cónsules el triunfo veinte y cuatro veces. En el mismo año obtuvo Papirio la sumision de los Lucanios, y Milon (272) entregó á Tarento, cuyas murallas fueron destruidas, y sus armas y bajeles aprestados. En el

año siguiente fué reconquistada Regium, y de los legionarios sublevados, trescientos fueron azotados y decapitados. Los demás habian perecido casi todos en el ataque. En 268, les correspondió á los Picenos verse obligados á ponerse de nuevo á discrecion del senado; luego los Sarsinatos y toda la nacion umbría, y en el Sur de Italia, los Salentinos y los Mesapios, á los cuales se habria perdonado acaso su alianza con Pirro si no hubiesen poseido el puerto de Brindes, que era el mejor paso de Italia á Grecia. Por último, en Etruria, en Vulsini, habiendo privado el pueblo bajo de todos sus privilegios á la nobleza, esta llamó á los romanos, quienes sitiaron la ciudad y la destruyeron, despues de haber arrebatado de ella dos mil estátuas. Este fué el último acto de la guerra de la independencia italiana (265).

Los triunfos y los beneficios de aquella lucha, que habian enriquecido á la ciudad, á los grandes y al pueblo; los hábitos militares contraidos por los Romanos durante aquellos setenta y ocho años de combates; todas aquellas victorias, en fin, que habian exaltado la ambicion, el patriotismo y el orgullo nacional, iban á hacer que Roma se dedicase á una guerra eterna. En lo sucesivo se cernió el genio de las conquistas sobre la curia.

CAPÍTULO IX.

Administracion de la Italia y cuadro de la Constitucion y de las costumbres romanas.

CONCESIONES Á LOS VECINOS DE ROMA; LAS TREINTA Y TRES TRIBUS; EL NOMBRE LATINO.—CONCESIONES MENOS EXTENSAS Á LOS DEMÁS ITALIANOS; MUNICIPIOS, PREFECTURAS, ETC.—COLONIAS Y VÍAS MILITARES.—FRUGALIDAD Y SENSATEZ; UNION DE LOS DOS ÓRDENES.—IGUALDAD POLÍTICA; EQUILIBRIO DE LOS DIFERENTES PODERES; CENSURA.—ORGANIZACION MILITAR.

Concesiones á los vecinos de Roma; las treinta y tres tribus; el nombre latino.

La prolongada guerra que acabamos de narrar habia dado á los romanos la posesion de toda la península italiana. Aquella dominacion, fundada por las armas, fué robustecida por la política, y Roma, diferenciándose en esto de Atenas, de Esparta y de Cartago, no solo supo conquistar, sino tambien conservar, porque fiel á su orígen, ella misma abrió sus brazos á los vencidos, los llamó á su seno, ó les confirió gradualmente sus derechos. Procedió con lentitud para hacer estas concesiones. Desde 384 á 264, fueron creadas doce tribus, y el *ager romanus* se extendió desde la selva Ciminia hasta el centro de la Campania, es decir, los pueblos vecinos de Roma fueron igualados con los ciudadanos romanos, así como en la ciudad los plebeyos lo habian sido con los patricios. En aquel territorio, los censores habian de contar 292,334 hombres en estado de combatir, es decir una poblacion de 1.200,000

almas que, concentrada en torno de Roma, de seguro habia de ser bastante fuerte para imponer respeto al resto de Italia.

El antiguo pueblo romano apenas figuraba por una mitad en este número; pero sus veinte y una tribus le daban veinte y un sufragios, y los nuevos ciudadanos, acaso mas numerosos, solo contaban con doce: los distritos romanos de la Etruria meridional, desde 384, tenian cuatro votos; los Latinos, los Volscos, los Ausones y los Equos, dos cada uno. De este modo, Roma, al paso que declaraba miembros del Estado soberano á los pueblos establecidos en torno suyo hasta la distancia de cincuenta, sesenta y cien millas de sus muros, reservaba prudentemente á sus antiguos conciudadanos su influencia legítima. Halagaba la vanidad de sus súbditos sin alterar el carácter fundamental de su constitucion; se mantenia como una ciudad, y era ya un pueblo.

Sin embargo, el territorio de las treinta y tres tribus no cubria todo el Lacio. En ciertos puntos se encontraban ciudades que permanecian fuera del *ager romanus*, como Tibur y Preneste, en donde los desterrados romanos encontraban un asilo inviolable, porque la ley que vedaba el agua y el fuego no podia alcanzarles fuera de las tierras de la república. Así pues, muchas ciudades del Lacio, *nomen latinum*, continuaban siendo estranjeras, aunque unidas por diferentes vínculos á la gran asociacion de pueblos y de ciudades que formaban la república romana. Los Latinos, tratados en general con menos dureza que los demás pueblos de Italia, habian conservado la eleccion de sus magistrados, la libertad de hacer leyes de interés local, obteniendo asimismo una gran facilidad para llegar al derecho de ciudadanía. Todos sus magistrados podian recibirle al abandonar los cargos respectivos. Este derecho de ciudadanía, para el que le habia obtenido, implicaba la autoridad absoluta sobre sus hijos, su mujer, sus esclavos y sus bienes; la garantía de la libertad personal, del culto, del derecho de apelacion, y del de sufragio; la aptitud para los empleos públicos, la inscripcion en

los registros del censo, la facultad de comprar y vender con arreglo á la ley de los Quirites; la exencion de todo impuesto, escepto del que pagaban los ciudadanos; en una palabra, el beneficio de las leyes civiles, políticas y religiosas de los Romanos. Entre estos derechos, unos eran referentes á la familia y á la propiedad, y se les comprendia bajó el nombre de *jus Quiritum;* los otros se referian al Estado, y se llamaban *jus civitatis;* todos reunidos formaban el derecho de ciudadanía en toda su plenitud, *jus civitatis optimo jure.*

Concesiones menos extensas á los demás Italianos; municipios, prefecturas, etc.

A los italianos que habian quedado fuera de las treinta y tres tribus, el senado les confirió unas veces los derechos civiles, como á los Cerites, despues de la invasion gala, y otras los derechos políticos en toda su extension. Tambien solia acontecer que el senado no concediese mas que el derecho de cambio (*commercium*) ó de matrimonio (*connubium*). Estas concesiones se hacian en ciertas ocasiones á un hombre, á una clase entera, pero por lo general á una ciudad. Llamaban *municipios* á las ciudades agregadas así á la gran sociedad romana. Los habia de tres clases: 1.° los municipios *optimo jure*, cuyos habitantes ejercian todos los derechos y se hallaban sometidos á todas las obligaciones de los ciudadanos romanos; 2.° los municipios sin derecho de sufragio, cuyos habitantes se encontraban en la misma condicion que los antiguos plebeyos de Roma, llevaban el título de ciudadanos, servian en las legiones, pero no podian llegar á ocupar los cargos; 3.° las ciudades que habian renunciado á sus antiguas costumbres para recibir las leyes civiles de Roma, pero sin contarse como parte del pueblo romano. Despues de los municipios estaban las *prefecturas*, á las que todos los años se enviaba un prefecto, en unas para hacer justicia, en otras para administrar todos los negocios de la ciudad.

Los *dedititii* eran mas maltratados aun. Eran súbditos

de Roma. Otros llevaban el título de aliados, como Tarento, Nápoles, los Marsios y los Peligníos, los Camertinos, los Heracleotas, Tibur, Prenesta, y la mayor parte de las ciudades etruscas. Pero estos aliados tenian que suministrar auxilios en dinero y en tropas. Por lo demás, ¿qué podia ser aquella igualdad entre algunas ciudades oscuras y la dueña y señora de Italia?

Tal fué pues, la política observada por el senado en su conducta respecto de los vencidos. Nada de medidas generales, pues hubieran unido lo que el senado queria dividir. Por el contrario, prohibieion formal de toda liga, de todo comercio, y aun de casamientos entre los italianos de ciudades ó de cantones diferentes; y para cada pueblo que se somete, condiciones particulares; para cada ciudad, un tratado especial.

Colonias y vias militares.

Aun no era bastante dividir los intereses, sino que tambien habia de impedirse que en tiempo alguno se pudiesen reunir; las colonias precavieron este peligro. Aquellos establecimientos formados de plebeyos pobres y de antiguos soldados no eran, á la verdad, sino guarniciones permanentes enviadas al corazon del país enemigo. Cada uno contaba con un número menor ó mayor de colonos, segun la importancia militar de la posicion que habia que ocupar; 6.000 á Benevento, para cubrir la Campania; 14.000 á Venusa para amenazar á la Grecia Grande, defender á la Apulia, y contener á los Lucanios y á los Samnistas. Los colonos, establecidos á costa de los antiguos habitantes, y por consiguiente rodeados de enemigos, no podia desertar su puesto para ir á votar á Roma. La ley les quitaba el derecho de deliberar, lo mismo que á los soldados que estaban bajo sus banderas. Tenian otras cosas mas importantes que hacer que la de ir á aumentar el bullicio y la multitud en el foro. Lo que la república les pedia era que hiciesen duraderas sus conquistas; que, vigilando á los vencidos y precaviendo sus moti-

nes, difundiesen por toda la Italia la lengua, las costumbres, las leyes y la sangre de Roma y del Lacio.

Hasta la guerra del Samnium no habia establecido Roma sino un número reducido de colonias. En Etruria, Sutrium y Nepeta, en las desembocaduras de la Selva Cimínia; entre los Rútulos, Ardea y Satricum; entre los Volscos, Ancio, Velitres, Norba y Setia. En la guerra del Samnium, por Aosura, en la vía Apia, cerró el senado el camino del Lacio; en la Campania, por Fregelles, Sora, Interamna y Minturnes, todas sobre el Liris, cubrió el Lacio contra los Samnitas. Una segunda línea defendió á la primera; Atina, Aquinum y Casinum, cerraron los pasos que atravesaron varias veces los Samnitas para bajar al valle superior del Liris, y desde allí tender la mano á los pueblos sublevados del Lacio; Vencia, Suessa-Aurunca, Sinuessa entre los Aurunces, Teanum y Calés, entre los Sidicinos, guardaron el territorio entre el bajo Liris y el Vulturne. Esta doble línea que envolvia al Lacio al Sur y al Sudeste, se unia al Este y al Norte por Alba Fucencia, entre los Marsios, Esula y Carseoli, entre los Equos, á la importante posicion de Narnia, que cubria el camino de la Umbría hácia Roma, y á las colonias de la Etruria, Nepeta, Sutrium, Cosa, Alsium y Fregenes. Detrás de este muro formidable podia Roma desafiar á todos los enemigos. Anibal y Pirro, que lo traspusieron una vez, pero sin haberlo roto, no se atrevieron á detenerse en medio de aquel círculo temible.

En el resto de Italia fueron menos numerosas las colonias; pero su fuerza y las posiciones que les escogieron les permitieron extender á lo léjos su esfera de accion. Así pues, el Samnium no tuvo mas que dos, en Esernia y en Benevento; el Piceno tres, Adria, Firmum y Castrum; la Umbría cuatro, escalonadas en el camino de los Galos: Narnia, nombrada ya anteriormente; Espoleto, que cubria aquella plaza y el camino de Roma, Sena y Ariminum, cabeza de puente fortificada contra los Cisalpinos. En la Campania los griegos se habian mostrado fieles; pero Cápua, siempre turbu-

lenta, se hallaba estrechada de cerca por las colonias de Saticula y de Calés; en caso necesario, Casilinum, situada sobre una roca á orillas del Vulturne, y á dos pasos de Cápua, podia recibir guarnicion. La Apulia fué guardada por Luceria y Venusa; la Calabria por Brindes y Valentia; la costa de Lucania por Pestum. Tarento, Locres, Regiun en el estrecho, y algunas otras plazas tenian guarniciones.

Para poner en comunicacion entre sí á todas estas plazas, y trasportar rápidamente las legiones á los puntos amenazados, trazáronse grandes vías militares de un estremo á otro de la península. En lo mas fuerte de la guerra samnita habia comenzado el censor Apio la vía Apia que conducia, por entre las lagunas pontinas, desde Roma á Cápua. Este gran ejemplo fué seguido, y antes de la segunda guerra púnica, la vía Valeria conducia hasta Corfinio; la vía Aurelia conducia hasta las costas de Etruria; la vía Flaminia iba desde el campo de Marte á Ariminum, y la vía Emilia, desde Ariminum á Plasencia, sobre el Pó. Las colonias, apoyadas en estos caminos, podian cerrarlos en caso de peligro.

Frugalidad y desinterés; union de los dos órdenes.

Pero lo que aun valia mas que las murallas de todas aquellas fortalezas eran las costumbres de los nuevos dueños de Italia. Sus virtudes privadas legitimaban su poder, y en sus costumbres, mas aun que en la habilidad de su senado, estaba el secreto de su grandeza. Aquellos vencedores de los Etruscos y de Tarento honraban siempre á la pobreza, la disciplina, y la abnegacion, y su patriotismo tenia toda la fuerza de un sentimiento religioso. Tres Decios dieron sus vidas por salvar al ejército, y Postumio y Manlio, inmolaron un hijo cada uno á la disciplina. El censor Rutilo, reelegido al salir de su cargo (266), convocó al pueblo y le censuró agriamente por haber conferido dos veces seguidas al mismo ciudadano tan importantes funciones. Si Corn. Rufino, no obstante dos consulados, una dictadura y un triun-

fo, se hizo expulsar del senado por sus quince marcos de vajilla de plata, cuando la ley solo permitia ocho onzas; si el cónsul Postumio obligó á 2000 legionarios á segar sus trigos y desmontar sus bosques; Atilio Serranus recibia junto al arado la púrpura consular, como Cincinato habia recibido en otro tiempo la dictadura. Régulo, despues de dos consulados, solo poseía una tierra pequeña con un esclavo único; y Curio, con sus manos triunfales, lo mismo que Fabricio y que Emilio Papio, preparaba en vasijas de madera sus toscos alimentos. El mismo Curio, que declaraba peligroso á un ciudadano á quien no le bastaban siete fanegas, rehusó el oro de los samnitas; Fabricio el de Pirro, y Cineas, introducido en el senado, creyeron ver una reunion de reyes.

Igualdad política; equilibrio de los diferentes poderes; censura.

Por cima de esos grandes personages debemos poner al mismo pueblo romano, del cual ha dicho Bossuet: «Entre todos los pueblos del mundo, el mas altivo y el mas audaz, pero al propio tiempo el mas celoso en sus consejos, el mas constante en sus máximas, el mas circunspecto, el mas laborioso, y por último el mas paciente, fué el pueblo romano. De todo esto se formó la mejor milicia y la política mas previsora, enérgica y constante que se observó en tiempo alguno. El fondo de un romano, por decirlo así, era el amor á la libertad y á la patria. Una de estas cosas le hacia amar á la otra; pues porque amaba á su libertad, amaba á su patria, como á una madre que le alimentaba con sentimientos igualmente generosos y libres..... Bajo este nombre de libertad se figuraban los romanos, lo mismo que los griegos, un Estado en el que nadie fuese súbdito mas que de la ley, y en el que esta fuese mas poderosa que los hombres.»—«Poco ó nada de dinero, dijo Valerio Máximo, siete yugadas de tierra medianas, la indigencia en las familias, los funerales pagados por el Estado, y las jóvenes sin dote, pero consula-

dos ilustres, dictaduras maravillosas, triunfos innumerables, tal es el cuadro que presentan aquellas épocas antiguas.»

Los romanos de entonces, por sus fuertes virtudes, por sus costumbres austeras, merecian el imperio; por su disciplina y su valor le obtuvieron; por su union le conservaban. En efecto, los peligros de la guerra del Samnium habian restablecido la paz entre los dos órdenes. Habia union porque habia igualdad, porque ya no se conocia la aristocracia de la sangre y aun no se rendia homenaje á la del dinero. En aquella época la constitucion romana presentaba la sábia combinacion de realismo, aristocracia y democracia que han admirado Polibio, Maquiavelo y Montesquieu. Por el consulado habia union en el mando; por el senado, experiencia en el consejo; por el pueblo, fuerza en la accion. Conteniéndose mútuamente estos tres poderes dentro de justos límites, todas las fuerzas del Estado, vueltas unas contra otras en otro tiempo, habian encontrado por fin, despues de una lucha de mas de dos siglos, ese equilibrio provechoso que hacia concurriesen todas, con irresistible poder, á un fin comun, el engrandecimiento de la república.

Un poder moral, la censura, irresponsable é ilimitada en sus derechos, velaba por el mantenimiento de aquel equilibrio. Esos delitos á los que ninguna ley puede alcanzar, esas innovaciones peligrosas que conmueven sordamente á las repúblicas destruyendo la igualdad, las censuras supieron alcanzarlos y castigarles. Expulsaban del senado y del órden ecuestre, privaban de sus derechos políticos á los ciudadanos mas ricos y poderosos, y en la reparticion de las clases «ejercian la legislacion sobre el mismo cuerpo que tenia el poder legistativo.» Por medio de su autoridad sin intervencion alguna contenian al pueblo y á la nobleza, castigaban á todo lo que queria alzarse por cima de las leyes, á todo cuanto podia alterar las costumbres, y así acudian al auxilio del poder ejecutivo, tan débil siempre en las democracias.

Organizacion militar.

En el exterior se hallaba defendido este gobierno por los mejores ejércitos que se habian visto hasta entonces. Ningun adversario ni empresa alguna podian asustar á los vencedores de los Samnitas y de Pirro. Habian triunfado de todos los enemigos y de todos los obstáculos, de la táctica griega lo mismo que del ardor galo, y del encarnizamiento samnita. Pirro les habia enseñado á formar sus campamentos, y sus elefantes solo una vez les causaron sorpresa. Los Romanos, rodeados de enemigos, durante tres cuartas partes de un siglo no habian conocido mas arte que la guerra, ni mas ejercicio que el de las armas. No solo eran los soldados mas valientes y mejor disciplinados de Italia, sino tambien los mas ágiles y mas fuertes. El paso militar era de 24 millas en 5 horas, y durante estas marchas llevaban sobre sí sus armas, víveres para 5 dias y estacas para formar los campamentos; en todo lo menos 60 libras de peso. En el intérvalo de unas á otras campañas, continuaban los ejercicios militares en el campo de Marte. Lanzaban dardos y astas, se batian con espada, corrian y saltaban armados, ó cruzaban el Tiber á nado, empleando para estos ejercicios armas de un peso doble del de las comunes. Los ciudadanos mas eminentes tomaban parte en estos juegos; cónsules y triunfadores rivalizaban en fuerza, en destreza y en agilidad, mostrando á aquel pueblo de soldados que los generales tenian tambien las calidades del legionario.

CAPÍTULO X.

Primera guerra púnica.

CARTAGO Y SU GOBIERNO.—CAUSAS DE LA GUERRA (264); TRATADO CON HIERON.—OPERACIONES MARÍTIMAS; BATALLA DE ECNOME (256).—TRIUNFOS Y REVESES DE RÉGULO EN AFRICA (256-255).—LA GUERRA LLEVADA DE NUEVO Á SICILIA; VICTORIA DE PANORMA (250). SITIO DE LILIBEA (250); BATALLA DE LAS ISLAS EGATES (241); TRATADO.

Cartago y su gobierno.

Mientras Roma avanzaba desde el fondo del Lacio hasta el estrecho de Mesina, en la orilla opuesta del Mediterráneo, á menos de 30 leguas de Sicilia, crecia por medio de la industria y del comercio el poder cartaginés. Cartago, colonia de Tiro, habia obligado á los demás establecimientos fenicios de la costa de Africa á que reconociesen su supremacía, organizado en el interior de aquel continente un comercio inmenso de caravanas y apoderádose del dominio del Mediterráneo occidental, que ya no le disputaban los Etruscos ni los Griegos. En la antigüedad el comercio se hacia á mano armada; así pues, Cartago se habia hecho conquistadora y habia extendido su dominio desde la Numidia hasta las fronteras de Cyrene. Pero, diferenciándose en esto de Roma, conquistaba para explotar, y los vencidos continuaban siendo enemigos suyos. Nada recordaba en el Africa cartaginesa la organizacion fuerte dada por el senado á la Italia; todas las plazas fuertes eran desmanteladas por

temor de que se convirtiesen en puntos de apoyo para una sublevacion, de modo que, si los súbditos de Cartago nada podian hacer contra ella, tambien se hallaban indefensos contra sus enemigos; 200 ciudades se habian entregado á Agatocles desde el momento en que llegó al Africa. Los cartagineses tampoco hacian la guerra por sí mismos, sino por medio de mercenarios que compraban en todas partes, y que batiéndose por una causa agena, lo hacian con flojedad, mostraban algunas veces exigencias peligrosas ó una indisciplina que comprometia una guerra entera.

¿Valia mas, siquiera, el gobierno que los ejércitos? Era una constitucion en que se mezclaban el realismo, la aristocracia y la democracia, pero sin que hubiese entre estos poderes el equilibrio que únicamente puede constituir la excelencia de esa clase de gobiernos. Dos sufetos, elegidos entre las familias privilegiadas, eran los primeros magistrados de la república. Despues de ellos estaba el senado, en el que todas las casas notables tenian representantes. Para facilitar la accion del gobierno, concentrándola, habian sacado del senado el consejo de los centunviros. Estos usurparon gradualmente el poder, y los sufetos, cuyo cargo era vitalicio en otro tiempo, y á la sazon solo se nombraban por un año y se hallaban privados del mando de las tropas, solo fueron ya presidentes de aquel consejo. Los centunviros podian llamar á los generales á darles cuenta de sus acciones, y de este derecho se valieron para poner al ejército bajo su dependencia. Con el tiempo, los demás magistrados y aun el senado se encontraron sometidos á su intervencion. Pero el populacho, tan numeroso en las grandes ciudades mercantiles, no siempre habia de consentir aquella usurpacion. Las guerras contra Roma desarrollaron el elemento democrático. «Entre los Cartagineses, dice Polibio, con la segunda guerra púnica, el pueblo era el que dominaba en las deliberaciones: en Roma era el senado.»

Causas de la guerra (264); tratado con Hieron.

Mientras Roma tuvo que combatir con los Etruscos y los Griegos italianos, rivales de los Cartagineses, estos habian aplaudido sus triunfos. Desde el año 510 habian firmado con los cónsules un tratado de comercio y de alianza, y recientemente, en la guerra de Tarento, habian ofrecido auxilios que no fueron aceptados. Esta repulsa, y sobre todo la victoria harto completa de Roma sobre los Italianos, irritaron á Cartago, que vió con terror á una sola potencia dominar á la sazon sobre el magnífico territorio que bañaban los tres mares, Tirreno, Adriático y Jónico. Pirro, al abandonar la Sicilia, habia esclamado: «Qué hermoso campo de batalla dejamos ahí á los romanos y á los cartagineses!» En efecto ni Roma ni Cartago podian abandonar á una potencia rival aquella gran isla situada en el centro del Mediterráneo, que casi está tocando á la Italia y desde la cual se vé el Africa. Tres potencias compartian su posesion. Hieron, tirano de Siracusa desde 270, los Cartagineses y los Mamertinos. Estos, antiguos mercenarios de Agatocles, se habian apoderado por traicion de Mesina, y desde este puesto infestaban la isla entera. Hieron quiso desembarazar de ellos á la Sicilia; los derrotó, los rechazó hácia Mesina, é iba á recibir su sumision cuando Hannon, gobernador cartaginés de las islas *Eolias* (Lipari), fué á disputarle aquella conquista. Los Mamertinos se acordaron entonces de que eran Italianos, y enviaron una embajada á Roma. El senado vacilaba para tomar su defensa. Los cónsules llevaron el asunto ante el pueblo, el cual decidió que se les enviasen auxilios. Un tribuno legionario, C. Claudio, fué enviado á Mesina. Hannon se hallaba establecido allí, en la ciudadela que le habia sido entregada por un partido; pero aquél le sacó de ella por medio de una estratagema, se apoderó de él é hizo que le entregase la fortaleza. Hieron y los Cartagineses se unieron en seguida para sitiar á Mesina.

El cónsul Apio Caudex, aprovechando una noche oscura, pasó el estrecho con 20,000 hombres en barcas y esquifes tomados de todas las ciudades de la costa, derrotó uno despues de otro á los dos ejércitos sitiadores, y persiguió á Hieron hasta al pié de las murallas de Siracusa (264). Este principio feliz estimuló al senado á proseguir vigorosamente la guerra. Dos cónsules y 35,000 legionarios pasaron en el año siguiente á Sicilia, en donde 67 ciudades cayeron en su poder. Hieron asustado, se apresuró á estipular un tratado, pagó 100 talentos, y durante 50 años permaneció siendo aliado fiel de Roma.

Operaciones marítimas; batalla de Ecnome (256).

Un sitio de siete meses entregó Agrigente á los Romanos (262), y al tercer año de la guerra, Cartago ya solo poseía algunas plazas marítimas. Pero sus flotas asolaban las costas de Italia, cerraban el estrecho y hacian que toda conquista fuese precaria. El senado comprendió que era preciso ir á buscar al enemigo en su propio elemento (261). Mandó que se procediese á la construccion de una flota de línea, es decir, compuesta de bajeles de á cinco bancos de remeros. Una quinquerema cartaginesa, encallada en las costas de Italia, sirvió de modelo. Tal era la imperfeccion de aquel arte, que luego ha llegado á ser tan difícil, que bastaron dos meses para cortar la madera, construir y botar al agua 120 galeras, y formar y ejercitar las tripulaciones. Verdad es que el cónsul Cornelio Escipion fué cogido con 17 buques, en una tentativa mal dirigida contra las islas Eolias; pero su cólega Duilio derrotó cerca de Miles á la flota cartaginesa (260). Habia adaptado á la proa de los buques un puente que, cayendo sobre las galeras enemigas, se aferraba á ellas por medio de garfios de hierro, las mantenia inmóviles y franqueaba el paso á los soldados. En cierto modo no habia sido sino un combate en tierra firme en el que el legionario recobrara todas sus ventajas. Honores desusados y es-

traordinarios fueron la recompensa concedida á Duilio. Además del triunfo, se le erigió una columna en el foro y tuvo el derecho de hacer que por la noche le acompañasen á su casa con hachas encendidas y al son de las flautas.

Despues de la victoria de Miles, los romanos dividieron sus fuerzas el cónsul Escipion, con la flota, persiguió hasta la costa de Cerdeña á los buques fugitivos, los destruyó y comenzó la conquista de aquella isla y de la de Córcega. En Sicilia, las legiones se dejaron encerrar por Amilcar en un desfiladero, de donde les sacó la abnegacion del tribuno Calpurnio Flama. Con 300 hombres cubrió la retirada, y contuvo al enemigo. Habiéndole encontrado vivo bajo un monton de cadáveres, recibió del cónsul una corona de césped. «Entonces era la recompensa mas noble.»

La guerra iba prolongándose con sobrada tibieza; Amílcar habia concentrado sus fuerzas principales en Drepano y en Lilibea. Para arrancarle aquellas dos plazas inexpugnables se necesitaba un sitio prolongado: el senado, estimulado por una nueva victoria naval obtenida cerca de las islas Eolias, se decidió á acometer la empresa mas atrevida. Armó 330 buques; 100,000 marineros, 40,000 legionarios y los dos cónsules Manlio Vulso y Atilio Régulo, los tripularon. Cartago botó al agua, en seguida, 350 buques. Las dos flotas se encontraron á la altura de Ecnome. Era el espectáculo mas grandioso que hasta entonces habia visto el Mediterráneo; 300,000 hombres iban á pelear sobre sus aguas. Tambien entonces vencieron las fuerzas romanas (256).

Triunfos y reveses de Régulo en Africa (256—255).

El camino de Africa estaba abierto; las legiones y los dos cónsules desembarcaron cerca de Clipea. Tomada esta ciudad y no guarneciendo ya el país ninguna plaza fuerte ni ejército alguno, los romanos se desparramaron por aquellas campiñas feraces, que desde el tiempo de Agatocles no habian visto al enemigo; en pocos dias hicieron 20,000 prisioneros, y se apoderaron de un botin inmenso.

El senado, engañado por estos primeros triunfos, mandó á Manlio y á sus legiones que regresasen. Dícese que el mismo Régulo había solicitado que fuese llamado á Roma. El colono que había dejado para cultivar sus siete fanegas de tierra, que constituían su único patrimonio, se había fugado con su arado y sus bueyes; pero el senado contestó que todo ello sería rescatado, su campo cultivado, y su muger y sus hijos mantenidos á costa del tesoro. Habiéndose quedado en Africa con 15.000 hombres y 500 caballos, bastáronle estas fuerzas para derrotar en todas partes al enemigo, tomar 300 ciudades y apoderarse de Tunez, situada á dos leguas de Cartago. Esta ciudad se hallaba reducida al último extremo; se decidieron á entrar en tratos. Régulo impuso tales condiciones que continuó la guerra. Entre los mercenarios que habían acudido á Cartago se encontró el lacedemonio Xantipe. Probó que aun quedaban sobrados recursos para pensar en dejar las armas; habiéndole puesto al frente de las tropas, las disciplinó y las hizo ser aguerridas por medio de repetidos combates de escasa importancia; cortó los víveres al ejército romano, y por fin le atacó, le destruyó é hizo prisionero á su jefe. Xantipe, fastuosamente recompensado, se marchó de la ciudad antes de que la envidia hubiese sustituido á la gratitud.

La guerra llevada de nuevo á Sicilia; victoria de Panormo (250).

Africa estaba perdida, no obstante una nueva victoria naval. Una borrasca que destruyó en las costas de Sicilia 270 galeras romanas, volvió á llevar la guerra á la isla (255). Los cartagineses recobraron á Agrigento. Roma, por su parte, en tres meses construyó 220 galeras que asolaron alternativamente las costas enemigas de Sicilia y de Africa; pero al regreso, otra tormenta hizo que pereciese casi toda aquella flota (253). Estos desastres repetidos hicieron que el senado renunciase al mar, como había renunciado ya al Africa. De la

ciudad pasó el desaliento al ejército: tambien la disciplina se relajó, y en una ocasion hubo que degradar á 400 caballeros que se habian negado á obedecer al cónsul. Felizmente, Metelio obtuvo cerca de Panorme una gran victoria que indujo á Cartago á solicitar la paz (250). Régulo fué enviado á Roma. Este general habia sufrido noblemente su cautiverio. No quiso entrar en la ciudad. «Ya no soy ciudadano,» decia; y cuando habló sobre el tratado para el cange de los prisioneros, disuadió á los senadores de aceptarle. Quisieron inspirarle compasion hácia sí mismo, y dijo: «Mis dias están contados: me han dado un veneno lento:» y se marchó rechazando las caricias de su mujer Marcia y de sus hijos. A su regreso á Cartago aseguran que pereció de una muerte cruel.

Sitio de Lilibea (250); batalla de las islas Egates (241); tratado.

La victoria de Panorme puso término á los grandes choques de los ejércitos. Los Cartagineses concentraron todas sus fuerzas en Drepano y en Lilibea. En el otoño del año 250, los dos cónsules, cuatro legiones y 200 buques de guerra bloquearon esta última plaza que fué amenazada con inmensos trabajos. Pero en el año siguiente ocurrieron nuevos desastres: Claudio quiso sorprender á una flota cartaginesa en el puerto de Drepano. Los presagios eran siniestos; las gallinas sagradas no querian comer. «Que beban,» dijo; y las mandó arrojar al mar. El ejército estaba vencido de antemano por aquella impiedad que Claudio no supo reparar por medio de maniobras hábiles, y 93 buques fueron apresados ó echados á pique. Su cólega no fué mas afortunado. Perdió 800 buques de carga y 105 galeras. El senado renunció una vez mas á las flotas, llamó á Claudio y le obligó á nombrar un dictador; escogió al hijo de un liberto, Claudio Glicia, cliente y escribano suyo. El senado anuló esta eleccion burlesca, y una sentencia del pueblo castigó severamente á aquel despreciador audaz de las cosas divinas y humanas.

Cartago habia puesto al frente de sus tropas al gran Amil-

car, padre de Anibal; ante todo las condujo al saqueo de Italia, y luego se apoderó del monte Ercté, situado entre Panorme y la ciudad de Erix, que habia sido conquistada recientemente por los romanos (247). Durante seis años, todas las fuerzas de ambas repúblicas estuvieron concentradas en aquel rincon de Sicilia; los Romanos estaban en Panorme, en la cumbre del monte Erix, en la ciudad de este nombre, y delante de Lilibea y de Drepano. Los Cartagineses ocupaban estas dos plazas, y Amilcar el monte Ercté. Despues de combates largos y sangrientos, Amilcar sorprendió á la ciudad de Erix y se colocó entre los campos romanos establecidos al pié de aquella montaña. La guerra hubiera podido durar todavía muchos años de este modo; pero habiendo dado el patriotismo romano nuevos buques al senado, Lutacio Catulo sorprendió cerca de las islas Egates á una flota cartaginesa. Esta victoria hacia que los Romanos quedasen dueños del mar. Desde entonces, Drepano, Lilibea y Amilcar podrian ser sitiadas por hambre. Cartago se resignó á poner término á aquella guerra ruinosa. La paz fué firmada bajo las condiciones siguientes: Cartago no habia de atacar á Hieron ni á sus aliados; abandonaria la Sicilia y las islas inmediatas, restituiria todos los prisioneros sin rescate, y pagaria en diez años 3200 talentos euboicos.

CAPÍTULO XI.

Conquistas de Roma y de Cartago entre las dos guerras púnicas (241—219).

ORGANIZACION DE LA SICILIA EN PROVINCIA; ADQUISICION DE LA CERDEÑA Y DE LA CÓRCEGA.—GUERRA EN ILIRIA (229-219), EN CISALPINIA (225) Y EN ISTRIA (219).—GUERRA DE LOS MERCENARIOS (241-238).—AMILCAR; ASDRUBAL; ANIBAL; CONQUISTA DE ESPAÑA (238-219).

Organizacion de la Sicilia en provincia; adquisicion de la Cerdeña y de la Córcega

La primera guerra púnica habia costado á Roma 700 galeras, y disminuido su poblacion militar casi en una mitad. Pero la formacion de dos nuevas tribus, Velina y Quirina, llenó los vacíos de la poblacion, y Roma volvió á encontrarse dispuesta enseguida para nuevos trabajos. Cartago habia perdido, no solo la Sicilia, sino el dominio del mar: era demasiado baldon para que pudiese resignarse á él por mucho tiempo, así pues, la paz que acababa de firmarse no era sino una tregua. El senado de Roma lo comprendió y empleó los 23 años que duró en fortificar su posicion en Italia, ocupando todos los puntos desde los cuales podia ser amenazada la península, que eran la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, la Cisalpinia y la Iliria.

La Sicilia fué declarada provincia romana. Lutacio desarmó á todos sus habitantes, tomó la parte correspondiente para el Estado, y solo restituyó su territorio á 200 ciudades

con la condicion de pagar un tributo fijado en cada año por los censores romanos, y el diezmo de todos los productos de la tierra. En cada año, tambien, se envió un pretor á la nueva provincia con un poder absoluto, del cual solo se podia apelar despues de los hechos consumados. Sin embargo, el senado, fiel á su máxima de no hacer pesar sobre todos un yugo igual, concedió privilegios á algunas ciudades. Así pues, Panorma, Egesta, Centoripa, Alesa y Alicia, quedaron libres y exentas del tributo, pero sujetas al servicio militar: la pequeña república de Tauromenio y la de los Mamertinos fueron independientes, como lo era el reino de Siracusa: mas tarde hubo tambien colonias.

Las dos islas de Córcega y de Cerdeña fueron adquiridas á costa de una traicion odiosa. Al saberse la noticia de la rebelion de los mercenarios en Africa, los de Cerdeña habian asesinado á sus jefes y llamado á los Romanos, quienes amenazaron á Cartago con la guerra si no pagaba 1200 talentos y cedia la Cerdeña; pero entonces fué preciso conquistar á los sardos. El senado invirtió en esto ocho años. La Córcega participó de la suerte de la vecina isla. Para administrar las dos nuevas provincias se aumentó á cuatro el número de los pretores: dos, el *prætor urbanus* y el *prætor peregrinus*, se quedaron en Roma; los otros dos fueron encargados de gobernar uno la Sicilia, y el otro la Cerdeña y la Córcega.

Guerra en Iliria (229—219), en Cisalpinia (225) y en Istria (219).

Hallábase infestado el Adriático de piratas ilirios. El senado, en vista de las quejas que desde todas partes se le dirigian, envió embajadores á Teuta, viuda de su último rey, quien gobernaba en nombre de su hijo Pineo. Ella contestó mandando degollar á dos diputados que le habian hablado con sobrada altivez. Enseguida se enviaron contra los Ilirios (229) los dos cónsules con 200 galeras y 20.000 legionarios. Corcira les fué entregada por Demetrio de Faros, jefe ilirio cuyas intrigas favorecieron su buen éxito. Ninguna plaza

pudo resistirles, y Teuta, asustada, concedió cuanto quisieron: un tributo, la cesion de una gran parte de la Iliria y la promesa de no echar al agua, mas allá del Lisus, sino dos buques, y aun estos habian de estar desarmados (228). Las ciudades griegas sometidas por los Ilirios, Corcira y Apolonia, fueron restablecidas en su completa independencia. Una rebelion del rey Pineo y de Demetrio, á quien los Romanos habian dado la Isla de Faros, hizo aun mas pesado el yugo para los Ilirios (219). Así pues, Roma habia adquirido en el continente griego buenos puertos y una provincia, puesto avanzado que defendió á la Italia y amenazó á la Macedonia.

En la Cisalpinia, dos jefes boyos, sostenidos por toda la juventud del país, quisieron arrastrar en 238 á su pueblo á una guerra contra Roma, y llamaron á algunas tribus de los Alpes que lanzaron sobre Ariminum. Pero prevalecieron los partidarios de la paz; los dos jefes fueron asesinados y sus auxiliares expulsados, y la tranquilidad se habia restablecido antes de que las legiones hubiesen llegado á la frontera. Las espediciones de Cerdeña y de Iliria no habian comenzado todavía; los Galos parecian estar atemorizados y Cartago abatida; el senado, por primera vez desde el tiempo de Numa, cerró el templo de Jano. Casi en seguida estallaron disturbios en todas partes. El tribuno Flaminio habia propuesto la particion de las tierras del país de los Senones junto á las fronteras de los Boyos. Estos se asustaron con la idea de tener por vecinos á los romanos; se unieron á los Insubrios y llamaron de la Transalpinia á un ejército terrible. Afortunadamente, los Cenomanos y los Venetos hicieron traicion á la causa comun. Su defeccion obligó á los confederados á dejar una parte de sus fuerzas para defender sus hogares; el resto, 50,000 infantes y 20,000 caballos, marchó sobre Roma.

En la ciudad llegó el terror á su colmo; consultados los libros sibilinos, pidieron el sacrificio de dos galos, y fueron estos enterrados vivos en medio del *Forum Boarium*. Luego se declaró que habia *tumulto*, y todos tomaron las armas, hasta

los sacerdotes: 150,000 hombres fueron escalonados á vanguardia de Roma, y se mantuvieron en reserva 620,000 soldados. La Italia entera se habia levantado para defender á su nueva capital y rechazar á los bárbaros. Estos llegaron hasta la distancia de tres jornadas de Roma; pero cercados por dos ejércitos, en las inmediaciones del cabo Telamone, dejaron 40,000 hombres en el campo de batalla (225).

El Senado, decidido á librar á Italia de tales terrores, volvió á enviar en el año siguiente á los dos cónsules á la Cisalpinia para comenzar su conquista. Los Anamanos, los Boyos y los Lingones dieron rehenes, y entregaron á los romanos *Mutina* (Módena), *Clastidium* (Chiasleggio), y *Tannetum* (Taneto), que fueron ocupadas por crecidas guarniciones. La Cispadania parecia estar dominada. En 223, Flaminio y Furio pasaron el Pó para someter la Transpadania; pero rechazados vigorosamente por los Insubrios, se consideraron felices con aceptar un tratado que les permitiese retirarse sin combate. Dirigiéronse al país de los Cenómanos, y cuando despues de algunos dias de descanso y de abundancia hubieron fortalecido sus tropas, olvidando el tratado entraron de nuevo por el pié de los Alpes en el territorio insubrio. Encontraron delante de sí á 50,000 hombres que habian acudido para vengar aquella perfidia. Los insubrios perdieron 8,000 muertos y 16,000 prisioneros. Solicitaron la paz, pero el senado no los juzgó todavía bastante debilitados, y en la primavera siguiente envió de nuevo contra ellos á Cornelio Escipion y á Marcelo. Los Gesates ó auxiliares galos habian acudido en número de 30,000, desde las orillas del Ródano, á socorrer á los insubrios. Su rey Virdumar fué muerto por Marcelo en combate singular. Al mismo tiempo tomaba Escipion á Milan. Los insubrios, vencidos en todas partes, se entregaron á discrecion al senado, el cual les hizo pagar una indemnizacion crecida, y confiscó una parte de su territorio para establecer colonias en él (222). Marcelo entró en Roma en triunfo: llevaba por tercera vez los despojos ópimos.

El senado envió en 218, á Crémona, y á Placensia, dos co-

lonias compuestas de 6,000 familias romanas cada una, para guardar la línea del Pó, que defendian ya Taunetum, Clastidium y Mutina. Una vía militar comenzada por el cónsul Emilio, unia á estas avanzadas con la gran plaza de Ariminum. Así se acercaba la dominacion romana á los Alpes.— En 221, habian ocupado tambien los romanos la Istria: allí eran dueños de una de las puertas de Italia y se establecian al Norte de la Macedonia, á la que ya amenazaban por la parte de Iliria. El senado, en su actividad incansable, fijaba sus miradas aun mas allá de la Grecia; despues de la primera guerra púnica habia renovado la alianza con el rey de Egipto, y hubo un momento en que se pensó en enviarle tropas auxiliares contra Antíoco de Siria.

Guerra de los mercenarios (241—238).

Cartago, desde el fin de la primera guerra púnica, habia tenido una guerra civil y una guerra estranjera. Sus mercenarios, á quienes ya no podia pagar, se habian sublevado, acaudillados por el Campanio Espendio, y por el Africano Matos. Sus súbditos, á quienes oprimia, se unieron á los insurgentes. Utica é Ipona-Zarita, que al pronto habian vacilado, concluyeron por asesinar á los soldados que Cartago tenia dentro de sus muros. Otro tanto hicieron en Córcega y en Cerdeña. Hannon enviado á aquellas islas, fué apresado por sus propias tropas que le crucificaron, y los romanos aprovechando la situacion crítica y angustiada de su rival, le arrebataron las dos islas, y además le amenazaron con la guerra si al tributo estipulado no añadia 1,200 talentos euboicos. Entretanto, hallándose los cartagineses estrechados muy de cerca en su ciudad, recobró su preponderancia el partido de la familia Barca que era el de la guerra, y Amilcar obtuvo el mando de las tropas. Comenzó por seducir á los Numidas, y desde entonces les faltaron los víveres á los mercenarios. Para impedir la desercion é imposibilitar por completo toda aproximacion, ambos gefes mandaron dar muerte

á todos los cautivos en número de 700, y declararon «que todo prisionero cartaginés pereceria en el suplicio, que á todo aliado de Cartago se le cortarian las manos antes de soltarle.» Entonces comenzaron unas represalias espantosas. Amilcar mandó arrojar á las fieras á cuantos mercenarios cayeron en su poder. Cartago recibió auxilios de Hieron y aun de Roma, que comenzaba á temer la victoria de los mercenarios. Los Barca y los Hannon, reconciliados por el peligro, obraron de comun acuerdo. Amilcar logró encerrar á uno de los dos ejércitos enemigos en el desfiladero del Hacha, en donde el hambre redujo á los mercenarios al estremo de comerse unos á otros. Primero les correspondió el turno á los prisioneros y á los esclavos; pero cuando faltó este recurso, preciso fué que Espendio, Antariato y los demás gefes, amenazados por la multitud, pidiesen un salvo-conducto para ir á avistarse con Amilcar. Este no le negó, y convino con ellos en que, esceptuando diez hombres, que él eligiese, soltaria á todos los demás, dejando á cada uno un traje. Hecho ya el tratado, Amilcar dijo á los enviados: «Vosotros perteneceis al número de los diez,» y los retuvo en su poder. Los mercenarios estaban tan bien cercados que de 40,000, ni uno solo se escapó. El otro ejército no fué mas afortunado; Amilcar le exterminó en una gran batalla, y su gefe, Matos, conducido á Cartago, fué entregado como juguete á un populacho cobarde y desenfrenado que se vengaba del miedo que antes habia pasado. Aquella guerra ha conservado una triste celebridad bajo el nombre de *guerra inexpiable*; habia durado mas de dos años (238).

Amilcar; Asdrubal; Anibal; conquista de España (238—219).

Amilcar empezaba á ser peligroso por el cariño que le tenian los soldados. Los mercaderes de Cartago desterraron al glorioso general á España con todo su ejército. Decian que esta conquista seria una compensacion de la pérdida de Sicilia y de Cerdeña. Amilcar sometió á su paso, las costas de Africa,

é invirtió en la conquista de España nueve años, durante los cuales, segun dice Polibio, sojuzgó un crecido número de pueblos por la fuerza de las armas ó por medio de tratados, hasta que feneció en una batalla contra los Lusitanos. El botin conquistado en la rica y feraz España habia servido para comprar al pueblo y á una parte del senado. La faccion Barcina crecia, y como su apoyo principal estaba en el pueblo, favorecia las invasiones de la asamblea popular que gradualmente se hizo preponderante en el gobierno. Por eso el yerno de Amilcar, el favorito del pueblo de Cartago, Asdrubal, á pesar de la oposicion del senado, heredó el mando que desempeñaba su suegro. Continuó sus conquistas y se adelantó hasta el Ebro, en donde los Romanos, asustados por sus progresos, le detuvieron por medio de un tratado (227). Para consolidar su poder en la península, fundó á Cartagena. Algunos años despues fué asesinado por un esclavo galo que vengaba en él la muerte de su amo á quien habian quitado la vida á traicion. Los soldados eligieron en su lugar á Anibal, hijo de su antiguo general que hacia tres años combatia en sus filas. El nuevo gefe fué confirmado por el pueblo, y aceptado por el senado. La España y el ejército no eran ya mas que una herencia de los Barcas.

CAPÍTULO XII.

Segunda guerra púnica.

EXTENSION DE LAS POSESIONES DE ROMA Y DE CARTAGO EN 219.—SITIO DE SAGUNTO (219).—PASO DEL RÓDANO Y DE LOS ALPES (218).—COMBATE DEL TESINO Y BATALLA DEL TREBIA (218).—BATALLA DEL TRASIMENO; DICTADURA DE FABIO (217).—BATALLA DE CANAS (216).—DEFECCIONES; DESCALABROS DE ANÍBAL EN LA CAMPANIA.—FABIO Y MARCELO RECOBRAN LA CAMPANIA (215-214).—DERROTA DE FILIPO (214); TOMA DE SIRACUSA (212). SITIO DE CÁPUA; MARCHA DE ANÍBAL SOBRE ROMA; NUEVA TOMA DE TARENTO (212-209).—MUERTE DE MARCELO (208); BATALLA DEL METAURO (207).—DIVERSION DE LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA; TOMA DE CARTAGENA (211).—TRIUNFOS Y ALIANZAS DE P. ESCIPION; PASA Á AFRICA.—BATALLA DE ZAMA (202); TRATADO (201).

Extension de las posesiones de Roma y de Cartago en 219.

En el año 219, en vísperas de la segunda guerra púnica, las posesiones de los Cartagineses se hallaban dispersas desde la Cirenaica hasta las bocas del Tajo y del Duero en una línea de ochocientas á nuevecientas leguas, pero estrecha, sin profundidad y que á cada instante podia ser cortada, ya fuese por los nómadas africanos en sus rápidas incursiones, ó ya por un enemigo que siempre hallaba medio para desembarcar en aquella inmensa extension de costas. La república romana, por el contrario, presentaba el aspecto de un imperio constituido con entera regularidad: Roma colocada en el

centro de la península; esta, cubierta por tres mares, y al opuesto lado de ellos como otras tantas avanzadas que defendian las inmediaciones de Italia, se encontraban: la Iliria, desde donde las legiones vigilaban la Macedonia y la Grecia; la Sicilia, desde donde veian el Africa; la Córcega y la Cerdeña, que se encontraban en medio del camino hácia la Gália ó la España, y dominaban la navegacion del mar Tirreno.

Lo que aumentaba mas aun la fuerza de aquella dominacion era que en la mayor parte de Italia la aceptaban, ya que no con amor, al menos con resignacion. Roma no pedia á los italianos mas que soldados. En cambio de su borrascosa independencia les habia dado la paz que favorecia el desarollo de su poblacion, de su agricultura, de su comercio. Sus censores cubrian la península de caminos, secaban los pantanos y construian puentes sobre los rios. Para defender las costas contra los desembarcos del enemigo ó de los piratas, el senado las habia guarnecido con colonias marítimas; para proteger á los mercaderes italianos, habia declarado la guerra á los Ilirios y á Cartago. Por eso todos, no obstante las diferencias de su condicion, acababan de estrecharse en torno de Roma al saber la noticia de una invasion gala; y veremos á Anibal victorioso permanecer en medio de Italia durante dos años, sin encontrar un solo aliado. Debemos añadir que en sus costumbres que aun no habian sido alteradas por las extrangeras, no obstante algunos ejemplos desagradables (1), en su patriotismo que siempre se hallaba sostenido por la religion, en la union de los dos órdenes, que hacia reinase profunda paz en el foro, encontraba Roma recursos inagotables.

Faltaba mucho para que el imperio de los Cartagineses, tan colosal en la apariencia, descansase sobre tan firmes apoyos. Las contribuciones enormes impuestas á sus súbditos y las

(1) Algunos senadores habian sido ya degradados por malversaciones, y la ley Escatinia acababa de castigar excesos monstruosos. Tambien se habian observado algunos síntomas de incredulidad. Ya se ha visto la conducta de Claudio en Drepano.

atrocidades de la *guerra inexpiable* no habian podido reconciliarlos en manera alguna con los Africanos. Utica é Hipona-Zarita habian querido entregarse á los romanos. En las costas de Numidia y de Mauritania, algunos puestos ocupados á larga distancia unos de otros, y cercados por los bárbaros, apenas eran suficientes para prestar ayuda y auxilio á los buques en la travesía peligrosa de España. Aun en esta, la autoridad de Cartago, ó mas bien de Anibal, no se hallaba establecida con seguridad mas que en la Bética. En el resto del país hasta el Ebro, los pueblos habian sido vencidos pero no sojuzgados; y los romanos habian de presentarse allí como libertadores, con mucha mas facilidad que Anibal en Italia.

Sitio de Sagunto (219).

Por eso no pensaba Cartago en renovar la lucha; pero Anibal, heredero del talento y del ódio de Amilcar hácia los romanos, con mas audacia y ambicion todavía, queria crearse á costa de Roma un imperio que aun no era bastante fuerte para crear á costa de Cartago. Además, una guerra con Roma era un medio glorioso para poner término á la lucha que sostenian su familia y su partido, y no obstante los tratados y la parte mas sana del senado, la comenzó (1).

(1) Las posesiones de Cartago en Africa se estendian desde los altares de los Filenos (frontera de los Cirenceos) hasta las columnas de Hércules, en una extension de 16,000 estadios. Pero al Este, en la region de los *Sirtas* (regencia de Trípoli), vagaban tribus poco afectas, *Maclies*, *Lotófagos*, *Macios* y *Nasamones*, á las que no podian contener las ciudades marítimas de *Leptis magna* (Lebida), de *Œa* (Trípoli), y de *Sabrata* (Sabart). Al Oeste del rio *Tusca* (Wadi el Berber) hasta el Océano Atlántico, no poseia á lo largo de la costa sino muy pocas factorías que aseguraban un asilo á sus buques durante la travesía de España, *Tabraca* (Tabarca), *Collops* (Collo), *Jol* (Argel) y *Siga* (Nedroma). Pero todo el país, desde el *Malva* hasta el Atlántico, pertenecia á los MOROS, y desde el *Tusca* hasta el *Malva* á los NUMIDAS. Estos formaban dos reinos, de los cuales era frontera comun el *Ampsagas* (Rummel y Elibir) á saber, los *Masilianos*, súbditos de Sifax, al Oeste, y los *Masilianos*,

Ante todo, era preciso estar seguro de España. El Sur y el Este se hallaban sometidos, pero los montañeses del centro y del valle alto del Tajo se resistian todavía. Anibal destrozó á los Olcades en las cercanías de Toledo (221) y mató cuarenta mil hombres á los Vacceos y á los Carpetanos (221). Respecto de los pueblos del Oeste, Lusitanos y Galaicos, Anibal se guardó muy bien de ir á gastar contra ellos su tiempo y sus fuerzas. España parecia hallarse sometida hasta el Ebro; esto era suficiente para su intento.

En el tratado impuesto por Roma á Asdrubal se habia ga-

súbditos del padre de Masinisa, al Este, con *Cirta* (Constantina) é *Hipporegius* (Bona) por ciudades principales. El territorio verdadero de Cartago se reducia, pues, á las dos únicas provincias de la Zeutigania y de la Bizazenia regencia de Túnez), entre el Tusca y el pequeño Sirta (golfo de Cabés. Además de la capital se contaban: en el interior, *Vacca* (Vegja), *Sicca* (Keff) *Zama* (Zowarin), sobre un afluente del Bagradas (Medjerda), etc.; y en el litoral de las dos costas de Cartago, *Utica* (cerca de Porto-Farina), *Hippona Zaryta* (Biserta) al Oeste; *Túnez* al Este, luego *Aspis* ó *Clypea*, *Adrumeta* (Hamamet), la pequeña *Leptis* (Lempta, y *Thapsus*).—En la España, recientemente conquistada, su dominacion se detenia en el Ebro. Todos los pueblos de los Pirineos eran libres; los *Galaicos*, los *Asturs*, los *Cántabros*, los *Vascones*, los *Cerretanos*, los *Indigetas*, y los *Ausetanos*. Los *Lacetanos* en la costa, hácia *Barcino* (Barcelona); los *Ilergetas* hácia *Ilerda* (Lérida) y *Osca* (Huesca), los *Cosetanos* hácia *Tarraco* (Tarragona), y una parte de los *Celtiberos* al Sur del Ebro, así como *Sagunto* (Murviedro), se habian librado del yugo de Cartago. Pero su imperio era reconocido, ya que no amado, por todos los demás españoles. Eran: 1.º entre el Ebro, el Mediterráneo y el Otospoda, série de alturas que atraviesan la península de Norte á Sur, los *Hilercoones* (ciudad *Dertosa* Tortosa), *Edetanos*, *Lobetanos*, *Olcades* (ciudad *Munda*), *Contestanos* (ciudad *Carthago Nova*, Cartagena), *Bastianos*, *Bastulos* (ciudad *Malaca* ó Málaga, *Carteia* ó Rocadillo, *Calpe* ó Gibraltar, y *Abdere* ó Almería); 2.º en el valle del *Betis* (Guadalquivir): Los *Túrdulos* y *Turdetanos* (ciudad *Hiturgis* ó Andujar, *Corduba* ó Córdoba, *Hispalis* ó Sevilla, y *Gades* ó Cádiz); 3.º en el valle del *Anas* (Guadiana) *Oretanos*, *Célticos* y *Cúnicos* (ciudad Ebora ó Evora *Cunaca*); 4.º en el valle del Tajo: los *Carpetanos*, *Vetones* y *Lusitanos* (ciudad *Toletum* ó Toledo, *Helmantica* ó Salamanca, *Olisippo* ó Lisboa); 5.º al Sur del Duero, los *Arevacos*, que permanecian independientes; los *Vacceos* que unidos á los Carpetanos y á los Olcades, acababan de luchar contra Anibal; los *Bracari*. 6.º en el centro, en el Ortospoda, los *Celtiberos*, pueblo poderoso, de que cuatro tribus habian quedado libres. Cartago poseía tambien las islas inmediatas á las costas de España y de Africa, con las Baleares y Malta.

rantizado formalmente la independencia de Sagunto, ciudad greco-latina situada al Sur del Ebro. Aníbal, para empeñar irrevocablemente la guerra, sin órden alguna de Cartago, se puso al frente de ciento cincuenta mil hombres, fué á sitiar aquella plaza y la tomó al cabo de ocho meses de una resistencia desesperada. Diputados romanos enviados á Aníbal y á Cartago durante el sitio, nada obtuvieron. Una segunda embajada pidió una reparacion solemne. Como se prolongaba la discusion, uno de los diputados, Fabio, levantando un extremo de su toga, dijo: «Traigo aquí la paz ó la guerra: escoged!—Escoged vos mismo, esclamaron todos.—Pues bien, la guerra!» repuso Fabio; y dejó caer su toga como si sacudiese sobre Cartago la muerte y la destruccion (219).

Paso del Ródano y de los Alpes (218).

Aníbal envió quince mil españoles á establecerse de guarnicion en las plazas de Africa, y llamó á España á quince mil africanos; en seguida resolvió abrirse él mismo un camino por tierra hasta Italia. Emisarios enviados con mucho oro á los galos y á los cisalpinos, habian vuelto con respuestas favorables. Los Boyos y los Insubres prometian levantarse en masa, y parecia poco difícil encender de nuevo el ódio mal apagado de los últimos italianos á quienes Roma habia vencido. Además, no quedaba otra eleccion que la de recibir la guerra ó llevarla á Italia; ya el cónsul Sempronio hacia en Lilibea preparativos inmensos para un desembarco en Africa, y Escipion levantaba tropas que queria conducir á España. Era preciso anticiparse á ellos. Por otra parte, en Italia la guerra sostendria la guerra, y para nada se necesitaria á Cartago. Si se necesitaban nuevas fuerzas, Magon y Asdrubal, á quienes queria dejar en España con tropas, seguirian el camino que iba á trazarles, y arrastrarian en pos de sí á aquellos galos tan mal dispuestos respecto de Roma.

En la primavera del año 218, Aníbal partió de Cartagena al frente de noventa y cuatro mil hombres. Antes de traspo-

ner las montañas se asustaron algunos soldados; mandó volver atrás á diez mil, dió otros once mil hombres á Magon para custodiar los pasos, y entró en la Galia con cincuenta mil infantes, nueve mil ginetes y treinta y siete elefantes. Roma no se descuidaba. El consul Sempronio que, desde Sicilia, preparaba un desembarco en Africa, recibió órden de aumentar todo lo posible su actividad, y con el fin de contener á los Cisalpinos se enviaron á Cremona y á Plasencia dos colonias de á seis mil hombres cada una. Pero los Boyos y los Insubres los expulsaron y sorprendieron en un bosque al pretor Manlio, que estuvo próximo á perecer en él. Estos acontecimientos retrasaron la partida de Escipion para España. Cuando su flota entró en el puerto de Marsella, Anibal estaba ya en el Ródano.

Los Bébricos habian hecho con él un tratado de alianza, pero los Volskos se habian retirado al otro lado del rio para disputar el paso. Engañados por una estratagema, opusieron una resistencia muy débil. Todo el ejército estaba en la orilla izquierda, cuando trescientos ginetes romanos salidos de Marsella para practicar un reconocimiento encontraron á quinientos Numidas; estos fueron derrotados, pero habian dado muerte á ciento cuarenta romanos. Anibal, en vez de marchar al encuentro del cónsul, subió por la orilla del Ródano y entró en la isla que forman este rio y el Isere. En aquel país se disputaban el poder dos hermanos; Anibal se puso de parte del mayor, le hizo triunfar, y en cambio recibió víveres y vestuario. Ya veian los Alpes y sus nieves eternas. Diputados boyos llegados á su campo se ofrecieron á guiarle, y le condujeron por el valle Tarentino al pequeño San Bernardo, que es el paso mas fácil que hay en toda la cordillera de los Alpes. Los montañeses intentaron detenerle varias veces, y le hicieron correr peligros muy graves. Solo despues de nueve dias de marchas, riesgos y combates, fué cuando llegó á la cumbre de la montaña, donde se detuvo durante otros dos para dar descanso á sus tropas. La bajada fué difícil: en un desfiladero encontraron un ventisquero cu-

bierto de nieve reciente, en la que se quedaban atascados los hombres y los caballos. Por otra parte, la garganta era tan angosta que los elefantes no podian pasar, y se perdieron tres dias en abrirles un camino por entre las rocas. Por último, quince dias despues de su partida de la isla, llegó por el valle de Aosta á las inmediaciones del territorio de los Insubres, aliados suyos. Pero el paso le habia costado cerca de la mitad de sus tropas, y solo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos. Sin embargo, tomó por asalto la ciudad de los Taurinos y la saqueó.

Combate del Tesino y batalla del Trebia (218).

Esta actividad habia desconcertado los planes del Senado. Sempronio cuya flota habia ganado ya una victoria naval y tomado Malta, entre Sicilia y el Africa, fué llamado á toda priesa. Escipion habia mandado ya espontáneamente á España á su hermano Eneo, con sus legiones, y vuelto á emprender con la mayor celeridad el camino de Pisa. Esperaba llegar al pié de los Alpes con la oportunidad suficiente para aniquilar en su bajada al ejército extenuado por el cansancio y las privaciones; pero tambien esta vez, no obstante su mucha diligencia, llegó demasiado tarde, y solo pudo ocupar sus posiciones detrás del Tesino.

Un combate violento de vanguardia que hubo en las orillas de aquel rio, y del cual salió herido Escipion, le obligó á replegarse detrás del Pó, y estableció su campo en una posicion fuerte sobre el Trebia. Cuando llegó Sempronio con las legiones de Sicilia, á pesar de la oposicion de su cólega, quiso dar una batalla y se dejó atraer mas allá de las heladas aguas del Trebia, á una llanura en que la caballería numida y hábiles disposiciones dieron de nuevo la victoria á Aníbal. La derrota del Tesino habia rechazado á los romanos léjos del Pó, la del Trebia los rechazó mas allá del Apenino; esceptuando á Plasencia y á Módena, la Cisalpina estaba perdida.

Batalla del Trasimeno; dictadura de Fabio (217).

Hasta entonces el plan de Anibal habia alcanzado buen éxito. Pero, mientras se abria el camino de Roma, Cn. Escipion, en España, cerraba á sus hermanos el de la Galia. Tropas enviadas á Cerdeña, á Sicilia y á Tarento, guarniciones establecidas en todas las plazas fuertes y una flota de sesenta galeras, cortaban sus comunicaciones con Cartago. Por lo demás, esto le causaba muy poco temor, porque los galos acudian en tropel bajo sus banderas. Despues de hacer una tentativa para atravesar el Apenino, pasó el invierno en la Cisalpina, y llegada la primavera, penetró en Etruria por los inmensos pantanos del Arno. Durante cuatro dias y tres noches marchó el ejército sobre agua y fango. Un gran número de soldados y casi todo el ganado de trasporte perecieron allí, y los bagages fueron abandonados. Anibal, montado en su último elefante, perdió un ojo á consecuencia de las vigilias, las fatigas y la humedad de las noches.

Aguardábale bajo los muros de Arrecio un ejército mandado por el antiguo tribuno Flaminio, á quien el pueblo, en conmemoracion de su victoria sobre los Insubres, acababa de conceder por segunda vez el consulado, no obstante la oposicion de los grandes. Para anular su eleccion se habian mostrado los presagios mas siniestros. El nuevo cónsul no hizo caso de ellos. Persuadido de que seria detenido en Roma por falsos auspicios, salió secretamente de la ciudad, sin haber verificado en el monte Albano el sacrificio á Júpiter Laciario. Para justificar este menosprecio de los dioses y de las leyes, érale necesaria una victoria; la buscó con una imprudencia presuntuosa, y se dejó atraer por el astuto cartaginés á un valle angosto rodeado por el lago de Trasimeno y por unas colinas que Anibal habia guarnecido con soldados suyos. Flaminio fué muerto con quince mil legionarios, otros tantos cayeron prisioneros y diez mil se escaparon. Anibal solo habia perdido mil quinientos hombres, casi todos galos.

Del Trasimeno á Roma solo hay ciento cincuenta kilometros. Sin embargo, Anibal no se creyó bastante fuerte para aventurar una marcha sobre aquella ciudad. Volvió hácia la Umbría, y fué á tropezar con la colonia de Espoleto que le rechazó victoriosamente. Sus tropas necesitaban descanso, y las llevó á las fértiles llanuras del Piceno.

En Roma, despues de la batalla del Trebia, habian ocultado la extension del desastre; despues de la del Trasimeno, no se atrevieron á ocultar lo mas mínimo. Durante dos dias deliberó el senado; al fin hizo que los comicios nombrasen prodictador á Fabio Máximo, jefe de la nobleza, y para no irritar al partido popular le agregaron á Minucio como general de la caballería. Fabio al frente de cuatro legiones, fué á buscar á Anibal que habia bajado por las orillas del Adriático hasta Apulia, con la esperanza de sublevar la gran Grecia, pero sin que consiguiese desprender de Roma ni un solo aliado. Esceptuando á Tarento, harto humillada para no desear la decadencia de los romanos, todos los griegos hacian sinceros votos para que los cartagineses fuesen derrotados. Los de Nápoles y Pestum quitaron todo el oro de sus templos para dárselo al Senado, y Hieron, seguro de la fortuna de Roma, aun despues de lo ocurrido en el Trasimeno, ofreció cuantiosos socorros en víveres y en hombres, y una estátua de oro de la Victoria que pesaba trescientas veinte libras.

Fabio se habia trazado un nuevo plan de campaña que consistia en arruinar con sus tropas todas las comarcas llanas, y rehusar siempre el combate, pero seguir paso á paso al enemigo, cortarle los víveres, hostigarle sin descanso, y destruirle parcialmente. En vano Anibal asoló la Daunia, el Samnium y la Campania: el contemporizador le seguia por las montañas, tan insensible á los insultos del enemigo como á las burlas de sus soldados. Sin embargo, un dia estuvo Fabio próximo á encerrarle en un desfiladero; pero logró salir por medio de una estratagema hábil, y el pueblo descontento gritó que le hacian traicion. Confirmó esta idea un triunfo

obtenido por Municio durante la ausencia del dictador. Diéronse poderes iguales al general de la caballería, el cual provocó en seguida á Anibal, hizo que este le derrotase, y hubiera perdido su ejército si Fabio no hubiese acudido á salvarle.

Cuando Fabio abandonó su cargo al cabo de seis meses, los asuntos de la república parecia que se hallaban en un estado próspero: en España una multitud de pueblos se pasaban á los romanos; en la Cisalpina, los galos, satisfechos por encontrarse libres otra vez, olvidaban á Anibal, como le olvidaba tambien Cartago, que solo enviaba algunos buques á piratear en las costas, de donde muy luego los arrojaban las flotas de Sicilia y de Ostia. Una escuadra romana acababa de perseguirles hasta el litoral de Africa. En todas partes, escepto ante Anibal, tomaban los romanos la ofensiva y adoptaban medidas audaces. El pretor de Sicilia, Otacilio, tenia órden de pasar á Africa; Cn. Escipion con quien se habia reunido su hermano, recibia socorros; Postumio Albino vigilaba con un ejército á los Cisalpinos, y se habian enviado embajadas á Filipo de Macedonia para exigir la extradicion de Demetrio de Faros que le escitaba á la guerra; á Pineo, rey de Iliria, para reclamar el tributo que tardaba en pagar, y á los Ligures para pedirles cuenta de los auxilios que habian suministrado á los cartagineses. De seguro hay cierta grandeza en esta actividad del senado que, enmedio de la guerra empeñada á las puertas de la ciudad, fijaba su atencion en los países mas lejanos, y no permitia que se dudase un solo instante de la fortuna ni del poderío de Roma.

Batalla de Canas (216).

Los cónsules del año 217 siguieron una táctica que sin duda alguna hubiera arruinado á Anibal. Pero si la nobleza pudo hacer elegir á un discípulo de Fabio, á Pablo Emilio, el partido popular le dió por cólega al hijo de un carnicero, Terencio Varron. Uno queria de continuo estar combatiendo, el

otro siempre queria aplazar la lucha. Como el mando alternaba diariamente entre los cónsules, Varron condujo al ejército tan cerca del enemigo que fué ya imposible la retirada. Empeñóse la accion cerca de Canas, en Apulla. Los romanos tenian ochenta y seis mil hombres, y Anibal solo cincuenta mil. Sin embargo, en Canas, lo mismo que en el Trasimeno y en el Trebia, el número mas reducido envolvió al mayor, y la caballería dió la victoria: setenta mil romanos y aliados con uno de los cónsules, Pablo Emilio, que habia rehusado ponerse en salvo, dos cuestores, ochenta senadores, muchos consulares, veinte y un tribunos legionarios, y una multitud de caballeros, quedaron en el campo de batalla (2 agosto 216). Anibal solo habia perdido cinco mil quinientos hombres, de los que cuatro mil eran galos. La sangre de este pueblo pagaba todas sus victorias.

Defecciones; descalabros de Anibal en Campania.

En la tarde del dia en que se dió la batalla, uno de los oficiales decia á Anibal: «Déjame que me adelante con mi caballería, y dentro de cinco dias cenarás en el Capitolio.» Pero nunca un ejército de mercenarios sacrificó á su jefe, por muy amado que este fuese, el dia siguiente al de una victoria. Anibal se detuvo; además sabia muy bien que el dolor de un pueblo libre es activo. En efecto, pasado el primer momento de estupor, resonó en Roma el estrépito de los preparativos. Fabio prescribió á las mujeres que se encerrasen en sus moradas para no enervar el valor de los combatientes con sus lamentaciones en los templos; á todos los hombres útiles que se armasen; á los jinetes que fuesen á explorar los caminos; á los senadores que recorriesen las calles y plazas para restablecer el órden, que colocasen guardias en las puertas, y que impidiesen salir á quien quiera que fuese. Para acabar pronto con el dolor se fijó el luto en treinta dias. Cualquiera hubiera creido hallarse en Esparta. Las expiaciones religiosas no quedaron olvidadas, y las hubo crueles. Dos vestales,

convictas de adulterio, recibieron la muerte; dos galos y dos griegos fueron enterrados vivos.

Habian trascurrido pocos dias cuando se supo que una flota cartaginesa asolaba los estados de Hieron, y que Postumio Albino atraido por los Cisalpinos á una emboscada, habia perecido en ella con su ejército; pero despues del gran dolor de Canas, estas nuevas desgracias parecian leves. Habia en la ciudad dos legiones. Marcelo envió allá además mil quinientos soldados de la flota de Ostia, y situó una legion en Teanum Lidicinum, para cerrar el camino del Lacio. M. Junio Pera, creado dictador por el senado, levantó cuatro legiones, dos mil jinetes, y ocho mil esclavos, comprados á los particulares, y llamó á los contingentes de los aliados. Se carecia de armas; hizo despojar los templos y los pórticos de los trofeos que dos siglos de triunfos habian amontonado en ellos, y cuando llegó Cartulon, con los diputados de los prisioneros de Canas, á hablar de paz y de rescate, un lictor corrió presuroso á prohibirle la entrada en el territorio romano. Habia en poder de Anibal diez mil legionarios; el senado se negó á rescatarlos; tres mil se habian refugiado en Canusium y en Venusa; mandó que fuesen á servir en Sicilia, sin sueldo ni honores militares, hasta tanto que Anibal fuese expulsado de Italia. Pero guiado por un espíritu de conciliacion admirable, y olvidando sus motivos de queja contra Varron el cónsul popular, salió en corporacion á su encuentro, con todo el pueblo, y le dió gracias por no haber desesperado de la república.

Sin embargo, los Brucios, los Lucanos, algunos Apulios, los Caudinios, los Irpinos, y en la Campania Atela, Calacia y Cápua, se habian pasado al enemigo. Cápua se consideraba como la igual de Roma. Anibal le prometió convertirla en capital de Italia, y aquella ciudad le abrió sus puertas, despues de haber ahogado en los baños públicos á cuantos romanos habia á la sazon dentro de sus muros. Anibal, establecido de este modo en el corazon de la Campania, y apoyando todos sus movimientos en una gran ciudad, podia

aguardar los socorros de Cartago. Despues de la batalla de Canas habia enviado á Cartago á Magon, quien derramó en medio del senado una fanega de anillos de oro que, segun decia, se les habian quitado á los caballeros romanos muertos en el campo de batalla. Hannon rival de los Barcas, conservaba siempre su desconfianza. «Si Anibal es vencedor, dijo, no necesita refuerzos; si es vencido, engaña á la república y no los merece.» Pero la faccion barcina tenia mayoría. Se decretó un refuerzo de cuatro mil numidas y cuarenta elefantes; se envió á España á un senador con dinero necesario para levantar veinte mil hombres, y Asdrubal recibió la órden de pasar los Pirineos. Aun estas medidas fueron mal ejecutadas, y una victoria de los Escipiones rechazó á Asdrubal al Sur de España (216).

Anibal, para conseguir la posesion de un puerto, intentó una sorpresa sobre Nápoles, mas no logró buen éxito. Tambien se estrellaron sus esfuerzos delante de Noli por la actividad de Marcelo, quien le mató dos mil hombres en una salida, triunfo inesperado que se celebró como una gran victoria.

Fabio y Marcelo recobran la Campania (215—214).

El senado habia hecho que Fabio volviese al consulado para el año 215. Mantuvo en campaña nueve ejércitos y cuatro flotas, ó sean unos doscientos veinte mil hombres, de los que treinta mil habian de cercar á Cápua y á Anibal.

Este general encontraba en sus aliados italianos poco entusiasmo para reunirse á sus banderas, y la diversion de los dos Escipiones, que tan feliz éxito obtuvo, la mala política del senado cartaginés, que hacia ir á parar á Cerdeña y á España un socorro poderoso preparado por Magon para su hermano, dejaban á este solo delante de Roma. Pero durante aquel invierno pasado en Cápua, y tan fatal para sus tropas, al decir de T. Livio, varios emisarios secretos habian salido de su campo, y Roma supo de improviso que Cerdeña era atacada, que en Sicilia amagaba una sublevacion, y que Fi-

lipo de Macedonia prometia á Anibal pasar el Adriático con 200 bajeles. Afortunadamente, el pretor Manlio destruyó al ejército cartaginés desembarcado en Cerdeña, Hieron permaneció fiel, y Filipo empleó tal lentitud en sus preparativos, que el senado tuvo tiempo suficiente para anticipársele en Grecia, sin debilitar las fuerzas con que rodeaba á Anibal en la Campania.

El Cartaginés, para ensanchar y romper aquel círculo de hierro que se cerraba gradualmente en torno suyo, se vió obligado á hacer una guerra de sitios en la que perdia toda la superioridad de su genio. Tuvo un éxito completamente desgraciado delante de Cuma, y Marcelo le rechazó por dos veces delante de Noli. Al propio tiempo, Fabio, adelantando paso á paso pero con seguridad, se apoderaba de tres ciudades en torno de Cápua: Sempronio Longo derrotaba á Hannon en Grumentum, y Valerio tomaba las ciudades de los Irpinos.

Anibal era vencido sin combate por medio de este plan tan hábilmente concebido y ejecutado, y ya estallaban murmullos entre sus tropas. Delante de Noli, 1260 ginetes numidas y españoles le abandonaron; así es que se apresuró á escaparse antes de que le cerrasen todos los pasos, y huyó hasta Arpi, hácia el mar Superior, adonde creia ir al encuentro de Filipo. Los romanos comenzaron en seguida el sitio de Cápua.

Tambien de España se recibian buenas noticias. Pero Siracusa habia hecho traicion; Filipo iba á atacar, y el tesoro estaba exhausto. El senado hizo un llamamiento al patriotismo, y todos los órdenes rivalizaron en noble emulacion. Con el fin de reservar el oro y la plata para las necesidades del Estado, la ley Opia prohibió á las mugeres que llevasen en sus adornos mas de media onza de oro. Entonces Roma daba en todo ejemplos grandiosos. Para el consulado del año 214, el pueblo proponia á dos ciudadanos oscuros: uno de ellos era precisamente el sobrino del Contemporizador. Fabio, presidente de los comicios, detuvo en seguida la elec-

cion, arengó al pueblo, le demostró que cónsules eran los que exigian las circunstancias, y le envió de nuevo á los sufragios. Todas las centurias proclamaron á Fabio y á Marcelo: el uno, como decian, era el escudo, y el otro la espada de Roma.

Entretanto, Anibal llamado por Cápua, á la que estrechaban dos ejércitos consulares, volvió á entrar audazmente en la Campania, burló la vigilancia de los generales romanos, recorrió el pais enemigo, y atacó á Puzola, Nápoles y Noli, en donde Marcelo volvió á derrotarle en una escaramuza; luego, cansado de estrellarse con aquellas legiones inmóviles, contra aquellas murallas en las que siempre dejaba algunos de los suyos, huyó rápidamente hasta Tarento, con la esperanza al menos de arrastrar en pos de sí al impetuoso Marcelo. Pero nadie le siguió, y Tarento, en donde mantenia secreta inteligencia, tambien se le resistió. Detrás de él Hannon fué derrotado en Benevento por Graco que mandaba un ejército de esclavos alistados, y Fabio recuperó unas en pos de otras todas las ciudades de los Samnitas.

Tambien esta campaña terminaba mal para Anibal; pero al obligar al Senado á conservar en Italia, solo contra él, á catorce legiones, daba á sus aliados y á Cartago tiempo suficiente para obrar. ¿Supieron aprovecharlo?

Derrota de Filipo (214); toma de Siracusa (212).

Filipo, antes de pasar á Italia, quiso destruir la influencia romana en la Iliria. Con 120 galeras se apoderó de Oricum, y subiendo por el Aous, puso sitio á Apolonia. Este ataque mal dirigido, dió tiempo suficiente á Valerio para que acudiese desde Brindes con una legion. Se posesionó de nuevo y con facilidad de Oricum, y habiéndose dejado sorprender Filipo una noche en su campo, sólo pudo salvarse huyendo y medio desnudo, á sus buques. Valerio, fondeado con su escuadra en la boca del rio, cerraba el paso; el rey quemó sus galeras y se encaminó por tierra á Macedonia. Desde aquel dia

hasta el año 205, los Romanos le combatieron, no tanto con sus propias fuerzas como con las de sus aliados. Sus tropas fueron expulsadas sucesivamente de Zacinto, de la Acarnania, de la Locrida y de la Elide, á pesar de un triunfo obtenido sobre Sulpicio, cerca de Corinto, y de la muerte dada á Mecanides por Filopémenos. La toma de Orea y de Opunta por Sulpicio y por Atalo, rey de Pérgamo, antiguo enemigo de los Macedonios, y los continuos ataques de los Dardanios, obligaron á Filipo á solicitar la paz. Esta diversion que podia haber decidido la suerte de la lucha entre Roma y Aníbal, quedaba privada de ejercer una influencia formal.

La defeccion de Siracusa produjo durante algun tiempo una situacion mas grave. Despues de la muerte del prudente Hieron, seguida de cerca por la de Hierónimo, á quien quitaron la vida á la edad de quince años, se habia proclamado la libertad en Siracusa, y la nueva república habia entrado en la alianza de Cartago; Marcelo que habia acudido en seguida, le puso sitio. Siracusa parecia inexpugnable, tanto por la fuerza de sus murallas, como porque tenia dentro de su recinto á Arquímedes! Este geómetra eminente cubrió los muros de máquinas nuevas, que lanzaban á lo léjos trozos de roca enormes. Si los buques romanos se acercaban á la muralla, una mano de hierro los cogia, los levantaba en alto, y los dejaba caer de nuevo al fondo del mar, en donde se hacian pedazos. Si se mantenian apartados, espejos hábilmente dispuestos llevaban á ellos el incendio. El procónsul aguardó con una paciencia digna de Fabio, á que una traicion ó una sorpresa le entregasen la plaza. La ocasion no se presentó hasta el año 212. Durante una fiesta de Diana fueron escalados los muros. Arquímedes, no obstante la órden de Marcelo, recibió la muerte por mano de un soldado.

Cartago no habia abandonado á Siracusa, pero la peste destruyó á un ejército que iba á atacar á Marcelo en sus líneas. Despues de la toma de aquella ciudad, sus generales intentaron defender al menos á Agrigento. Merced á Muti-

nio, discípulo de Aníbal, vencieron dos veces á Marcelo á orillas del Himero; pero Mutino era un libifenicio; Hannon le abrumó con disgustos que le lanzaron á la traicion, y entregó á Agrigento. Los cartagineses que ya no tenian sino algunas plazas, abandonaron la isla por última vez (210).

Los planes de Anibal se habian frustrado en Sicilia lo mismo que en Grecia. En Cerdeña ya no se atrevian los cartagineses á presentarse; en España, Asdrubal y Magon no podian llegar hasta los Pirineos. En Italia, los galos olvidaban la guerra púnica y nada esperaba ya Aníbal mas que del cansancio de Roma. Pero Roma era un prodigio de constancia y de habilidad; á la alianza de Filipo y de Siracusa habia opuesto la de los Celtíberos, la de Sifax, rey de Numidia, la de Tolomeo y la de una parte de los griegos, y en 213, mantuvo 20 legiones bajo sus banderas; en 212 y 211, tuvo 23. La toma de Arpi, en donde mil hombres de aquella preciosa caballería numida que constituía la fuerza de Aníbal se pasaron á los romanos; la toma de algunas plazas de la Lucanía y del Brucio, estrecharon mas aun á Aníbal, y el senado se aventuró á llamar á los dos ejércitos consulares que, desde hacia cuatro años, no habian cesado de seguir todos sus movimientos. Fueron enviados contra Cápua, de la que Roma queria tomar una venganza ejemplar (212).

Sitio de Cápua; marcha de Aníbal sobre Roma; nueva toma de Tarento (212—209).

Aníbal parecia estar abatido; de improviso volvió á alzarse mas amenazador y terrible. Sorprendió á Tarento, y si bien uno de sus tenientes perdió 13.000 hombres al querer introducir provisiones en Cápua, Graco, atraido á una emboscada pereció en ella, y su ejército se dispersó; el mismo Aníbal derrotó á los dos cónsules, mató á 15.000 hombres confiados imprudentemente al centurion Pénula, y derrotó tambien al pretor Fulvio, cerca de Herdonea. En el mismo tiempo reci-

bian la muerte los Escipiones en España. La toma de Siracusa no compensaba á Roma tantos desastres.

Pero los Romanos se apresuraron á emplear de nuevo la prudente contemporizacion de Fabio; Apio volvió á poner sitio á Cápua, y cuando Anibal reapareció en la Campania (211), encontró tan fuertes los atrincheramientos y tan reservados á los generales que, para libertar á la ciudad, concibió el pensamiento audaz de apoderarse de la misma Roma por sorpresa. Llegó á la vista de sus muros, pero Roma estaba en guardia; aquel golpe atrevido se frustró y retrocedió hasta el Brucio, abandonando á Cápua. Esta ciudad desventurada abrió sus puertas. El castigo fué terrible: 76 senadores perecieron bajo las varas y el hacha; 300 nobles fueron condenados á ser cargados de cadenas; todo el pueblo fué vendido. La ciudad y su territorio quedaron declarados propiedad romana.

En el año siguiente (210), las levas ó alistamientos fueron difíciles, tanto que no pudieron reunirse mas que 21 legiones, y para equipar la flota de Levinio, destinada á Sicilia, los senadores llevaron al tesoro cuanto oro, plata y bronce poseían. Uno de los nuevos cónsules era Marcelo, el cual tomó á Salapia y á Maronea, y luego sostuvo cerca de Numistro una batalla indecisa contra Anibal, que acababa de obtener otra victoria cerca de Herdonea. En el año 209 volvió al consulado el Contemporizador, quien terminó dignamente su gloriosa vida militar recuperando á Tarento. Su cólega Fulvio recibia al mismo tiempo la sumision de los Hirpinos y de los Lucanios, quienes entregaron las guarniciones cartaginesas establecidas en sus ciudades.

Muerte de Marcelo (208); batalla del Metauro (207).

Los cónsules del año 208, Marcelo y Crispino, se decidieron á atacar al mismo Anibal, pero este les tendió un lazo en el cual pereció Marcelo con sus principales oficiales. Este descalabro era muy sensible, porque los aliados de Roma se

cansaban de aquella guerra interminable. Doce colonias acababan de negarse á suministrar hombres. Sin embargo, era preciso hacer los mayores esfuerzos, porque P. Escipion, vencedor en España, habia dejado escapar á Asdrubal, y este pasaba ya los Alpes con un ejército numeroso. El senado, apurando todos sus recursos logró dar 100.000 legionarios á Livio y á Neron para que impidiesen la reunion de los dos hermanos. Anibal, que carecia de noticias, aguardó en Apulla, en un campo fuertemente atrincherado, á los mensageros de Asdrubal, los cuales cayeron en poder de las avanzadas de Neron. Este adoptó la resolucion mas atrevida de aquella guerra. Tomó 7000 hombres escogidos, atravesó toda la Italia, y en seis dias se reunió con su cólega en las orillas del Metauro. Entró de noche en su campo, pero al toque de diana de las tropas, las trompetas resonaron dos veces. Asdrubal conoció por aquella señal que los dos cónsules estaban reunidos; creyó que á su hermano le habian vencido, y aun quizás muerto, y que todas las fuerzas de Roma se hallaban reunidas contra él. Huyó, pero sus guias le estraviaron; alcanzáronle los cónsules, y se vió obligado á pelear en un sitio desventajoso: 56.000 hombres con su general quedaron en el campo de batalla. En las orillas del Metauro se obtuvieron las represalias de Canas.

En la misma noche que siguió al combate partió Neron; á los trece dias entraba de nuevo en sus líneas (207). El triunfo le habia justificado. La cabeza de Asdrubal, arrojada al campo de su hermano, anunció á este la ruina de sus esperanzas postreras. «Conozco en eso la fortuna de Cartago!» dijo lleno de amargura. Refugiado en el Brucio, se sostuvo todavía durante cinco años, hasta que Escipion le arrancó por fin de Italia sitiando á Cartago.

Diversion de los Escipiones en España; toma de Cartagena (211).

Cuando Corn. Escipion vió que Anibal se le habia antici-

pado en el paso del Ródano, dió sus dos legiones á su hermano Cneo, para que ocupase el territorio situado entre el Ebro y los Pirineos. Una victoria obtenida cerca de Scisis, rechazó á los cartagineses al otro lado del Ebro (218), y la destruccion de la flota de Asdrubal en las bocas de aquel rio, permitió á los Romanos que asolasen toda la costa hasta el estrecho (217); entregáronse á ellos 120 ciudades, y los Celtíberos, por sí solos, derrotaron dos veces á Asdrubal.

Cornelio, al salir del consulado, habia ido á reunirse con su hermano. Cuatro victorias y la toma de Castulon y de Sagunto, frustraron todos los esfuerzos de Asdrubal y de Magon (215); y un sueldo ofrecido á la juventud celtíbera hizo que acudiesen bajo sus banderas numerosos auxiliares (214). Los romanos atrajeron tambien á su alianza á un rey de los Numidas llamado Sifax. Pero Masinisa, hijo de otro rey numida, derrotó á aquel príncipe, le expulsó de sus estados y pasó á España. Los Escipiones, amenazados por tres ejércitos, se separaron. Esto fué la causa de su pérdida. Rodeados por fuerzas superiores, sucumbieron.

España parecia perdida; pero los Cartagineses dieron á las legiones reunidas detrás del Ebro por un caballero jóven llamado Marcio, tiempo suficiente para que recobrasen su valor. Marcio, á quien los soldados habian puesto á su cabeza, atacado por Asdrubal y por Magon, los derrotó á uno despues de otro, y cuando Neron fué á tomar el mando que el senado no habia querido dejar á un gefe elegido por soldados, Asdrubal habia sido rechazado ya á la Bética. Encerrado en el desfiladero de Piedras-Negras, engañó al futuro vencedor del Metauro por medio de fingidas negociaciones, y se escapó, en cuyo tiempo llegó un nuevo general, Publio Escipion, hijo de Cornelio, que apenas contaba 24 años de edad.

Tan luego como hubo llegado (211), meditó una empresa que hiciese se fijasen en él todas las miradas, la toma de Cartagena, arsenal y tesoro de los Barcas. Aquella plaza, defendida por una ciudadela y por murallas de mucha elevacion,

cubierta por el mar y por un estanque, pasaba por ser inexpugnable; Escipion la tomó en mitad del dia y en el primer asalto (210). Cartagena encerraba dentro de sus muros á todos los rehenes de España; Escipion los trató con suma bondad y los envió á sus respectivos pueblos. Algunos soldados le habian llevado una jóven de peregrina hermosura, y la restituyó á su familia. Esta conducta formaba singular contraste con la de los generales cartagineses, y por eso le ofrecieron sus tropas los principales gefes españoles, Edecon, Mandonio é Indibil.

Triunfos y alianzas de P. Escipion; pasa á Africa.

Despues de aquel gran triunfo, derrotó dos veces á Asdrubal, pero le dejó escapar, y este general, penetrando en Galia, reunió un ejército sin que Escipion lo combatiera, lo que le valió las acusaciones de los suyos. En frente de él quedaban tres generales. Masinisa, Magon y Asdrubal Giscon. Llegó otro mas, Hannon, quien desde el primer momento se dejó sorprender y fué derrotado. Los otros tres sufrieron en Ilipa una gran derrota que redujo las posesiones de Cartago en España á la única ciudad de Gades. Escipion entabló entonces tratos secretos con Masinisa, que servia en España, y se atrevió á pasar á Africa para atraer á Sifax á una alianza activa. A su regreso se apoderó de Castulon, Illiturgo y Astapa; Gades le abrió sus puertas, y despues de haber apaciguado un motin de Mandonio y de 8.000 legionarios, que se habian sublevado con motivo del falso rumor de su muerte, fué á Roma á recibir el consulado, mas bien que á solicitarle (205).

En aquella época, se hallaban reconquistadas la Sicilia y la España, y los Numidas eran aliados. «Ya es tiempo, decia Escipion, de arrancar á Anibal de Italia atacando á Cartago.» El anciano Fabio se oponia á esta temeridad; pero los Italianos, cansados de aquella guerra, dieron á Escipion la flota y el ejército que le rehusaba el senado. Los excesos de su te-

niente Pleminio, en Locres, y las acusaciones fulminadas contra su conducta en Siracusa, estuvieron próximos á detenerle. Sin embargo, se puso en marcha con 30.000 soldados.

Batalla de Zama (202); tratado (201).

Escipion, antes de embarcarse, habia llegado á saber la defeccion de Sifax, á quien Asdrubal sedujera concediéndole la mano de su hija Sofonisba, y la derrota de Masinisa, expulsado por Sifax del reino de sus padres. Escipion habia contado con dos reyes, y á la sazon, uno era enemigo, y el otro estaba destronado. Pero este fugitivo era el mejor ginete de Africa, y en las dos Numidias no se hablaba mas que de su brillante valor; Escipion le acogió con los merecidos honores, contando con él para verificar muy luego una diversion importante. Dos combates de caballería, el destrozo de los campos y el bloqueo de Utica, inauguraron, sin mucho estrépito, aquella expedicion de Africa. El año siguiente (203) fué mas fecundo. Asdrubal y Sifax habian reunido 50.000 hombres en dos campos, formados con barracas de juncos y de paja; una noche las incendió Escipion, y solo 3000 hombres pudieron escaparse. En la jornada de las Grandes Llanuras destruyó á otro ejército, y encargó á Masinisa que persiguese á Sifax, quien cayó con su mujer en poder de su rival. Masinisa habia amado en otro tiempo á aquella hija de Asdrubal, y la tomó por esposa; pero Escipion se acordó de que la cartaginesa habia apartado á Sifax de su alianza, y exigió que le fuese entregada. El Numida envió á Sofonisba, como regalo nupcial, una copa de veneno.

Esta expedicion importante devolvia á Escipion el apoyo de todos los Numidas. Ibase haciendo tan crítica la situacion para Cartago, que el senado llamó á Anibal y á Magon. Este último, encargado en 205 de comenzar de nuevo la expedicion de Asdrubal, habia perdido dos años en las montañas de la Liguria, y habia sido derrotado en el territorio de los Insubres (203). Hallábase en Génova, padeciendo de una

herida, cuando recibió la órden por la cual se le llamaba. Murió durante la travesía. En cuanto á Anibal, reducido hacia cinco años á la impotencia, hizo á la Italia una despedida sangrienta: todos los mercenarios italianos que se negaron á seguirle fueron degollados. Anibal, antes de dar la batalla que iba á decidir la suerte del mundo, solicitó la paz en una conferencia. Pero la paz, sin una derrota de Anibal, habria carecido de gloria y de duracion, y Escipion la rehusó. Todo cuanto enseñaban la guerra y una experiencia consumada se puso en juego por ambas partes (202). Anibal vencido, desde el campo de batalla de Zama, cubierto por los cadáveres de 20.000 soldados suyos, huyó hasta Andrumeta, y desde allí á Cartago, en donde entró 35 años despues de su salida.

Escipion fijó las condiciones siguientes: «Cartago conservará sus leyes y sus posesiones de Africa, pero nada guardará en España; entregará los prisioneros, los trásfugas, todos sus buques escepto diez, y todos sus elefantes, sin poder domar otros en lo sucesivo; no hará la guerra, ni aun en Africa, sin prévio permiso de Roma, y no podrá levantar mercenarios extrangeros; pagará 10.000 talentos en 50 años, indemnizará á Masinisa y le reconocerá por aliado.»

Escipion recibió 4000 prisioneros, numerosos trásfugas á quienes mandó crucificar ó perecer bajo el hacha, y 500 buques que hizo fuesen quemados en alta mar. Cartago estaba desarmada; para que no pudiese volver á levantarse, dejó junto á ella á un enemigo incansable, á Masinisa, á quien dió el título de rey con los Estados de sus padres, la fuerte ciudad de Cirta, y todo cuanto se habia arrebatado á Sifax (201).

Su entrada en Roma fué el triunfo mas expléndido. Llevaba al tesoro 123.000 libras de plata, y cada soldado habia recibido 400 ases. Sifax seguia al carro. Dulio solo habia obtenido una inscripcion en una columna rostral; Escipion tomó el sobrenombre de *Africano*, y el pueblo le ofreció el consulado y la dictadura vitalicia. Así olvidaba Roma sus

leyes para honrar mejor á su afortunado general. Ofrecia á Escipion lo que habia de dejar tomar á César: consistia en que Zama, no solo era el término de la segunda guerra púnica, sino el principio de la conquista del mundo.

CAPÍTULO XIII.

Estado del mundo antiguo hácia el año 200, y guerras desde 200 á 178.

ITALIA Y AFRICA.—LOS SELEUCIDAS Y LOS TOLOMEOS.—GRECIA Y MACEDONIA.—NUEVA GUERRA CON FILIPO DE MACEDONIA (200).—CINOCÉFALOS (197).—PROCLAMACION DE LA LIBERTAD GRIEGA (196); NABIS (195).—ANTÍOCO EN GRECIA; COMBATE DE LAS TERMÓPILAS (191).—BATALLA DE MAGNESIA (190); SUMISION DE LOS GALATAS (189).—SUBLEVACION DE LOS ESPAÑOLES (197); TRIUNFO DE CATON (195) Y DE SEMPR. GRACO (178).—SUBLEVACION DE LOS CISALPINOS (200); LOS BOYOS EMIGRAN HÁCIA EL DANUBIO.

Italia y Africa.

Las llagas abiertas por la guerra se cierran muy luego en el pueblo que queda victorioso. El senado desde el año 206, despues de la batalla del Metauro, habia vuelto á llamar á los labradores á los campos, y disminuido el efectivo de los ejércitos para dejar mas brazos á la agricultura. Colonias enviadas á la Campania y al Brucio, veteranos de Escipion establecidos en la Lucania y en la Pulla, habian vuelto á poblar los desiertos formados por la guerra, y las tierras dadas á los acreedores del Estado habian amortizado las deudas públicas.

Ningun peligro parecia amenazar para el porvenir, porque Roma habia salido mas fuerte aun de la prueba terrible de la segunda guerra púnica, y en torno suyo no habia mas

que debilidad. La caida de Cartago le habia entregado todo el Occidente. En Africa no tenia que hacer sino dejar obrar al ódio rencoroso de Masinisa, y nunca habia de levantarse Cartago de la caida que sufriera en Zama. En España, las legiones habian de tener que combatir muy pronto con sus antiguos aliados, pero esta guerra no habia de ser, durante tres cuartas partes de un siglo, mas que una ruda escuela para los soldados, y un medio de fortuna para los generales. En cuanto á la Galia, Roma recordaba sobradamente los tumultos galos para aventurar su fortuna en aquel caos bárbaro y temible. Por aquella parte, habia de mantenerse durante siglo y medio en una defensiva prudente. La Germania no se habia descubierto todavía. Verdad es que quedaban los cisalpinos, peligro formal, aun cuando los terrores de Roma le exagerasen, guerra laboriosa é ingrata, que habia de desprestigiar á muchos cónsules y consumir muchos ejércitos, pero en donde no se encontraria ocasion para ganar esas victorias brillantes y esos sobrenombres ambiciosos de que á la sazon eran tan ávidos los generales romanos. Así pues, al Sur, lo mismo que al Oeste y al Norte de Italia, nada grandioso habia que ejecutar ya, al menos en mucho tiempo. Por eso el senado apartó de allí sus miradas para dirigirlas al Oriente, en donde habia monarquías extensas y riquezas cuantiosas y mal defendidas.

Los Seleucidas y los Tolomeos.

El reino de los Seleucidas cubria todavía una línea inmensa desde el Indo hasta el mar Egeo. Pero que debilidad tan exasperante se observaba en aquel Estado! En Magnesia solo les habia de costar á los romanos 400 hombres arrollar al ejército considerable de Antíoco. Era porque todos los sucesores de este, infieles al pensamiento del conquistador, permanecieron como extrangeros para los pueblos del Asia.

El mismo Antíoco insultaba á sus dioses con sus sacrilegios; á sus costumbres y sus idiomas, con sus hábitos y su

lenguaje; á la justa ambicion de sus gefes nacionales, con su predileccion hácia los aventureros de raza helénica. En aquel tiempo suministraba Grecia mercenarios á todos los ejércitos, y ministros, generales y cortesanos á todos los príncipes. Ni un solo sátrapa de Antíoco era Meda ó Persa, y los indígenas no eran llamados al servicio militar sino en los cuerpos ligeros que aumentaban inútilmente los ejércitos asiáticos. Los griegos y los descendientes de los Macedonios formaban la falange.

El Egipto tenia mas unidad y en la apariencia mas fuerza, al menos para defenderse. Los Tolomeos, con el fin de convertirle en la potencia comercial mas importante, le habian agregado al Sur los países situados á orillas del mar Rojo, y al Norte, Chipre, la Palestina y la Siria, que son la ambicion eterna de todos los dueños inteligentes del Egipto. Desgraciadamente, todo el poder y la vida que tuvo ese Egipto helenizado se concentraron en Alejandría, ciudad nueva y situada casi fuera del país. Los Tolomeos atendian mejor desde allí á los asuntos del Asia y de Grecia. Como tambien creían únicamente en el valor de los soldados griegos, confiaban sus ejércitos y su vida á mercenarios dispuestos siempre á hacer traicion. El Egipto entero estaba en Alejandría, y esta, lo mismo que sus reyes, se hallaba á merced de aquellos á quienes Polibio llama los Macedonios.

La importancia que daban los Tolomeos á sus posesiones de Ultramar, y su rivalidad con los reyes de Macedonia y de Siria, les hicieron entrar muy luego en la alianza de Roma. Desde el año 273 estipuló Filadelfo con la república un tratado que aceptaron sus sucesores; en 201, se habia confiado al senado romano la tutela del jóven Tolomeo Epifanio.

La Grecia y la Macedonia.

Desde la guerra de Pirro, el senado observaba cuidadosamente todas las revoluciones de la Grecia. Hacia ya mucho tiempo que aquel hermoso país no tenia fuerza ni libertad:

Atenas, Esparta y Tebas, que dominaron en él alternativamente, se aniquilaron para sostener una fortuna harto grande, y su poderío había pasado á pueblos semi-bárbaros. Grecia pareció temible por su union con Macedonia. El imperio persa cayó en poder de Alejandro; pero las rivalidades de sus sucesores rompieron estos vínculos, y cada ciudad, entregada de nuevo á sus propias fuerzas, volvió á encontrarse mas débil y degenerada.

Los disturbios de la Macedonia, la decadencia de las grandes ciudades y el entorpecimiento político de Corinto y de Argos, dejaban libre el camino. Dos pueblos nuevos aparecieron allí: los Eolios y los Aquéos, los cuales, unas veces enemigos entre sí y otras unidos contra los Macedonios, no hicieron sino aumentar el caos en que se perdian los últimos restos de las costumbres y del patriotismo. La Etolia estaba habitada por una raza de hombres que se hallaba en lucha perpétua con todos sus vecinos, y que no vivia sino del saqueo. Lo que Esparta era para el Peloponeso, lo era la Etolia para la Grecia entera: una amenaza continua y un peligro; y para completar la semejanza, el estratégico. Escopas queria, como Cleomenes, abolir las deudas y establecer nuevas leyes. Arato, por temor á Esparta, entregó el Peloponeso á la Macedonia, y tan luego como Filipo se hubo declarado enemigo de Roma, esta encontró en los Eolios los auxiliares mas útiles. Su país le abrió las fronteras de la Tesalia y de la Grecia central; su caballería le aseguró quizás la victoria en Cinocéfalos.

Entre los Aquéos eran mejores las costumbres y el espíritu público; y sus gefes Arato, Filopémenes y Licortas, padre de Polibio, desearon verdaderamente la salvacion de Grecia. En vez de buscarla, como Atenas, Esparta y la Macedonia, en una dominacion violenta, esperaron hallarla en una confederacion cuyo principio fuese el de las antiguas anfictionias: la igualdad de todos los pueblos asociados. Pero la union y la paz no eran posibles entre las tendencias aristocráticas de los Aquéos y el espíritu revolucionario de Lace-

demonia; entre los pacíficos mercaderes de Corinto y los Kleptas de la Etolia; entre todas aquellas repúblicas y los ambiciosos reyes de Macedonia.

Antes de pensar en conducir á todos aquellos pueblos á una union fraternal, habria sido preciso borrar de su recuerdo toda su historia, y detener la disolucion de las costumbres, la ruina del patriotismo y de la religion. Habría sido necesario, sobre todo, impedir el contacto con aquel Oriente tan rico y tan corrompido que arrebataba á la Grecia los poetas y los sábios que le quedaban, para llevarlos á las escuelas de Alejandría y de Pérgamo; los hombres de talento y de valor que aun tenia, para llevarlos á las cortes de los Tolomeos y de los Seleucidas. Grecia daba lo mejor de su sangre, y recibia en cambio el oro que alimentaba la falta de probidad y causa de que fuese todo venal. Por eso, qué aniquilamiento habia en la mayor parte de las ciudades! Ya no causaba Atenas la admiracion del mundo sino por sus adulaciones hácia los reyes; no tenia mas flota que 3 buques sin puente. «En Tebas, dice Polibio, los que morian no dejaban sus bienes á sus hijos, sino á sus compañeros de mesa, con la condicion de consumirlos en orgías; de este modo, habia muchos que tenian que dar mas festines al mes que dias tiene este. Los tribunales permanecieron cerrados durante cerca de 25 años....» Corinto se contentaba con ser la ciudad mas voluptuosa de Grecia. Arato tomaba y vendia el Acro-corinto sin que los ciudadanos interviniesen siquiera en el trato. Argos tenia tiranos y permanecia tan indiferente á la libertad como á la esclavitud.

Esparta no era sino una revolucion perpétua. En pocos años fueron asesinados cuatro veces los eforos ó hicieron absoluta la dignidad real, la abolieron, luego la restablecieron, la compraron, y la dejaron por fin en manos de un tirano. De los 9,000 Espartanos de Licurgo apenas quedaban 700, y de estos 600 mendigaban. Dícese que Agis y Cleomenes intentaron restablecer las leyes de Licurgo y rehacer un nuevo pueblo espartano. Pero el primero murió antes de haber podido

concluir cosa alguna, y el segundo solo verificó una revolucion militar en interés de su propio poder. Los Aquéos, para sustraerse á su dominio, se echaron en los brazos del rey de Macedonia: al menos con él solo perdian una parte de su independencia. La batalla de Salesia rompió este poder ficticio, y Esparta vencida quedó entregada á las facciones de donde salió la tiranía de Macánides. Filopémenes la abatió; pero Esparta estaba harto orgullosa con su antigua gloria para consentir en ir á perderse en la liga aquéa. A Macánides sucedió Nabis, y Esparta continuó siendo aliada de los Etolios.

¿Será preciso hablar de los pueblos pequeños? Egina habia desaparecido de la escena política. Megara solo era una oscura agregada á la liga beocia ó aquéa. Los de Eleo, como Messena y una parte de la Arcadia, dependian de los Etolios. Los Focidios eran mas impotentes que nunca, la Eubea estaba sin fuerza, la Creta se hallaba entregada al desórden y á todas las malas pasiones.

Aun con mejores costumbres y con patriotismo no se hubieran salvado los griegos, y aun cuando la paz y la union hubiesen reinado desde el cabo de Ténaro hasta el monte Orbelos, Roma, con un poco mas de tiempo y de esfuerzos, no hubiera dejado de someter á Grecia bajo sus plantas, porque toda virtud y toda fuerza militar se hallaban aniquiladas. Los griegos no peleaban ya sino con mercenarios. Un solo Estado era el que no participaba de esta decadencia. La Macedonia, rodeada por el mar y por montañas inaccesibles, habitada por una raza guerrera y afecta á sus reyes, era verdaderamente una monarquía poderosa. Lo mismo que con Cartago, fué preciso que Roma lo intentase tres veces para conseguir abatirla. Si Filipo no hubiese poseido mas que la Macedonia, sin duda alguna habria sido tan sencilla su conducta como sus intereses. Pero poseía, además, la Tesalia y la Eubea, Opunta en la Lócrida, Elatea, y la mayor parte de la Fócida, el Acro-corinto y Orcomenes de Arcadia. Mantenia guarnicion en tres de las Ciclades, en Tasos y en algunas

ciudades de las costas de Tracia y de Asia, y le pertenecia una parte considerable de la Caria. Ahora bien, aquellas posesiones lejanas hacian que fuesen enemigos suyos los reyes de Egipto y de Pérgamo, los Rodios, Atenas, Esparta, y por último los Etolios, que ocupaban las Termópilas y no se hallaban dispuestos á abrírselas. Roma habia de saber aprovechar estas enemistades.

Nueva guerra con Filipo de Macedonia (200).

Apenas habia bajado del Capitolio el vencedor de Zama, cuando el senado fué á anunciar una nueva guerra contra la Macedonia. Las centurias la rechazaron con voz unánime. Habia ya bastantes glorias y combates, y querian descanso y paz. Los senadores, decia el tribuno Bebio, quieren eternizar la guerra para eternizar su dictadura. Pero el cónsul recordó el tratado de Anibal, los 4,000 Macedonios enviados á Zama, y los ataques de Filipo contra las ciudades libres de Grecia y de Asia; en aquel momento estaba sitiando á Atenas. Esta iba á ser una nueva Sagunto, y Filipo otro Anibal. El pueblo cedió. Filipo se habia aliado con los reyes de Siria y de Bitinia, Antíoco y Prusias, para despojar de sus posesiones de Tracia y de Asia al rey de Egipto, Tolomeo Epifanio, á quien defendian Rodas y Atalo de Pérgamo. Sulpicio, encargado de combatirle, solo llevó consigo dos legiones. Le atacó por el lado del Oeste, por la Dasarecia. En aquellas montañas era inútil la falange macedónica, y aun que Filipo reunió hasta 24,000 hombres, fué expulsado sucesivamente de todas sus posiciones, y al cabo de algunos meses se encontró Sulpicio en el corazon de la Macedonia. Pero se acercaba el invierno y regresó á la Apulia. Durante el verano una flota habia expulsado de las Cíclades las guarniciones de Filipo y saqueado las costas de la Macedonia (200). El nuevo cónsul Vilio encontró al ejército amotinado; invirtió la campaña en restablecer la disciplina (199). El rey, alentado por aquella inaccion, tomó la ofensiva y fué á ocupar en las dos orillas del Aous, cerca de

Antigónia, una posicion inexpugnable. El pueblo, á quien urgia concluir aquella guerra, elevó al consulado á T. Quintio Flaminino, no obstante su edad y la circunstancia de no haber ejercido todavía mas que la cuestura, pero su nombradía habia precedido á sus servicios. Durante 40 dias permaneció Flaminino en frente del campamento inatacable de los Macedonios. Hacia buscar senderos que le permitiesen circunvalar al enemigo. Un gefe epirota condujo á 4,000 romanos, al cabo de tres dias de marcha, á unas alturas que dominaban el capamento real. Sus gritos y su vivo ataque, al cual correspondió el de Flaminino, aterraron á los Macedonios, quienes emprendieron la fuga y no pararon hasta la Tesalia. Tambien los Etolios se precipitaron allí en pos de ellos. Los Romanos penetraron por el desfiladero de Gonfi. Filipo se habia retirado ya al valle de Tempe, despues de haber incendiado las ciudades abiertas. Esta conducta ofrecia un contraste peligroso con la de los Romanos á quienes Flaminino hacia observar la disciplina mas rigurosa, y que habian padecido el hambre antes que robar lo mas mínimo en el Epiro. Por eso varias plazas abrieron sus puertas á los Romanos, y Flaminino habia llegado ya á las orillas del Peneo, cuando la valerosa resistencia de Atrax detuvo su marcha victoriosa (198).

Cinocefalos (197); proclamacion de la libertad griega (196); Nabis (195).

Flaminino, en vez de ir como sus predecesores á perder el invierno en cuarteles establecidos en torno de Apolonia, invernó en la Grecia central, desde donde atrajo á su alianza á los Beocios y á los Aquéos. En la primavera siguiente fué á buscar al rey en Tesalia, al frente de 26,000 hombres, de los que 8,000 eran griegos. Filipo que hacia veinte años estaba gastando sus fuerzas en empresas descabelladas, no pudo reunir 25,000 soldados sino alistando hasta á niños de diez y seis años. La batalla se dió en junio de 197, en la llanura de *Ci-*

cocéfalos. La legion venció á la falange, y como no le quedaba al rey otro ejército, solicitó entablar negociaciones de paz. Retiró sus guarniciones de las ciudades é islas de Grecia y de Asia que aun ocupaban, dejó libres á los Tesalios, entregó su flota menos cinco buques de trasporte, licenció á su ejército menos 500 hombres, pagó 500 talentos, prometió 50 como tributo anual durante 10 años, se comprometió á no sostener guerra alguna sin el asentimiento del senado, y dió rehenes, entre los cuales hicieron los romanos que fuese comprendido su hijo Demetrio.

Durante la celebracion de los juegos ístmicos, á los cuales habia acudido la Grecia entera, un heraldo impuso silencio de improviso, y promulgó el decreto siguiente: «El senado romano y T. Quintio, vencedor del rey Filipo, restituyen sus franquicias, sus leyes y la inmunidad de guarniciones y de impuestos á los Corintios, á los Focidios, á los Locrianos, á la isla de Eubea y á los pueblos de Tesalia. Todos los griegos de Europa y de Asia son libres.» Al oirse estas palabras estalló una alegría insensata. La concurrencia hizo que le repitiesen dos veces el decreto, y Flaminino estuvo á punto de perecer ahogado bajo las flores y las coronas (196). Pero antes de salir de Grecia arrebató á Nabis, Argos y Gition, para que Esparta no fuese demasiado poderosa en el Peloponeso, aunque rehusando agobiarla para que los Aquéos no ocupasen su puesto. Quedando ya humilladas la Macedonia y Esparta, evacuó sin temor á Calcis, Demetriada y el Acro corinto. Al volver á triunfar á Roma, llevaba por fin aquel útil protectorado de Grecia que todos los sucesores de Alejandro se habian disputado sin poderse apoderar de él (195).

Antioco en Grecia; combate de las Termópilas (191).

Este desinterés afectado era una respuesta hábil á la coalicion que Anibal procuraba formar. Este grande hombre, que habia regresado á Cartago, comenzaba á hacer reformas que habian de regenerar á su patria: derribó la oligarquía

tiránica que se formó al terminarse la guerra, restableció el órden en la hacienda y reorganizó el ejército al mismo tiempo que, por medio de mensages secretos, apremiaba á Antíoco para que atacase mientras Filipo resistia todavía, los griegos vacilaban, y los Cisalpinos y los Españoles se hallaban sublevados. Cinocéfalos destruyó sus esperanzas, y muy luego fueron á Cartago tres embajadores romanos á pedir su cabeza. Hacia mucho tiempo que él estaba esperando este paso, y una galera preparada secretamente le llevó á Siria (195). Antíoco, alentado por los triunfos de los primeros años de su reinado, no reclamaba nada menos que toda la herencia de Seleuco-Nicator, el Asia occidental, la Tracia, y aun la Macedonia, y cuando el senado le recomendaba la prudencia, contestaba: «No me mezclo en lo que haceis en Italia; no os ocupeis de lo que yo hago en Asia.» La llegada de Aníbal decidió la guerra. Aquel grande hombre ofrecia comenzar de nuevo, con 11,000 hombres y 100 bajeles, su segunda guerra púnica; pero Antíoco, cegado por sus cortesanos, rechazó sus consejos para escuchar las magníficas promesas del Etolio Toas.

Hacia mucho tiempo que los Etolios se alababan de haber abierto la Grecia á los Romanos; á creerles, solo ellos habian vencido en Cinocéfalos y mal recompesados, en concepto suyo, por aquellos servicios, procuraron cobrarse por su propia mano. En un mismo dia, sin prévia declaracion de guerra, intentaron sorprender á Calcis, Demetriada y Lacedemonia. Desde allí esperaban poder desafiar impunemente á Roma. Calcis los rechazó, pero Demetriada fué tomada. En Esparta se presentaron como amigos y degollaron á Nabis, pero se entregaron con desenfreno al saqueo de la ciudad y dieron tiempo suficiente á Filopémenes para que acudiese presuroso y los envolviese. El general aquéo hizo que Esparta libertada se uniese á la liga. Entonces no quedaba ya mas recurso que arrojarse en los brazos de Antíoco. Le llamaron á Grecia, pero el rey de Siria desembarcó en Demetriada (setiembre 192) solo con 10,000 hombres. En vez de

captarse el afecto de Filipo, le irritó, le hizo unirse al partido de Roma, y solo vió acudir en torno suyo á un número reducido de aliados. Durante el invierno que perdió en celebrar en Calcis un nuevo himeneo, el senado tuvo tiempo suficiente para terminar sus preparativos. En los idus de mayo, el ejército de Brindes pasó el Adriático con el cónsul Acilio Glabrion. El de Apolonia, que se habia reunido ya con las tropas de Filipo antes del invierno, habia recobrado varias ciudades tesálicas y hecho levantar el bloqueo de Larise. Acilio acabó de reducir la Tesalia, y adelantó hasta las Termópilas, en donde el rey esperaba detenerle. Caton que entonces era lugar-teniente de Acilio, despues de haber sido cónsul, sorprendió á 2,000 Etolios apostados en el Calidromo para defender el sendero de Efialto; Antíoco que habia detenido á Acilio delante de sus líneas, en el desfiladero, al ver á las cohortes romanas que bajaban por el Eta, huyó á Calcis, y desde allí á Efeso, en Asia. La batalla de las Termópilas costó á los romanos 150 hombres (julio de 191).

Batalla de Magnesia (190); sumision de los galatas (189).

En Efeso habia vuelto á hallar Antíoco su seguridad; solo Anibal era quien estrañaba que aun no hubiesen llegado los romanos. El rey, con el objeto de cerrarles el camino, aumentó las fortificaciones de Lestos y de Lisimaquia. Pero Livio, por medio de una victoria obtenida sobre el almirante asirio Polixenidas, se apoderó desde el primer momento del dominio en el mar Egeo. Si los Rodios fueron vencidos en Samos, si Livio vió frustradas sus tentativas contra Efeso y Patara, los primeros repararon su derrota en una batalla en que Anibal no pudo triunfar de la impericia del cortesano Apolonio, y el sucesor de Livio destruyó cerca de Mionesa á la flota asiria. Muy luego llegaron las legiones conducidas por el cónsul Lucio Escipion y por su hermano el Africano, que se habia brindado á servirle de lugar-teniente. Atravesaban á la sazon la Macedonia, despues de haberse desembarazado de

los Etolios por medio de una tregua de seis meses. Lisimaquia hubiera pedido detener al ejército. Antíoco la evacuó, y el paso del Helesponto se efectuó sin obstáculo alguno. El dia 5 de octubre de 190, cerca de Magnesia del Sipilo, fué cuando se encontraron ambos ejércitos: 30,000 romanos iban á combatir contra 82,000 asiáticos. Dícese que 52,000 asirios fueron muertos ó cogidos prisioneros, y que el cónsul solo perdió 350 hombres. Ya no quedaba mas recurso que entablar negociaciones de paz. Las condiciones fueron duras: el senado prohibió al rey toda guerra en el Asia Menor, le tomó todos sus elefantes, que dió á Eumenes, sus buques, que se apresuró á incendiar, y expulsándole del Asia Menor, fijó en el Tauro el límite de sus Estados. Una contribucion de guerra de 30 millones para Roma, y de 10.000,000 francos para Eumenes, arruinó su erario.

Manlio Vulso, que sucedió á L. Escipion, quiso abatir al único pueblo del Asia Menor que era digno de medir sus armas con las águilas romanas; los galo-griegos ó galatas. Sin decreto del pueblo ni autorizacion del senado, atravesó toda el Asia Menor saqueándola, para ir á buscarlos en sus atrincheramientos de los montes Olimpo y Magaba. Atacó primero á los Trocmos y á los Tolistobeyos en el Olimpo. La imprudencia de los galos, que no se habian provisto de armas arrojadizas, permitió al cónsul que desde léjos hiciese gran mortandad. En el monte Magaba, el mismo descuido produjo iguales resultados. Derrotados ya los dos campos, lo que quedaba de la nacion solicitó la paz. Manlio satisfecho ya con haber destruido su poder y difundido á lo léjos el terror del nombre romano por medio de aquella espedicion contra un pueblo tan temido, no les impuso tributo ni cláusula alguna vergonzosa (189), y cuando estuvo de vuelta á Efeso, arregló con los comisarios la suerte de los aliados.

En la distribucion de los despojos cupo á Eumenes la mejor parte: la Lidia, la Jonia, la Frigia, la Licaonia y la Miliada. Tambien le fueron abandonadas las posesiones que Antíoco tenia en Europa, el Quersoneso, y Lisimaquia, que do-

minaba su entrada; por último, Prusias, rey de Bitinia, le restituyó lo que habia tomado de la Misia. Si Roma le prometia tan espléndidamente, solo era con el fin de asegurarse la fidelidad de un príncipe que iba á ser para ella una verdadera policía en Asia, vigilando y denunciando en secreto todos los movimientos y los pensamientos. Las escuadras de Rodas habian sido mas útiles que las escasas naves y los 3,000 auxiliares de Eumenes; sin embargo, Rodas obtuvo menos porque parecia ser ya sobrado poderosa. Hubo de contentarse con algunos aumentos de terreno en la Caria y en la Licia, en donde muchas ciudades permanecieron libres. En el litoral de la costa, en la Troade, en Eolidia y en Jonia, casi todas las antiguas colonias griegas, menos Efeso y Elea, dejadas lo mismo que Sardis en poder de Eumenes, obtuvieron la inmunidad, y algunas nuevas tierras y honores. Ilion como cuna del pueblo romano, recibió dos ciudades inmediatas; Dardano obtuvo su libertad por el mismo motivo.

Mientras Manlio terminaba la guerra de Asia, su cólega Fulvio, atacando á los Ambracios, como lo habian sido los galatas, sin prévia declaracion de guerra, concluía con los Etolios. Compraron la paz á costa de 500 talentos, y reconocieron *el dominio y la majestad del pueblo romano*. Al menos, aquel pueblo reducido habia hecho honrosa su derrota por medio de su valor, y desafiado durante tres años al poder romano. Sin embargo, los dos generales volvieron á pasar el Adriático sin dejar un solo legionario en Grecia ni en Asia. El Senado cumplia lo que habia prometido: en todas partes estaban libres los griegos, tanto en los dos continentes como en las islas, y de tantas conquistas no conservaba Roma ni un palmo de tierra. La comedia comenzada con tanto éxito por Flaminino en los juegos ístmicos estaba ya representada. Pero las legiones, al retirarse despues de haber dominado cuanto tenia alguna energía, como la Macedonia, los Etolios, la Siria y los Galatas, dejaban detrás de sí en todas las ciudades, en todos los Estados, un partido adicto que iba á manejar bastante bien los negocios de Roma en

Grecia y en Asia, de modo que las guarniciones fuesen completamente inútiles. Y ante aquella multitud de reyezuelos y pueblos pequeños, ante sus mil rivalidades y su debilidad, se alzaba el poder colosal de Roma con su fuerte organizacion militar y política, con su hábil senado y sus valientes legiones!

Sublevacion de los españoles (197); triunfo de Caton (195), y de Sempr. Graco (198)

Durante aquellas espediciones fáciles, Roma sostenia una lucha mortífera contra los españoles y los Cisalpinos, cuyo valor se hallaba escitado por la esperanza de una vida mejor, que estaba prometida á los valientes que sucumbian bajo el acero enemigo. En el año 200, el senado se creía dueño de España; un levantamiento inútil de Mandonio y de Indibilis, despues de la partida de Escipion, y la sublevacion, muy luego reprimida, de los Sedetanos, parecian ser la última protesta de la independencia ibérica. Pero, cuando en el año 197 hubo demostrado el envío de dos pretores que el senado intentaba conservar su conquista, los indígenas, que solo le habian ayudado para librarse de los Cartagineses, se alzaron en masa. El pretor Sempronio fué muerto; otro le vengó. Pero aquella guerra pareció bastante importante para merecer un ejército consular, que fué mandado por Caton. Los Romanos habian sido rechazados hasta la ciudad masiliana de Emporia; Caton se desembarazó por medio de una victoria (195), obtuvo auxilios de los Celtíberos, y en un solo dia hizo desmantelar 400 ciudades y pueblos. Despues de Caton, y durante la lucha contra Antíoco, se tornó mas floja la guerra. Paulo Emilio perdió 6,000 hombres contra los lusitanos (190), pero en el siguiente año, les mató triple número. En 185, Quintio y Calpurnio sostuvieron cerca de Toledo, contra los Celtíberos, los Lusitanos y los Carpetanos, una gran batalla en la que perecieron 35,000 bárbaros. El foco de la insurreccion y de la resistencia estaba en las montañas de la Celtiberia;

los romanos la atacaron á la vez por el Norte, el Sur y Oeste. Cuando la hubieron mermado así por todas partes, cuando los vacceos y los lusitanos, cansados de la lucha, hubieron dejado las armas, Sempronio Graco, el padre de los Gracos, penetró en el mismo corazon de la Celtiberia, en donde se apoderó de 300 pueblos (179). Entonces se decidieron los celtíberos á terminar la guerra. Graco no impuso condiciones duras, y para atraer á aquellos pueblos á la civilizacion, fundó entre ellos ciudades á las que dió leyes muy sábias (178).

Sublevacion de los Cisalpinos (200); los Boyos emigran hácia el Danubio.

España parecia hallarse conquistada por segunda vez; la Cisalpinia lo fué realmente; algun tiempo antes de la batalla de Zama, los cisalpinos, viendo por las repetidas derrotas de Cartago que las legiones romanas iban de nuevo á emprender muy pronto el camino de su país, pensaron en utilizar para su independencia los últimos esfuerzos que podia hacer Anibal. Magon llegaba de España, le prometieron alzarse todos, y habiendo sido llamado aquel general por Cartago, que se hallaba en grande aprieto, dieron 40,000 hombres á Amilcar, á quien Magon habia dejado entre ellos, incendiaron á Plasencia, y atacaron á Cremona (200), Furio salvó á aquella plaza y mató á 35,000 galos con su gefe; pero en el año siguiente sucumbió el pretor Bebio. El giro favorable que, bajo la direccion de Flaminino, tomó la guerra contra la Macedonia, permitió que en 197 y 196 se enviasen á la vez los dos cónsules á la Cisalpinia. A los Cenómanos, que tenian envidia de sus vecinos, les decidieron á que hiciesen traicion á la causa comun, y abrumaron á los Insubres, á los Boyos y á los Ligures, aun que sin poderles imponer la paz. En 194, fué preciso oponer tres ejércitos á un levantamiento general de los Boyos, quienes todavía en el año siguiente arrastraron á los Ligures á la lucha. El senado, asustado, declaró que habia *tumulto* (193). Una victoria sangrienta de

Mútula, cerca de Módena, disipó aquellos temores; los destrozos hechos por L. Flaminino y los de aquel Escipion Nasica, á quien llamaban el hombre mas honrado de la república, obligaron por fin á los Boyos á entrar en tratos (192). Escipion decretó la confiscacion de la mitad de sus tierras. Ellos las abandonaron todas, y fueron á buscar á orillas del Danubio una patria que estuviese al abrigo de la ambicion romana.

Apresuráronse á poblar de nuevo á Plasencia y Cremona (190), y á enviar colonos á Bolonia (189) y á Parma (182). Los Insubres, los Cenómanos y los Venetos aceptaban el yugo; solo los Ligures le rechazaban. En 189, mataron á un pretor; en 186 derrotaron á un cónsul y pusieron en grave peligro al mismo Pablo Emilio. No se logró vencer aquella resistencia encarnizada sino transportando 47,000 Ligures á las soledades del Samnium (180), mientras se establecian colonos romanos en Pisa, en Luca y en Módena, para rodear el Apenino ligurio. Sin embargo, todavía lucharon aquellos pobres montañeses hasta el año 163 contra la dominadora del mundo.

La nueva conquista de la Istria (178), aseguró la de la Cisalpinia. Hácia la misma época se agitaron los pueblos de Córcega y de Cerdeña (181). Despues de esfuerzos inútiles, los corsos se resignaron á pagar su tributo de 100,000 libras de cera. En la otra isla, Graco, el pacificador de España, mató á 27,000 sardos y vendió tal número de ellos que para designar una mercancía de mezquino valor, se dijo desde entonces: *Sardos para la venta* (178).

CAPÍTULO XIV.

Historia militar de 178 á 129.

PREPARATIVOS SECRETOS DE FILIPO; MUERTE DE FILOPÉMENES, Y DE ANIBAL (183).—PERSEO (179-168); TERCERA GUERRA CONTRA LA MACEDONIA (172-168).—PAULO EMILIO; BATALLA DE PIDNA (168).—REDUCCION Á PROVINCIAS DE LA MACEDONIA (142) Y DE LA GRECIA (146).—REDUCCION DEL AFRICA (149-146).—VIRIATO (149-140) Y NUMANCIA (141-133).—SUMISION DEL REINO DE PÉRGAMO (133-129).—EXTENSION DE LAS POSESIONES DE LA REPÚBLICA HÁCIA 130; NUMERO DE PROVINCIAS.—PREROGATIVAS DE LOS GOBERNADORES CONDICION DE LOS PROVINCIALES.—ORGANIZACION DE LOS EJÉRCITOS ROMANOS; LEVANTAMIENTO DE TROPAS; DIFERENTES CUERPOS DE LAS LEGIONES.—CASTRAMETACION DE LOS ROMANOS.—SERVICIO DE LOS SOLDADOS ROMANOS EN EL CAMPAMENTO.—PENAS Y RECOMPENSAS.

Preparativos secretos de Filipo; muerte de Filopémenes y de Anibal (183).

Filipo, espulsado de Grecia por la victoria de Cinocéfalos, buscó una compensacion en la Tracia, y con este motivo, Enos y Maronea recibieron guarniciones suyas. Pero Eumenes, rey de Pérgamo, le denunció á Roma; y el senado le envió tres comisarios que le obligaron á comparecer ante ellos como un acusado comun, y dictaron una sentencia contra él. Desde entonces no pensó ya Filipo sino en preparar la guerra (185). Abrió minas, estableció nuevos impuestos, favoreció el comercio, cambió la poblacion de las ciudades

marítimas de su reino, que le era poco afecta, y acordándose de los planes de Anibal, por medio de emisarios secretos, escitó á los bárbaros del Danubio á que marchasen sobre Italia. Para apoyar sus negociaciones y asegurar su influencia en la Tracia, fundó la ciudad de Filipopolis, á orillas del Hebre, cerca de Hemus.

Pero el senado estaba alerta. Dos hombres le estorbaban todavía en el Oriente, Filopémenes en Grecia y Anibal en Asia. Flaminino aceptó la mision vergonzosa de libertar al pueblo rey de aquellos dos ancianos. Filopémenes, que á la sazon tenia 70 años de edad, intentaba unir el Peloponeso á la liga aquéa. El senado se alarmó con sus esfuerzos, que parecian hallarse muy próximos á conseguir buen éxito, y quiso desprender á Esparta de la confederacion. Filopémenes lo impidió; pero cuando Flaminino fué á pedir á Prusias, rey de Bitinia, la cabeza de Anibal, pasó por Mesena. Apenas hubo salido de este punto cuando estalló una sedicion contra los Aquéos, y al propio tiempo apareció un senado consulto que permitia á Corinto, á Argos y á Esparta, separarse de la liga. Filopémenes, no obstante su edad y una enfermedad reciente anduvo 17 leguas en un dia para sofocar la insurreccion; pero en un encuentro con los Mesenios cayó del caballo, fué apresado y condenado á beber la cicuta (183). Su amigo Licortas le vengó en los mismos que le habian hecho sucumbir, y la Grecia entera le hizo magníficos funerales. Polibio llevaba la urna que contenia sus cenizas. Anibal murió en el mismo año. Habíase retirado al lado de Prusias, rey de Bitinia, y mandado preparar en su casa siete salidas secretas; cuando, al oir el rumor de la llegada de Flaminino, quiso huir, todas estaban custodiadas. «Libremos, pues, á los Romanos de sus terrores,» dijo, y tomó un veneno violento que llevaba siempre sobre sí.

Habiendo desaparecido del mundo aquellos dos ancianos, parecia que Roma solo habia de encontrar ya ódios impotentes. Antíoco habia muerto apedreado por su pueblo, cuyos templos saqueaba para pagar á los romanos (187), y Se-

leuco, su sucesor, invirtió los once años de su reinado en recoger el dinero del tributo. El Egipto se debilitaba bajo la tiranía de Epifanio, y la minoría de Filometor. Masinisa acababa de arrebatar una tercera provincia á los cartagineses, y estos solo se habian atrevido á quejarse. En España iba á cesar la guerra; en Italia, casi todos los cisalpinos se habian sometido; solo Filipo continuaba siendo amenazador. Todos los dias hacia que le leyesen su tratado con Roma para escitar mas y mas su propio resentimiento. Sus emisarios habian regresado de las orillas del Danubio; los Bastarnos aceptaban sus ofrecimientos. Les prometia tierras fecundas en el país de los Dardanios. Destruido este pueblo, Filipo contaba lanzar á los Bastarnos sobre Italia, mientras él sublevaria la Grecia y llamaria á todos los reyes á la conquista de su respectiva libertad. Mientras meditaba sus vastos proyectos, el senado le restituyó su hijo Demetrio quien naturalmente se colocó á la cabeza del partido romano. Los que querian la guerra tenian por gefe á un hermano mayor de Demetrio, Perseo, quien, siendo hijo de una muger de baja estraccion, temia que Filipo dejase su corona á Demetrio. Para perder á este rival, le acusó de haber intentado asesinarle, y el desventurado padre sentenció á muerte á su hijo (181). El dolor le condujo muy luego, tambien, al sepulcro (179).

Perseo (179-168); tercera guerra contra la Macedonia (172-168).

Perseo renovó por de pronto el tratado estipulado con su padre, y durante seis años trabajó con el mayor silencio en aumentar sus recursos. Destruyó á los Dolopos que querian ponerse bajo la proteccion de Roma, reunió un ejército de 40,000 soldados buenos, y se dedicó á grangearse el afecto de los Macedonios, vaciando las cárceles y llamando á los desterrados. Los Tesalios le abrieron sus plazas fuertes. El Epiro volvió á contraer secreta alianza con él. Gencio, reyezuelo de Iliria, prometió auxilios en cambio de algunos subsidios, y Cotis,

rey de los Tracio-Odrisios, se comprometió á compartir todos sus peligros. Los reyes de Siria y de Bitinia, ambos cuñados suyos, Rodas, y los griegos del Asia, hacian sinceros votos en favor suyo. En Cartago, el senado recibió á sus embajadores, por la noche, en el templo de Esculapio. Por último, 30,000 Bastarnos se acercaban, y el rumor de su marcha difundia ya el terror por toda Italia.

Eumenes, alarmado por aquella resurreccion del poder macedónico, habia ido á denunciarle á Roma; agentes apostados de antemano se arrojaron sobre él, cuando salia del templo de Delfos, y le dejaron por muerto en la plaza. Al pedirle cuenta de aquel asesinato, contestó Perseo encolerizado y se declaró la guerra (172).

El senado no envió al pronto, mas que un pretor con 5.000 hombres; pero siete comisarios recorrieron la Grecia, en donde su sola presencia bastó para destruir el efecto de seis años de prudencia y de concesiones. Perseo, en vez de atacar audazmente, estuvo negociando durante algun tiempo, y dejó el suficiente á los romanos para que volviesen la Grecia entera contra él. Sin embargo, derrotó en dos encuentros al cónsul Lisinio, inutilizó todos los esfuerzos de su sucesor Hostilio para penetrar en Macedonia, mató 10.000 hombres á los Dardanios sublevados, y penetró él mismo en la Iliria y en la Etolia. Un tercer cónsul, Marcio, fué mas afortunado. Forzó el paso de los montes Cambunios y adelantó hasta Dium. Detenido por el invierno, estableció audazmente sus cuarteles en la Pieria; por fin, se habia comenzado á conquistar la Macedonia.

Paulo Emilio; batalla de Pidna (168).

Urgia obrar con vigor. Los comicios elevaron al consulado á Paulo Emilio. Gencio engañado con una promesa de 300 talentos, se habia declarado, por fin, contra Roma. Eumenes habia entablado con Perseo negociaciones tenebrosas; los Rodios se habian puesto casi abiertamente de su parte, y la flota macedónica dominaba el mar Egeo y las Cíclades.

Paulo Emilio procuró ante todo restablecer la disciplina. Volvio á enaltecer los ejercicios militares y quitó á los centinelas su rodela, para aumentar su vigilancia. Perseo se hallaba acampado en una posicion fuerte detrás del Enipea, que atraviesa la Pieria. El cónsul hizo que Escipion Nasica le cercase por un flanco, y esta maniobra obligó al rey á retirarse bajo los muros de Pydna. Estendíase una llanura delante de la ciudad, y Perseo resolvió dar allí la batalla. Se condujo valerosamente, pero sucedió lo mismo que en Cinocéfalos; la falange, alterada, desunida por las desigualdades del terreno y por los multiplicados ataques de los legionarios, perdió su fuerza; en vez de una lucha general, hubo mil combates parciales; la falange entera, es decir, 20 000 hombres, quedó en el campo de batalla; 10.000 cayeron prisioneros (22 de junio 168).

Desde el campo de batalla huyó Perseo á Pella, y desde allí á Samotracia. Pero habiendo entregado un traidor sus hijos al pretor Octavio, el mismo Perseo fué á ponerse en sus manos, acompañado de su hijo mayor. Antes de la batalla de Pidna, el pretor Anicio habia sitiado á Gencio en Escodra, y obligado á este príncipe á entregarse prisionero. La Macedonia fué declarada libre, y su tributo reducido á una mitad; pero la dividieron en cuatro distritos cuyos habitantes no podian contraer matrimonio, vender ni comprar fuera de su territorio. Tambien la Iliria fué dividida en tres cantones. En cuanto al Epiro, que habia hecho defeccion, le destruyeron sus 70 ciudades y vendieron como esclavos á 150.000 habitantes. Por eso cada soldado recibió del botín una suma de 200 dineros!

El triunfo de Paulo Emilio fué el mas brillante que Roma habia visto hasta entonces. Pero, de sus dos hijos, que debian ir en el carro á su lado, uno acababa de morir, y el otro espiró tres dias despues. Paulo Emilio, en su dolor varonil, se felicitaba todavía de que la fortuna le hubiese escogido para expiar la prosperidad pública. «Mi triunfo, decia, colocado entre los dos entierros de mis hijos, habrá bastado

para los juegos crueles de la suerte. A los 60 años, vuelvo á encontrar mi hogar desierto, despues de haber visto en él á una posteridad numerosa; pero la felicidad del Estado me consuela.» Vivió todavía algunos años, fué censor en el año 160, y murió desempeñando este cargo. Perseo le habia precedido al sepulcro. Arrojado á un calabozo de la ciudad de Alba, se dejó morir de hambre; su hijo, para ganarse el sustento, aprendió el oficio de tornero: mas tarde, el heredero de Alejandro obtuvo el cargo de escribano.

Tampoco esta vez habia tomado nada el pueblo romano para sí á no ser los 45 millones entregados por Paulo Emilio al tesoro, y los tributos impuestos á la Macedonia, que permitieron al senado no pedir á los ciudadanos la contribucion sobre las tierras; pero no necesitaba reunir nuevos territorios á sus posesiones para extender su dominacion. Reinaba en todas partes el terror. Prusias, rey de Bitinia, se presentó ante el senado con la cabeza afeitada y el gorro del liberto. Eumenes y Masinisa querian presentar personalmente sus cobardes homenages; les prohibieron entrar en Italia. El rey de Siria, Antíoco Epifanio, habia conquistado una parte del Egipto y sitiaba á Alejandría. Un diputado romano, Popilio, le mandó que regresase á sus Estados. Como Antíoco pidiese algunos dias para deliberar, Popilio trazó un círculo en torno suyo, en la arena, y le dijo: «Antes de salir de este círculo, habreis de contestar al senado.» Y el rey, vencido por un solo hombre, se retiró con sus ejércitos.

Los Rodios habian querido imponer su mediacion; les quitaron la Licia y la Caria. En Grecia, todos aquellos de quienes se sospechaba que, en el fondo de su corazon, hubiesen formado votos en favor de Perseo, fueron presos y conducidos á Italia; todo el senado Etolio, compuesto de 550 miembros, fué asesinado. Cuantos hombres de consideracion habia en Epiro, Acarnania, Etolia y Beocia, siguieron á Paulo Emilio á Roma; 1.000 Aquéos, denunciados por Calicrates, fueron deportados.

Reduccion á provincias de la Macedónia (142) y de la Grecia (146).

Durante los 17 años que duró aquel destierro, Calicrates, que era un aquéo, gefe del partido romano, permaneció al frente del gobierno de su pais. Cuando Polibio, apoyado por Escipion Emiliano, solicitó en 150 que los desterrados fuesen restituidos á su patria, no quedaban ya mas que 300. Sin embargo, en algunos, la edad no habia conseguido enfriar el resentimiento, y les parecia que las circunstancias volvian á ser favorables. Un aventurero llamado Andriscos, que suponia ser hijo natural de Perseo, acababa de sublevar la Macedonia con un ejército de Tracios (152). Escipion Nasica le expulsó de la Tesalia (149); pero volvió á entrar en ella, derrotó y mató al pretor Juvencio Talna (148), é hizo alianza con los cartagineses, que comenzaban su tercera guerra púnica. Una nueva victoria de Pidna, ganada por Metelo, y la captura de Andriscos, que fué enviado á Roma cargado de cadenas, terminaron (147) aquella guerra poco importante que otro impostor intentó inútilmente renovar algunos años mas tarde (142). Esta vez se decidió el senado á reducir la Macedonia á provincias.

El ejército de Metelo, *el Macedónico*, estaba acantonado allí todavía, cuando dos desterrados aquéos, Damócrito y luego Dieos, fueron elegidos estrategos. Esparta volvió á pedir que se le permitiese salir de la alianza. Los aquéos contestaron haciendo preparativos de guerra. En vano les escribió Metelo diciéndoles que aguardasen á los comisarios romanos, pues comenzaron las hostilidades (147). Deseando el senado acabar de una vez con la libertad griega, envió diputados con un decreto que separaba de la liga á Esparta, Corinto, Argos y Orcomenes. En Corinto los diputados estuvieron próximos á ser despedazados. Aquel pueblo, que hacia 40 años que temblaba delante de Roma, encontró por fin algun valor en el exceso de la humillacion. Los aquéos arrastraron

en su resentimiento á Calcis y á los Beocios; y cuando Metelo bajó de la Macedonia, los confederados le salieron al encuentro en Esarfea, en la Lócrida (146). Este ejército fué completamente destrozado; pero Dieos, armando á los esclavos, consiguió reunir todavia 14.000 hombres. Metelo quizo negociar, pero rechazó sus proposiciones, y apostado en Leucopetra, en la entrada del istmo de Corinto, aguardó al nuevo cónsul Mummio. Los aquéos habian colocado en las alturas vecinas á sus mugeres y á sus hijos, para verles y vencer ó morir. Murieron; Corinto fué tomada, saqueada é incendiada. La liga aquéa y la beocia fueron disueltas; todas las ciudades desmanteladas, desarmadas y sometidas á un gobierno oligárquico que le era mas fácil al senado mantener en la dependencia que no las reuniones populares. Por último, la Grecia formó una nueva provincia bajo el nombre de Acaya.

Reduccion del Africa (149—146).

Desde Zama, la existencia de Cartago, entregada sin defensa á los golpes de Masinisa, no habia sido mas que una lenta agonía. En 193, aquel príncipe le habia tomado el rico territorio de Emporio; once años despues, posesiones considerables; en 174, toda la provincia de Tisca y 70 ciudades. Esta vez, los cartagineses reclamaron á Roma. Era en vísperas de la guerra contra Perseo, y el senado prometió hacer justicia, pero no por eso dejó Masinisa de conservar el territorio disputado. Catón, enviado como árbitro, habia encontrado, con sorpresa y cólera, que Cartago estaba rica, poblada, y en un estado próspero. Por eso, desde aquel tiempo, no cesó de repetir, al fin de cada discurso: «Y además pienso que es preciso destruir á Cartago.» *(delenda est Carthago.)*

Muy luego se presentó ocasion para ello. Habiendo rechazado Cartago un ataque de Masinisa, el senado se quejó de que hubiesen tomado las armas, considerándolo como una violacion del tratado. En vano proscribió Cartago á los au-

tores de la guerra y envió embajadas á Roma. «Dad una satisfaccion al pueblo romano», decian los padres conscriptos; y cuando los diputados preguntaban cual habia de ser la satisfaccion, les contestaban: «Debeis saberlo». No pudieron obtener otra respuesta (149).

Cuando los cónsules desembarcaron en Africa con 80.000 soldados, pidieron que les entregasen las armas y las máquinas de guerra, y cuando se hubieron apoderado de todo, dijeron: «Ahora, abandonareis vuesta ciudad é iréis á estableceros á diez millas de distancia, tierra adentro». La indignacion disportó á aquel pueblo inmenso. De dia y de noche se fabricaron armas, las mugeres dieron sus cabelleras para hacer cuerdas; alistaron á los esclavos, y Asdrubal, uno de los gefes del partido popular, reunió en su campamento de Néferis hasta 70.000 hombres. La posicion no dejaba de ser crítica para los romanos, y á no ser por Escipion Emiliano, que á la sazon era tribuno, mas de una vez se habrian encontrado varios cuerpos en inminente peligro. Tambien la disciplina se alteraba, pero afortunadamente, Escipion, sin haberlo pedido, obtuvo el consulado y la direccion de aquella guerra. Restituyó á los soldados el hábito de la obediencia, del valor y de los trabajos penosos. Cartago se hallaba situada en un istmo, y le cortó con un foso y una muralla. Para reducir por hambre á sus 70.000 habitantes, cerró el puerto con un dique inmenso. Los cartagineses abrieron en la roca una nueva salida hasta el mar, y una flota construida con los restos de las casas estuvo muy próxima á sorprender á las galeras romanas. Pero el cónsul la rechazó, y dejando que el hambre hiciese destrozos terribles en la ciudad, durante el invierno fué á forzar el campo de Neferis. Al volver la primavera se apoderó de la muralla que bañaba el puerto Cothon. Los romanos estaban en la ciudad; mas para llegar á la ciudadela Birsa, situada en el centro, era preciso recorrer calles largas y angostas, en las que los cartagineses, atrincherados dentro de sus casas, opusieron una resistencia desesperada. El ejército empleó seis dias con sus no-

ches en llegar á la ciudadela. Fiando en la promesa de que se les perdonaria la vida, salieron de la ciudadela 50.000 hombres con Asdrubal á su frente. Su muger, despues de haberle insultado, desde lo alto de los muros, por su cobardía, degolló á sus dos hijos y se precipitó en seguida en las llamas. Escipion entregó al saqueo aquellas ruinas humeantes, y los comisarios enviados por el senado convirtieron el territorio cartaginés en una provincia romana, el *Africa*.

Ante desastre tan inmenso, el mismo Escipion se sintió conmovido; temió para Roma igual suerte, y en vez de entregarse á la embriaguez de la victoria, Polibio le oyó repetir con tristeza este verso de Homero: «Tambien un dia se verá caer á Troya, á la ciudad santa, y á Priamo y á su pueblo invencible». Ni Caton, ni Masinisa, fueron testigos de aquella ruina que ellos prepararan: ambos habian muerto en el año 148.

Viriato (149—140) y Numancia (141—133).

Escipion Emiliano, fué tambien el destructor de Numancia, el *segundo terror de Roma*. Desde la pacificacion de España por Sempr. Graco, hasta el año 153, la tranquilidad de aquel país no fué turbada mas que por los Celtíberos, quienes en 174 perdieron 15.000 hombres. En 170, un fanático, recorrió las aldeas de la Celtiberia enseñando una lanza de plata que, segun decia, habia recibido del cielo y habia de hacer huir ante él á las legiones aterradas; pero sucumbió en el primer encuentro, y su muerte disipó la rebelion. En 153, un emisario de Cartago sublevó á los Lusitanos. Mummio no fué muy afortunado contra ellos, y si bien su sucesor consiguió algunas ventajas, en 151 perdió Galba 9.000 hombres. Pero fingió tratar con los Lusitanos, les ofreció tierras fértiles, les dispersó, y luego asesinó á 30.000, y tanto él como sus soldados se hartaron de botin. Acusado en Roma por Caton, fué absuelto. En la Celtiberia, Lúculo, que no habia encontrado soldados que alistar en Roma sino despues que Esci-

pion Emiliano hubo dado primero su nombre, no se atrevió á infringir la paz firmada por su predecesor Marcelo, el fundador de *Corduba* (Córdoba); pero atacó á los vacceos y sitió á Cauca. Sus habitantes, estrechados vivamente, abrieron las puertas: mató á 20.000 y vendió los demás. Por eso la gente de Intercacia no se rindió sino bajo la garantía de la palabra de Escipion (150).

Tantas perfidias habian de producir su fruto. Un pastor llamado Viriato, que se habia escapado de la matanza de los Lusitanos, hizo contra los romanos una guerra de sorpresas y escaramuzas en la que estos perdieron sus mejores soldados (149). Durante cinco años derrotó á todos los generales enviados contra él, y solo obtuvo algunas ventajas el hermano de Escipion Emiliano (143); mas tomó aquel una venganza brillante en sus combates contra Fabio Serviliano, logrando además sublevar á los Celtíberos, union que hizo la guerra mas formal de lo que lo habia sido hasta entónces. Enviaron contra ellos á Metelo el Macedónico, quien los derrotó durante dos años (144-142), y se apoderó de casi todas sus ciudades. Mas no por eso dejó aquella diversion de ser favorable para Viriato, pues dejó á Fabio expuesto solo á sus golpes. Le encerró en un desfiladero y le obligó á firmar un tratado en el cual se decia: «Habrá paz entre el pueblo romano y Viriato» (141). Cepion, hermano de Fabio, se encargó de vengar á este. Sedujo á los oficiales del héroe lusitano, los cuales le asesinaron (140). Su pueblo se sometió; Cepion trasladó una parte de él á orillas del Mediterráneo, en donde Bruto, su sucesor, les hizo edificar Valencia. Aquel general tuvo que vencer todavía algunas resistencias parciales. Numerosas partidas cubrian el país y hasta las mismas mugeres peleaban. Las destruyó, y penetró en el territorio de los Gálaicos, hasta las orillas del gran Océano.

Terminada la guerra de España en el Oeste por la muerte de Viriato y la espedicion de Bruto, se concentró en el Norte hácia Numancia. En 141, estipuló Pompeyo con los Numantinos un tratado que no se atrevió á confesar ante el senado,

y su sucesor no se acercó á la ciudad sino para sufrir una derrota (138). En el año siguiente, el cónsul Mancino se dejó encerrar en una garganta sin salida, y prometió la paz si le franqueaban el paso. El enemigo exigió que el tratado fuese jurado por su cuestor Tiberio Graco, hijo de aquel Graco cuya memoria veneraban los españoles (137). El senado, lo mismo que en las Horcas Caudinas, rasgó el tratado y entregó el cónsul. Sus sucesores no consiguieron lavar aquel baldon. Para abatir á aquella pequeña ciudad española, que no contaba mas que 800 habitantes, pero adonde habian acudido todos los valientes que ya no podian pelear en otras partes, se necesitó nada menos que al hombre que habia sometido á Cartago (134). Escipion comenzó por desterrar del campamento la molicie y la ociosidad. Acorraló gradualmente á los Numantinos en su ciudad, y les encerró en ella con cuatro líneas de atrincheramientos. Apurados muy luego por un hambre horrible, le pidieron una batalla. No abandonó su campamento, y los redujo á degollarse unos á otros (133). Solo cincuenta Numantinos siguieron en Roma su carro triunfal; la España, regada por torrentes de sangre, volvió, por fin, á quedar tranquila. Pero los montañeses del Norte, Astures, Cantabros y Vascones, no estaban sometidos. La pacificacion de España no habia de completarse sino bajo el dominio de Augusto.—En 124, Metelo tomó posesion de las Baleares, despues de haber exterminado á casi todos sus habitantes.

Sumision del reino de Pérgamo (133—129).

Poco despues de la caida de Numancia sucumbió, tambien, el reino de Pérgamo. Atalo III, monstruo de crueldad que mataba á cuantos no aplaudian sus locuras, habia muerto en 133, instituyendo por heredero suyo al pueblo romano. En este legado comprendió el senado al reino; pero un hijo natural de Eumenes, llamado Aristónico, sublevó á los habitantes, derrotó al cónsul Licinio Craso, y le cogió prisio-

nero. Craso insultó á un soldado bárbaro para hacer que le matasen. Perperna, que le sustituyó, vengó fácilmente esta derrota, se apoderó de Aristónico en Estratonicea, en Caria, y le envió á Roma (130); pero él murió en Pérgamo. Su sucesor, Manio Aquilio, se apoderó de algunas ciudades que se resistian todavía y redujo el reino á provincia, bajo el nombre de *Asia* (129). Aristónico, despues de haber servido para el triunfo de Aquilio, fué ahogado en su calabozo.

Extension de las posesiones de la república hácia 130; número de las provincias.

Unos ciento treinta años antes de nuestra era, la república romana poseía la España, la Italia y la Grecia, esceptuando algunos distritos que habian quedado libres. Entre la Italia y la Grecia se habia asegurado un camino al rededor del Adriático, por medio de la sumision de los Istrios (221), de los Yapodes (129), de los Dalmatas (154) y de los Ilirios (219), y aun un pretor romano habia ido á buscar hasta las orillas del Danubio á aquellas naciones galas que Filipo y Perseo quisieron lanzar sobre la Italia (espedicion contra los Escordiscos, 135). Entre la Italia y la España iba á fundar muy pronto á Aix y Narbona (123, 118). Entretanto, Marsella prestaba su puerto, sus buques y sus pilotos, para facilitar á los romanos la travesía desde el Var hasta el Ebro. Por eso el senado, desde el año 154 habia enviado sus legiones al auxilio de aquellos aliados útiles, contra los Oxibios y los Deceates.

En el Asia Menor, Roma dominaba hasta el Tauro. En Africa habia conservado el territorio de Cartago, que ya no podia ser molestado por los numidas, divididos, desde la muerte de Masinisa entre varios reyes. El Egipto se hallaba bajo su tutela, los judíos aliados con ella, los reyezuelos del Asia Menor á discrecion suya; Rodas y las ciudades griegas de Asia le tributaban honores divinos. Así pues, el dominio

de Roma ó su influencia se extendian desde el Océano hasta las orillas del Eufrates, y desde los Alpes hasta el Atlas.

En otra parte se verán los resultados que produjeron aquellas conquistas en las costumbres y en el estado interior de la república; aquí tan solo queremos examinar la organizacion dada por el senado á los países conquistados. Todo el territorio de la república se dividia en dos partes grandes: la Italia, al Sur del Rubicon y del Macra, y las provincias ó tierras tributarias, gravadas con el impuesto territorial, que no pagaba la Italia, y privadas del derecho de apelacion. Habia entonces nueve provincias: la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña, la Cisalpinia, la Macedonia con la Tesalia, la Iliria y el Epiro; la Acaya, es decir la Helada, el Peloponeso y las islas; el Asia, el Africa, la España ulterior y la citerior. El senado mantenia algunas tropas en las provincias, á costa de los habitantes, y cada año designaba la suerte un procónsul ó un pretor para gobernarlas.

Prerogativas de los gobernadores, condicion de los provinciales.

El gobernador, cuyos poderes comenzaban y concluían en las puertas de Roma, se hallaba investido á la vez de la autoridad política, judicial y militar. Sin embargo, el cuestor encargado particularmente de la administracion de la hacienda de la provincia, al regresar á Roma tenia que dar cuenta de su cometido al senado ó á los censores. Todas estas funciones eran gratuitas: el Estado solo suministraba al pretor los recursos para los gastos de instalacion, los medios de trasporte y los víveres. Cada provincia tenia su constitucion ó fórmula redactada por el general vencedor ó por comisarios del senado, y sus leyes civiles. La *fórmula* fijaba la cuota del tributo y las condiciones impuestas á los vencidos, las cuales variaban de unas provincias á otras. Por lo general, se dejaba á las ciudades su organizacion interior y sus fiestas religiosas; algunas veces á las ligas que habian llegado á ser inofensivas, se las permitió, como en Grecia, que vol-

viesen á formarse. Los habitantes conservaban tambien lo que la guerra no les habia arrebatado; pero los dominios y posesiones de los reyes ó del Estado, se convertian en propiedad romana.

La política observada por la Italia, *divide et impera*, fué aplicada á las provincias. Varias ciudades permanecieron libres, como Atenas, Lacedemonia, Corcira, etc.; otras recibieron la autonomía, es decir, conservaron sus leyes y su gobierno, con el título de aliadas. Algunas tenian la inmunidad de impuesto ó el título de colonia latina que las emancipaba de la autoridad absoluta del pretor, y facilitaba á sus ciudadanos el acceso al derecho de ciudadanía romana. Aquellas ciudades parecia como que se hallaban fuera de la provincia, la cual solo comprendia verdaderamente á las ciudades tributarias. Estas pagaban la capitacion, el impuesto territorial, suministrado con frecuencia en géneros (diezmos) los derechos de aduanas, el arriendo de los pastos públicos, de las minas y de las salinas.

Para la administracion de justicia, el pretor, al llegar á la provincia, publicaba un edicto en que esponia los principios que queria seguir; luego, durante el invierno, iba á celebrar las sesiones de los tribunales en los sitios designados de antemano *(conventus juridici)*, y juzgaba los pleitos de los provincianos y de los ciudadanos. El pretor asistido por su consejo, tenia derecho de vida y muerte sobre los indígenas y sobre los ciudadanos romanos; pero estos, apelando á los tribunos, hacian llevar la causa á Roma. Si el pretor prevaricaba, los provincianos podian acusarle en Roma. En 151, se estableció un tribunal permanente para recibir estas quejas *(de pecuniis repetundis)*.

Organizacion de los ejércitos romanos; levantamiento de tropas; diferentes cuerpos de las legiones.

Los romanos eran un pueblo esencialmente militar; la descripcion de sus ejércitos forma parte de su historia. Aquí no

tenemos que hacer sino abreviar el relato de Polibio, que era el observador mas inteligente de la antigüedad.

«Todos los ciudadanos, hasta la edad de cuarenta y seis años, están obligados á llevar las armas, ya sea durante diez años en la caballería, ó durante diez y seis en la infantería. Solo se esceptúa á aquellos cuyos bienes no esceden de cuatrocientos dracmas; estos se reservan para la marina. Cuando la necesidad lo exige, los ciudadanos que sirven en la infantería son detenidos bajo sus banderas durante veinte años. Nadie puede obtener una magistratura si antes no ha estado diez años en el servicio.

«Cuando hay que hacer un reclutamiento, que por lo general es de cuatro legiones, todos los romanos que están en edad de llevar las armas son convocados en el Capitolio. Allí, los tribunos militares sortean las tribus, y en la primera que la suerte designa, eligen á cuatro hombres que sean todo lo iguales posible, en estatura, en edad y en fuerza. Los tribunos de la primera legion son los primeros que eligen; en seguida, los de la segunda, y así sucesivamente. El mismo órden se observa hasta el fin, de donde resulta que cada legion se compone de hombres de la misma edad y de la misma fuerza, por lo general en número de cuatro mil doscientos, y de cinco mil cuando el peligro apremia. En cuanto á los jinetes, el censor los elige con arreglo á la renta, trescientos por legion. Hecho de este modo el reclutamiento, cada tribuno reune su legion, y escogiendo á uno de los mas valientes, le hace jurar que obedecerá las órdenes de los jefes y que hará todo lo posible para ejecutarlas. Los demás, pasando á su vez por delante del tribuno, hacen el mismo juramento. En las ciudades de Italia se hace el reclutamiento del mismo modo que en Roma, en virtud de la órden de los cónsules.

»Los tribunos, despues del juramento, señalan á las legiones el dia y el sitio en que han de presentarse reunidos sin armas, y en seguida las despiden. Cuando se hallan reunidas en el dia señalado, á los mas jóvenes y pobres los hacen *velites;* de los que les siguen en edad, forman los *hastiarios;*

los mas fuertes y vigorosos componen los *príncipes*, y se toma á los de mas edad para hacerlos *triarios*. De este modo, cada legion se compone de cuatro clases de soldados que tienen diferente nombre, edad y armas. En cada legion hay 600 triarios, número que nunca varía; 1.200 príncipes y otros tantos hastiarios; los demás forman los velites. Estos van armados con un casco sin melena, una espada, una azagaya y una rodela redonda de tres piés de diámetro. La punta de su azagaya ó dardo arrojadizo está tan afilada que al primer golpe se dobla, y los enemigos no pueden volver á tirarle. Los hastiarios llevan la armadura completa, es decir, una rodela convexa, de dos piés y medio de ancho y cuatro de largo. Está hecha con dos tablas pegadas una sobre otra, cubiertas por fuera con un pedazo de tela y encima un cuero. Los bordes superior é inferior de esta rodela están guarnecidos de hierro, y la parte convexa se halla cubierta con una plancha del mismo metal, para detener los dardos arrojados con gran fuerza. Los hastiarios llevan la espada sobre el muslo derecho; la hoja es fuerte, y lo mismo sirve para dar tajos que estocadas. Además usan dos azagayas, un casco de bronce y borceguíes. Sobre el casco llevan un penacho encarnado ó negro, formado de tres plumas derechas, de un codo de largas, lo cual les hace parecer mas altos y les dá un aspecto terrible. Hasta los últimos soldados llevan tambien sobre el pecho una chapa de bronce que tiene doce dedos en cuadro. Pero los que son ricos, que poseen mas de diez mil dracmas, en vez de pectoral llevan una cota de malla. Los príncipes y los triarios llevan las mismas armas, solo que estos últimos no tienen mas que un dardo corto y fuerte, el *pilum*.

«En cada uno de estos tres cuerpos se escogen veinte hombres de los mas prudentes y valientes, que son los centuriones. El primer elegido tiene voto deliberativo en el consejo. Hay otros veinte oficiales de un rango inferior y que son elegidos por los veinte primeros. Cada cuerpo se halla dividido en diez manípulos ó cohortes, escepto los velites que se hallan diseminados en número igual entre los otros tres cuerpos. Los

centuriones escogen en sus compañías, para porta-estandartes, á dos hombres de los mas fuertes y valientes.

«La caballería se divide del mismo modo en diez compañías; cada una de ellas tiene tres capitanes, quienes eligen otros tres oficiales para vigilar las últimas filas. Las armas de la caballería son una coraza, una lanza fuerte con contera de hierro en su estremo inferior, y una rodela sólida.

«Distribuidas las tropas de este modo, los tribunos las despiden hasta el dia en que han jurado reunirse. Nada puede relevarlas de su juramento, á no ser los auspicios ó dificultades insuperables. Cada cónsul señala separadamente un punto de reunion á las tropas que le están destinadas que, por lo general suelen ser la mitad de los aliados auxiliares y dos legiones romanas. Cuando se han incorporado los aliados, doce oficiales elegidos por los cónsules y denominados prefectos, están encargados de arreglar su distribucion. Se separan los de mejor figura y los mas valientes para la caballería y la infantería que han de formar la guardia de los cónsules. Esos se llaman los extraordinarios. En cuanto al número total de los aliados, para la infantería es igual al de la romana, y para la caballería el triple. Para los extraordinarios se toma la tercera parte de la caballería y la quinta parte de la infantería. Los prefectos distribuyen el resto en dos cuerpos, de los que uno se llama ala izquierda y el otro ala derecha.»

Castrametacion de los romanos.

«Elegido ya el sitio para establecer el campamento, se levanta la tienda del general en el sitio desde donde con mas facilidad pueda verlo todo. Se hinca una bandera en donde ha de colocarse la tienda, y al rededor se mide un espacio cuadrado, de modo que los cuatro costados disten cien piés de la bandera: allí es el *prætorio*. A la izquierda y á la derecha de este se hallan el *forum* ó mercado, y el *quæstorium*, es decir, el tesoro y el arsenal. Se establecen las legiones en

el sitio que ofrece mas comodidad para ir á buscar agua y forrage. Si no hay mas que dos legiones, los doce tribunos colocan sus alojamientos en una línea recta, paralela al pretorio y á una distancia de cincuenta piés, haciendo que sus tiendas den frente á las tropas, las cuales comienzan á establecerse cien piés mas allá, en una línea igualmente paralela.

«Esta línea se halla cortada perpendicularmente en su centro por una línea recta, y á veinte y cinco piés á cada lado de esta se aloja la caballería de las dos legiones, en frente una de otra, y separadas por un espacio de cincuenta piés. Detrás de la caballería, que de este modo se halla establecida á la altura del centro de las tiendas de los tribunos, por ambos lados de una de las calles grandes del campamento, están alojados los triarios, una cohorte detrás de cada escuadron. Se tocan, pero volviéndose la espalda. A cincuenta piés de los triarios y en frente de ellos, se colocan los príncipes, al lado opuesto de la segunda y tercera calles que comienzan, lo mismo que la de la caballería, en la línea de la tienda de los tribunos, y concluye en el frente del campamento. A espaldas de los príncipes colocan los hastiarios, y luego, á cincuenta piés de estos, á lo largo de la cuarta y quinta calles, la caballería de los aliados. Detrás de esta se coloca la infantería de los aliados, dando frente al atrincheramiento, de modo que tiene vistas á dos de los cuatro lados del campamento.

«Entre la quinta y la sexta cohorte hay una separacion de cincuenta piés, la cual forma una nueva calle que cruza el campamento paralelamente á las tiendas de los tribunos, y corta por el centro las cinco calles. Esta calle transversal se llama Quintana.

«Al estremo de la línea que forman las tiendas de los tribunos, y paralelamente á los dos costados del campamento, en frente de la plaza del cuestor y de la del mercado, se encuentra el alojamiento de la caballería extraordinaria y de los jinetes voluntarios. Detrás de estos jinetes se colocan la infantería extraordinaria y los infantes voluntarios, dando vista al atrincheramiento. Estos jinetes y estos infantes van

siempre á las inmediaciones del cónsul y del cuestor.

«En frente de las últimas tiendas de estas tropas se deja libre un espacio de cien piés, paralelo á las tiendas de los tribunos, y que cruza toda la extension del campamento. Mas allá de este espacio está alojada la caballería extraordinaria de los aliados, dando vista al mercado, al pretorio y al tesoro. Un camino ó una calle de cincuenta piés de anchura divide en dos el terreno de la caballería extraordinaria, yendo en ángulo recto desde el costado que cierra la parte trasera del campo hasta el terreno que ocupa el pretorio. Por último, detrás de la caballería extraordinaria de los aliados está acampada su infantería extraordinaria, vuelta hácia el lado de los atrincheramientos. El espacio vacío que queda en ambos lados se halla destinado á los extranjeros y á los aliados que van al campamento. Arreglado así todo, se vé que el campamento forma un cuadrado que, por su disposicion interior, se parece á una ciudad enteramente regular.

«Desde el atrincheramiento (1) á las tiendas hay una distancia de doscientos piés; este espacio sirve para facilitar la entrada y salida de las tropas. Tambien se colócan en él los ganados y cuanto se coje al enemigo. Ofrece así mismo la ventaja considerable de que, en los ataques nocturnos, no hay fuego ni dardo que pueda llegar á las tiendas sino muy raras veces.

«Si sucede que cuatro legiones y dos cónsules lleguen á acampar juntos, la disposicion es igual para ambos ejércitos, solo que es preciso figurarse dos ejércitos vueltos el uno hácia el otro, y unidos por los costados en que los extraordinarios de ambos se hallan colocados, es decir, por la retaguardia del campo que entonces forma un cuadrado largo que ocupa un terreno doble del primero.»

(1) El campamento se hallaba defendido por un foso que tenia una anchura de nueve, once, doce, trece ó diez y siete piés, y una profundidad de ocho á nueve. La tierra extraida de él se echaba al interior del campo, de modo que formase un parapeto de cuatro piés de altura en el cual se fijaban empalizadas fuertemente entrelazadas. Los vivanderos y los criados acampaban fuera de las puertas, en la *procestria*.

Servicio de los soldados romanos en el campamento.

«Dispuesto así el campamento, los tribunos reunidos reciben el juramento de todos los hombres presentes, tanto libres como esclavos. Juran uno despues de otro que nada robarán en el campamento, y que cuanto encuentren lo llevarán á los tribunos. En seguida se destinan dos cohortes, tanto de los príncipes como de los hastiarios de cada legion, para guardar la plaza que se extiende en frente de las tiendas de los tribunos, y que los soldados llenan por completo durante el dia. La tienda y los bagages de cada tribuno son custodiados, además, por cuatro soldados. Tres cohortes designadas por la suerte para cada tribuno entre los príncipes y los hastiarios, suministraban diariamente esa guardia, que está destinada, tambien, á dar mayor realce á su dignidad. En cuanto á los triarios, exentos del servicio de los tribunos, montan la guardia junto á los caballos, cuatro por cohorte en cada dia, para el escuadron que está inmediatamente detrás de ellos. Tienen que impedir que los caballos se enreden en sus cuerdas, ó que escapándose, produzcan tumulto en el campamento. De todas las cohortes de infantería siempre hay una que dá la guardia á su vez á la tienda del cónsul.

«Los aliados hacen dos costados del foso y del atrincheramiento, y los romanos los otros dos, uno por cada legion. Cada lado se distribuye por partes, segun el número de las cohortes, y en cada una preside á los trabajos un centurion; cuando todo el lado está concluido, dos tribunos le examinan y le aprueban. Los tribunos están encargados de la disciplina del campamento. Mandan en él alternativamente dos juntos, durante dos meses. Entre los aliados, este cargo le ejercen los prefectos. Al amanecer, los ginetes y los centuriones se dirigen á las tiendas de los tribunos, y estos á la del cónsul, cuyas órdenes toman.

«El santo y seña para la noche se dá de este modo: Entre

las cohortes, de caballería y de infantería que se hallan acampadas en la última fila, se escoge un soldado á quien se deja exento de todas las guardias. Todos los dias, á la puesta del sol, este soldado se dirige á la tienda del tribuno, toma el santo y seña, que es una tabla pequeña en la que se escribe alguna palabra, y se vuelve á su coherte. Cuando esta se ha enterado de ella, la lleva con algunos testigos al gefe de la cohorte siguiente, quien se la dá al que le sigue, y así se hace con todas las demás hasta que el santo y seña llega á las cohortes que se hallan mas inmediatas á los tribunos, á quienes es preciso que sea devuelta aquella señal antes de que concluya el dia.

«Por la noche, una cohorte entera está de vigilancia en el pretorio. Los tribunos y los caballos se hallan custodiados por los soldados que para este objeto se toman de cada cohorte, segun se ha dicho mas arriba. La guardia de cada cohorte se toma de esta misma.

«Por lo general se dan tres guardias al cuestor y otras tantas á cada uno de los dos lugar tenientes. Los costados exteriores se hallan confiados al cuidado de los velites, quienes durante el dia dan la guardia en el atrincheramiento; además, hay diez en cada puerta del campamento.

«La caballería hace las rondas. Cuatro ginetes del primer escuadron se trasladan á la tienda del tribuno, quien les designa por escrito los puestos que han de recorrer; despues regresan al primer manípulo de los triarios, cuyo centurion tiene el encargo de tocar la trompeta en cada hora en que ha de hacerse la guardia. Dada la señal, el ginete á quien corresponde el primer servicio hace la ronda acompañado de algunos amigos que le sirven como de testigos, y recorre, no solo las guardias apostadas en el atrincheramiento y en las puertas, sino tambien todas las que tiene cada cohorte y cada escuadron. Si á la guardia del primer cuarto la encuentra de pié y alerta, recibe de ella un pedacito de madera; si la encuentra dormida ó falta algun individuo, toma por testigos á los que le acompañan y se retira. Todas las

demás rondas se hacen del mismo modo. En cada cuarto de vigilancia tocan la trompeta, con el fin de que sean avisados al mismo tiempo los que han de hacer la ronda y los que están de guardia.»

Penas y recompensas.

«Los que han hecho la ronda, desde por la mañana al amanecer, llevan al tribuno los pedacitos de madera. Si ninguno falta, de nada tienen que ser reconvenidos y se retiran; si se llevan menos pedazos que guardias hay, se examina en lo que está escrito en ellos, que guardia es la que no se ha encontrado en su puesto. Cuando ya se la conoce, se llama al capitan. Este manda á buscar á los que habian sido designados para la guardia, y se les confronta con la ronda. Si la guardia ha caido en falta, la ronda presenta en seguida los testigos que ha tomado, porque á esto se halla obligada, y sino sufre por sí sola toda la pena. Despues se reune el consejo de guerra. Los tribunos juzgan y el delincuente sufre el castigo de las varas.

«Este castigo se administra del modo siguiente: el tribuno coge una varita y no hace mas que tocar con ella al criminal, y en seguida todos los legionarios caen sobre él á varazos y á pedradas, de modo que, por lo general, pierde la vida en este suplicio. Si se libra de la muerte, queda tachado de infamia. No le es lícito regresar á su patria, y ninguno de sus parientes ni amigos se atreveria á abrirle las puertas de su casa. Este castigo tan severo hace que siempre se observe exactamente la disciplina respecto de las guardias nocturnas. El propio castigo se impone á los que roban en el campamento, á los que dan un testimonio falso, se prestan á alguna infamia, ó reinciden por tercera vez en la misma falta. Tambien hay notas de infamia para el que se alaba ante los tribunos de una hazaña que no ha ejecutado, para el que abandona su puesto, ó para el que tira las armas durante el combate. Por eso los soldados, temiendo

ser castigados, ó deshonrados, arrostran todos los peligros; atacados por un enemigo muy superior en número, permanecen firmes en su puesto. Otros, despues de haber perdido por casualidad su rodela ó su espada en el combate, se arrojan enmedio del enemigo para recobrar lo perdido, ó para evitar con la muerte la vergüenza inherente á la corbardía, y las reconvenciones de sus compañeros.

«Si acontece que cohortes enteras hayan sido expulsadas de su puesto, el tribuno reune la legion; conducen ante él á los culpables; hace que sean sorteados, y todos los que sacan los números 10, 20, 30, etc., sufren el castigo de las varas. Los demás son condenados á no recibir sino cebada en vez de trigo, y á acampar fuera de los atrincheramientos expuestos á ser apresados por el enemigo. Esto se llama diezmar. Si algunos soldados se han distinguido en combates singulares, el cónsul reune la legion, manda que se acerquen aquellos á quienes quiere recompensar, y despues de haberles prodigado grandes elogios, regala una lanza al que ha herido al enemigo; al que le ha muerto y despojado le dá una copa, si es de infantería; un arnés, si es de caballería.

«Despues de la toma de una ciudad, los primeros que han subido á las murallas reciben una corona de oro. Tambien hay recompensas para los soldados que salvan á un ciudadano ó á un aliado. Los que han sido librados coronan por sí mismos á su libertador. Durante toda su vida tienen que profesarle un respeto filial, y cumplir para con él los mismos deberes que para con un padre. Al regresar de las campañas, los legionarios que han recibido estas recompensas tienen derecho para presentarse en los juegos y en las fiestas vestidos con un traje que solo les es permitido usar á aquellos cuyo valor han honrado los cónsules. Además, colocan en los parajes mas visibles de sus casas los despojos que han cogido al enemigo para que sean monumentos de su valor. Tales son el cuidado y la equidad con que se dispensan las penas y los honores militares. Despues de esto, ¿de-

be causar sorpresa que las guerras que emprenden los Romanos tengan siempre un éxito tan feliz?

«El sueldo del soldado de infantería es de dos óbolos diarios. Los centuriones tienen el doble. La caballería, una dracma. La racion de pan para la infantería es, cuando mas, la mitad de un medimnio ático de trigo; la del ginete es de siete medimnios de cebada al mes y dos de trigo. La infantería de los aliados recibe la misma racion que la de los romanos; su caballería, un medimnio y tercio de trigo y siete de cebada. Esta distribucion se hace gratuitamente á los aliados; pero, respecto de los Romanos, se les retiene de su paga cierta cantidad señalada para los víveres, el vestuario y las armas que hay que darles.»

CUARTO PERÍODO.

DESDE LOS GRACOS HASTA AUGUSTO

ó

ÉPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES.

105 años (135—30 antes de J. C.).

CAPÍTULO XV.

Estado interior de la República antes de los Gracos.

RESULTADOS QUE LOS ROMANOS OBTUVIERON DE LA CONQUISTA DEL MUNDO. RUINA DE LAS COSTUMBRES Y DE LA RELIGION.—DESTRUCCION DE LA CLASE MEDIA Y DE LA IGUALDAD.—DOS CLASES EN LA REPÚBLICA; LOS RICOS Y LOS POBRES; VENALIDAD DE UNOS, ORGULLO Y RAPIÑAS DE LOS OTROS.—CATON; DESTIERRO DE ESCIPION EL AFRICANO.—CENSURA DE CATON; LEYES SUNTUARIAS; TRIBUNALES PERMANENTES.—REACCION ARISTOCRÁTICA.—TENTATIVAS DE CONCILIACION; ESCIPION EMILIANO.

Resultados que los Romanos obtuvieron de la conquista del mundo. Ruina de las costumbres y de la religion.

Roma habia conquistado ya lo que tenia que constituir con el tiempo la mejor parte de la herencia de los Césares. Pero, ¿qué habia ganado con estas conquistas? En el exterior una gloria inmensa, en el interior grandes miserias. Con el contacto de aquel Oriente tan depravado habian perdido los romanos sus antiguas costumbres, y las riquezas ganadas en tantas victorias habian destruido el antiguo equilibrio de la sociedad romana. Desde 201 á 189, las con-

tribuciones impuestas á los vencidos ascendieron á cerca 150 millones, y las sumas entregadas por los generales al tesoro, despues de su triunfo, subian á igual cantidad. En una sola vez llevó Paulo Emilio 45 millones. Si se añade el botin y las gratificaciones de los oficiales y soldados, se llegará á una cantidad enorme, y se comprenderá la perturbacion producida por tanto oro derramado de improviso en medio de una sociedad sin industria ni comercio. Las costumbres no pudieron resistir. «¿Preguntas, dice Juvenal, de donde provienen esos desórdenes? Una fortuna humilde sostenia en otro tiempo la inocenciade las mugeres latinas. Vigilias prolongadas, manos encallecidas en el trabajo, Aníbal á las puertas de Roma y los ciudadanos armados en las murallas, defendian contra el vicio las modestas moradas de nuestros padres. Ahora ha caido sobre nosotros la lujuria, y el mundo vencido se ha vengado dándonos sus vicios.

La censura era muy indulgente. Sin embargo, en 204 fueron degradados siete miembros del senado; tambien lo fueron otros siete por Catón; nueve en 174 y mayor número aun, en 174. No eran solo los nobles jóvenes sino tambien los personages mas graves, quienes se deshonraban con un impudor escandaloso. En 181, el censor Lépido, príncipe del senado y gran pontífice, invirtió el dinero del tesoro en construir en Terracina un dique que preservase sus tierras de las inundaciones. Otro censor, Fulvio, quitaba las tejas de mármol del venerado santuario de Juno Lacinia para cubrir un templo que hacia edificar en Roma. En Iliria, un comisario del senado se dejó comprar por el rey para dar un informe favorable. En 141, un Metelo fué llamado de España; la guerra prometia producir gloria y botin; furioso el general por ver frustradas sus esperanzas, desorganizó el ejército, destruyó los víveres y mató á los elefantes. Otros, por el contrario, rehusaron el mando de sus provincias porque nada esperaban ganar en ellas. Licinio, en Grecia, haciendo dinero de todo, hasta vendió licencias á sus soldados, es decir, vendió la honra de la bandera y la seguridad de la provincia. Un Fulvio No-

bilior licenció así á una legion entera. Mas tarde leeremos en el mismo Laberio: «¿Qué es un juramento? Un emplasto para curar deudas.»

El saqueo del mundo destruía las costumbres, una filosofía escéptica arruinaba la religion. Carneades llegó, en el año 155, á enseñar el desprecio hácia los dioses y el olvido de los preceptos morales. Caton se alarmó y le hizo expulsar de Roma; pero quedó la incredulidad. Enio la había enseñado ya, y la educacion griega, que sustituyó á la etrusca, difundió entre todas las familias y en el corazon de las generaciones nacientes, el desprecio hácia las costumbres antiguas, la religion y el sacerdocio. El mismo pueblo se contagió, y desertando sus antiguos templos, corrió á buscar nuevos dioses. Las bacanales, mezcla de crímenes y de orgías, contaban un gran número de iniciados. Cuando el senado prescribió investigaciones, se encontraron 7.000 culpables. Mas de la mitad perecieron bajo el hacha; una multitud de mugeres fueron ejecutadas por sus parientes en el interior de sus casas. Las pesquisas se extendieron á la Italia entera, y en los años siguientes sentenciaron hasta 2.000 envenenadores. Un senatus-consulto prohibió que en lo sucesivo se celebrasen aquellas fiestas infames.

La misma influencia se encuentra en todas partes. En las letras y en las artes, Roma copiaba á Grecia. Se traducia, se imitaba, y hasta se tomaba el mismo ritmo. El género que mejor éxito obtenia, la comedia, nada tenia de romano. Se copiaba á Menandro, á Filemon y á Difilo. Por eso, en las piezas de Plauto y de Terencio, se halla uno dispuesto á creer que se encuentra en Atenas. En vez del cuadro de las costumbres nacionales, escepto algunas alusiones muy escasas, solo se vé ya la pintura desvanecida de los vicios y de las calidades ridículas del hombre. El arte pierde mucho de su fuerza y de su verdad, y el teatro no es ya una leccion. Sin embargo, en ciertos puntos, Plauto se acuerda, siquiera, de que está en Roma, y el senador que corre presuroso á la curia porque allí se distribuyen mandos

y honores, el pobre diablo que vá á recibir su parte de un *congiarium*, el jóven elegante que no tiene escrúpulo alguno para robar á una cortesana mientras llega el momento de que pueda saquear una provincia, aquellas matronas cuyo lujo irrita á Megadoro tanto como á Catón, á ese anciano solteron, en fin, que desarrolla con tanta complacencia su egoismo sensual, y á ese disoluto precoz, que amenaza con el látigo á su preceptor de condicion servil, son verdaderos personages romanos. Otros dos poetas, de los que uno precedió y el otro siguió á Plauto, Nevio y Lucilio, tuvieron, ya que no mas talento, al menos mas valor y originalidad. Nevio atacó á Escipion y á los Metelos, y Lucilio, que era noble, atacó á casi toda la nobleza (1).

(1) Los Romanos, discípulos de los etruscos, y mas tarde de los griegos, hasta la época de las guerras púnicas, carecieron de verdadera literatura. Algunas farsas toscas y algunos himnos religiosos fueron, durante varios siglos, las únicas producciones literarias del ingenio romano.

LITERATURA DRAMÁTICA.—El poeta romano mas antiguo que conocemos es *Livio Andrónico*, que fué hecho esclavo en la toma de Tarento, y luego emancipado. En 240 escribió y representó por sí mismo el primer drama regularizado; en seguida tradujo la *Odisea* en versos saturninos y compuso, además, algunas piezas copiadas de los Griegos. El Campano *Cn. Nevio* tomó del mismo modelo varias tragedias y comedias, y escribió en versos saturninos un poema épico sobre la primera guerra púnica, pero quiso imitar hasta la libertad de los cómicos griegos atacando á la recelosa aristocracia romana, y fué castigado con la pena de prision. *Quinto Ennio*, nacido en Radia, cerca de Tarento, en 239, compuso tragedias, comedias, anales escritos en exámetros que Virgilio copió algunas veces, un poema sobre Escipion, y traducciones de numerosas obras griegas. *M. Accio Plauto*, nacido en Sarsina, en la Umbría, en 227, fué, como Molière, autor y actor á la vez. Las veinte comedias suyas que se conservan son imitaciones libres de las griegas, pero están llenas de originalidad y de *vis* cómica, de situaciones y caracteres bien trazados. El insubrio *Cecilio Estacio*, de Milan, esclavo liberto, se distinguió, tambien, como poeta cómico; Horacio no teme igualarle á Terencio; murió en 168. *Publio Terencio Afro*, esclavo cartaginés emancipado por su amo y convertido en amigo de Lelio y de Escipion Emiliano, imitó con mas elegancia, pero con menos fuerza que Plauto, las comedias de Menandro y de algunos otros cómicos griegos de la segunda época. La literatura dramática cuenta, además á *Afranio*, que compuso comedias romanas (*comediæ togatæ*), y á *Lucio Atico* (comedias, tragedias y poesías). *Marco*

La tendencia general de aquella literatura es tambien la de la Grecia de entonces, la impiedad. Enio traducia á Euemero, y Lucilio representaba á los doce grandes dioses sen-

Pacuvio, sobrino de Ennio, nacido en Tarento en 231, fué pintor y poeta á la vez. *Lucio Pomponio*, de Bolonia, puso en verso unas *atelanas* que pueden considerars como las únicas piezas verdaderamente nacionales. En efecto, ¿cómo hubiera podido florecer la literatura dramática entre un pueblo que solo gustaba de las habilidades de los juglares, ó de los sangrientos juegos del anfiteatro? (Introduccion de los combates de gladiadores, en 264, por Jun. Bruto, en los funerales de su padre.)

SÁTIRAS.—El ingenioso *Cato Lucilio*, caballero romano, amigo de Escipion Emiliano, criticó sin consideracion alguna, ni aun para los mas altos personages, todos los vicios y las ridiculeces de las costumbres romanas, del mismo modo que lo hacian los poetas antiguos de la democrática Atenas. En sus treinta libros de poesías, en las que, sin embargo, dominaba el verso épico, habia mezclado todos los géneros y todos los metros. De aquí proviene el nombre de *satura* ó *sátira* (mezcla), bajo el cual se designó este género nuevo, que nada debia á la Grecia.

HISTORIA.—Los historiadores de aquella época no eran aun mas que analistas, como el pretor *Cincio Alimento*, que fué prisionero de Anibal, *Casio Hemina*, *Fabio Pictor*. Un poco mas tarde, la historia adquiere mayor importancia y se cuida algo mas de los tiempos antiguos. Por eso *Caton*, en su libro *de los Orígenes* que, por desgracia se ha perdido, trató de averiguar la historia primitiva de los pueblos italianos. Se ha salvado su *de Re rustica*.

ELOCUENCIA Y FILOSOFÍA.—En una república, la tribuna es un campo de batalla en el que el vencedor puede obtenerlo todo; poder, riquezas y nombradía. Así pues, la elocuencia política se cultivó muy luego en Roma. Desgraciadamente, todos los monumentos de ella se han perdido. Los retóricos griegos comenzaban á introducirse tambien en la ciudad, al mismo tiempo que los filósofos, é hicieron en ella progresos rápidos, no obstante los senato-consultos obtenidos por Caton, en 155, contra Carneades, Critolaos y Diógenes, embajadores de Atenas, quienes durante su permanencia en Roma, habian abierto escuelas de retórica y de filosofía. De todas las sectas griegas, las que mas progresos hicieron en la ciudad fueron las escuelas de Zenon y de Epicuro. La una convenia por su gravedad á los romanos austeros que aun quedaban; la otra legitimaba el placer y las costumbres nuevas á los ojos de aquellos que querian rivalizar con los griegos en elegancia y en molicie.

JURISPRUDENCIA.—La brevedad de las doce tablas, la confusion introducida en la legislacion por la diversidad de las *lex annua*, la dificultad para conocer las fórmulas y las pantomimas (*acta legitima*) del procedimiento romano, habian producido ya la formacion de una clase de hombres que se

tados en consejo y riéndose de las gentes que les daban el título de padres; ó bien á Neptuno embrollándose en una discucion de donde no podia salir, y diciendo, para disculparse, que el mismo Carneades no lograria salir del apuro. Plauto vá mas lejos aun: sus dioses son muy poco venerables, y su Júpiter tiene costumbres bastante escandalosas. Un poeta del siglo siguiente, Lucrecio, habia de desarrollar con audaz elocuencia las doctrinas ateas y materialistas de Epicuro.

Cuando una religion se vá, varía la sociedad. Se acaba de ver á los poetas destruir toda sancion moral, burlándose de los dioses; muy luego se verá á los ciudadanos renunciar hasta al patriotismo, que sin embargo habia de ser, entre todas las virtudes de las antiguas ciudades, la última que pereciese. Así se habia de alterar el carácter nacional, así habian de caer, uno en pos de otro, bajo la influencia de las costumbres y de las ideas de Grecia, los apoyos mas firmes de la sociedad romana; y á esta revolucion en las ideas

dedicaban á las leyes; estos eran los jurisconsultos, cuyas *responsa* habian de convertirse para el derecho romano en un nuevo manantial, y acaso el mas abundante. Pero esta ciencia, hecha casi segun lo exigian las necesidades del dia, carecé todavía de principios; no podrá hallarlos sino bajo la dominacion de Augusto.

MEDICINA, ASTRONOMÍA, ARTES.—En este período, la medicina permanece todavía en manos de sacerdotes de Esculapio. Sin embargo, en 219, el médico griego Archagathos fué á Roma á profesar públicamente su arte. Ya se cultivaba la astronomía que para el vulgo se convertia en astrología. *Sulpicio Galo* predijo la víspera de la batalla de Pidna, un eclipse de luna. En cuanto á las artes, aun permanecian en manos de los extrangeros, aunque se puede citar como pintor y poeta á Pacuvio. Pero Roma no necesitaba artistas: sus generales, admirando bajo palabra las obras maestras de la estatuaria y de la pintura, querian dar á su capital ese lujo de las ciudades griegas; y las estátuas, los cuadros y los jarrones cincelados constituian siempre en el botin una de las partes reservadas al pueblo romano. En una sola vez arrebataron de cierta ciudad etrusca dos mil estátuas, y Mummio, cuando hacia trasportar de Corinto á Roma las obras maestras que contenia esta ciudad expléndida, amenazó á los encargados de la conduccion diciéndoles que, si perdian alguna estátua de Praxiteles, ó algun cuadro de Zeuxis, les obligaria á rehacerlos!

y en las costumbres responderá muy luego otra revolucion en la organizacion política.

Destruccion de la clase media y de la igualdad.

En el segundo siglo anterior á nuestra era habia pasado ya el tiempo de las grandes luchas políticas; reinaban en la ciudad la union y la paz. En el principio de la segunda guerra púnica, Flaminio y Varron habian intentado en vano reanimar las antiguas contiendas. Los tribunos, que en otro tiempo eran gefes de partido, y á la sazon eran miembros del gobierno y se hallaban respetados hasta en el Senado, no empleaban ya su fuerza sino en beneficio del órden, de la justicia y de las costumbres. En 198, Porcio Leca obligaba á un pretor á renunciar á la ovasion que habia obtenido injustamente del senado. Flaminio pretendia el consulado al salir de la cuestura; los tribunos se opusieron á ello en nombre de las leyes, y cuando Flaminio hubo justificado la confianza del pueblo con sus servicios, le hicieron continuar en su mando, no obstante la oposicion de los cónsules. Los generales estaban olvidados en España hacia mucho tiempo, y provocaron un plebiscito que los llamó á Roma. Al dia siguiente de la batalla de Cinocéfalos quiso un cónsul comenzar de nuevo la guerra contra Filipo, pero los tribunos opusieron su *veto;* varias veces humillaron la autoridad consular, y en el año 153 se atrevieron un dia á amenazar con el encarcelamiento á los dos censores que estaban en el ejercicio de sus funciones.

Su poder era inmenso, pues por medio de los plebiscitos y del *veto* podian hacerlo y detenerlo todo. Nadie le ponia en duda, pues no solo eran los jefes de la plebe, sino los del pueblo entero. Por eso se vé pasar por el tribunado á los nobles mas ilustres: Marcelo, Fulvio Nobilior, Calpurnio Pison, que despues fué cónsul, Sempr. Graco, censor, dos veces cónsul y triunfador; Metelo el Numídico, Elio Peto y el gran jurisconsulto Scevola. El tribunado, honrado por tales hombres

se convirtió en una magistratura elevada de la cual salieron las mejores leyes de aquel tiempo, *Villia*, *Voconia*, *Orchia*, la institucion de los tribunales permanentes, el establecimiento del escrutinio secreto y de continuas acusaciones contra los prevaricadores. Fieles á su orígen y á la política que habia hecho ser tan fuerte á Roma, en 188, pidieron el derecho de sufragio para Fundi, Formies y Arpinum, en donde habian de nacer Mario y Ciceron. A los soldados de Escipion y á los veteranos de la segunda guerra púnica hacian que se les diesen tierras; á los pobres, trigo á un precio ínfimo; y en el espacio de 20 años provocaron la formacion de 23 colonias. Por instigacion suya perseguian los ediles activamente á los arrendadores de los pastos públicos, á los usureros y á sus testaferros italianos. Por último la ley Valeriana se renovaba tambien solemnemente. En 198, el tribuno Porcio Lecca hizo decretar que á un ciudadano no se le podria imponer el castigo de las varas.

El mismo senado mostraba un respeto religioso hácia los derechos del pueblo, no obstante la especie de dictadura con que le habian investido los peligros de la segunda guerra púnica. Se contentaba con la direccion de los asuntos exteriores, y se inclinaba ante la autoridad soberana de la asamblea general; esta era la que decidia en todos los negocios. Dos cónsules querian que el senado les diese el mando del Africa, ántes de Zama, y los padres conscriptos sometieron la cuestion á la decision del pueblo. En 209, un plebeyo solicitaba por primera vez el cargo de gran curion; rechazado por los patricios, apeló á los tribunos, quienes, lejos de sostenerle, sometieron el asunto al senado. Los senadores lo rehusaron, y los tribunos, vencidos en esta lucha de nuevo género, se vieron obligados á dejar que decidiese el pueblo. Este, por su parte, habia dictado el decreto siguiente en el asunto de los Campanios: «Lo que el senado haya resuelto por mayoría de votos, queremos y mandamos que se cumpla.» Por último, en la eleccion de Flaminio, habiendo extendido el senado los derechos del pueblo al foro, no obstante la oposicion de los

tribunos, sostuvo que aquel que hacia las leyes podia dispensar, tambien, de la observancia de estas. Algunos años mas tarde, despues de la conquista de la Macedonia, declaraba que el tesoro no necesitaba ya del impuesto de los ciudadanos.

Así pues, lejos de hallarse despojado el pueblo de sus prerogativas, conservaba, como en el pasado, el derecho de condenar al destierro ó á la multa, de nombrar á los que habian de desempeñar los cargos, de hacer las leyes, de decidir la guerra, la paz y las alianzas. Así duraba la república, y sin embargo, la libertad iba muriendo. El pueblo no estaba oprimido, y sin embargo se hallaba en la miseria mas espantosa; el censo indicaba mayor número de ciudadanos que nunca, y sin embargo se carecia de soldados. Consistia en que habian variado las costumbres, ya que no las leyes, y en que el pueblo era ya lo que decia Catilina: «un cuerpo sin cabeza, y una cabeza sin cuerpo;» una multitud inmensa de pobres y por cima de ella, muy léjos, algunos nobles mas ricos y mas orgullosos que reyes. Un siglo de guerras, de saqueo y de corrupcion habia devorado á aquella clase media á la que Roma debiera su fuerza y su libertad. He ahí el hecho grande, notable, de aquel período, y la causa de todos los trastornos que van á seguir, porque con aquella clase desaparecieron el patriotismo, la disciplina y la austeridad de las antiguas costumbres; con ella pereció el equilibrio del Estado, pues este, entregado en lo sucesivo á las reacciones sangrientas de los partidos, osciló entre el despotismo de la multitud y el de los grandes, hasta el dia en que todos, nobles y proletarios, ricos y pobres, hallaron el descanso bajo el dominio de un dueño.

Muchos hechos demuestran esta desaparicion de la clase media. Solo ella suministraba los legionarios, y ya en el año 180 confesaba Tito Livio que costaba mucho trabajo completar nueve legiones. En 151, Lúculo, á no ser por la abnegacion de Escipion Emiliano, no hubiera podido hacer las levas necesarias para el ejército de España, y algunos años mas tar-

de fué preciso que C. Graco prohibiese alistar soldados que tuvieren menos de 17 años de edad. Si el censo del año 159 dió 338.314 ciudadanos, no era el número de los legionarios el que aumentaba, sino el de los poletarios á quienes una justa desconfianza mantenia alejados de los ejércitos. El mismo censo disminuyó: en 131, no señaló ya sino 317.823 ciudadanos, y el censor Metelo, asustado, propuso que se obligase á todos los solteros á casarse. Mas tarde ha de subir al guarismo de 450.000, pero entonces será cuando Tito Livio haga esta triste confesion: «Roma, que levantaba contra Aníbal 23 legiones, no podria armar hoy 8.»

Así pues, la clase media desaparecia bajo la accion reunida de varias causas: 1.º la continuidad de las guerras que la diezmaban ó le daban costumbres disolutas y serviles; 2.º la ruina de la agricultura producida por la conversion de las tierras de labor en praderas; 3.º el abandono de los campos en donde las heredades pequeñas eran invadidas por los grandes propietarios; 4.º la sustitucion del trabajo de los esclavos al de los hombres libres que, no teniendo ya el recurso de vivir con el trabajo sus brazos, iban á mendigar á Roma. Echados de sus heredades por la usura ó por la codicia de ricos vecinos; privados de trabajo por la competencia de los esclavos; ó disgustándoles ya la vida frugal de sus padres, merced á los hábitos de pereza y de disolucion contraidos en los campamentos, los pobres no tenian, efectivamente, mas recurso que el de encaminar sus pasos á Roma, ó iban á aumentar aquella multitud hambrienta y amenazadora á la que el senado habia de apaciguar durante algun tiempo arrojándole como pasto un poco de trigo. Cesar encontró que, de 450,000 ciudadanos, 320.000 vivian á costa del tesoro, es decir, que las tres cuartas partes del pueblo romano mendigaban, Una frase del tribuno Felipe es mas terrible aun: «No hay en Roma, decia, 2000 individuos que sean propietarios.» Y ahora, quien se atreverá á reconvenir á Mario por haber abierto las legiones á los italianos y á los proletarios!

Apio comprendió bien aquella situacion de la república.

Despues de haber recordado que una parte de las tierras arrebatadas á los italianos habian quedado indivisas y abandonadas en usufructo á los que querian desmontarlas, con la única condicion de pagar el diezmo y el quinto de los frutos recogidos, y por los pastos una retribucion en dinero, añade: «se creía haber atendido así á las necesidades de la antigua raza itálica, raza paciente y laboriosa, y á las necesidades del pueblo vencedor. Pero sucedió lo contrario: los ricos se apoderaron gradualmente de aquellas tierras del patrimonio público, y con la esperanza de que una posesion prolongada llegaria á ser un título de propiedad inatacable, compraron ó tomaron por fuerza las tierras situadas en parages que les convenian y las heredades pequeñas de todos los pobres vecinos suyos. De este modo convirtieron sus tierras en extensas *latifundia*. Para el cultivo del campo y la custodia de los rebaños empleaban esclavos, los cuales eran una propiedad de las mas productivas por razon de su multiplicacion rápida que se hallaba favorecida por la exencion del servicio militar. De aquí resultó que los hombres poderosos se enriquecieron con exceso, y que ya solo esclavos se vieron en los campos. La raza italiana, debilitada y empobrecida, sucumbia bajo el peso de la miseria, de los impuestos y de la guerra. Si alguna vez se salvaba el hombre libre de estos males, perdíase en un territorio entero invadido por los ricos, y para él no habia trabajo en la tierra agena, enmedio de un número tan considerable de esclavos.

Contra la miseria, aquellos hombres no tenian en la ciudad el recurso del trabajo como artesanos, porque los ricos se habian reservado tambien los beneficios de la industria organizando talleres de esclavos para todos los oficios. Craso los alquilaba como cocineros, albañiles ó escribas. Toda familia rica tenia entre sus esclavos tejedores, cinceladores, bordadores, pintores, doradores, y aun arquitectos y médicos, y preceptores para los niños. Cada templo, cada corporacion tenia sus esclavos. El gobierno sostenia un número considerable de ellos para todos los cargos ínfimos de la ad-

ministracion y de la policía, para la custodia de los acueductos y de los monumentos, para las obras públicas en los arsenales y en los puertos, y en los buques como remeros. De este modo les estaban confiados los trabajos mas toscos lo mismo que las operaciones mas delicadas. ¿Qué le quedaba, pues, al pobre de condicion libre, para ganar su vida, sobre todo en un país en que la preocupacion señalaba al trabajo como una infamia? Asediar las puertas de los grandes para recibir de ellos algun donativo, y vender su voto, su testimonio, y aun en caso necesario, su brazo y su puñal.

Por otra parte, aquel pueblo, reclutado en la esclavitud, no era ya sino una mezcla de libertos de todos los países. Desde 241 hasta 210, acaso entrasen 100.000 libertos en la sociedad romana. Así Roma enviaba á sus ciudadanos á las provincias como legionarios, publicanos, agentes de los gobernadores, mayordomos de los ricos, ó aventureros que iban buscando fortuna; y en cambio recibia esclavos, que muy luego se convertian en libertos, y que le llevaban: el esclavo griego, los vicios de las sociedades moribundas; el esclavo español, tracio ó galo, los de las sociedades bárbaras. Así pues, entre la capital y las provincias habia como una circulacion no interrumpida. La sangre refluia incesantemente desde el corazon hasta los extremos, que la devolvian, pero viciada y corrompida.

Dos clases en la república; los ricos y los pobres; venalidad de unos, orgullo y rapiñas de los otros.

Merced á la destruccion de la clase media, la sociedad romana, lo mismo en el órden político que en el moral, por la ruina de las creencias y por la pérdida de las virtudes cívicas, careció ya en lo sucesivo de ese poder moderador y de esa fuerza conservadora que sostiene á los imperios. Los grandes libres de todo temor por no ver ya delante de sí aquellos plebeyos con quienes era preciso contar en otro tiempo, se entregaron á toda la licencia de las costumbres nuevas con un orgullo real que muy luego habia de redundar en detrimento de la libertad. Sin embargo, el peligro no procedia

del senado. Esta asamblea, formada de hombres que habian desempeñado los cargos mas altos, dirigido las guerras mas difíciles, administrado provincias tan extensas como reinos era corporacion mas experimentada y hábil, á la vez que la mas prudente y atrevida que haya gobernado un Estado en tiempo alguno. No pedia mas poder ni mas honores; pero se hallaba dominado por aquellos á quienes Salustio llamaba la faccion de los grandes.

En efecto, el senado no era mas que la cabeza de una aristocracia nueva, mas ilustre que la antigua, porque habia hecho cosas mas grandes; mas orgullosa, porque veia al mundo á sus piés. De las antiguas *gentes* apenas quedaban quince, y desde la época de la segunda guerra púnica contenia el senado mas plebeyos que patricios. Por eso hubo dos cónsules plebeyos en 172, no obstante la ley, así como en 215, y 131 hubo dos censores del mismo órden. Así pues, en la época á que venimos refiriéndonos se habian producido en la sociedad romana dos hechos de la mayor impotancia; la nobleza y el pueblo se hallaban completamente renovados. Pero otros hombres producen ideas diferentes: en efecto, esta segunda nobleza, aunque salida del pueblo, no por eso dejaba de sentir soberano desprecio hácia él. No era ya el plebeyo á quien rechazaban de todos los honores, sino al hombre nuevo. Las familias nobles, uniendo su sangre y sus intereses por medio de matrimonios y de adopciones, formaban una oligarquía que constituía á los cargos públicos, y aun al tribunado, en patrimonio suyo hereditario. La venalidad del pueblo y la necesidad de pasar primero por el cargo ruinoso de la edilidad, cerraban el acceso de los honores á cuantos en un dia de eleccion ó de juegos públicos no podian disipar una fortuna creada por diez generaciones. A la verdad, la ley marcaba que los cargos fuesen anuales, pero Caton perdia inutilmente su tiempo en reconvenir al pueblo porque elevaba siempre á los mismos hombres á las magistraturas. En los fastos consulares se vuelven á encontrar incesantemente los mismos nombres. Desde 219 á 133, en un espacio de

tiempo de 86 años, 9 familias obtuvieron 83 consulados.

Este movimiento que, elevando á los honores á todos los ciudadanos de capacidad, renovaba sin cesar la aristocracia y aseguraba su duracion legitimando su existencia; este movimiento, comenzado hacia dos siglos, iba, pues, á detenerse. La nobleza, encerrada por decirlo así, en los cargos y en su opulencia, rompia todo vínculo con el pueblo á quien oprimia é insultaba, aun en los mismos momentos en que solicitaba sus sufragios, como aquel Escipion Nasica que, al coger la mano callosa de un labriego, le preguntaba: «Dime amigo ¿andas con las manos?» Los nobles, dueños de todas las posiciones, del senado, de los tribunales, del foro y de los cargos, arreglaban todas las cosas á su antojo, y aun el mismo senado vió con frecuencia desconocida su autoridad. Apio Claudio, no obstante la oposicion del senado y la del pueblo, triunfó de los Salases. Popilio Lenas habia atacado sin motivo á los Estatielos, arrasado su ciudad y vendido á 10.000 hombres de este pueblo; alzáronse algunas voces en favor de aquellos desventurados, y un decreto mandó que se les restituyese la libertad. Popilio contestó matando á un número de individuos igual al que habia sido libertado. Habiéndosele formado causa obtuvo del pretor un aplazamiento, y el asunto quedó sin resolver. Sin aguardar una autorizacion del senado atacó Manlio á los Galatas, Lúculo á los Vacceos, Emilio á Palancia, y Casio á los montañeses de los Alpes. Este mismo Casio queria salir de la Cilsapinia, su provincia, para penetrar por la Iliria en la Macedonia, en donde mandaba el otro cónsul, arriesgándose á dejar descubiertas y desamparadas á la Italia y á Roma

Si ante el senado y el pueblo hacian alarde de independencia, respecto de los aliados y de los provinciales creian que todo les era permitido. Querian enviar de nuevo á Marcelo á Sicilia; «antes nos sepulte el Etna bajo su lava!» exclamaron los de Siracusa. La Sicilia iba á expiar su fertilidad, y la España su riqueza. En esta última provincia llegaron á ser tan abrumadoras las exacciones, que en la época de la guerra

contra Perseo el senado juzgó prudente mostrar alguna justicia. Dos pretores fueron acusados y emigraron de antes que se pronunciase la sentencia, el primero á Tibur y el segundo á Prenesta. Habia sospechas respecto de otros, pero el magistrado que habia de hacer las pesquisas marchó de improviso á su gobierno, y el senado, deseando terminar pronto este negocio que le causaba inquietud, hizo algunos reglamentos para dar á los españoles una sastisfacion aparente. En Grecia, al propio tiempo, los cónsules y los pretores saqueaban á porfía las ciudades aliadas, y vendian sus ciudadanos á pública subasta; así sucedió en Coronea, en Haliarte, en Tebas, y en Calcis. La estéril Atica se vió condenada á suministrar cerca de 100,000 fanegas de trigo. Abdere dió 50,000, y además 100,000 dineros; y como se atreviera á dirigir reclamaciones al senado, Hostilio la entregó al saqueo, decapitó á los jefes de la ciudad, y vendió toda la poblacion.

Otra especie de exacciones pesaba sobre los aliados. Despues de cada victoria los generales exigian de ellos coronas de oro. Los cónsules que mandaron en Grecia y en Asia, desde 200 hasta 188, hicieron que les diesen 633 coronas de oro, que por lo general eran de peso de 12 libras. Y si durante los combates ofrecian á los dioses templos ó juegos, nunca olvidaban sacar de las provincias los fondos necesarios. Con el dinero suministrado por los aliados celebraron Fulvio y Escipion unos juegos que duraron diez dias. Hasta los ediles se acostumbraron á hacer pagar á los provinciales los gastos de los espectáculos que tenian que dar al pueblo, y un senado-consulto intentó en vano contener aquellas exacciones.

Estas lecciones, estos ejemplos que partian de tan alta esfera, no quedaban perdidos para el hombre del pueblo, ni sobre todo para el legionario. Los soldados imitaban á sus gefes, y estos cerraban los ojos á unos excesos que autorizaban con su conducta, ó que no se atrevian á castigar, con el fin de prepararse votos favorables para su próxima candidatura. Durante la segunda guerra púnica, las rapiñas de un ejército hicieron que se sublevase la Cerdeña; pero en los

placeres comprados á costa de aquellas violencias perdieron los legionarios su valor. Entonces se vieron las vergonzosas derrotas de Licinio, de Manilio y de Mancino. Muchos desertaban, como aquel C. Matieno á quien los cónsules hicieron administrar el castigo infamante de las varas, delante de los reclutas, y venderle en seguida á un precio ínfimo; ó bien, si la guerra era pócо productiva, pedian imperiosamente su licencia, como todo el ejército de Flaco en 180. Por primera vez era desconocida la autoridad de los gefes. Los soldados de Escipion habian dado el ejemplo. Durante la guerra de Antíoco, los de Emilio, no obstante las órdenes de su general, saquearon á Chio, que era una ciudad aliada, y en 140, los ginetes de Cepion quisieron quemarle vivo en su tienda. Ya se descargaban del peso de sus armas, haciendo que las llevasen sus esclavos. A las legiones de Cepion, compuestas de 80,000 soldados, seguian nada menos que 40,000 criados. Por eso fué una fortuna para Roma que no se presentase entonces enemigo alguno temible, y que Mario, antes de los Cimbros, de la guerra social y de Mitridates, tuviese tiempo suficiente para restablecer la disciplina y el espíritu militar de las legiones. Este fué el gran servicio que prestó.

Añádanse á las exacciones de los generales las de los publicanos á quienes los censores arrendaban á pública subasta la recaudacion de los impuesto, es decir, que por una cantidad pagada en el acto abandonaban á cualesquier particulares, generalmente á compañías, el derecho de percibir en nombre del senado todas las contribuciones que debian las provincias. Abierta la subasta y pagado el impuesto, los publicanos se ponian en camino, con un ejército de ajentes y de esclavos, para dirijirse á la provincia que se les entregaba. Entonces comenzaban exacciones inauditas. Una vez, en lugar de 20.000 talentos que debieron cobrar en Asia, arrancaron hasta 120.000. ¿Quería intervenir el gobernador de la provincia? compraban su silencio; mas tarde le intimidaron, y á las víctimas solo les quedaba el recurso lento y peligroso de una queja á Roma. Desde la época de la segun-

da guerra púnica se hacian temer del senado los publicanos. En tiempo de la conquista de la Macedonia era opinion generalmente admitida que, donde estaban aquellos, el tesoro quedaba perjudicado ó eran oprimidos los súbditos.

Así pues, para el pueblo romano el resultado de tantas guerras y conquistas era la destruccion de la clase media y de las propiedades pequeñas, es decir de la igualdad; el aumento peligroso de los esclavos sustituidos á los obreros libres; el hecho de obstruir la ciudad un populacho ocioso y hambriento; la formacion, en fin, de una nobleza imperiosa y llena de codicia, á la que Grecia enseñaba el desprecio de las costumbres, de las leyes y de las creencias de sus padres. Caton se arrojó valerosamente entre aquel pueblo degradado al que queria volver á llamar al trabajo, y aquellos nobles insolentes á quienes queria atraer de nuevo á la igualdad.

Caton; destierro de Escipion el africano.

Caton, nacido en Tusculo en 233, habia labrado durante mucho tiempo con sus propias manos una heredad pequeña que poseia en el país de los Sabinos, cerca de la cabaña de Curio Dentato. Tomó sus inspiraciones de este gran ejemplo de desinterés y de vida laboriosa y frugal. Económico para sí, lo mismo que para el Estado, decia que una cosa sin la cual pudiese pasarse, aun cuando no valiese mas que un óbolo, era siempre sobrado cara, y mientras se halló al frente de las legiones no tomó de los depósitos de granos del Estado, para sí y para su séquito, mas que tres medimnios de trigo mensuales. Durante su consulado, nunca le costó su comida mas de treinta ases, y antes de salir de España vendió su caballo de batalla para ahorrar á la república los gastos de trasporte. Llamado á Roma por el patricio Valerio Flaco, llegó al tribunado legionario, y mas tarde fué enviado á Sicilia como cuestor de Escipion. Hallándose este en Siracusa, aguardando á que se terminasen sus preparativos, hacia que le iniciasen en aquella literatura brillante de los

griegos, y vivia en medio de los libros, el fasto y los placeres. A Caton le irritaron esta molicie y estos gastos, y así lo hizo presente; pero el general contestó con altanería y le respondió diciendo: «No necesito un cuestor tan exacto.» Caton no quiso separarse de él en vísperas de la guerra, pero desde aquel dia se convirtió en enemigo suyo.

Caton, despues de haber ejercido la edilidad plebeya, obtuvo la pretura de Cerdeña. Desterró de la isla á todos los usureros y rehusó el dinero que la provincia queria darle, segun costumbre, para gastos de representacion. Esta conducta, la severidad de sus costumbres y su ruda elocuencia, hicieron que todas las miradas se fijasen en él. En el año 195 le elevaron los comicios al consulado. Entonces pedian la revocacion de la ley Oppia, que limitaba el gasto de las mujeres en su adorno. Caton se opuso á ello con un discurso elocuente. Tambien Plauto acababa de trazar en el teatro, en la *Aulularia*, una sátira mordaz contra el lujo de las matronas. Pero el poeta y el cónsul vieron estrellarse sus esfuerzos. La ley quedó revocada. Caton partió en seguida para España. Cuando llegó despidió á todos los proveedores. «La guerra mantendrá á la guerra,» dijo. Ejercicios continuados y una vigilancia incansable restituyeron á su ejército el aspecto de las antiguas legiones. Aquella campaña, que Caton escribió, hizo mucho honor á sus talentos militares y le valió el triunfo; su conducta en la batalla de las Termópilas acrecentó mas aun su reputacion.

Entretanto, cada dia aumentaba en el senado y en el pueblo la oposicion contra Escipion. Este no podia mantenerse á la altura en que le habia colocado la victoria de Zama. En vano fué que obtuviese los títulos de príncipe del senado y de censor, que mostrase en este cargo una indulgencia estremada, que acusase á un concusionario llamado L. Cotta, y que hiciera le enviasen como embajador al Africa y al Asia, pues la popularidad le abandonaba. Flaminio y aun Caton eran los héroes del dia. Para llamar de nuevo la atencion del pueblo, pidió en 194 un segundo consulado; en esto

cometió una falta, porque aquel consulado, que fué oscuro, comprometió su gloria. Por eso, cuando en 192 solicitó el mismo cargo para su yerno Escipion Nasica y para su amigo Lelio, sufrió una doble negativa. Sin embargo, su hermano fué elegido dos años despues, y le confiaron la direccion de la guerra de Asia, adonde le acompañó el Africano; pero esta campaña, mas brillante que difícil, nada añadió á su reputacion, y le costó perder la tranquilidad de su vejez. Desde entonces, Caton, segun la espresion enérgica de Tito Livio, no cesó de ladrar contra aquel gran ciudadano. Por instigacion suya, los tribunos Petilios intimaron á Escipion la órden de dar cuenta de la inversion de los tesoros entregados por Antíoco. El Africano mandó que le llevasen sus registros y los rasgó, esclamando: «No se dirá que he sufrido la afrenta de contestar á tal acusacion; que me he visto precisado á dar cuenta de cuatro millones de sextercios, cuando he hecho ingresar mas de doscientos en el tesoro.» Caton, decidido á colocar bajo el nivel de la igualdad republicana á aquel ciudadano orgulloso, cuyo ejemplo estimulaba el desprecio á las leyes y á los magistrados, el desden hácia las costumbres y las instituciones del país, hizo que otro tribuno le acusase de haber vendido la paz al rey de Siria.

En el dia señalado subió Escipion á la tribuna, y dijo con magnífica insolencia: «Tribunos, y vosotros, romanos, en igual dia fué cuando vencí á Anibal y á los Cartagineses. Como en tal dia conviene sobreseer las causas, desde aquí me voy al Capitolio á tributar homenage á los dioses. Venid conmigo á pedirles que os dén siempre gefes que se parezcan á mí, porque si vuestros honores se adelantaron á mis años, consistió en que mis servicios se anticiparon á vuestras recompensas.» Y subió al Capitolio llevándose en pos de sí al pueblo entero. Sin embargo, previendo que en lo sucesivo solo habria para él ataques de la envidia y debates con los tribunos, se retiró á Literno para no comparecer. Iban á condenarle como ausente, cuando el tribuno Sempronio Graco esclamó: «Mientras P. Escipion no se halle de re-

greso en Roma, no sufrirá que sea encausado. Cómo! ¿ni los servicios, ni los honores merecidos, han de asegurar nunca á los grandes hombres un asilo inviolable y sagrado, en el que, si no rodeados de homenages, siquiera respetados, puedan hallar descanso para su vejez? El asunto quedó abandonado, y el senado entero dió las gracias á Graco por haber sacrificado sus enemistades personales al interés general. Escipion, retirado en su casa de recreo, que no hubiera deseado poseer el mas oscuro contemporáneo de Séneca, acabó su vida consagrado al culto de las Musas. Polibio coloca su muerte en el mismo año que las de Filopémenes y de Aníbal (183). Aun se cree ver hoy dia en Patrica, que es la antigua Literno, su sepulcro y la segunda palabra de esta inscripcion que habia mandado grabar en él: «Ingrata patria, no poseerás mis cenizas.»

La emigracion de Escipion alentó á sus enemigos; Caton hizo que los Petilios volviesen á plantear su acusacion contra el Africano, quien dejó que sus bienes fuesen embargados y vendidos. Pero el producto de estos no alcanzó á cubrir el importe de la deuda; su pobreza probaba su inocencia.

Censura de Caton; leyes suntuarias; tribunales permanentes.

Caton triunfaba. Los Escipiones estaban humillados, y con ellos toda la nobleza. El pueblo, despues del descubrimiento de las bacanales, y no obstante la viva oposicion de los nobles, volvió á dar la censura á aquel hombre nuevo. La nobleza y los publicanos fueron tratados con suma dureza. Borró de las listas á siete miembros del senado, y entre ellos á un consular. Arrendó los impuestos á un precio muy subido y sacó á subasta las obras públicas. Incluyó en el censo de los ciudadanos las joyas, los carros, los adornos de las mujeres y los esclavos jóvenes comprados en el último lustro, por un valor décuplo del que habian costado, y les impuso una contribucion de tres ases por cada mil. Suprimió

las fuentes particulares que empobrecian las públicas en provecho de algunos magnates, y mandó empedrar los abrevaderos, limpiar las cloacas y construir otras nuevas, abrir un camino en la montaña de Formies y construir la basílica Porcia.

Agradecido el pueblo, le erigió una estátua con esta inscripcion: «A Caton, porque con disposiciones saludables y sábias instituciones ha levantado de nuevo á la república romana, á la que la alteracion de las costumbres habia puesto al borde de su ruina.» Así pues, habia un partido numeroso que simpatizaba con el rígido censor. Puesto Caton á su frente, no cesó de combatir contra la ambicion, la codicia y el lujo de los grandes, unas veces por medio de acusaciones particulares, y otras sosteniendo leyes suntuarias y todas las proposiciones que daban nuevas pero inútiles garantías á la libertad: en 181, una ley de los cónsules contra la intriga, y la ley *Orchia*, que limitaba el número de los convidados y el gasto de los festines; en 179, la ley *Villia* ó *Anualis*, que reprimia tambien la intriga, fijando la edad en que se podian obtener los cargos; en 174, la ley *Vaconia*, para impedir, lo mismo que en Esparta, la acumulacion de bienes en manos de las mujeres; en 161, la ley *Faunia*, contra el lujo de la mesa; por último, en 159, una ley que pronunció la pena capital contra los candidatos convictos de haber comprado los sufragios con dinero (1). En 168, provocó Caton el decreto prohibiendo á los reyes que fuesen á Roma, en donde siempre dejaban algunos vicios de su córte; mas tarde hizo que echasen á Corneades, y que se diese libertad á los Aquéos detenidos en Italia.

Si mas tarde pidió sin descanso la destruccion de Cartago, fué porque, al ver los progresos rápidos de la corrupcion, creyó que era preciso la energía y la fuerza, que aun les quedaban á los romanos para abrumar con un golpe postre-

(1) A estas leyes agregaremos tambien las leyes *Tabelarias* de los tribunos Gabinio y Casio, que establecieron el escrutinio secreto, en 139, para la eleccion de los magistrados, y en 137, para los juicios públicos.

ro á su temible enemiga. Tampoco queda duda alguna de que antes de morir aplaudió los esfuerzos del tribuno Calpurnio Pison, quien propuso en 149 el establecimiento de un tribunal permanente para juzgar á los concusionarios que habian llegado á ser harto numerosos, y que se escapaban con frecuencia, merced á la lentitud de un enjuiciamiento, ante el pueblo. Cinco años despues fueron creados tres tribunales permanentes contra los crímenes de magestad, de intriga para conseguir los cargos públicos, y de peculado. Los llamaron *cuestiones perpetuas*. Un ciudadano sentenciado por concusion perdia para siempre el derecho de hablar delante del pueblo.

Reaccion aristocrática.

La cruda guerra que Caton hizo á las costumbres de su tiempo le habia suscitado sobrados enemigos para que no fuese turbado su reposo; fué acusado y citado ante la justicia cincuenta veces. La última vez tenia ochenta y tres años; á los ochenta y cinco citó todavía ante el pueblo á Serv. Galba, porque, como dice Tito Livio, tenia un alma y un cuerpo de hierro, y la vejez, que todo lo gasta, no pudo debilitarle. Los nobles, no pudiendo imponer silencio á aquel censor perpétuo, rompieron entre sus manos el arma de que se servia contra ellos, y en el año 181 habian derrocado ya la organizacion democrática de los comicios. Lépido y Fulvio, que sucedieron á Caton en la censura, habian restablecido para la asamblea del pueblo las categorías de fortuna, es decir, el sistema de las clases abolido antes de la segunda guerra púnica. Sempr. Graco completó esta reorganizacion de los comicios sacando á los libertos de las tribus rústicas para hacerles ingresar en una de las cuatro tribus urbanas, en la Esquilina. Mas tarde, la institucion de las *quæstiones perpetuæ*, aunque justificada por el interés público, suministró tambien á los nobles, que eran los únicos que llenaban los tribunales, una ocasion para apoderarse del derecho ejercido

hasta entonces por el mismo pueblo, de juzgar y sentenciar sin apelacion en materia criminal. En esta vuelta hácia el pasado no olvidaron la religion, medio precioso de gobierno. La santidad de los dias fastos fué mantenida religiosamente (ley *Fuffia*), y hasta la misma asamblea de las tribus fué puesta bajo la dependencia de los augures por la ley *Ælia* (167).

Así pues, por las leyes, por la religion, por la autoridad judicial, tanto como por la concentracion de las propiedades y por la humillacion del pueblo, era todo una reaccion aristocrática. «Roma, dijo Salustio, se hallaba dividida con los grandes á un lado y el pueblo al otro, y en medio estaban la república desgarrada y la libertad moribunda. La faccion de los nobles prevalecia; el tesoro, las provincias, las magistraturas, los triunfos, todas las glorias y las riquezas de este mundo, todo lo poseian ellos. El pueblo sin vínculos y sin fuerzas no era sino una multitud impotente, diezmada por la guerra y por la pobreza, porque, mientras los legionarios se batian en lejanas tierras, sus padres y sus hijos eran expulsados de sus heredades por vecinos poderosos. La necesidad de dominar, y una codicia insaciable, hicieron que todo fuese invadido y profanado, hasta el dia en que esta codicia se precipitó por sí misma.

Tentativas de conciliacion; Escipion Emiliano.

La sociedad romana era arrastrada rápidamente hácia una revolucion inminente; y este movimiento era legítimo, porque era preciso que aquella ciudad, convertida ya en un imperio, se trasformase; para que la ciudad italiana pudiese contener un mundo, era necesario que renunciase á su limitado espíritu, á su religion local, á sus leyes hostiles contra el extrangero; que se abriese á todas las ideas y á todos los cultos, para abrirse en seguida á todos los pueblos.

Desgraciadamente para Roma, sus costumbres perecieron

en aquel contacto con una civilizacion sábia, pero corrompida. Se habrian salvado si el movimiento hubiese podido ser contenido en los límites en que algunas almas nobles hubieran querido detenerle. El genio severo del Lacio, lentamente fecundizado y suavizado por la ciencia y la urbanidad griegas, sin duda alguna habria producido frutos mas gloriosos; esto era lo que querian aquellos grandes ciudadanos: Paulo Emilio, cuya vida fué consagrada alternativamente á los negocios públicos, á la educacion de sus hijos y al cultivo de las letras, y que murió pobre, despues de haber conquistado la Macedonia; Escipion Nasica, á quien el senado declaró el hombre mas honrado de la república, y su hijo Córculo, bastante modesto para rehusar el título de *Imperator* con el triunfo, y que, oponiéndose á la voluntad de Caton, hizo aplazar por tres veces la ruina de Cartago; el austero Calpurnio Pison, denominado Fragi, orador hábil, capitan valiente, y profundo jurisconsulto y escritor; los dos Lelios, célebres por su constancia en la amistad, pero sobre todo el segundo, denominado el Sábio, que fué amigo de Pacuvio y de Terencio, y aun quizás su consejero y su guia; Sempronio, el padre de los Gracos y el pacificador de España; Fabio Serviliano y Manlio, quienes castigaron con la muerte los desórdenes y las concusiones de sus hijos; por último, los Tuberon, de la familia Elia, que tuvo cuatro cónsules en aquel período. Eran tan pobres, no obstante sus alianzas con las casas Emilia y Cornelia, que diez y seis miembros de aquella familia, no tenian, entre todos, mas que una casita y una granja en el territorio de Veyes. Q. Tuberon, yerno de Paulo Emilio, nunca poseyó, ni aun cuando fué cónsul, mas que vajilla de barro, á no ser una copita de plata que le habia dado el conquistador de Macedonia.

Pero el mas grande entre todos aquellos personages ilustres es todavía Escipion Emiliano, el hijo de Paulo Emilio, y el nieto adoptivo del Africano. Mientras la conquista de Macedonia infestaba á Roma de vicios y de seducciones nue-

vas, la amistad del sábio Polibio purificaba en Escipion las mismas virtudes de la antigua república, y les daba cierto carácter mas conmovedor y noble. Caton decia de Emiliano, aplicándole un verso de Homero: «Solo ese ha conservado su razon; los demás, vanas sombras, pasan y se precipitan.» En otra parte hemos referido sus servicios militares, sus esfuerzos para restablecer la disciplina, y su desinterés en medio de los despojos de Cartago. Enviado á Oriente algunos años despues, para arreglar los intereses de los pueblos y dar coronas, mostró en aquellas cortes voluptuosas una sencillez desdeñosa. A su regreso fué elevado á la censura. Escipion queria desplegar en aquel cargo una severidad saludable, pero en todas sus medidas se halló contrariado por la debilidad de su cólega Mummio. Los deseos de aquella alma noble eran conservar las costumbres antiguas, la sencillez, la disciplina, y sin embargo honrar á las nuevas musas hasta el estremo de ayudar quizás á Terencio. Encontraba ya que era bastante grande la fortuna de Roma, y solo pedia á los dioses que la conservasen, porque habia comprendido muy bien los peligros que corria la república, y observaba con mirada inquieta aquella descomposicion lenta de las costumbres y aun del mismo pueblo. Acaso hubiera podido detenerla. Ciceron así lo ha creido; y el título que mas tarde aceptó de patrono de los italianos, la tentativa hecha por su amigo Lelio durante su consulado, muestran que se hubiera dedicado audazmente á cortar los abusos. Tiberio, dice Plutarco, no hizo sino emprender de nuevo los proyectos de Escipion. Si tenian alguna probabilidad de buen éxito, era ejecutándolos él.

Desgraciadamente Escipion estaba léjos, á las puertas de Numancia, cuando estalló la revolucion, y á su regreso habia entrado esta en las vías de sangre y de violencia de donde ya no era posible sacarla, y en la que él mismo halló la muerte. Era que, escepto él, acaso, todos cerraban los ojos á la gravedad del mal, y nadie pensaba en los medios de curarle. Como aquellos antiguos senadores que, sentados en

sus sillas curules, aguardaban, impasibles y dignos, á que apareciesen los Galos, los Escevolas, los Calpurnios y los Tuberon creian hacer bastante por su patria dando el ejemplo de una vida sin tacha, y dispuestos á morir, pero incapaces de combatir; en su inactiva virtud dejaban que llegasen los dias aciagos. Estóicos en su mayor parte, sabian mejor sufrir que obrar; jurisconsultos, no hubieran querido salir de la legalidad; y no veian que la república, cual un enfermo desahuciado, necesitaba esos remedios enérgicos de los tiempos de revolucion, que salvan ó matan á los imperios.

CAPÍTULO XVI.

Los Gracos (133—121).

SUBLEVACION DE LOS ESCLAVOS; EUNO (133).—LEY AGRARIA DE TIBERIO GRACO (133).—DESTITUCION DE OCTAVIO; MUERTE DE TIBERIO (133). ESCIPION EMILIANO Y LOS ITALIANOS.—PETICIONES Y PODER DE CAYO GRACO (123).—MUERTE DE CAYO (121).

Sublevacion de los esclavos; Euno (133).

Habia tres clases de oprimidos: el pueblo de Roma, los italianos y los provinciales, y los esclavos reclamando á su vez cada una de estas tres clases. Los esclavos, que eran los mas maltratados fueron los primeros en sublevarse. El senado habia tenido que reprimir ya rebeliones parciales de esclavos, antes de verse precisado á combatir la insurreccion imponente de Euno. Este Sirio, esclavo en Sicilia, habia predicho que seria rey, y asegurado su profecía con un milagro; al hablar arrojaba llamas por la boca; una nuez llena de azufre inflamado y oculta dentro de su boca, le servia para realizar aquel prodigio. Por sus imposturas habia adquirido grande autoridad sobre sus compañeros de infortunio, cuando la crueldad de un amo, el rico Damófilo de la ciudad de Enna, produjo una sublevacion. Habiendo roto sus cadenas sus 400 esclavos, se lanzaron al campo, y muy luego volvieron á entrar en la ciudad con fuerzas considerables; todos los habitantes fueron asesinados, y Damófilo sirvió durante mucho tiempo de juguete á su venganza; solo perdonaron á

su hija, que les habia mostrado alguna compasion. Un movimiento igual estalló en Agrigente, y 5000 hombres fueron á reunirse con los esclavos de Enna, que habian tomado por gefe al profeta sirio, bajo el nombre del rey Antíoco. Tan luego como hubo un campamento, un sitio de refugio, acudieron los esclavos desde todos los puntos de la isla. En pocos meses reunió Euno 70.000 hombres.

Era la época de los desastres vergonzosos sufridos por las legiones delante de Numancia, antes de que llegase Escipion delante de sus muros, desastres que se renovaron en Sicilia. Cuatro pretores y un cónsul fueron derrotados sucesivamente. Dueños de Enna, en el centro de la isla, 200.000 esclavos difundieron el terror desde Mesina á Lilibea, mientras que, desde Tauromenio, en la costa, mostraban á sus hermanos de Italia sus cadenas rotas. Los esclavos se conmovieron del uno al otro estremo del imperio, y algunas esplosiones revelaron el incendio que se estendia sordamente de unos á otros. En Delos, en el Atica, en la Campania, y aun en el Lacio hubo tentativas de sublevacion. Afortunadamente para Roma, sus grandes focos de esclavos estaban separados por mares ó por países poco poblados. Entonces lo mismo que mas tarde, la insurreccion no pudo pasar el estrecho, porque las provocaciones que procedian de Sicilia iban á caer sin eco en las soledades del Brucio y de la Lucania.

En 133, habiendo restablecido Calpurnio Pison la disciplina en las legiones, obligó á los esclavos á levantar el sitio de Mesina; su sucesor Rupilio les tomó á Tauromenio, despues de haberles reducido por medio del hambre á que se comiesen á sus mugeres y á sus hijos; Enna le fué entregada por traicion. Desde entonces se dispersó el ejército, y solo quedaron algunas partidas que fueron perseguidas y acorraladas en las montañas. Todos los que cayeron prisioneros perecieron en los suplicios. El *rey Antíoco,* que no habia tenido valor suficiente para matarse, fué cogido en una cueva con su cocinero, su panadero, su bañero y su bufon y le dejaron morir en un calabozo. Rupilio procuró evitar una nue-

va rebelion, por medio de reglamentos prudentes que muy luego fueron olvidados por razon de la codicia de los amos.

La rebelion de los esclavos estaba apaciguada, pero comenzaba la guerra civil.

Ley agraria de Tiberio Graco (133).

Tiberio y Cayo, siendo aun muy jóvenes, perdieron á su padre, el pacificador de España; pero Cornelia le sustituyó dignamente, rodeándoles de los maestros mas hábiles de Grecia, y dirigiendo su educacion por sí misma. Tiberio, que tenia nueve años mas que su hermano, sirvió al pronto en África de una manera distinguida, y fué el primero que subió á los muros de una ciudad enemiga. Mas tarde siguió á España, como cuestor, al cónsul Mancino, cuyo ejército salvó, obteniendo de los Numantinos un tratado que al cónsul le negaban. El senado rasgó el tratado y quiso entregar al enemigo el cónsul y su cuestor, desnudos y con las manos atadas como esclavos. Pero el pueblo no permitió que Tiberio fuese castigado por la impericia de sus gefes, y solo Mancino fué entregado. Tiberio al regresar de Numancia, halló desiertas las fértiles campiñas de la Etruria; en Roma, una multitud ociosa y hambrienta, á la que ya no alimentaba la guerra; en la Italia entera, varios millones de esclavos que se estremecian al rumor de los triunfos de Numo. ¿Qué remedio habia para este triple mal, la miseria y la degradacion del pueblo, la extension de la esclavitud, la ruina de los campos? solo uno, quizás: dividir las posesiones inmensas que los grandes habian usurpado al Estado; restituir la multitud indigente á la propiedad; regenerarla por la virtud del trabajo; expulsar de los campos á los esclavos, devolviéndolos á los trabajadores libres, y convertir en ciudadanos útiles y fieles á aquellos libertos que no tenian de romanos mas que el nombre; en una palabra, hacer que la república retrocediese un siglo, reconstituyendo, por medio de una ley agraria, las propiedades pequeñas y la clase media.

Tan luego como Tiberio fué elevado al tribunado, el pueblo esperó de él grandes cosas. Los pórticos, las paredes de los templos y los sepulcros se cubrieron de pasquines; le escitaban á que mandase restituir á los pobres las tierras de los dominios públicos. Despues de haberse aconsejado con su suegro Apio, antiguo cónsul y censor, con el gran pontífice Licinio Craso, y con el famoso jurisconsulto Mucio Escevola, cónsul en aquel año, volvió á emprender el proyecto de Lelio y de Escipion, y en una reunion del pueblo por tribus, propuso la ley siguiente: «Que nadie posea mas de 500 fanegas de tierras conquistadas; que nadie envie á los pastos públicos mas de 100 cabezas de ganado mayor, ni mas de 500 de ganado menor; que cada uno tenga en aquellas tierras cierto número de obreros de condicion libre.» Era la antigua ley de Licinio Stolon, que ninguna prescripcion legal habia llegado á abolir. Tiberio, con el fin de hacer que su ejecucion fuese menos dolorosa para los ricos, añadió á ella lo siguiente: «Los detentores de las tierras públicas conservarán 250 fanegas para cada uno de sus hijos varones, y se les concederá una indemnizacion para compensarles los gastos útiles que hayan hecho en las tierras que se les quiten. Lo que el Estado recobre de este modo será distribuido á los ciudadanos pobres por medio de triunviros que se mudarán todos los años. Estos lotes serán inagenables, y no deberán censo alguno al tesoro.» Así se iban á convertir en verdaderas propiedades.

Los ricos quedaron llenos de estupor. Segun decian, se les querian arrancar los sepulcros de sus antepasados, el dote de sus esposas, la herencia de sus padres, las tierras que habian adquirido legítimamente á costa de dinero, que habian mejorado y cubierto de edificios. El saqueo del patrimonio público no solo habia aprovechado á los nobles de Roma y á los publicanos: en las colonias, en las municipalidades, en cuantas partes existian ricos, se encontraban tambien detentores de tierras públicas y todos acudieron á Roma. Cuando llegó el dia de los comicios, Tiberio subió á la tribuna, y di-

rigiéndose á los ricos les dijo: «Ceded una parte de vuestra riqueza, si no quereis verla arrebatar toda algun dia. Cómo! las fieras tienen sus madrigueras, y los que están derramando su sangre por la Italia, no poseen mas que el aire que respiran! Sin techo para cobijarse, sin morada fija, andan vagando con sus mugeres y sus hijos. Los generales les engañan cuando les exhortan á pelear por los templos de los dioses, por los sepulcros de sus padres. Entre tantos romanos, ¿hay uno solo que tenga un sepulcro, un altar? no combaten y mueren sino para sostener el lujo y la opulencia de algunos. Les llaman los dueños del mundo, y como propiedad no poseen un terron de tierra.»

El pueblo iba á votar, pero el tribuno Octavio seducido por los ricos, opuso su *veto*. Tiberio, irritado, suprimió en seguida los únicos dos artículos que hacian aceptable su proposicion; á saber: la indemnizacion y las fanegas reservadas á los detentores y á sus hijos. Octavio sostuvo aun con mas energía su *veto*, y esta firmeza de caracter arrastró á Tiberio á adoptar medidas violentas. En virtud del poder ilimitado que le daba su cargo de tribuno, suspendió á los magistrados de sus funciones, y prohibió que se ocupasen de negocio alguno hasta tanto que se hubiese votado la ley.

Destitucion de Octavio; muerte de Tiberio (133).

Sin embargo, era difícil que durase mucho tiempo aquella suspension del gobierno. Tiberio propuso al pueblo y obtuvo la destitucion de su cólega, no pudiendo vencer de otro modo su oposicion. Era aquel el primer ataque á la inviolabilidad tribunicia.

Entonces fué aprobada la ley, y se nombraron tres comisarios: Tiberio, su hermano Cayo, que á la sazon se hallaba en España, y su suegro Apio. Pero en seguida comenzaron para la ejecucion las innumerables dificultades que Tiberio no habia previsto. ¿Cómo se habian de conocer aquellas tierras del patrimonio público usurpadas hacia siglos? ¿por donde

se habia de principiar? ¿Cómo habian de hacerse y distribuirse los lotes? Además, era preciso frustrar la mala voluntad de los grandes, y contener la impaciencia de los pobres. Para contentar á estos hizo decretar tambien que los tesoros de Atalo fuesen distribuidos á los ciudadanos á quienes la suerte concediese tierras, con el fin de cubrir los primeros gastos de cultivo y de compra de aperos de labranza.

El pueblo estaba satisfecho, pero ya no seguia á su tribuno, quien se hallaba preocupado con proyectos de reformas políticas y militares muy indiferentes para la plebe. Sin embargo, le querian todavía. Habiendo muerto repentinamente uno de sus amigos, todos los pobres quisieron llevar su cadáver, y cuando Tiberio apareció en la plaza vestido de luto, llevando de la mano á sus dos hijos, y pidiendo para ellos y para su madre la proteccion del pueblo, la multitud se conmovió, y durante algun tiempo, un gran número de ciudadanos hicieron una guardia vigilante, de dia y de noche, en torno de su tribuno.

Tiberio, para librarse de todos los odios que habia concitado contra sí, necesitaba un segundo tribunado, y lo pidió; pero la mayor parte de sus partidarios se hallaban á la sazon detenidos en el campo, por ser la época de la siega, y cuando quiso recoger los sufragios, los ricos y algunos de sus colegas esclamaron que un tribuno no podia continuar dos años seguidos en su cargo. Sus partidarios cometieron la imprudencia de atacar con palos á sus adversarios, los cuales huyeron difundiendo la voz de que Tiberio se habia proclamado tribuno por sí solo. Los nobles armaron en seguida á sus esclavos. El tribuno, al saber esta noticia, se llevó las manos á la cabeza para hacer comprender á la multitud que amenaban á su vida; pero sus enemigos corrieron presurosos á decir al senado que pedia la diadema. Escipion Nasica requirió al cónsul para que derribase al tirano. Escevola contestó con dulzura que á ningun ciudadano haria perecer mientras no se le hubiese juzgado en debida forma. Entonces lanzándose Nasica desde su sitio, esclamó: «Puesto que el primer magis-

trado hace traicion á la república, que me sigan los que quieran ir al auxilio de las leyes!» Al decir esto, salió de la curia, arrastrando en pos de sí á una parte del senado y á los ricos, seguidos de sus esclavos armados con palos y mazas. Subieron así al Capitolio, y mataron ó precipitaron á cuantos querian detenerles. El mismo Tiberio iba dando la vuelta alrededor del templo, cuando tropezó en un cadáver y cayó. En el momento en que se levantaba, uno de sus cólegas le pegó en la cabeza con el pié de un banco, y mas de 300 partidarios suyos perecieron con él.

Escipion Emiliano y los italianos.

El senado y la ciudad, dominados por la faccion de los grandes, permanecieron sujetos, durante algun tiempo, á la influencia del terror. Todos los amigos del tribuno que no pudieron ser habidos, fueron desterrados, y los demás ejecutados. Sin embargo, á pesar de aquellas represalias sangrientas, nadie se atrevió á alterar la ley. El tribuno muerto volvió á ser temible, gradualmente; el pueblo se acusaba de haberle dejado perecer, y Nasica no podia presentarse en parte alguna sin que le persiguiese la rechifla de la multitud. El senado le alejó con el pretesto de confiarle una mision en Asia. Carbon, nombrado tribuno para el año 131, comenzó de nuevo la lucha. Primero propuso el escrutinio secreto para la votacion de las leyes, con el fin de que ya no les fuese posible á los ricos seguir el curso de los sufragios y detenerlos cuando comenzasen á serles contrarios. En seguida, pidió que el mismo ciudadano pudiese ser mantenido en el tribunado, á fin de que la ley no legitimase ya la violencia por la cual habia perecido Tiberio. De estas peticiones fué aprobada la primera, pero la segunda fué á estrellarse en la oposicion de Escipion Emiliano.

Escipion, asustado por el carácter revolucionario que habia tomado la reforma, habia condenado á su cuñado. «Así perezca todo el que quiera imitarle!» habia dicho al saber su

muerte. Así pues, él, que sabia muy bien de que mal moria la república, se pasaba á los grandes, pero lo hacia llevando vastos planes. Tiberio quiso enviar al campo á los pobres de la ciudad, y estos habian rehusado el bienestar que les ofrecian con la condicion de ganarle por medio del trabajo. Esta villanía inspiró al vencedor de Numancia un desprecio indecible hácia aquellos hombres á quienes, por otra parte, nunca habia encontrado entre los legionarios. Un dia en que le interrumpian en el foro esclamó: «Silencio! vosotros á quienes Italia no reconoce por hijos suyos;» y como aun se alzaban murmullos, añadió: «Aquellos á quienes he traido aquí encadenados, no me asustarán porque hoy les hayan quitado sus hierros.» Y los libertos se callaron. Era la vez primera que se pronunciaba la palabra Italia! En efecto, Escipion comprendió que los tiempos de Roma habian concluido, y que debian comenzar los de Italia. Roma si solo continuaba siendo una ciudad, iba á quedar entregada á todos los desórdenes de las pequeñas repúblicas degeneradas. De aquella ciudad era preciso hacer un pueblo. Acaso este problema difícil no fuese superior á la elevada inteligencia de aquel á quien Ciceron tomó por su héroe.

Segun este nuevo plan, no era ya necesaria la ley agraria: habria disminuido algunas miserias, pero lastimaba el amor propio de los Italianos. Escipion la combatió demostrando las dificultades insuperables que producia. No le dejaron tiempo para que hiciese mas. Una mañana se le encontró muerto en su lecho. Segun decian unos, el asesinato habia sido preparado por Cornelia, madre de Graco, que temia la abolicion de la ley agraria, y por su hija Sempronia, muger de Escipion, fea y estéril, que no amaba á su marido ni era amada de él. En concepto de otros, se dió la muerte á sí mismo al ver que no podia cumplir lo que habia prometido. Los grandes, que quizás le temian tanto como el pueblo, no procuraron vengarle, no se hizo averiguacion alguna, y el que habia destruido á *los dos terrores de Roma* no tuvo siquiera funerales públicos. Pero uno de sus adversarios políticos le tri-

butó un homenage público. Metelo el Macedónico quiso que sus propios hijos condujesen el lecho fúnebre. «Nunca, les dijo, podreis cumplir el mismo deber con un hombre mas eminente (129).»

Su muerte dejó sin protector á los italianos. Los nobles se apresuraron á rechazar al nuevo enemigo que queria mezclarse en sus contiendas interiores, y el senado mandó desterrar de Roma á todos los aliados que allí se hallaban. Pero los gefes del partido popular conocieron muy luego que el senado, con aquel rigor, les suministraba una arma poderosa, y se apoderaron hábilmente de ella. Cayo Graco, que á la sazon era cuestor, se opuso vivamente al decreto de expulsion, y el cónsul Fulvio, amigo suyo, con el fin de unir en una misma causa al pueblo y á los italianos, propuso conceder el derecho de ciudadanía á todos aquellos que no tuviesen porcion alguna de tierras públicas. En este intermedio, los Masaliotas imploraron el auxilio de Roma contra sus vecinos, y Fulvio marchó con un ejército á socorrerles. Alejaron tambien á Cayo desterrándole como procuestor á Cerdeña, y habiendo intentado los habitantes de Fregelles arrancar por la fuerza lo que negaban á sus ruegos, su ciudad fué tomada y destruida. Esta ejecucion sangrienta detuvo por 35 años la sublevacion de Italia.

Peticiones y poder de Cayo Graco (123).

Tenia Cayo 21 años cuando murió su hermano, y mas impetuoso, mas elocuente, y dotado de una ambicion acaso menos pura, dió mayores proporciones á la lucha comenzada por Tiberio. Este solo habia querido aliviar la miseria de los pobres; Cayo pretendió variar toda la constitucion. El senado que habia adivinado su propósito y carácter, intentó detenerle con la cuestura de Cerdeña, pero él no aceptó aquel destierro, y cuando le acusaron ante los censores de haber violado la ley que detenia al cuestor al lado de su general, contestó: «He hecho doce campañas, y la ley solo exige diez.

En la provincia no ha sido mi ambicion, sino el interés público, lo que ha servido de regla á mi conducta. Nadie puede decir que me ha regalado un as, ni que ha gastado lo mas mínimo para mí. Por eso los cintos llenos de dinero que saqué de Roma, los traigo vacíos, mientras otros han traido llenas de dinero las ánforas que se habian llevado llenas de vino.» Todavía le suscitaron nuevos obstáculos: le acusaron de haber tomado parte en la rebelion de los Fregelanos, lo cual era designarle al favor de los italianos. Elegido tribuno para el año 123, propuso enseguida dos leyes: la primera dirigida contra Octavio, prevenia que un ciudadano destituido por el pueblo no podria ser elevado á cargo alguno; la segunda, que un magistrado que hubiese desterrado á un ciudadano, sin juzgarle, seria citado ante el pueblo. A ruego de Cornelia retiró la primera; pero el antiguo cónsul Popilio, el perseguidor de los amigos de su hermano, emigró tan luego como fué aprobada la segunda.

Cayo, despues que hubo hecho dar esta satisfaccion á los manes de su hermano, volvió á emprender abiertamente sus proyectos en este sentido nueva confirmacion de la ley agraria, distribuciones regulares de trigo al precio de cinco sextos de as la fanega; suministro gratuito de prendas de vestuario á los soldados que se hallasen bajo sus banderas; establecimiento de nuevos impuestos sobre la entrada de las mercancías importadas de las comarcas extrangeras para satisfacer las necesidades de los ricos; colonias para los ciudadanos pobres y para aquellos que querian trabajo, hasta tanto que la ley agraria les diese tierras, construccion de graneros públicos, de puentes y de grandes carreteras que trazó él mismo atravesando la Italia, y que aumentaron el valor de las propiedades facilitando mucho mas su explotacion.

Cayo, despues de haberse grangeado, por medio de estas innovaciones populares, las simpatías del ejército, de las tribus rústicas y del pueblo bajo de Roma, comenzó la lucha política contra los privilegiados. En primer lugar hizo de-

cretar que en lo sucesivo designase la suerte el órden en que habian de votar las centurias. De este modo, las últimas podian ser llamadas las primeras, y ya no dependia la mayoria del voto de los ricos. Nuevos artículos añadidos á la ley Porcia, prohibieron á todo magistrado que en lo sucesivo emprendiese cosa alguna contra un ciudadano sin órden del pueblo. Esto era despojar al senado de la facultad de recurrir á la dictadura. Una alteracion mucho mas grave dió á los caballeros todas las plazas de jueces reservadas hasta entonces para los senadores.

Cayo pensaba que lo que quitaba al senado aprovecharia al pueblo y á la libertad, y que los caballeros, agradecidos, le ayudarian en sus demás proyectos. «De un solo golpe, decia, he destruido el orgullo y el poder de los nobles.» Estos lo sabian y le amenazaban con su venganza.» Pero, aun cuando me mataseis, contestaba él, ¿conseguirias arrancar de vuestro corazon el puñal que os he clavado?»

Cayo creía haber robustecido la constitucion; para consolidar el imperio interesando en su causa á un pueblo numeroso, propuso conceder á los aliados latinos todos los derechos de los ciudadanos romanos, y á los italianos el de sufragio.

Así pues, daba á los soldados vestuario gratuito; á los pobres de las tribus urbanas, trigo; á los de las tribus rústicas tierras; á los latinos, el derecho de ciudadanía; á los caballeros el de juzgar; es decir, aliviaba á los pobres, defendia á los oprimidos, y hacia una tentativa para restablecer el equilibrio en el Estado; tales fueron los actos del aquel tribuno memorable. Cayo habia realizado, pues, lo que quisieron ejecutar su hermano y su cuñado, Tiberio y Escipion Emiliano. Parecia mas grande, como hombre político, que aquellos, y al verle siempre rodeado de magistrados, de soldados, de literatos, de artistas y de embajadores, se le hubiera podido tomar por rey de Roma. Eralo, éralo en efecto, por el favor del pueblo, por el terror de los nobles, por la gratitud de los caballeros y de los italianos; queria serlo, tambien, por

el afecto de los provincianos. El propretor Fabio habia enviado desde España trigo arrebatado á los habitantes; Cayo hizo que les fuese satisfecho su valor. El Asia, sobre todo, estaba oprimida por los publicanos: autorizó á los habitantes de la provincia para que tomasen ellos mismos el arriendo del impuesto que habian de pagar. Los cónsules hacian que les señalasen las provincias que mas les convenian, las que mas se prestaban al saqueo ó á satisfacer la ambicion militar; hizo decretar que en lo sucesivo fuesen designadas antes de la eleccion de los cónsules, para que así se consultase tan solo el interés del Estado y no el de los elegidos. Tambien queria levantar de nuevo á Cápua y á Tarento, y no obstante las imprecaciones lanzadas contra los que reedificasen á Cartago, enviar una colonia á sus ruinas, con el fin de mostrar bien al mundo el nuevo espíritu de liberalidad y de grandeza que iba á reinar en los consejos de Roma.

Muerte de Cayo (121).

Para destruir su popularidad, los grandes, durante su segundo tribunado, resolvieron mostrarse mas amigos del pueblo que él. Sobornaron á uno de los nuevos tribunos, Livio Druso, quien despues de cada proposicion de su cólega hizo otra mas liberal en nombre del senado. Cayo habia pedido el establecimiento de dos colonias, y Druso pidió que se fundasen doce. Habia dado el derecho de ciudadanía á los latinos, y Livio hizo decidir que ningun soldado latino pudiese sufrir el castigo de las varas. Cayo, cansado de aquella lucha singular, partió para conducir 6,000 colonos romanos á Cartago. Esta ausencia, prolongada imprudemente durante tres meses, dejaba el campo libre á Druso. Cuando Cayo regresó, su popularidad estaba arruinada, sus amigos amenazados, los caballeros apartados de él, y uno de sus enemigos mas violentos, Opimio, propuesto para el consulado. El mismo Cayo no pudo obtener su reeleccion para un tercer tribunado.

El nuevo cónsul, para irritarle y precipitarle á cometer algun acto que legitimase su violencia, mandó que se procediese á una informacion acerca de la colonia de Cartago, y habló públicamente de derogar sus leyes. Era preciso defenderlas ó disponerse á perecer. Por ambas partes se prepararon para el combate. Opimio, investido del poder dictatorial por la fórmula consagrada, *Caveat consul*, hizo tomar las armas á los senadores, á los caballeros y á sus esclavos. Durante la noche ocupó con crecidas fuerzas el Capitolio, mientras que Cayo y el antiguo cónsul Fulvio se atrincheraban en el templo de Diana situado en el Aventino. En el tránsito habian estos llamado á los esclavos á la libertad; oprimidos ellos tambien, solo en aquel momento supremo y postrero habian pensado en otros hombres igualmente desgraciados. El cónsul tenia arqueros de Creta é infantería regular. La lucha no podia ser dudosa. Cayo, perseguido hasta el opuesto lado del Tiber, hizo que le matase un esclavo, quien se dió de puñaladas sobre el cadáver de su amo. Opimio habia prometido pagar por la cabeza del antiguo tribuno su peso de oro. Un amigo del cónsul, llamado Septimuleyo, le sacó los sesos, echó en su lugar plomo derretido, é hizo que le pagasen su doble sacrilegio. En aquel dia perecieron 3,000 partidarios de Cayo; los que no murieron en la accion fueron degollados en las cárceles. Arrasaron sus casas, confiscaron sus bienes, prohibieron á sus viudas que llevasen luto, y aun se apoderaron del dote de la muger de Cayo.

Mas tarde, el pueblo erigió estátuas á los Gracos, y levantó altares en los sitios en que habian perecido. Durante mucho tiempo se hicieron en estos ofrendas y sacrificios. Esta gratitud tardía consoló á Cornelia, harto fiel, quizás, á su carácter grandioso. Retirada en su casa del cabo Miseno, en medio de los enviados de los reyes y de los letrados de Grecia, complacíase en contar á sus huéspedes sorprendidos la vida y la muerte de sus dos hijos, sin derramar una lágrima y como si hubiese hablado de algun héroe de los antiguos tiempos. Unicamente la oían añadir algunas veces al relato de

las hazañas de su padre el Africano: «Y los nietos de aquel grande hombre eran mis hijos. Cayeron en los templos y en los bosques sagrados de los dioses. Tienen los sepulcros que merecen sus virtudes, porque sacrificaron su vida al objeto mas noble, á la felicidad del pueblo.»

CAPÍTULO XVII.

Yugurtha y los Cimbros (112—101).

REACCION ARISTOCRÁTICA; MARIO.—GUERRA DE YUGURTHA (112-104).—BALDON DE LAS ARMAS ROMANAS (111-110).—MANDO DE METELO Y DE MARIO (109-104).—DIFERENTES ESPEDICIONES DE LOS ROMANOS PARA ASEGURARSE UN CAMINO POR TIERRA HÁCIA LA GRECIA Y LA ESPAÑA (154-114).—INVASION DE LOS CIMBROS Y DE LOS TEUTONES EN LA NÓRICA, LA GALIA Y LA ESPAÑA (113-102).—BATALLA DE AIX (102); BATALLA DE VERCEIL (101).

Reaccion aristocrática; Mario.

Cuando hubieron arrojado al Tiber los 3000 cadáveres, limpiado la sangre de las calles y pagado el precio del asesinato, el feroz Opimio, para eternizar el recuerdo de tan odiosa victoria, hizo acuñar una medalla en que se le representó bajo la figura de Hércules con una maza y una corona triunfal. En seguida purificó la ciudad por medio de lustraciones, y consagró un templo á la Concordia; parodia irrisoria del último acto de la vida de Camilo. Pero Camilo no habia degollado á Licinio; habia cerrado la era de los disturbios, y Opimio abria la de las proscripciones.

Sin embargo, los grandes no se atrevieron á hacer uso demasiado pronto de su victoria; emplearon quince años en destruir la obra de los Graeos. En primer lugar, permitieron á cada uno que vendiese su lote, lo cual hizo que en poco tiempo volviesen á los ricos casi todas las tierras repartidas.

Luego garantizaron á los detentores la posesion de lo que aun tenian, con la condicion de pagar un censo que seria distribuido al pueblo. Pero en 108 se suprimió el censo. Nada quedaba ya de la ley agraria.

Los nobles conservaron, empero, cierto comedimiento desde la leccion severa que les habian dado los Gracos. En 116, los censores degradaron á 32 senadores. El cónsul Escauso publicó en el año siguiente una nueva ley suntuaria, y restringió los derechos políticos de los libertos. Por último, cuando estallaron los escándalos de la guerra de Numidia, los caballeros, asociándose á la indignacion popular, exoneraron á un pontífice y á cuatro consulares, entre los cuales se hallaba Opimio, quien fué á morir oscuro y deshonrado en Dirraquio. Pero los grandes juzgaron que esta severidad iba demasiado léjos, y en el año 106, el cónsul Cepion hizo restituir la mitad de las plazas de jueces á los senadores.

Así pues, todo recaía de nuevo en el antiguo estado, los pobres en la miseria, los grandes en el fausto y en la confianza. De los dos hijos de Cornelia solo quedaba un recuerdo sangriento. Pero el hombre que habia de vengarles tan cruelmente, Mario, estaba ya ejerciendo un cargo. Era un ciudadano de Arpinum, rudo é ignorante, soldado intrépido, buen general, pero tan irresoluto en el foro como enérgico en el campamento. En el sitio de Numancia habia reparado Escipion en él; el apoyo de los Metelos, que protegieron siempre á su familia, le hizo llegar en 119 al tribunado. Su primer acto fué una proposicion contra la intriga para obtener cargos y empleos. Toda la nobleza reclamó contra aquel acto de un jóven desconocido; pero en el senado amenazó Mario al cónsul con el encarcelamiento, y llamó á su viator para que arrestase á Metelo. Los grandes no quisieron empeñar una nueva lucha para un objeto secundario, y pasó la rogacion. El pueblo aplaudía; pero algunos dias despues, el tribuno hizo rechazar una distribucion gratuita de trigo. Esta pretension de dar una leccion á ambos partidos hizo que todos se volviesen contra él. Por eso fué derrotado cuando aspiró á

las dos edilidades, una despues de otra. En 117, fué el último que obtuvo la pretura, y aun le acusaron de haber comprado sufragios. Estas acusaciones, estas dificultades para progresar, entibiaron su celo; pasó oscuramente en Roma el año de su pretura y el año siguiente, en su gobierno de la España Ulterior, solo se señaló por el vigor que desplegó contra las rapiñas de los habitantes. A su regreso, el labriego de Arpinum selló su paz con los nobles por medio de una gran boda: se casó con la patricia Julia, tia segunda de César; y Metelo, olvidando, en gracia de sus talentos militares, la conducta que habia observado en su tribunado, le llevó á Numidia como lugarteniente suyo.

Guerra de Yugurtha (112—104); baldon de las armas romanas (111—110).

Desde la destruccion de Cartago, el Norte de Africa estaba dividido entre tres dominaciones: al Oeste el reino de *Mauritania* (imperio de Marruecos); en el centro el de *Numidia* (Argelia), que se extendia desde el *Malucha* (Moluya) hasta el *Tusca* (Zaine); y detrás de este rio, la provincia romana, la antigua *Zeugitane* (territorio del bey de Tunez), completamente rodeada por las posesiones de los reyes Numidas, merced á las usurpaciones hechas por Masinisa á los cartagineses. Masinisa y sus sucesores habian trabajado para hacer que sus Numidas fuesen sedentarios; habian estimulado la agricultura, multiplicado las ciudades y llamado á la civilizacion romana. Así pues, la Numidia no era ya de despreciar: su educacion social estaba casi hecha, y puesto que á la sazon era provechoso para Roma apoderarse de ella, su independencia no podia tardar en perecer. Sus mismos reyes ayudaron á este resultado.

Cuando murió Masinisa, Escipion Emiliano habia distribuido la Numidia entre los tres hijos del viejo monarca: una muerte prematura arrebató á los dos primeros, y el tercero, Micipsa, quedó por único rey, pero tenia dos hijos, Adherbal

y Hiempsal, entre los cuales se proponia dividir tambien sus Estados. Con sus hijos habia criado Micipsa al hijo natural de un hermano suyo, Yugurtha, quien parecia haber heredado el valor indomable y la ambicion poco escrupulosa de su abuelo. Como Masinisa, era el mejor jinete de Africa, y nadie atacaba al leon con mas valor en las grandes cacerías que se verificaban en las faldas del Atlas. Micipsa, al ver que de dia en dia aumentaban su fama y nombradía, temió haber criado por sí mismo un rival para sus hijos, y con la esperanza de que la guerra le desembarazaria de él, le confió el encargo de conducir un auxilio á Escipion, que se hallaba delante de Numancia. Cuando regresó á Africa con testimonios brillantes del favor de Escipion, Micipsa creyó prudente no dejarle que se tomase por sí mismo su parte de territorio; le adoptó, y al morir le dió una tercera parte del reino para dejar á salvo el resto. Adherbal, Hiempsal y Yugurtha habian de reinar juntos (118). Desde los primeros dias se suscitaron contiendas; Yugurtha, arrojando la máscara, hizo degollar á Hiempsal; y Adherbal, derrotado al querer vengar á su hermano, se vió obligado á refugiarse en la provincia romana (117). Fué á Roma á defender su causa en el senado; pero este, cuya política exigia que la Numidia permaneciese dividida, se contentó con decretar el envio de diez comisarios para distribuir el reino entre los dos príncipes.

El jefe de la embajada, Opimio, estaba ganado aun antes de salir de Roma; los demás cedieron tambien á la influencia del oro numida y Yugurtha obtuvo de ellos lo que queria: la mejor parte de la herencia de Micipsa. No se contentó con ella mucho tiempo. En primer lugar, hizo que asolasen las tierras de Adherbal, despues supuso una conspiracion fraguada por este príncipe contra su vida, y á las vivas quejas que Adherbal le trasmitió, contestó con una guerra abierta que terminó por una batalla dada al pié de los muros de la ciudad real de *Cirta* (Constantina). Algunos senadores querian enviar al instante un ejército al Africa; los amigos de Yugurtha obtuvieron que se enviase todavía una diputacion

á cuyo frente colocaron á Emilio Escauro. Ya fuese por debilidad, ó por corrupcion, Escauro y sus compañeros solo volvieron con buenas promesas, y sin duda con mucho dinero. Aun no habian llegado á Roma, cuando Adherbal, obligado por el hambre á rendirse, perecia en el suplicio con todos los latinos que le habian defendido (112). La indignacion del pueblo obligó al senado á enviar un ejército al Africa. Calpurnio, que le mandaba, nada hizo, y vendió la paz al rey (111). El tribuno Memmio, al saber esta noticia, habló con una elocuencia que recordaba la de Cayo. «Habeis dejado perecer vergonzosamente á vuestros defensores, decia al pueblo; no importa, atacaré como ellos á esa faccion orgullosa que ha quince años os oprime. Os indignais interiormente de ver el tesoro público saqueado y los tributos de los reyes y de las naciones confiscados por algunos hombres; pero para ellos no era bastante; ha sido preciso que entreguen á vuestros enemigos vuestras leyes, vuestra magestad, la religion y el Estado!» É hizo decretar que Yugurtha fuese citado en Roma. El rey no temió obedecer á este emplazamiento singular; pero cuando Memmio le mandó que hablase, otro tribuno llamado Bebio, á quien habia comprado secretamente, le prohibió que contestase. Hallábase en la ciudad otro competidor al trono de Numidia, y le hizo asesinar (110). Esto era ya demasiado. El senado le mandó que saliese al instante de Roma. Cuando hubo pasado de las puertas, se volvió, y fijando en ella una mirada llena de desprecio y de odio, exclamó: «Ciudad venal! solo te falta un comprador.»

Albino le siguió al Africa, y pareció que queria activar mucho la guerra; pero Yugurtha, unas veces combatiendo y otras negociando, fué ganando tiempo hasta que llegó la época de los comicios, y el cónsul, llamado á Roma, dejó á su hermano Aulo sus legiones, las cuales, encerradas por los numidas, renovaron la vergonzosa derrota sufrida delante de Numancia, y pasaron bajo el yugo. Un tribuno hizo que el pueblo mandase practicar una informacion. Cuatro consulares y un pontífice fueron condenados.

Mando de Metelo y de Mario (109—104).

Sin embargo, aquella guerra de lo que al pronto no habian hecho caso, comenzaba á causar inquietud, porque se acercaba á Italia otra mas terrible, la de los Cimbros. Elevaron al consulado á un hombre íntegro y severo, Cecilio Metelo, á quien la suerte dió por provincia el Africa; era preciso desterrar del ejército los hábitos de rapiña, la cobardía y la insubordinacion; Metelo se ocupó por de pronto en restablecer la disciplina, y luego, seguro ya de sus soldados, se adelantó hasta *Vacca* (Baga), la tomó, y dueño entonces de una plaza que aseguraba sus comunicaciones con la provincia, sus víveres y su retirada, fué á buscar á Yugurtha y le derrotó cerca del *Muthul* (109). Esta victoria produjo la defeccion de varias ciudades, de *Sicca* (El-Kef), cerca de *Bagradas* (Mezdjerda), y acaso tambien de *Cirta* (Constantina). Yugurtha renunció á las batallas campales, y comenzó una guerra de escaramuzas que se hallaba favorecida por la naturaleza del país, siguiendo paso á paso por las montañas á la pesada infantería romana, deteniendo los convoyes, arrebatando á los forrageadores, alterando las aguas de las fuentes, y saqueando por sí mismo el país.

Sin embargo, la mayor parte de la *Numidia Masilia* (el O. del territorio del bey de Tunez y el E. de la provincia de Constantina) se hallaba sometida; Sicca, Vacca, su capital, Cirta y todas las ciudades de la costa se hallaban ocupadas por guarniciones romanas. El rey se asustó de una guerra que se tornaba tan séria; pidió la paz y entregó 200.000 libras de plata, sus elefantes, armas, caballos y todos los tránafugas. Pero cuando recibió la órden de ir á entregarse él mismo al cónsul, no pudo resolverse á ello, y Metelo que conservaba su mando, comenzó de nuevo las hostilidades guardando lo que habia recibido. Hasta entonces, Mario habia secundado lealmente á su jefe. Cuando pidió permiso á su general para ir á Roma á solicitar el consulado, Metelo

le contestó desdeñosamente: «Tiempo será de presentarte cuando mi hijo tenga la edad.» El jóven Metelo hacia entonces sus primeras armas (108). El cónsul no cedió sino doce dias antes de la reunion de los comicios. Mario se dió tal priesa que al séptimo dia llegó á Roma. El pueblo le nombró en seguida, y le asignó por provincia la Numidia. Desde entonces no guardó ya consideracion alguna. «Mi consulado y mi provincia, dijo, son los despojos ópimos arrebatados á los nobles; esas gentes desprecian mi nacimiento, y yo desprecio sus vicios; olvidan que el mas noble es el mas valiente.» Lo que ofreció aun mas gravedad que estas palabras llenas de odio, fué que abrió la entrada en las legiones á los proletarios y á los italianos, soldados pobres que habian de depender de su jefe mucho mas que de la república (107).

La noticia de los últimos triunfos de Metelo apresuró la partida del nuevo cónsul; aquel general, al inaugurar su tercera campaña, habia dispersado una vez mas al ejército numida y tomado á Tala enmedio del desierto. Yugurtha, amenazado por la traicion, perseguido sin tregua por un enemigo incansable, ya no sabia donde tomar algun descanso. Vagó durante mucho tiempo por los desiertos de los Gétulas. Su nombradía y sus tesoros atrajeron en torno suyo á aquellos bárbaros; los armó, los disciplinó, y encontrándose al frente de fuerzas numerosas, entró en tratos con su suegro Bocco, rey de Mauritania. Ambos reyes unieron sus fuerzas y marcharon hácia Cirta, bajo cuyos muros se habian atrincherado los romanos. Allí fué donde supo Metelo que le habian despojado de su mando, y partió para no entregar por sí mismo el ejército á su odioso rival.

Mario condujo la guerra de un modo mas prudente; en varias escaramuzas derrotó á los Gétulas, y aun cerca de Cirta estuvo muy próximo á matar á Yugurtha por su propia mano. Cuando hubo sguerrido de este modo á sus tropas, fué á ocupar á *Capsa* (Cadza), que tomó en un dia y sin perder siquiera un hombre. Muchas otras ciudades fueron tomadas tambien, ó abandonadas por sus habitantes. Hácia las fron-

teras de la Mauritania, por la destreza de un soldado ligurio, logró apoderarse de una fortaleza que contenia una parte de las riquezas del rey. En este sitio fué donde se le reunió su cuestor Sila, con un cuerpo de caballería latina. Sila, ávido de gloria, valeroso, elocuente, y dotado de un celo y de una actividad que nada lograba detener, se hizo querer muy luego de los oficiales y de los soldados. El mismo Mario cobró afecto á aquel jóven noble que no hacia valer su ilustre cuna, sino sus propios hechos (106).

Yugurtha habia perdido sus ciudades y sus castillos. Para que Bocco se decidiese á aventurar una gran batalla, que era su esperanza postrera, le prometió la tercera parte de su reino. El ejército romano, sorprendido en su marcha por los dos reyes, estuvo durante una noche entera como sitiado en una colina; pero al amanecer, los legionarios recobraron la ventaja é hicieron una verdadera matanza de moros y de gétulas. Otra sorpresa intentada contra las legiones, cerca de Cirta, logró buen éxito por un momento. Yugurtha, mostrando su espada ensangrentada, gritaba en medio de la pelea que habia muerto á Mario, y ya comenzaban á cejar los romanos cuando Sila, y el mismo Mario, acudieron presurosos. Los dos reyes solo consiguieron librarse por medio de una fuga precipitada. La fidelidad de Bocco no sobrevivió á este doble desastre. Cinco dias despues de la batalla, solicitó entrar en negociaciones. Mario confió á su cuestor la mision peligrosa de ir á conferenciar con el rey moro. Aquí han colocado los historiadores la pintura dramática de las incertidumbres de Bocco, que un dia queria entregar á Yugurtha á los romanos, y al dia siguiente queria entregar á Sila al rey numida. La primera traicion terminaba la guerra y le aseguraba una provincia: la segunda atraía sobre él la venganza de Roma, sin darle una probabilidad mas de triunfo, ni quitar ninguna al cónsul. Esta traicion no debió ocurrírsele siquiera. Yugurtha, llamado á una conferencia, fué cargado de cadenas y entregado á Sila, quien le hizo cruzar encadenado por todo su reino (106). Mario le condujo á Roma.

Despues del triunfo, Yugurtha fué arrojado al *Tullianum*. «Por Dios que están frias vuestras estufas!» exclamó riendo. Allí luchó durante seis dias con el hambre (104).

Boeco recibió la Numidia Masesilia ú occidental; la provincia de Africa fué aumentada con una parte de la Numidia Masilia ú oriental. Mario distribuyó el resto del reino entre dos príncipes de la antigua familia real. Ya no habia que temer que el Africa, dividida de este modo, pudiese llegar á ser temible en tiempo alguno.

Nueve años mas tarde, el rey Apion cedió la Cirenaica á los romanos.

Diferentes expediciones de los romanos para asegurarse un camino por tierra hácia la Grecia y la España (154—114).

Roma no habia tomado posesion todavía de los Alpes, ni asegurado su libre comunicacion por tierra con la España y la Grecia, no obstante varias espediciones emprendidas con este objeto. Habiendo atacado recientemente Porcio Caton á los Escordinos (114), pereció con todo su ejército, y los bárbaros extendieron sus destrozos á la Iliria entera. El Adriático les detuvo; llenos de cólera lanzaron sus saetas á las olas, y enseguida recorrieron todas las comarcas situadas al Norte de la Grecia. Sin embargo, fueron rechazados gradualmente hácia el Danubio. Estos triunfos y la sumision de los Carneos en 115, aseguraban á los romanos la barrera de los Alpes orientales; la destruccion de la horda ó tribu de los Stæne, de los que ni un solo hombre quiso sobrevivir á la derrota de los suyos, les abrió los Alpes marítimos (114). Hacia ya ocho años que poseian una provincia al lado opuesto de estas montañas.

Marsella habia cubierto con sus factorías toda la costa desde los Alpes hasta los Pirineos. Los pueblos vecinos, escitados por estas intrusiones, se sublevaron. Marsella se apresuró á recurrir al senado, y un ejército romano, despues de haber destrozado á los ligures, oxibos y deceates, dió sus

tierras á los Masaliotas (154.) Nuevas quejas llevaron por segunda vez á las legiones contra los Salios (125). Fulvio Flaco, amigo de los Gracos, y luego Sextio, les derrotaron. Los Voconcios compartieron su suerte, pero esta vez conservó Roma lo que habia conquistado, y tuvo una nueva provincia entre el Ródano y los Alpes. Sextio le dió una capital, fundando *Aquæ Sextiæ* (Aix, 122). Los Eduos, entre el Saona y el Loira, solicitaron en seguida entrar en la alianza de Roma. Los Alobrogos, mas próximos á la nueva provincia, fueron, por el contrario, á atacarla: 20.000 bárbaros quedaron tendidos en el campo de batalla (121.) En el año siguiente, los romanos conducidos por Fabio, pasaron á su vez el Isere; pero Bituito, rey de los Avernios, les hizo retroceder de improviso, lanzando sobre su retaguardia á 200.000 galos. Cuando el rey bárbaro, subido en su carro de plata y rodeado de su jauría de combate, vió el escaso número de los legionarios, dijo: «Ahí no hay hombres suficientes para dar una comida á mis perros;» pero la disciplina, la táctica y sobre todo los elefantes, vencieron á aquella multitud. Algun tiempo despues, atraido Bituito por Domicio á una conferencia, fué arrebatado, cargado de cadenas y conducido á Roma. Fabio agregó á la provincia todo el territorio que ciñe el Ródano desde el lago Leman hasta su embocadura. Los cónsules de los años siguientes pasaron el Ródano, y extendieron la provincia hasta los Pirineos. Los Volkos Tectósagos, dueños de Tolosa, aceptaron el título de *federados*, y la colonia de *Narbo Martius* (Narbona) hubo de velar por los nuevos súbditos. Su posicion en la embocadura del Aude hizo que muy luego fuese la rival de Marsella (118).

Aquella provincia trasalpina, guardada por sus dos colonias, Aix y Narbona, amparada por los Tectósagos y los Eduos aliados recientes de Roma, era como una especie de avanzada desde la cual contenia y vigilaba el senado á las naciones galas. Allí era donde Mario iba á salvar á la Italia.

Invasion de los Cimbros y de los Teutones en la Nórica, la Galia y la España (113—102).

La Cisalpinia se hallaba aterrada todavía por la aparicion reciente de los Escordiscos en la orilla opuesta del Adriático, cuando se supo sucesivamente que 300.000 Cimbros y Teutones, retrocediendo ante un desbordamiento del Báltico, habian pasado el Danubio, que saqueaban la Nórica, que se encontraban ya en el valle del Drave, á dos jornadas de los Alpes cárnicos. Un cónsul, Papirio Carbon, les salió presuroso al encuentro y fué derrotado; durante tres años, la Nórica, la Panonia y la Iliria, desde el Danubio hasta las montañas de la Macedonia, fueron horriblemente asoladas; cuando nada hubo ya allí de que apoderarse, la horda atravesó por la Recia y por el valle del Rhin entró en las tierras de los Helvecios. La mitad de este pueblo consintió en seguirles, y todos juntos bajaron por el Rhin para penetrar en la Galia.

A los Kimria de la Bélgica los reconocieron los Cimbros por hermanos suyos; dejaron bajo su proteccion, custodiado por 6,000 hombres todo el botin que embarazaba su marcha (110). Entonces sufrió la Galia, durante un año, los males de la invasion mas terrible. Cuando los Teutones hubieron llegado á orillas del Rhin, vieron otra vez delante de sí á aquellos romanos á quienes habian encontrado ya en sus escursiones hácia el Oriente. La inmensidad de aquel imperio les llenó de sorpresa, y retrocediendo por vez primera ante una batalla, pidieron al cónsul Silano que les diese tierras, ofreciendo en cambio que harian por la república todas las guerras que les pidiesen. «Roma, contestó Silano, no tiene tierras que dar ni servicios que pedir.» En seguida pasó el Ródano y fué derrotado (109); sin embargo, los coaligados no pudieron forzar el paso del rio. En la primavera del año 107, los Tigurinos se encaminaron á Ginebra, en donde el Ródano podia ser vadeado; los teutones habian de atacar por la parte baja

del rio. Tambien los Romanos distribuyeron sus fuerzas; sus dos ejércitos fueron aniquilados. Afortunadamente los bárbaros pasaron un año gozando de sus victorias, y aun dejaron al cónsul Cepion saquear la capital de los Volkos Tectósagos, con los cuales estaban en negociaciones. Del saqueo de Tolosa recogió Cepion 110.000 libras de oro, y 1.500.000 libras de plata. Envió tan rico botin á Marsella; pero unos hombres apostados por él, mataron á toda la escolta y se apoderaron del dinero (106).

En el año siguiente envió el senado un nuevo ejército y otro cónsul, Manlio, que hubo de compartir el mando con Cepion. Esta mala medida produjo un desastre espantoso: los dos campos, situados cerca de Orange, fueron atacados uno despues de otro y forzados; 80.000 legionarios y 40.000 esclavos ó criados de ejército fueron degollados; todos los demás cayeron prisioneros. Solo diez hombres se libraron; en este número se hallaba Cepion y un caballero romano, jóven, á quien encontraron mas tarde, llamado Q. Sertorio. A pesar de hallarse herido habia cruzado el Ródano á nado, sin dejar su coraza ni su rodela. Era el sexto ejército romano destruido por los bárbaros (6 de octubre 105).

Sin embargo, despues de atravesar los Alpes, volvieron hácia España. Esta diversion fué la salvacion de Roma, pues tuvo tiempo suficiente para llamar á Mario de Africa y enviarle á custodiar los Alpes. Para surtir de provisiones á su campamento, colocado en la orilla izquierda del Ródano, quiso abrir desde el mar hasta el rio un canal que en todo tiempo pudiese recibir los buques de Marsella y de Italia. Sus soldados le construyeron. Les llamaban por burla los mulos de Mario. Pero en estos trabajos penosos perdian los legionarios los hábitos de flojedad y molicie que hacia mas de medio siglo que se habian introducido en los campamentos, y que acababan de costar seis ejércitos á la república. Modificó las armas del legionario, al que dió una rodela redonda, de menos peso, y un dardo que, despues de arrojado ya no podia servir y estorbaba al enemigo que le habia recibi-

do en sus armas. En otro tiempo el órden de batalla era de tres líneas, los hastiarios, los príncipes y los triarios; compuso las cohortes de manípulos suministrados por aquellas tres armas, de modo que cada cohorte fuese una imágen fiel de la legion entera. Al fin volvieron los bárbaros, pero esta vez, ya, con la intencion de penetrar en Italia. Los Cimbros tomaron á la izquierda por la Helvecia y la Nórica, para bajar por el Tirol y el valle del Adige. Los teutones marcharon al encuentro de Mario, quien, para acostumbrar á sus soldados á ver de cerca á los bárbaros, les rehusó durante algun tiempo el combate.

Batalla de Aix (102); batalla de Verceil (101).

Sin embargo, se empeñó la accion cerca de Aix. El primer ataque fué desgraciado para los bárbaros. Una segunda batalla, dada dos dias despues de la primera, no les produjo mejor resultado: atacados de frente por las legiones, sorprendidos por retaguardia por un lugar-teniente de Mario, no pudieron resistir. La matanza fué terrible, como en todas las batallas de la antigüedad en las que se batian al arma blanca y hombre con hombre (102). Despues de la batalla habiendo elegido Mario para su triunfo las armas mas hermosas y los despojos mas ricos, hizo de todo lo demás un monton inmenso para quemarle en honor de los dioses. Ya el ejército entero rodeaba la pira coronada de laureles; el mismo Mario vestido de púrpura, ceñido el cuerpo con su toga, como para los sacrificios solemnes, y alzando hácia el cielo con sus dos manos una antorcha encendida, iba á prender fuego, cuando se vió que algunos amigos llegaban á rienda suelta; llevábanle la noticia de que el pueblo le habia elegido cónsul por quinta vez. El ejército demostró su alegría con gritos de triunfo, acompañándolos con el ruido guerrero de las armas, y despues que los oficiales coronaron nuevamente á Mario de laureles, este prendió fuego á la pira y consumó el sacrificio.

La guerra no estaba concluida todavía, pues solo los Teutones habian sido exterminados; aun quedaban los Cimbros. Cátulo, á quien habian enviado á defender contra ellos el paso de los Alpes, perdiendo la esperanza de conservar aquellos desfiladeros, se habia refugiado detrás del Adige. Los bárbaros como no podian pasar el rio, resolvieron destruir su curso y cegarle, por decirlo así. Cortando los cerros inmediatos, arrancando los árboles, y desprendiendo trozos de roca enormes, lo hacian rodar todo hácia el rio para estrechar su curso; al propio tiempo, echaban al agua, mas arriba del puente que los romanos habian construido, masas de gran peso que, arrastradas por la corriente, iban á golpear con fuerza contra el puente y conmovian sus estribos. Las legiones asustadas obligaron á su general á retroceder hasta mas allá del Po, y Mario, á quien se llamó á toda priesa, fué enviado á auxiliar á su cólega.

Los Cimbros aguardaban la llegada de los Teutones para combatir; no querian creer en su derrota, y aun enviaron á Mario embajadores encargados de pedirle para ellos y para sus hermanos tierras y ciudades en que pudieran establecerse. «No os cuideis de vuestros hermanos, les dijo el cónsul, tienen la tierra que les hemos dado y que conservarán para siempre.» Al propio tiempo mandó que les presentasen cargados de cadenas los reyes de los teutones, á quienes los Secuanos habian hecho prisioneros cuando huían hácia la Germania. Los Cimbros le pidieron entonces que fijase el dia y el sitio para el combate. Les propuso la llanura de Verceil. Todos fueron exactos á la cita; pero apenas hubo comenzado el combate cuando se alzó bajo los pasos de aquella multitud tal nube de polvo, que los dos ejércitos no pudieron verse. Mario que se habia adelantado para ser el primero en caer sobre el enemigo, le perdió de vista en aquella oscuridad, y habiendo pasado mucho mas allá del campo de batalla, vagó durante algun tiempo por la llanura, mientras que Cátulo se veía precisado á sostener por sí solo todo el peso del combate. Los rayos ardientes del sol, que daban de fren-

te á los bárbaros, secundaron á los romanos. Los mas valientes entre los Cimbros fueron destrozados, porque, para impedir que los de las primeras filas destruyesen su órden de combate, se habian atado unos á otros con cadenas largas sujetas á sus tahalíes. Los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta sus atrincheramientos, y allí fué donde se vió el espectáculo mas espantoso. Las mugeres vestidas de negro y colocadas sobre los carros, mataban por sí mismas á los que huían; ahogaban á sus hijos, los arrojaban bajo las ruedas de los carros ó bajo los piés de los caballos y en seguida se mataban. Una de ellas despues de haberse atado á sus dos hijos á los talones, se ahorcó de la lanza de su carro. Los hombres por no encontrar árboles para ahorcarse, se echaban al cuello lazos corredizos que ataban á las astas ó á las patas de los bueyes, y pinchándoles en seguida para obligarles á correr, perecian ahogados ó pisoteados por aquellos animales. No obstante los muchos que de este modo se daban la muerte hicieron los romanos mas de 6.000 prisioneros, y mataron á doble número de hombres.

Los honores tributados á Mario despues de esta victoria manifestaron el temor de los romanos. Le denominaron el tercer Rómulo; cada ciudadano, al saber la noticia de su victoria, derramó libaciones en su nombre. El mismo imaginó haber igualado las hazañas de Baco en la India, é hizo cincelar en su rodela la cabeza de un bárbaro sacando la lengua. En efecto, Roma creía haber ahogado á la barbarie entre sus potentes brazos.

CAPÍTULO XVIII.

Segunda rebelion de los esclavos, de los pobres de Roma y de los italianos. Sublevacion de los Provincianos (103—84).

SUBLEVACIONES DE ESCLAVOS EN CAMPANIA Y EN SICILIA; SALVIO Y ATENION (103-100).—NUEVOS MOVIMIENTOS POPULARES; SATURNINO (100).—OPRESION DE LOS ITALIANOS; PROCURAN ESTABLECERSE EN ROMA.—DRUSOS (91).—GUERRA SOCIAL (90-88).—LEY JULIA (90); TRIUNFOS DE POMPEYO Y DE SILA; LEY PLAUTIA-PAPIRIA.—MARIO Y SULPICIO EXPULSAN Á SILA DE ROMA (88).—REGRESO DE SILA; FUGA DE MARIO.—CINA LLAMA Á MARIO (87); PROSCRIPCIONES; MUERTE DE MARIO (86).—SUBLEVACION DE LAS PROVINCIAS ORIENTALES Ó GUERRA DE MITRIDATES (88-84); PRIMERAS CUESTIONES DE MITRIDATES CON ROMA.—MATANZA DE TODOS LOS ROMANOS EN ASIA (88).—SITIO DE ATENAS POR SILA (87-86); BATALLAS DE QUERONEA Y DE ORCOMENES (86).—PAZ CON EL REY DE PONTO (84).

Sublevaciones de esclavos en Campania y en Sicilia; Salvio y Atenion (103—100).

Mientras que Mario detenia la primera invasion germánica, los esclavos se sublevaban detrás de él por segunda vez. Descubrióse primero una conspiracion en Nuceria, y luego otra en Capua; ambas fueron frustradas. Una sublevacion mas peligrosa fué promovida por un caballero romano llamado Vetio, quien, hallándose lleno de deudas, armó á sus esclavos y mató á sus acreedores. Tomó la diadema y la púrpura, se rodeó de lictores, y llamó á sí á todos los esclavos campanios; pero

habiéndole hecho traicion uno de los suyos, se mató para no caer vivo en poder del enemigo. El movimiento contenido en la Campania, se habia extendido ya á Sicilia. El cuerpo de sublevados mas numeroso tomó por gefe á un tal Salvio, quien gozaba de cierta nombradía por sus conocimientos en el arte de los arúspices; cuando hubo reunido 20.000 infantes y 2.000 caballos, atacó á Morgantia; un pretor que quiso socorrerla fué derrotado. Los esclavos de los alrededores de Segesta y de Lilibea, pusieron á su frente al ciliciano Atenion. Este solo recibia á los hombres fuertes y ejercitados, obligaba á los demás á trabajar para el ejército, y prohibia el saqueo. Se contaba con la mala inteligencia de los dos gefes, pero Atenion fué á ponerse bajo las órdenes de Salvio, y se atrevió á sostener contra Lúculo una batalla en campo raso. Los esclavos no cejaron hasta que le vieron caer, y entonces se refugiaron en Triocale. Lúculo se retiró al cabo de algunos dias de sitio; en Roma le castigaron con una multa. Su sucesor Servilio fué aun menos afortunado; Atenion, que solo quedara herido, habia sustituido á Salvio, que murió algun tiempo despues de la batalla; desplegó una actividad que redujo á su adversario á la inaccion. Roma se vengó condenando á Servilio al destierro, y se decidió á enviar por fin á un cónsul contra aquellos rebeldes, á Manio Aquilio. Este digno cólega de Mario mató á Atenion en combate singular y dispersó á sus tropas. A los que fueron apresados los llevaron á Roma y los echaron á las fieras, pero frustraron el placer del pueblo matándose unos á otros; su gefe degolló al último que sobrevivia, y en seguida se mató á sí mismo. En las dos guerras habia perecido un número inmenso de esclavos. En lo sucesivo fueron contenidos por reglamentos terribles: bajo pena de muerte les fué prohibido usar armas, ni aun el venablo con que los pastores se defendian contra las fieras.

Nuevos movimientos populares; Saturnino (100).

La guerra de Numidia, la de los Cimbros y aun la de los

esclavos habian puesto á descubierto la impericia, y la venalidad de los nobles. Este deshonor de los grandes habia restituido á los tribunos la voz y el valor; el partido popular se habia reorganizado, y creyendo encontrar un gefe en Mario, le elevó al consulado. Los tribunos, al amparo de su nombre y de sus servicios, comenzaron de nuevo la guerra contra el senado; el desastre de Orange y las concusiones de Cepion sirvieron de pretesto. Cepion, destituido, fué encerrado en la cárcel, en donde acaso pereciera ahogado.

En el año 103, el tribuno Domicio trasfirió al pueblo la eleccion de los pontífices, y en el año siguiente, Marcio Filipo propuso una ley agraria. Esta fué rechazada; pero su cólega en el tribunado, Servilio Glaucia, para pagar el auxilio de los caballeros, arrancó á los senadores las plazas de jueces que les restituyera Cepion, y aseguró el derecho de ciudadanía al latino que pudiese probar á un senador el delito de concusion. Así pues, el tribunado volvia á ser agresor: la sangre de los Gracos parecia haberle restituido su antigua energía popular.

Tal era la situacion interior de la república cuando Mario regresó de la Cisalpinia. Queria un sexto consulado; pero los grandes juzgaban que el labriego de Arpinum habia conseguido ya bastantes honores, y le opusieron su enemigo personal Metelo el Numídico. Mario se vió reducido esta vez á comprar los sufragios y nunca se lo perdonó á los nobles.

Habia entonces en Roma un personage á quien se contaba entre los peores ciudadanos, llamado L. Apuleyo Saturnino. Este, que habia sido tribuno en 102, contribuyó mucho á asegurar á Mario su cuarto consulado. Mario, á su vez, le impulsó á pedir un segundo tribunado (100). Esta candidatura tuvo mal éxito, y Nonio, amigo de los grandes, fué preferido. El nuevo tribuno se retiraba despues de la eleccion cuando Saturnino, ayudado por el pretor Glaucia, se arrojó sobre él y le degolló. Al amanecer del dia siguiente, una reunion formada de los asesinos de la víspera proclamó á Saturnino.

Su primer cuidado fué el de pagar á sus cómplices. Renovó la ley de Cayo para las distribuciones de trigo al pueblo, pero suprimiendo la retribucion insignificante que estableciera Cayo. Propuso que se distribuyese á los ciudadanos pobres todo el territorio ocupado por los Cimbros, en la Transpadania; que se diesen cien fanegas en Africa á cada uno de los veteranos de Mario, y que se comprasen otras tierras en Sicilia, en Acaya y en Macedonia; y por último, que se autorizase á Mario para dar el derecho de ciudadanía á tres extrangeros en cada colonia. Un artículo adicional prevenia que, si el pueblo aprobaba la ley, el senado estaria obligado á jurar su ejecucion en el preciso término de cinco dias; si un senador se negaba á pronunciar el juramento, habria de pagar veinte talentos de multa. Esta cláusula desusada iba dirigida contra Metelo. Tan luego como la ley hubo pasado al foro, Mario reunió el senado, prometió rehusar el juramento, y al quinto dia le prestó. Los senadores le imitaron, y solo Metelo permaneció fiel al compromiso que todos habian contraido. Este resultado se esperaba. Saturnino reclamó en seguida la multa. Metelo no quiso ó no pudo pagarla, y marchó al destierro.

Mario habia satisfecho su ambicion y su odio; era omnipotente; pero no supo que hacer con aquel poder, y Saturnino, alentado por su debilidad, se apoderó del papel principal: sus intentos no son bien conocidos, ó acaso no los tuviese. Sin embargo, los italianos, los extrangeros, le rodeaban y una vez les oyeron saludarle con el nombre de rey; en la tribuna hablaba incesantemente de la venalidad de los grandes y evocaba el recuerdo de los Gracos. Un dia presentó al pueblo un jóven que suponia era hijo de Tiberio Graco, y que decia habia sido criado secretamente desde la muerte de su padre. Saturnino queria que le reeligiesen, y que Glaucia, que siempre se hallaba mezclado en sus planes, obtuviese el consulado. Pero los comicios eligieron por unanimidad al gran orador Marco Antonio, y Memmio, otro hombre honrado, iba á obtener el segundo puesto, cuando la par-

tida de Saturnino se precipitó sobre él, en medio del foro, y le degolló.

Esta vez todos se sublevaron contra los asesinos; Mario, á quien apremiaban vivamente para que los castigase, vaciló mucho. Durante la noche, Glaucia, Saturnino, el ungido Graco y el cuestor Saufeyo se habian apoderado con su gente del Capitolio. El senado lanzó la fórmula *Caveant consules*, y Mario fué á sitiar por sí mismo á sus antiguos cómplices. Cortó los conductos que surtian de agua á la fortaleza. Saturnino contaba todavía con su proteccion, y se rindió; el cónsul le condujo con Glaucia y Saufeyo al sitio habitual de las sesiones del senado, abrigando todavía, acaso, la esperanza de salvarlos. Pero algunos ciudadanos se subieron á la parte superior del edificio, arrancaron el tejado y lapidaron al tribuno y á sus dos cómplices.

En vano intentó Mario detener la reaccion, el pueblo decidió que se llamase al Numidio. Una multitud inmensa le acogió á su regreso, é hizo una especie de entrada triunfal (99). Mario no quiso presenciarla; bajo el pretexto de llevar á cabo unos sacrificios que habia consagrado á Cibeles, partió para el Asia, con la secreta esperanza de producir entre Mitrídates y la república aquel rompimiento que Saturnino habia provocado ya por medio de insultos (98). Necesitaba una guerra para rehabilitarse á los ojos de sus conciudadanos. El mismo decia: «Me consideran como una espada que se enmohece durante la paz.»

Trascurrieron algunos años en un reposo aparente, porque la suerte de Saturnino asustaba á los ambiciosos que hubieran querido hacer fortuna por medio del pueblo. Era evidente que ya no habia partido popular, y que el tribunado del cómplice de Mario seria la última tentativa formal que se hiciese para reconstituirle. En efecto, desde entonces los plebeyos fueron sustituidos por los soldados, los tribunos por los generales, y los motines del foro por las batallas de las guerras civiles.

Opresion de los italianos; procuran establecerse en Roma.

Roma, para dominar á los pueblos de Italia, habia aprovechado aquellos odios municipales que siempre les impidieron concertar su resistencia; para asegurarse su obediencia, habia acrecentado mas aun despues de la victoria, por medio de la desigualdad de las condiciones que impuso, las antiguas envidias nacidas de la diversidad de orígen, de idioma y de culto. Este plan alcanzó buen éxito, y ya hemos visto á la fidelidad de los italianos resistir á las pruebas mas peligrosas. Pero los aliados sufrieron la misma suerte que los plebeyos. Mientras les consideraron necesarios los respetaron; tan luego como llegaron á ser inútiles fueron despreciados. Una opresion comun borró entonces moralmente toda diferencia, y si bien los nombres de municipios, prefecturas, colonias etc., continuaban subsistiendo y correspondian á distinciones verdaderas, bajo el punto de vista político, no habia en realidad, en toda la Península mas que dos grandes divisiones: los ciudadanos romanos y los que no lo eran. En el recinto de la frontera romana estaba la legalidad (*legitima judicia*); mas allá la arbitrariedad y el despotismo (*dominium*). En Teanum, un cónsul hizo administrar el castigo de las varas al primer magistrado de la ciudad, porque no habia mandado evacuar los baños con suficiente presteza. En Ferentum, por igual motivo, un pretor mandó arrestar á los cuestores. Uno de ellos se precipitó desde lo alto de los muros, el otro fué cogido y sufrió el castigo de las varas. Un hombre de Venusa, habiendo encontrado á un jóven romano que viajaba en litera, preguntó riendo á los esclavos si conducian á algun muerto; pereció bajo los golpes que le dieron. En una ciudad aliada, un consular, bajo el pretexto de alguna negligencia en el cuidado de los víveres que le estaban destinados, hizo sufrir públicamente la pena de las varas á todos los magistrados. En 183, los habitantes de Nápoles y los de Nole se disputaban un territorio; el cónsul Q. Fabio La-

beo, nombrado árbitro, asignó al pueblo romano las tierras que eran objeto del litigio. Actos semejantes á estos se reproducian diariamente; y á cada instante adquirian los italianos á su propia costa el triste convencimiento de que aquellos á quienes habia tocado mejor parte, no por eso tenian mayores garantías contra la arbitrariedad de los magistrados ó la insolencia de los ciudadanos.

Los aliados, á quienes ni el idioma ni las costumbres distinguian de los romanos, no solo carecian de los beneficios de la conquista y de los honores militares, reservados únicamente á los ciudadanos, sino tambien de los privilegios políticos y de los derechos civiles. El descendiente de un liberto era mas que el hijo de Perperna, el vencedor de Aristónico; por eso muchos italianos aspiraban á ese título que libraba de impuestos, abria la carrera de los honores y hacia ascender al rango de los dueños del mundo; que cubria con una proteccion enérgica á la propiedad y la libertad; que daba la garantía del llamamiento al pueblo y la de las leyes *Porcia* y *Sempronia*.

Sin embargo, durante mucho tiempo no hubo por parte de los italianos sino esfuerzos individuales para obtener el derecho de ciudadanía. En 187, se encontraron doce mil latinos que se habian establecido en Roma y habian dado sus nombres á los censores; el senado los expulsó. Otros, por medio de una venta simulada entregaban sus hijos á un ciudadano, quien los emancipaba en seguida. En 177, prohibió el senado estas ventas, pero sin éxito alguno. Todos los años llegaban quejas de las ciudades latinas, porque la fuga á Roma de sus conciudadanos hacia recaer sobre los que se quedaban el peso mas gravoso del impuesto y del contingente que el senado no disminuia. Este movimiento de los habitantes del Lacio hácia Roma se comunicó al resto de la Italia. En 177, los Samnitas y los Pelignios pidieron que se mandase regresaran á sus hogares á cuatro mil compatriotas suyos que se habian establecido en Fregelles, ciudad latina, para disfrutar de los privilegios del nombre latino, y pasar desde allí á

Roma. Así se deslizaban los aliados, uno por uno, al interior de la ciudad; pero cuando la nueva presentacion de la ley agraria por los Gracos hubo asustado á los que retenian en su poder bienes del dominio público, los italianos, de los que un número considerable habia invadido aquellas tierras, no tuvieron mas alternativa que impedir pasase la ley, uniendo sus esfuerzos á los de los ricos de Roma, ú obtener el derecho de ciudadanía y obligar así al pueblo á partir con ellos. De aquí la intervencion de los italianos en los disturbios interiores de Roma, la sublevacion de Fregelles, las promesas de Cayo y las de Mario, quien alistó á un gran número de aliados en sus legiones. El último estimuló las esperanzas de todos dando en el campo de batalla de Verceil el derecho de ciudadanía á mil Umbríos y habitantes de Iguvium y de Espoleto. Le reconvenian por este acto calificándole de usurpacion á la soberanía del pueblo. «El ruido de las armas, dijo, me impidió que oyese la ley.» En torno de Saturnino pronunciaron algunos el nombre de rey, pero la muerte de este tribuno y la reaccion aristocrática que siguió al destierro de Mario defraudaron una vez mas sus esperanzas; los cónsules del año 95 llevaron al último extremo la exasperacion de los aliados, expulsando de la ciudad á cuantos se habian establecido en ella (ley *Licinia-Mucia*), como se habia verificado ya en 187 y 177. Mas recientemente aun les habia sido prohibida la residencia en Roma, y en el año 125 se vió al anciano padre del cónsul Perperna rechazado como intruso de la ciudad adonde su hijo enviara á un rey prisionero.

Druso.

Sin embargo, hubo un hombre, Druso, que aun tuvo valor suficiente para intentar, á imitacion de los Gracos, una reforma radical. Era el hijo del adversario de Cayo, Livio Druso. Nombrado tribuno en el año 91, tomó por lo sério el papel que habia desempeñado su padre, amigo á la vez del senado y del pueblo. Para fortalecer en el Estado á la aris-

tocracia, al elemento de duracion, restituyó los enjuiciamientos á los senadores; pero hizo que entrasen en el senado 300 caballeros. Para levantar de nuevo á la democracia, al elemento de fuerza, y sacar al pueblo de su envilecimiento y de su miseria, prometió á todos los pobres distribuciones gratuitas de tierras en Italia y en Sicilia, y á todos los aliados el derecho de ciudadanía. Desgraciadamente estas leyes descontentaban á la vez al senado, que rechazaba de su seno á los caballeros; al órden ecuestre, para el cual no podia haber compensacion alguna de la pérdida de los enjuiciamentos; al pueblo ínfimo, á quien se pedia que trabajase para ganar su sustento; á todos, en fin, elevando á los súbditos, á la condicion de los dueños. Entre los mismos aliados habia muchos que se alarmaban con la idea de aquellas colonias prometidas al pueblo de Roma, y que no podian ser fundadas sino á costa suya. Los Etruscos y los Umbríos, que eran los que se hallaban amenazados de una manera mas directa, se cuidaban mucho menos del título de ciudadanos que les ofrecian, que de las tierras que querian arrebatarles. Pero los demás italianos, adhiriéndose á Druso como á su esperanza postrera, acudieron en torno suyo en número considerable. Uno de ellos, el Marsio Pompedio Silo, logró reunir hasta 10.000 hombres. Les hizo que ocultasen armas bajo su ropa, y poniéndose á su frente, se encaminó á Roma por senderos extraviados. En el camino le encontró el consular Domicio, quien le preguntó porque le seguia aquella multitud. «Voy á Roma, donde me llama el tribuno,» contestó Pompedio. Sin embargo, habiéndole reiterado la seguridad de que el senado se hallaba espontáneamente resuelto á hacerles justicia, se dejó persuadir para licenciar á su gente.

En Roma era extremada la irritacion de los ánimos. En el dia de la votacion el cónsul quiso detener los sufragios; pero un viator del tribuno le cogió por la garganta con tanta violencia que le saltó la sangre por la boca y los ojos. Las leyes fueron aprobadas. Podia creerse que la lucha

habia concluido, pero comenzó de nuevo y mas viva que nunca. Tan luego como el senado tuvo los enjuiciamientos, se arrepintió de haber aceptado las demás *rogaciones* y quiso anularlas. Los caballeros no aguardaron, siquiera, esta reparacion legal. Una noche, hallándose Druso entre la multitud, recibió una herida mortal. Algun tiempo antes, los conjurados italianos habian querido matar al cónsul, y solo pudo librarse merced á un aviso de Druso.

Los caballeros aprovecharon el estupor producido por aquel asesinato, acerca del cual no se mandó hacer averiguacion alguna, para imponer un decreto que anulaba las leyes de Druso. Al propio tiempo, el tribuno Vario, de origen español y agente suyo, mandó en nombre de la salvacion pública que se hiciesen pesquizas contra todos aquellos que habian favorecido á los aliados, contra todo italiano que se mezclase en los asuntos de Roma. Los demás tribunos opusieron su veto. Pero los caballeros, desenvainando las espadas que llevaban ocultas bajo sus trages, obligaron á la asamblea á aceptar aquella ley *de majestate*. En seguida se vieron citados ante la justicia los senadores mas ilustres. Bestia, C. Cotta, Mummio y Pompeyo Rufo fueron desterrados ó emigraron. El mismo Escauro fué acusado por Vario. Solo dió esta respuesta: «El español Q. Vario acusa á Escauro, príncipe del senado, de haber excitado á los aliados á la rebelion. Emilio Escauro, príncipe del senado lo niega; ¿á cual de los dos creereis?» La explosion de la guerra social detuvo aquellas venganzas del órden ecuestre.

Guerra social (90—88).

Los aliados habian resuelto recurrir á las armas. Los Marsios se pusieron á la cabeza del movimiento, y el alma de la guerra fué su compatriota. Pompedio Silo. Ocho pueblos, los Picentinos, los Vestinos, los Marsios, los Marrucinos, los Pelignios, los Samnitas, los Lucanos y los Apulios, se dieron rehenes y concertaron una sublevacion general. Todos

habian de formar una sola república organizada exactamente del mismo modo que Roma, con un senado compuesto de 500 miembros, 2 cónsules, 12 pretores, y por capital la plaza fuerte de Corfinio, á la que dieron el nombre significativo de Itálica; mas tarde acuñaron una moneda en la que se veia al toro sabeliano aplastando á la loba romana. Los Latinos, los Etruscos, los Umbríos y los Galos permanecieron fieles. La señal partió de Asculum, en donde el cónsul Servilio fué asesinado con su lugar-teniente y con cuantos romanos habia en la ciudad, ni aun las mugeres fueron perdonadas.

Los dos cónsules italianos, el Marsio Pompedio y el Samnita Papio Mótulo, se habian repartido el ejército y las provincias: uno debia obrar al Norte, desde Carseoli hasta el Adriático, sublevar, si era posible, á los Umbríos y á los Etruscos, y penetrar por la Sabinia en el valle del Tiber; el otro habia de dirigirse al Sur, hácia la Campania, y llegar á Roma por el Lacio. Los lugartenientes, resguardados por los dos ejércitos principales, tenian la mision de apoderarse de las plazas que se resistian en el interior del país, y de expulsar las guarniciones romanas de la Lucania y de la Pulla. Antes de que se hubiese derramado la primera sangre, los generales aliados hicieron una tentativa postrera y enviaron diputados al senado; se negaron á escucharles. Los italianos, en número de 100.000 hombres, abrieron la campaña con el sitio de Alba, en el país de los Marsios, el de Esernia, en el Samnium, y el de Pinna, en el territorio de los Vestinos. Eran tres plazas fuertes que precisamente debian ser arrebatadas antes de salir de las montañas. El senado puso en seguida en pié de guerra 100.000 legionarios, y procuró cercar á la insurreccion en el Apenino. Los cónsules eran entonces Julio Cesar y P. Rutilio (90); uno guardó la Campania y procuró penetrar en el Samnium; el otro cerró la vía Tiburtina, la única que penetraba en las montañas de los Marsios, y que era por donde sin duda se proponia desembocar Pompedio. Perperna, lanzado con

10.000 hombres entre los dos ejércitos consulares, defendió las cercanías del Lacio por las montañas. Mario y Cepion maniobraron con dos cuerpos de ejército por los flancos de las legiones de Rutilio para enlazarse por el Sur con Perperna, y por el Norte con el procónsul Cn. Pompeyo, quien penetraba por la Umbría en el Piceno, mientras que otro legado, Sulpicio, entraba en el país de los Peligneños. Estos dos generales habian de atacar de flanco por la retaguardia al ejército de Pompedio Silo, y atacar tambien á Corfinium y Asculum. Al Sudeste, Craso tenia asimismo la mision de operar en la Lucania, á retaguardia del Samnita Mótulo. Conservóronse tambien fuerzas considerables en la misma ciudad de Roma, se colocaron guardias en las puertas y en las murallas, y á T. Pison se le encargó el cuidado de hacer que fabricasen armas.

Los Italianos llevaron al pronto la mejor parte. El cónsul J. César fué derrotado por Vetio Scato y obligado á dejar descubierta á Esernia, que opuso una resistencia heróica. Pero la traicion entregó á Venafrum; Perperna fué derrotado, y Mótulo, el cónsul italiano, se precipitó sobre la Campania por la brecha abierta en la liga romana. Nola le fué entregada; Salerno, Estabies, Herculano, Pompeya y Literno se vieron obligadas á acceder á la liga. Tambien cedieron algunas otras ciudades; de ellas sacó 11.000 auxiliares, y armó á cuantos esclavos acudieron á su lado. Felizmente, Nápoles, Acerre y Cápua se mantuvieron firmes. Así pues aun estaban cerrados los caminos del Lacio; pero las ciudades de la Lucania y de la Pulla, débilmente auxiliadas, sucumbian unas en pos de otras, y César, cuando quiso libertar á Acerre, fué derrotado por Mario Egnacio. Al propio tiempo, el otro cónsul, Rutilio, pereció con una parte de su gente en una emboscada. Mario se hallaba en las inmediaciones; advertido por los cadáveres que le llevaba el rio, se apresuró á pasar á la orilla opuesta y corrió á apoderarse del campo de los vencedores, ocupados todavía en recoger los despojos en el campo de batalla. Cn. Pompeyo no

era mas feliz en el Norte; derrotado delante de Asculum, se habia retirado á Firmo, en donde Afranio le mantuvo encerrado. Esta retirada hácia el Adriático dejaba descubierta la Umbría, á donde acudieron presurosos muchos emisarios, y muy luego vaciló la fidelidad de los Etruscos y de los Umbríos; en el mismo Lacio se manifestaban síntomas amenazadores.

Cuando estas noticias llegaron sucesivamente á Roma, hubo un luto universal. Lo mismo que en los dias de los tumultos galos, todos los ciudadanos se vistieron de trage de guerra, y hasta armaron á los libertos. Afortunadamente llegaron los socorros que Roma habia pedido á los reyes y á los pueblos amigos. El cónsul J. César recibió 10.000 galos cisalpinos conducidos por Sertorio, y varios millares de Moros y de Numidas llegados de África, lo cual le facilitó que volviese á emprender la campaña. Marchó sobre Acerre para hacer que levantasen el sitio, y no obstante la desercion que hubo entre los Numidas, cuando Mótulo les mostró á un hijo de Yugurta, llamado Oxintas, á quien los aliados hallaron relegado en Venusa, César le mató 6.000 hombres y logró introducir un socorro en la plaza.

Al Norte, el legado Sulpicio, vencedor de los Pelignios habia libertado á Pompeyo, quien continuó en seguida el sitio de Asculum. Un nuevo desastre, la muerte del proconsul Cepion que cayó en un lazo al que le atrajo Pompedio, y la toma de Esernia, obligaron al senado á dar á Mario todo el antiguo ejército consular. Muy luego restableció el órden en él, y escogiendo hábilmente posiciones inexpugnables, hizo que fuesen inútiles los últimos triunfos de los Marsios. «Si eres tan gran general, le decia un gefe enemigo, ¿porqué, no vienes á combatir?—Y tú, repuso Mario, si eres tan hábil, ¿porqué no sabes obligarme á ello?» Sin embargo, los derrotó y mató el pretor de los Marrucinos. Pero el labriego de Arpinum, el antiguo cómplice de Saturnino, el hombre que habia convertido á tantos Italianos en legionarios y ciudadanos, se batia con pesar contra un partido al que

en otro tiempo habia favorecido y en el que aun contaba con el mayor número de amigos. Un dia en que se vió obligado á dar una batalla, lo hizo con blandura y se negó á completar una victoria de la que toda la honra y el provecho recayeron en Sila, quien se precipitó sobre el enemigo, le puso en el mayor desórden y completó su derrota. Este papel era difícil representarle por mucho tiempo; renunció á él por sí mismo, y alegando el pretexto de males de nervios que no le permitian llevar ya la vida activa de los cámpos, se retiró apesadumbrado y lleno de envidia á su casa de Misena. Sila iba á ocupar el puesto que Mario abandonaba, y á fundar su fortuna en aquella guerra en que su rival habia perdido la suya.

Ley Julia (90); triunfos de Pompeyo y de Sila; ley Plautia Papiria.

Dos ciudades de los Umbríos y de los Etruscos, Fesules y Otriculum, que se habian declarado ya en favor de la liga, acababan de ser obligadas á entrar de nuevo en el deber. El senado aprovechó aquel instante de buena fortuna que volvia á tener, para hacer una concesion que no pareciese arrancada por la fuerza; la ley Julia del cónsul César concedió el derecho de ciudadanía á todos los habitantes de las ciudades que habian permanecido fieles que fuesen á Roma en el término de 60 dias, á declarar ante el pretor que aceptaban los derechos y las cargas del *jus civitatis* (90). Esta concesion fué uno de los golpes mas hábiles dados á la confederacion italiana. Roma, para vencer, dividia á sus adversarios; era su táctica antigua y que siempre daba felices resultados.

El año 89 volvió á traer los triunfos. El cónsul Porcio derrotó varias veces á los Marsios. Es verdad que pereció en un encuentro, y que los Marsios pudieron enviar un ejército á socorrer á Asculum, á la que Pompeyo continuaba bloqueando; pero el cónsul le dispersó y volvió á estrechar

mas aun á la plaza. Sin embargo un gefe italiano, Judacilio, logró pasar por entre sus líneas; pero en la ciudad solo halló desaliento. Juzgando él mismo que la causa de los aliados estaba perdida, hizo colocar en el templo principal una pira, dispuso un lecho en su parte superior, y despues de un festin postrero, tomó un veneno y mandó á sus amigos que prendiesen fuego á la leña. Asculum sufrió la misma suerte que su heróico defensor: los romanos degollaron á los habitantes é incendiaron la ciudad. La caida de esta plaza y una derrota de Vetio Escato produjeron la sumision de los Marrucinos, de los Pestinos y de los Polignos, aun los mismos Marsios dejaron las armas. El pretor Cosconio y Metelo Pio pacificaban al propio tiempo la Apulia, y en la Campania Sila destruia á Estabies, se apoderaba de Herculano y de Pompeya, y forzaba las líneas del Samnita Cluencio. Reconquistadas ya la Campania y la Apulia, la guerra iba á concentrarse en el Apenino. Pompedio Silo, colocado á la cabeza de 30.000 hombres que aun quedaban á la liga, llamó á los esclavos á la libertad; 21.000 acudieron presurosos; invocó tambien el auxilio de Mitridates. Tiempo era ya de que Roma sofocase aquella guerra; Sila dió en ella los últimos golpes. De la Campania pasó al territorio de los Hirpios y penetró hasta Esernia atravesando montañas en las que estuvo próximo á perecer, envuelto por Mútulo; se libró del peligro fingiendo que queria tratar acerca de la paz, volvió atrás é derrotar al general Samnita, quien se retiró de la ciudad herido mortalmente, y con la toma de Bovianum, que era la segunda capital de la liga, terminó aquella campaña venturosa, en la que habia conquistado el consulado.

La muerte de Pompedio Silo, que sucumbió en un encuentro con Metelo, la ley Plautia Papiria, que extendió el beneficio de la ley Julia á todos los habitantes de las ciudades que ya tenian el título de federadas, y sobre todo la hábil moderacion del senado para aprovechar la victoria, desvanecieron toda la fuerza y el peligro de lo que restaba aun de

aquella guerra. Todos los gefes de la insurreccion habian perecido; el senado italiano refugiado en Esernia, acababa de dispersarse, y solo se sostenian todavía los Samnitas, los Lucanos y algunas ciudades como Nola, á la que el cónsul Sila volvió á poner sitio. Partidas numerosas recorrian tambien el Apenino, y con la esperanza de reproducir la guerra de la esclavitud en Sicilia, se lanzaron al Brucio é intentaron apoderarse de Regio. Habiéndose frustrado su proyecto, merced á la vigilancia del pretor C. Norbano, volvieron á arrojarse á los impenetrables bosques de la Silia de donde salieron para tomar parte en la sangrienta lucha de Sila y de Mario (89).

Los italianos aunque vencidos, habian forzado las puertas de la ciudad; pero en Roma les aguardaba una decepcion. En vez de ingresar en las 35 tribus, segun la costumbre antigua, crearon para ellos tribus nuevas (8 ó 10) que votaron las últimas, de modo que los antiguos ciudadanos conservaban su influencia en los comicios. Así pues, bajo el punto de vista político, de aquella concesion no reportaban los italianos sino una ventaja ilusoria; en el órden civil, habiendo pasado el reinado de las leyes, no adquirian mas garantías contra la opresion, ni mas seguridad; en realidad, solo habian ganado un título, al paso que Roma solo habia ganado reclutas para los motines y para la guerra civil. Esta estalló casi al instante.

Mario y Sulpicio expulsan á Sila de Roma (88).

Toda la honra de la guerra social habia recaido en Sila. Aun no habia concluido esta; Nola, los Samnitas y los Lucanos se sostenian todavía, cuando ya estaba aquel recibiendo la recompensa de su zelo y de sus triunfos. El pueblo estuvo unánime para darle el consulado y el mando de la guerra contra Mitridates (88). Pero habia un hombre que codiciaba tambien este mando lucrativo; Mario que tenia á la sazon 68 años de edad, iba todos los días al campo de Marte á tomar parte en los ejercicios de la juventud romana, corriendo á caballo y lanzando venablos, con el fin de probar de un

modo evidente que la edad no había entorpecido su cuerpo, y que aquellos males de que se quejaba en otro tiempo, cuando se trataba de pelear contra los Marsos, habían desaparecido por completo. Pero viendo Mario que por este medio no alcanzaba buen éxito, concibió la idea de hacer que el descontento de los nuevos ciudadanos sirviese para la realización de sus proyectos, y les ofreció distribuirlos entre las antiguas tribus. Lo mismo que 13 años antes, buscó el apoyo de un tribuno. Sulpicio estaba abrumado de deudas, y no sabía como librarse de sus acreedores. Mario hizo brillar ante sus ojos los tesoros de Mitrídates; el pacto quedó estipulado y Sulpicio imitó á Saturnino. Se rodeó de una guardia de 600 jóvenes, á la que denominó su antisenado, é hizo que le siguiesen algunos millares de italianos armados bajo sus togas. Adoptadas estas precauciones, propuso que los nuevos ciudadanos y los libertos fuesen repartidos entre las 35 tribus, y como los cónsules se oponían á su petición, arrojó sobre ellos á su jente. Pompeyo huyó despues de haber visto asesinar á su hijo; Sila, cogido por los sicarios del tribuno, fué conducido á la casa de Mario, y allí le obligaron, con el puñal al pecho, á que renunciase á su oposicion. Mario, encargado por aquellos comicios italianos de dirijir la guerra contra Mitrídates, envió dos tribunos para que en su nombre tomasen el mando de las seis legiones acampadas delante de Nola; pero Sila que había llegado antes que ellos, sublevó á los soldados y les hizo marchar contra Roma.

Regreso de Sila; fuga de Mario.

Mario intentó en vano crearse un ejército. Los antiguos ciudadanos se hallaban predispuestos en contra suya, y los nuevos se sentían harto débiles para hacer frente á seis legiones; aun los esclavos, á quienes prometió la libertad, acudieron en número muy escaso. Despues de un combate insignificante, dado en las puertas de la ciudad, todos los gefes del partido huyeron. Solo doce personas fueron proscri-

tas; Sulpicio, merced á la traicion de uno de sus servidores, fué muerto. Sila dió libertad al esclavo por haber obedecido el edicto, pero hizo que le precipitasen desde lo alto de la roca Tarpeya por haber vendido y entregado á su amo. Mario se habia escapado y su cabeza fué puesta á precio. Al siguiente dia reunió Sila una asamblea que abolió las leyes de Sulpicio y anuló la disposicion de la ley Hortensia, que dispensaba á los plebiscitos de la aprobacion prévia del senado. De este modo, las violencias demagógicas de Mario habian arrojado á Sila al partido de los grandes. Sin embargo, todavía hizo un esfuerzo postrero para grangearse el afecto del pueblo. Disminuyó las deudas en una décima parte, y cuando llegó la eleccion de los cónsules, dejó ámplia libertad á los sufragios. Uno de los elegidos, Cinna, hizo enseguida que le acusase un tribuno. Sin duda se arrepintió Sila de su moderacion, pero dejando en Roma al cónsul faccioso y al tribuno acusador, fué á reunirse con su ejército y se embarcó atrevidamente para Grecia, seguro de que, con sus legiones victoriosas y el botin del Asia, sabria abrirse de nuevo el camino de Roma.

Entretanto, Mario huía ante su afortunado rival. Descubierto en un pantano cerca de Minturnes, fué conducido ante los magistrados de la misma ciudad, quienes, despues de una deliberacion prolongada, resolvieron ejecutar el decreto espedido contra él. Para darle muerte, enviaron á un guerrero galo ó cimbro, quien entró con espada en mano en la habitacion en que Mario estaba descansando. Como reinaba en aquella densa oscuridad, el guerrero creyó ver que los ojos de Mario arrojaban llamas, y oyó una voz terrible que le decia desde aquel sitio tenebroso: «Miserable, ¿te atreves á matar á Cayo Mario?» El bárbaro, aterrado, retrocedió, y tirando su espada salió á la calle gritando: «No puedo dar muerte á Cayo Mario.» Difundiéronse por la ciudad, primero la sorpresa, y despues la compasion y el arrepentimiento. Los magistrados sintieron remordimientos por su ingratitud hácia el salvador de Italia, le condujeron con provisiones á la orilla del

mar, y de allí partió para el Africa, desembarcando cerca de Cartago. Apenas se hallaba en tierra cuando un lictor del gobernador romano fué á ordenarle que se volviese á embarcar al momento. Mario guardó silencio durante mucho tiempo, dirigiendo miradas terribles al oficial, y habiéndole preguntado por fin, el lictor, que respuesta le daba para el gobernador, contestó: «Dile que has visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.»

Cinna llama á Mario (87); proscripciones; muerte de Mario (86).

Durante estas vicisitudes, los negocios variaban de aspecto en Italia. Cinna había emprendido la realizacion de los proyectos de Sulpicio, proponía que se llamase á los desterrados y que los nuevos ciudadanos fuesen repartidos entre las treinta y cinco tribus. En el dia de la votacion se empeñó un combate sangriento en el foro. Los antiguos ciudadanos se mantuvieron dueños de Roma con facilidad, y el senado hizo destituir al cónsul fugitivo, quien fué sustituido por Cornelio Merula. Esta vez habian perecido 10,000 hombres.

Cinna se presentó á los italianos como una víctima de su adhesion á su causa. Recibió de ellos socorros en hombres y en dinero, y en seguida fué á presentarse á las tropas del bloqueo de Nola, en donde los Samnitas continuaban sosteniéndose, y las arrastró consigo. Cuando Mario supo estas noticias, partió apresuradamente y fué á desembarcar en Telamona, en Etruria, con unos 1000 gineteses infantes, moros y númidas, 6000 esclavos, á quienes atrajo bajo sus banderas con la promesa de la libertad, y 1000 con un pequeño ejército. Cinna le ofreció el título de procónsul y los haces, pero él lo rehusó todo. Cubierto con una mala toga, llevando la barba larga y la vista fija en el suelo, parecia hallarse abrumado todavía bajo el peso de la proscripcion. Pero tan luego como se vió en medio de los soldados, se animó todo con su actividad. Cuatro ejércitos bajo el mando de Mario,

de Cinna, de Sertorio y de Carbon, marcharon sobre Roma; los convoyes de víveres fueron interceptados, Ostia tomada, y la ciudad se vió amenazada por el hambre.

Sin embargo, el senado tenia todavía dos ejércitos en Italia, el de Metelo Pio, que hacia frente á los Samnitas, y el de Pompeyo Estrabon, quien habia conservado sus tropas para mantener sujetos á los aliados. Acercábase lentamente á Roma, cuando Cinna y Sertorio le atacaron en frente de la puerta Colina. La batalla fué indecisa, y poco tiempo despues entró Metelo en la ciudad. Pero un tribuno entregó una puerta del Janículo, y Metelo, juzgando perdida la partida, se marchó á la Liguria. El senado se decidió á entrar en tratos, y reconoció como cónsul á Cinna. En seguida comenzaron los asesinatos. Octavio fué muerto en su silla curul, y clavaron su cabeza en la tribuna de las arengas. El orador Marco Antonio, Craso, el padre del triunviro, dos Césares y los personages mas eminentes perecieron. Los asesinos tenian órden de dar muerte á todos aquellos á quienes Mario no devolviese el saludo. Pero algunos parodiaron la justicia: Mérula, el cónsul sustituido, y Cátulo, el vencedor de los cimbros, fueron citados ante un tribunal. Ninguno de los dos aguardó la sentencia; el primero mandó encender un brasero y murió asfixiado, el segundo hizo que le abriesen las venas. Junto al cadáver de Mérula se halló un escrito, en que manifestaba que antes de darse muerte habia tenido cuidado de depositar sus insignias de flaminodialis, con arreglo á las prescripciones del ritual. Los amigos de Cátulo habian implorado en favor suyo la clemencia de Mario, pero sin obtener mas contestacion que esta: «Es preciso que muera.» Durante cinco dias y cinco noches, mataron sin descanso, hasta en los altares de los dioses. Desde Roma se extendia la proscripcion á la Italia entera; mataban en las ciudades, en los caminos, y como estaba prohibido, bajo pena de muerte que se diese sepultura á los cadáveres, permanecian estos en los sitios en que habian caido hasta que los perros y las aves de rapiña acababan de devorarlos. Cinna y Sertorio fueron los primeros

que se cansaron de esta carnecería. Una noche cercaron á 4,000 satélites de Mario, y los mataron sin dejar ni uno.

El 1.º de enero del año 86, Mario tomó posesion con Cinna del consulado sin eleccion. Sin embargo, no estaba tranquilo al recordar que Sila se hallaba al frente de un ejército victorioso. Por la noche creía oir una voz amenazadora que le gritaba: «La madriguera del leon, aun cuando está ausente, es terrible!» Y para librarse de sus temores se envileció en excesos y orgías que apresuraron su fin. Perseguido hasta sus últimos momentos por sueños de gloria militar y por imágenes de batalla, en su delirio hacia todos los ademanes de un hombre que se está batiendo; se incorporaba, mandaba dar cargas y lanzaba gritos de victoria. Al séptimo dia espiró á los setenta años de edad y en su séptimo consulado (13 de enero de 86).

Tuvo funerales dignos de él. Fimbria arrastró á su pira al pontífice máximo Mucio Scevola, acusado de haberse querido interponer como mediador entre los dos partidos, y le degolló como á aquellas víctimas humanas que antiguamente eran inmoladas sobre el sepulcro de los grandes. Mucio cayó, pero su herida no era mortal, y aun se iba curando, cuando Fimbria, al saberlo, le citó para ser juzgado. «¿Pues de qué le acusas? le preguntaron.—Le acuso, dijo, de no haber recibido el puñal á bastante profundidad.» É hizo que acabasen de matarle. Mario habia dado el ejemplo de estos sacrificios humanos. Sobre la tumba de Vario hizo despedazar al antiguo censor L. César.

¿Hizo Mario mas mal que bien á su pías? Otro, á no ser él, habria vencido á los Cimbros y salvado á la Italia, y este otro quizás no hubiera hecho lo que él, que cargado de años y de gloria, arrojó á Roma en la guerra civil; no habria inaugurado el asesinato, no ya de algunos ciudadanos, sino de clases enteras, como máxima política y razon de Estado. A no ser por Mario, Sila no hubiera sido lo que fué. Hemos honrado á los Griegos no obstante sus defectos; anatematicemos la ambicion estéril de aquel que no fué siquiera un hombre de partido.

Cinna, habiéndose quedado solo, se halló muy inferior al papel que tenia que representar. Valerio Flaco, sucesor de Mario, no le aportaba gran talento ni mucho crédito. Despues de haber reducido todas las deudas á la cuarta parte, partió para ir á combatir á la vez con Sila y con Mitridates. Cinna, por su propia autoridad, se mantuvo en el consulado durante los dos años siguientes (85-84), dándose por colega á Papirio Carbon. Los nuevos quirites, repartidos entre las treinta y cinco tribus, entregaban la república á Cinna, quien siendo cónsul durante cuatro años consecutivos, sin eleccion, ejercia un verdadero poder real. Este partido, formado de todas las clases inferiores del Estado, mostraba con que facilidad aceptaria un dueño, aun cuando fuese indigno. La victoria iba á darle uno mas grande, pero mas terrible; Sila llegaba.

Sublevacion de las provincias orientales, ó guerra de Mitridates (88—84); primeras disensiones de Mitridates con Roma.

La conmocion producida en el imperio por la doble rebelion de los esclavos y de los aliados, y por los desesperados esfuerzos de los Gracos en favor del pueblo, se habia comunicado á las provincias. Los súbditos, horriblemente hollados y atropellados por los gobernadores que consideraban un mando como un medio de restablecer su perdida fortuna, anhelaban librarse de aquella dominacion romana que los italianos querian compartir; pero incapaces de salvarse por sí mismos, fijaban la vista en un rey de Oriente.

Mitridates VI, Eupator, á quien los historiadores han denominado el Grande, solo heredó de su padre, aliado fiel del senado, el pequeño Estado del Ponto. Este reino, que por la parte del mar se hallaba rodeado por las repúblicas griegas de Sinope, de Amisus, de Heraclea y de Trebizonda, tocaba al Este con las tribus bárbaras de la Iberia y de la Colchida, y al Sur con la Armenia, cuyo rey Tigrane tomaba el título de monarca del Oriente. Mitridates visitó todos estos pue-

blos, estudió su fuerza y su debilidad, y para manejar mejor su intriga, aprendió sus idiomas; podia hablar veinte y dos lenguas, y conversar sin intérprete con todas las naciones bárbaras de la Escitia y del Cáucaso. Primero obligó á Cimeriano, rey del Bósforo, á que le cediese sus Estados. En el Asia Menor no poseian los Romanos mas que las regiones occidentales; el resto de la península era un caos de repúblicas, de reinos y de tetrarquías. Mitridates se puso de acuerdo con Nicomedes de Bitinia para repartir la Paflagonia. Habiendo intimado los Romanos á ambos príncipes la órden de que abandonasen aquella conquista, Nicomedes se retiró dando á uno de sus hijos por rey á los Paflagonios occidentales; en cuanto á Mitridates, contestó altivamente: «Este reino pertenecia á mi padre; estraño que venga á impugnar mi derecho.» Y á esta conquista añadió la de la Galatia. Nicomedes reclamaba la Capadocia; Mitridates sostuvo contra él á Ariarato VII, su cuñado, á quien en seguida hizo asesinar por medio de Gordio. El niño á quien entonces sentó en el trono de Capadocia, su sobrino Ariarato VII, se mostró poco dócil; le atrajo á una conferencia y le dió de puñaladas por su propia mano á la vista de los dos ejércitos; en seguida impuso por rey á los Capadocios á su hijo, de edad de ocho años. Una sublevacion general expulsó á este intruso, y restituyó la corona á un hijo segundo de Ariarato VI; el rey del Ponto le hizo perecer como á su hermano, y restableció á su hijo. El senado de Roma, ocupado á la sazon en la guerra contra los Cimbros, consagraba escasa atencion á aquellas revoluciones de palacio; pero cuando la viuda de Ariarato VI, hermana de Mitridates, y entonces esposa de Nicomedes, se atrevió á reclamar la Capadocia para un impostor á quien presentaba como hermano de sus dos hijos asesinados, mientras que el rey del Ponto afirmaba que su propio hijo era el hijo verdadero de Ariarato, el senado, indignado, castigó á ambos reyes. Nicomedes tuvo que evacuar la Paflagonia occidental, y Mitridates la Capadocia, declarada libre. Los Capadocios asustados con aquella libertad, suplicaron al se-

nado que les diese un rey, y fué elegido Ariobarzano. Así pues, el resultado de tantos crímenes é intrigas habia sido colocar á la Capadocia bajo la influencia mas directa de Roma, y atraer una intervencion amenazadora.

El rey del Ponto, para hacer que le olvidasen, fué á guerrear en la Cólchida y hasta en las regiones transcaucasianas, en donde sometió á un gran número de naciones de la Escitia; luego, cuando vió al senado ocupado en otra parte, no obstante las amenazas de Mario, volvió á emprender la realizacion de sus antiguos proyectos, en los cuales supo interesar de nuevo al poderoso rey de Armenia, á Tigrane. Ariobarzano fué expulsado, y Tigrane, como rey de reyes, dió la Capadocia en feudo al hijo del rey del Ponto (93). Sila, que entonces era propretor en Asia, restableció á Ariobarzano (92). Pero apenas habia regresado á Roma, cuando Tigrane y Mitridates le derrocaban de nuevo. Mitridates prosiguió activamente sus victorias; á la Capadocia reconquistada añadió la Frigia, y habiendo muerto en este intermedio Nicomedes II de Bitinia, entró en este reino y expulsó de él á Nicomedez III, á quien sustituyó con un hermano de este príncipe, llamado Sócrates. Esta vez se alarmó el senado, y aunque desde entonces pudiera prever las tormentas que iban á estallar en Italia, mandó al pretor de Asia que restableciese á Nicomedes y á Ariobarzano. Mitridates no opuso resistencia alguna, regresó á sus Estados hereditarios (90), y aun dejó que Nicomedes asolase la Paflagonia para pagar á sus acreedores de Roma (89).

Asesinato de todos los Romanos en Asia.

Pero Mitridates se preparaba en secreto; 400 bajeles estaban en sus puertos, y aun hacia construir mas; sus emisarios reclutaban marineros y pilotos en Egipto y en la Fenicia, y soldados entre los Escitas, los Tracios, y hasta los Celtas de las orillas del Danubio; bandadas innumerables de bárbaros atravesaban el Euxino ó pasaban incesantemente los desfila-

deros del Cáucaso; 300,000 hombres se hallaban ya reunidos. Los Galatas consentian en seguirle y el Asia le llamaba. Entonces arrojó la máscara; uno de sus generales fué á reconvenir con tono amenazador al procónsul Casio por las injusticias de Roma. «Mitridates, dijo, tenia sobre la Capadocia derechos que habia heredado de sus antepasados, y se la habeis arrebatado; ocupaba la Frigia como premio de los servicios que su padre prestó á vuestra república, y le habeis despojado de ella; se ha quejado de Nicomedes, y habeis despreciado sus quejas. Pensad sin embargo, en su poder: Tigrane es yerno suyo, y el rey de los Partos es su aliado. Os han dicho que los reyes de Egipto y de Siria se reunian con él; no lo dudeis. Si comienza la guerra, otros muchos le ayudarán: el Asia, la Gracia, el Africa, vuestras nuevas provincias y aun la Italia, que en este momento sostiene contra vosotros una guerra implacable.»

En el momento en que el enviado de Mitridates dirigia á Casio tan altaneras palabras (año 88), Roma ensangrentada por la rivalidad de Mario y de Sila, no habia terminado aun la guerra social; una fermentacion sorda agitaba á las provincias, y aun el mismo propretor se veia casi sin soldados en medio del Asia estremecida. Sin embargo, solo contestó dando al rey la órden de que saliese de Capadocia. Esto era una declaracion de guerra; Mitridates la esperaba. Enseguida se desbordó el torrente; Nicomedes y Aquilio, que quisieron detenerle, fueron vencidos; otro general, Oppio fué rechazado desde la Capadocia á la Panfilia; Casio no se atrevió siquiera á pelear, y la flota que custodiaba la entrada del Euxino fué destruida en una sola accion. Por todas partes acudian presurosos los pueblos al encuentro del vencedor; por eso fué menos una conquista que una marcha triunfal. El rey del Ponto, para conseguir que aquellos pueblos se adhiresen á su causa, hizo que en un mismo dia y en una misma hora degollasen á cuantos romanos é Italianos habia en Asia; las mugeres, los niños y los esclavos perecieron en medio de los tormentos. Los templos, los altares de los dioses,

los santuarios mas venerados no protegieron á víctima alguna. Casio habia huido hasta Rodas. Oppio fué entregado por el pueblo de Laodicea, y Mitridates le hizo encadenado detrás de sí. Aquilio, vendido por los Mitilenes, fué paseado burlescamente por las ciudades principales, y en Pérgamo le echaron oro derretido en la boca.

La primera parte de los planes de Mitridates se habia realizado, el Asia estaba sometida; mientras los Italianos se sostenian todavía, se apresuró á cumplir las promesas que les hiciera en otro tiempo. Su escuadra desembocó en el mar Egeo, y despues de haber sometido sus islas, trasportó un ejército á Grecia, con Arquelao, mientras que otro marchaba por la Tracia contra la Macedonia. El mismo, y esto fué una falta, se quedó en Asia, ocupándose en tratar de apoderarse de la isla de Rodas, á donde se habian refugiado los romanos que se libraron de la matanza. En vano la atacó repetidas veces, pues todos sus esfuerzos quedaron frustrados y en tanto desperdiciaba la ocasion de dar golpes decisivos. Verdad es que habia enviado á Grecia 150.000 hombres, los cuales ocasionaron fácilmente la defeccion de Atenas, del Peloponeso, de la Beocia y de la Eubea, pero eran malas tropas que retrocedieron tan luego como se hallaron en frente de las legiones. Bruto Sura, lugar-teniente del gobernador de Macedonia, marchó atrevidamente á su encuentro, expulsó de Tesalia á un destacamento que se habia apoderado de Demetriades, y peleó durante tres dias con ventaja contra Arquelao y Aristion en la llanura de Queronea. La llegada de los Peloponesios le arrebató la victoria, pero no por eso dejaba de quedar detenida la invasion. Arquelao fué á invernar en el Pireo, y Aristion en Atenas.

Sitio de Atenas por Sila (87—86); batallas de Queronea y de Orcomenes (86).

En la primavera del año 87 llegó Sila con cinco legiones, marchó en seguida á Atenas, atravesó las líneas de defensa y

se arrojó entre el Pireo y la ciudad. Una vez tomado el Pireo, caía Atenas; Sila lo atacó con furor, prodigando las vidas de sus soldados y aun su propia persona, porque, proscrito en Roma, solo por medio de la victoria, y de una victoria rápida, podia salvarse. Pero los arietes no abrian brecha en aquellas murallas construidas con peñas enormes, y el invierno llegó á obligarle á convertir el sitio en bloqueo. Siendo el enemigo dueño del mar, los esfuerzos de Sila contra el Pireo eran inútiles, así es que en la primavera cambió de plan y atacó la ciudad. Atenas sufria ya el hambre; el medimnio de trigo se vendia allí á mil dracmas, y sin embargo, Aristion, dueño de la ciudadela, no hablaba de rendirse. Desde lo alto de las murallas insultaba á Sila, diciéndole que era una mora cubierta con harina; pero cuando vió que el hambre se extendia hasta á sus tropas, se decidió á enviar al procónsul dos diputados, quienes le hablaron durante mucho tiempo de las hazañas de Teseo, de Eumolpe y de Milciades. «No he venido aquí á tomar lecciones de elocuencia, contestó el general, sino á castigar á rebeldes,» y les despidió. El dia 1.° de marzo, algunos soldados sorprendieron un sitio mal guardado, y la ciudad fué tomada, pero Sila quiso entrar por la brecha; hizo derribar un lienzo de muralla, y á las doce de la noche, en medio del ruido de las trompetas que tocaban la carga y de los gritos furiosos del ejército entero, penetró en la plaza. Tal fué, segun dicen, la carnicería, que la sangre, despues de haber llenado el Cerámico, corrió hasta las puertas y se extendió por los arrabales. Sila habia querido asustar á la Grecia y al Asia con el saqueo de aquella ciudad que, deteniéndole durante nueve meses, comprometió su fortuna.

Arquelao no tenia ya interés alguno en defender el Pireo; así es que volvió á embarcar sus tropas y reapareció de improviso en la Beocia, á retaguardia del ejército romano, con 120,000 hombres. Sila solo tenia 40,000: sin embargo, le salió al encuentro en Queronea. Sus soldados se asustaban al ver la multitud de los enemigos, y como Mario, les abrumó haciéndoles trabajar hasta que ellos mismos pidieron el com-

bate. De aquella multitud de asiáticos, solo 10.000 hombres lograron ponerse en salvo, con su jefe, en Calcis. Sila se alabó de no haber perdido mas que trece soldados.

Mitridates habia prometido al Asia una dominacion mas dulce, y la abrumaba con impuestos y exigencias. Formáronse conspiraciones, y las ahogó en sangre. Los tetrarcas de los Galatas, convidados por él á un festin, fueron degollados, y á uno de sus sátrapas lo impuso por rey á aquellos pueblos. En Chio arrebató á todos los habitantes y los trasladó á las orillas del Ponto. En poco tiempo perecieron 1.600 personas en los suplicios. Mitridates habia sabido hacer de modo que los griegos de Asia echasen de menos á los procónsules romanos.

Sila se hallaba todavía en Tebas, celebrando su victoria con juegos y fiestas, cuando supo que Valerio Flaco, que habia sustituido á Mario en el consulado, pasaba el Adriático con un ejército. Al propio tiempo, un general de Mitridates, llamado Dorilao, llegaba de Asia con 80.000 hombres. Sila, colocado entre dos peligros, escogió el mas glorioso y marchó contra Dorilao. Los dos ejércitos se encontraron tambien en Beocia, cerca de Orcomenes. Esta vez la lucha fué mas viva, y Sila espuso su persona: sin embargo, las hordas asiáticas fueron dispersadas por segunda vez. Tebas y otras tres ciudades de la Beocia sufrieron la misma suerte que Atenas. La Grecia entera tembló. Para llevar de nuevo al combate á los soldados aterrados, fué preciso que Sila cogiese un estandarte y se lanzase solo delante del enemigo.

Paz con el rey del Ponto (84).

Mientras alcanzaba esta segunda victoria, Flaco se le adelantaba en Asia, y Mitridates, amenazado por dos ejércitos, se apresuró á pedir secretamente la paz á Sila, dando á entender que podia obtener de Fimbria condiciones bastante ventajosas. Este general habia dado muerte al cónsul Flaco en Nicomedia, tomado el mando de su ejército y hecho la

guerra por cuenta propia. Habia derrotado al hijo de un rey y avanzado rápidamente hasta Pérgamo, desde donde Mitridates tuvo tiempo suficiente para huir á Pitane, en la Eolida; pero allí no se hallaba seguro. Lúculo, á quien Sila habia enviado durante el sitio de Atenas para que reuniese en Egipto, en Fenicia, en Chipre y en Rodas algunos bajeles, cruzaba por aquellos parages con una flota. Con el fin de no dar á Fimbria la honra de concluir aquella guerra, dejó escapar al rey. Fimbria se vengó en Ilion, destruyéndola por haber enviado una embajada á Sila; en seguida entregó á la codicia de sus soldados la Misia, la Troade y la Bitinia. Mitridates esperaba aprovechar la rivalidad de aquellos dos jefes, pero Sila fingió profunda indignacion y exclamó: «Le abandono esta mano que ha firmado la sentencia de muerte de tantos ciudadanos nuestros, y se atreve á reclamar! Dentro de algunos dias estaré en Asia, y entonces empleará otro lenguaje.» El rey se humilló y solicitó una entrevista que se celebró en Dardanum, en la Troade. Cuando Mitridates, al encontrar á Sila, le tendió la mano, este le dijo: «Ante todo, ¿aceptais las condiciones que os he dictado?» Y como el rey guardase silencio, añadió: «A los suplicantes corresponde hablar, á los vencedores esperar y escuchar los ruegos.» Mitridates, subyugado, se sometió á todo, restituyó sus conquistas, entregó los cautivos, los tránsfugas, 2.000 talentos y 70 galeras. Fimbria estaba en Lidia; Sila marchó contra él, le arrebató su ejército, y le redujo á darse la muerte (84).

Expulsado ya Mitridates, restablecidos una vez mas Nicomedes y Ariobarzano, y seducidas las tropas, solo faltaba recompensar á los soldados y castigar las defecciones. Varias ciudades fueron saqueadas y destruidas, otras vieron sus murallas derribadas, y sus ciudadanos vendidos ó castigados con pena de muerte; á la provincia se la gravó con un impuesto de 20.000 talentos. Sila pagaba de antemano á sus soldados la guerra civil.

CAPÍTULO XIX.

Dictadura de Sila.

REGRESO DE SILA; BATALLA DE SACRIPORTE (82).—DESCALABRO DE CARBON; BATALLA DE LA PUERTA COLINA.—LAS PROSCRIPCIONES (82-81).—LEGISLACION DE SILA (81-79).—EXTENSION DE LA AUTORIDAD DEL SENADO Á COSTA DEL PODER POPULAR.—LEYES PENALES.—LEYES RELATIVAS AL CULTO Y Á LAS COSTUMBRES.—ABDICACION Y MUERTE DE SILA (79-78).

Regreso de Sila; batalla de Sacriporte (82).

Desde la misma Asia habia anunciado Sila al senado sus victorias, sin hablar de guerra ni de venganza; pero cuando se vió á orillas del Adriático, al frente de 40.000 veteranos adictos á su persona hasta el extremo de ofrecerle su peculio para que llenase su caja militar, envió al senado un segundo mensage en el que recordaba «sus servicios y el precio á que los habia pagado; sus bienes confiscados, su cabeza proscrita y sus amigos asesinados; pero ya llegaba, y muy luego sus enemigos y los de la república recibirian el castigo debido á sus crímenes.»

El senado intentó interponerse entre él y los dos cónsules. Partió una diputacion para calmar al vencedor, y un decreto prohibió á Cinna y á Carbon que continuasen sus preparativos. Estos no hicieron caso; pero en el momento en que Cinna quiso embarcar su ejército para Grecia, estalló una sedicion y fué degollado por sus propios soldados.

Carbon, que quedó siendo el único cónsul, extendió aun el

derecho de ciudadanía á nuevos pueblos, repartió los libertos entre las treinta y cinco tribus, y arrancó al senado la órden de licenciar los ejércitos, con el fin de poder acusar á su adversario de traicion si desobedecia. Sila contestó pasando el mar (83). Sus cinco legiones eran harto débiles ante las 450 cohortes del enemigo; pero estaban compuestas de antiguos soldados llamadas á pelear contra levas recientes; además, se encontraba solo en su campamento, y los Marionistas tenian quince generales. Si la mayor parte de los italianos estaba por aquellos, la nobleza aguardaba con impaciencia el regreso de Sila; Metelo Pio, retirado á la Liguria con algunas tropas, y el jóven Pompeyo que por su propia autoridad levantaba tres legiones en el Piceno, iban á pelear por él. Las proscripciones que el jóven Mario habia de renovar muy luego contra los senadores mas ilustres, acabarian por hacer que la causa de Sila fuese la de la aristocracia romana.

Desde la Pulla pasó Sila sin obstáculo alguno á Campania en donde venció á Norbano. Un segundo ejército bajo el mando del cónsul Escipion, estaba algunas leguas mas atrás en Teanum. Sila pidió una tregua que aprovechó para hacer que todas las tropas enemigas se pasasen bajo sus banderas. A principios del año 82, el jóven Mario y Carbon tomaron posesion del consulado y se repartieron la defensa de la ciudad; uno habia de cerrar el paso del Apenino, por la parte de la Umbría y del Piceno, por donde avanzaban Metelo y Pompeyo; el otro habia de cubrir el Lacio contra Sila que llegaba por la Campania. El jóven Mario habia convertido á Prenesta en su plaza de armas. Habiendo llegado Sila á Sacriporte, situado á cuatro leguas de la vanguardia de Prenesta, encontró allí al ejército enemigo y le puso en fuga. Esta accion le abrió el camino de Roma, adonde corrió presuroso, dejando á Lucrecio Ofella enfrente de Prenesta, á cuyo punto se habia arrojado Mario; pero llegó demasiado tarde para impedir nuevas muertes; los senadores mas ilustres acababan de ser asesinados en la misma curia, siendo las

últimas víctimas que Mario inmoló á los manes de su padre.

Descalabro de Carbon; batalla de la puerta Colina.

Sila no hizo mas que atravesar á Roma para ir á Etruria á pelear contra el otro cónsul, Carbon, á quien Metelo y Pompeyo habian expulsado de la Umbría. Dió una batalla encarnizada que duró un dia entero sin resultado. Esto era casi un triunfo para Carbon; pero viéndose amenazado por el peligro de que Metelo y Pompeyo le cortasen las comunicaciones con la Cisalpinia, que era de donde sacaba sus provisiones y soldados, marchó contra ellos, fué derrotado y perdió 10.000 hombres; 6000 soldados suyos desertaron, y con ellos Verres, su cuestor, quien se llevó la caja militar. Norbano, aterrado se embarcó para Rodas, en donde se dió muerte algun tiempo despues para no ser entregado á Sila. Carbon reclutó en Etruria otro ejército, y cometió de nuevo la imprudencia de dividir sus fuerzas, en vez de marchar apresuradamente contra Prenesta; todos los destacamentos que formó fueron derrotados. Cuando supo la defeccion de la Cisalpinia, obtenida por Metelo, perdió la esperanza de resistir por mas tiempo, y se hizo á la vela para el Africa. Sertorio habia marchado á España; los gefes populares abandonaban á la Italia, y procuraban sublevar las provincias occidentales.

En aquel mismo momento los gefes italianos aliados suyos, intentaban dar un golpe atrevido. Apartados de las líneas de Lucrecio Ofella, que Sila cubria con todo su ejército, mientras que Pompeyo destrozaba cerca de Clusium las tropas de Carbon que habian quedado sin gefe, penetraron una noche hasta la distancia de cien estadíos de la ciudad. Querian arrebatar y «destruir aquella guarida de lobos carniceros de la Italia,» y si era preciso perecer, hacerlo al menos bajo sus ruinas despues de haber vengado á la Italia. Pero perdieron un dia en preparar el asalto, y este retraso salvó á Roma. En la mañana del dia 1.º de noviem-

bre, la escasa guarnicion que habian dejado en la ciudad hizo una salida: luego acudió la caballería de Sila, y este la seguia con todas sus fuerzas: al mediodía llegó cerca de la puerta Colina. Esta fué la verdadera batalla de aquella guerra, y como para marcar con entera claridad cuales eran los intereses que estaban agitándose hacia diez años, la misma existencia de Roma era lo que la victoria iba á decidir. Ambos ejércitos se batieron durante el resto del dia y durante toda la noche; el ala izquierda que mandaba Sila fué derrotada. Pero Craso, con el ala derecha, venció y persiguió al enemigo hasta muy léjos. El gefe principal de los italianos, Poncio Telesino, gravemente herido, fué rematado por los vencedores; aun despues de muerto se veía impresa en su rostro la espresion de la amenaza y del odio. Era el mas noble y el último de los hijos de la Italia: al menos tuvo para sí mismo y para su pueblo una sepultura gloriosa, un campo de batalla cubierto de 50.000 cadáveres, de los que la mitad eran romanos.

Prenestá ya no podia sostenerse, y abrió sus puertas. El jóven Mario y un hermano de Telesino, retirados á un subterráneo, se batieran uno con otro para no ser entregados vivos al enemigo. Algunas ciudades que se defendian aun, sucumbieron unas en pos de otras; Volaterra se resistió durante dos años. Fuera de Italia continuó la guerra: Sertorio habia sublevado la España, y Domicio Ahenobarbo el Africa y la Numidia.

Las proscripciones (82—81).

Al dia siguiente del combate de la puerta Colina, Sila arengaba al senado en el templo de Belona; de pronto se oyeron gritos de desesperacion; los senadores se turbaron. «No es nada, dijo Sila, son unos cuantos facciosos á quienes he mandado castigar;» y continuó su discurso: en aquel momento perecian degollados 8.000 prisioneros samnitas y lucanios. Cuando Sila regresó de Prenesta, subió á la tribuna,

habló de sí mismo durante mucho tiempo en términos magníficos, y terminó con estas palabras siniestras: «Ninguno de mis enemigos debe esperar perdon.» Desde aquel dia comenzaron las proscripciones. Un pretor, pariente de Mario, llamado Mario Gratidiano, fué perseguido por Catilina, quien le sacó los ojos, le arrancó la lengua, las orejas y las manos, le rompió los brazos y las piernas, y cuando aquel cadáver animado todavía, no fué ya mas que un monton de carnes magulladas y de huesos rotos, le cortó la cabeza y la llevó ensangrentada á Sila. El cadáver del vencedor de los Cimbros fué exhumado, entregado á los ultrages y arrojado al Anio. César, que á la sazon tenia diez y ocho años de edad, era pariente de Mario y yerno de Cinna; Sila quiso obligarle á que repudiase á su muger. Se negó á hacerlo y huyó á las montañas de la Sabinia, en donde varias veces estuvo próximo á perecer. Las lágrimas de su familia y los ruegos de las vestales arrancaron su perdon. «Os le dejo, dijo el omnipotente procónsul, pero en ese muchacho hay varios Marios.» Habia perecido ya un número considerable de víctimas, cuando un Metelo le preguntó: «¿Dónde y cuándo piensas detenerte?—No lo sé todavía.—Pero al menos declara aquellos á quienes destinas á la muerte.—Lo haré.» Y en seguida formó una lista de 80 nombres que mandó fijar en el foro; dejó pasar un dia, y al siguiente publicó una segunda lista de 220 personas, y luego otra de igual número. «He proscrito á todos aquellos de quienes me he acordado, dijo al pueblo, pero he olvidado á muchos; sus nombres se irán escribiendo á medida que se presenten á mi memoria.» Desde el 1.° de diciembre de 82 hasta el 1.° de junio de 81, durante seis meses largos, se pudo matar impunemente; aun dieron muerte durante mucho tiempo, porque Roscio de Ameria fué degollado el dia 15 de setiembre. Los familiares de Sila, sus libertos, y sobre todo aquel Crisógono cuya infamia inmortalizó Ciceron, vendian el derecho de hacer escribir un nombre en la lista fatal. «A este, decian, le ha hecho perecer su hermosa quinta; á aquel, sus baños con losas de már-

mol; al otro, sus magníficos jardines.» Los bienes de los proscritos eran confiscados y vendidos en pública subasta: los de Roscio valian seis millones de sextercios, y Crisógono se quedó con ellos por dos mil.

¿Cual fué el número de las víctimas? Apio habla de 90 senadores, 15 consulares y 2,600 caballeros; Valerio Máximo habla de 4,700 proscritos. «Pero, ¿quién podria contar, dice otro, todos los que fueron inmolados por los odios particulares?» La proscripcion no se detuvo en las víctimas, sino que tambien los hijos y los nietos de los proscritos fueron declarados indignos de ocupar en tiempo alguno un cargo público.

En Italia fueron proscritos pueblos enteros; las ciudades mas ricas, Espoleto, Interamna, Prenesta, Terni, Florencia fueron vendidas en pública subasta. En el Samnium, solo Benevento quedó en pié. En Prenesta, todos fueron degollados. La mano de hierro que pesaba sobre la Italia se extendió al imperio entero. Sila se habia encargado por sí mismo de castigar á la Grecia y al Asia; dejó á sus lugar-tenientes que *pacificasen* las provincias del Norte, del Oeste y del Sur: Metelo, la Cisalpinia; Valerio Flaco, la Narbonesa, en donde los proscritos le dieron una batalla; Pompeyo, la Sicilia y el Africa. Pompeyo, no obstante su moderacion habitual, se mostró severo: los Mamertinos reclamaban sus privilegios y les dijo: «Cesad de alegar leyes al que empuña la espada.» En la isla de Cosira hizo decapitar á Carbon; Norbano habia perecido ya en Rodas; otro gefe, Bruto, se dió de puñaladas para no caer en sus manos. En Africa, Hiarbas habia despojado al otro rey de Numidia, llamado Hiempal, y aguardaba al lugar-teniente de Sila, cerca de Utica, con un ejército numeroso. Pompeyo le derrotó, y mandó que le diesen muerte. Contra Sertorio, dueño de España, hizo el dictador que marchase el pretor Anio, quien le expulsó; contra los Tracios, el gobernador de la Macedonia; contra los piratas, un pretor y el procónsul Servilio Vatia. Pero en Asia, como Munera comenzara de nuevo la guerra contra Mitridates, Sila,

que veía en torno suyo, dentro del mismo imperio bastantes conflictos y peligros, prohibió á su lugar-teniente que provocase á un enemigo temible.

Las provincias, asoladas por la guerra, fueron abrumadas tambien á impuestos, porque era preciso llenar el tesoro de Roma aniquilada. Se olvidaron los tratados y las promesas. Todos contribuyeron, aun aquellos que habian ganado la inmunidad y la independencia por medio de su sumision voluntaria ó de servicios importantes, y para satisfacer á estas exigencias imperiosas, varias ciudades tuvieron que empeñar las tierras y posesiones públicas, sus templos, sus murallas. Sila llegó hasta el extremo de vender el Egipto á Alejandro II. Los pueblos aliados y los reyes amigos hubieron de mostrar su celo con la grandeza de sus donativos, y del uno al otro extremo del imperio no hubo una sola persona que no pagase con su sangre ó con su fortuna aquella restauracion del poder oligárquico.

Legislacion de Sila (81—79); extension de la autoridad del senado á costa del poder popular.

Sila, despues de haber muerto á los hombres con la espada, intentó matar al partido por medio de leyes. Para darlas quiso tomar un título legal, hizo que le nombrasen dictador, con derecho de vida y muerte sin enjuiciamiento, poder para confiscar los bienes, repartir tierras, edificar ó derribar ciudades, quitar ó dar reinos. Sus actos anteriores estaban ratificados, y su voluntad declarada ley del Estado.

Sila no habia sido en toda su vida mas que un soldado. Cuidándose mas del poderío de Roma que de su libertad, quiso hacer que en el foro reinase el silencio de los campamentos, y creyendo que la aristocracia era bastante fuerte para soportar el peso del imperio, se lo entregó. Hizo entrar en el senado á 100 miembros nuevos, y para convertir á aquella asamblea en principio conservador de la constitucion, le restituyó los juicios y la discusion prévia de las leyes, es decir,

el veto legislativo. Le conservó el derecho de designar las provincias consulares, y colocó á los gobernadores bajo su dependencia, estableciendo que estos quedasen en sus respectivas provincias mientras que tal fuese la voluntad del senado. Los tribunos perdieron el derecho de presentar una rogacion al pueblo, su veto quedó ceñido tan solo á los asuntos civiles, y el ejercicio del tribunado quitó el derecho de aspirar á otro cargo.

Por medio de estas innovaciones los *comicios por tribus* perdian en realidad su poder legislativo. El de los *comicios por centurias* sufria un grave ataque por parte de la ley que exigia que toda proposicion fuese precedida de un senado-consulto. En cuanto á los caballeros, no les dejó papel alguno que representar en el Estado; y si no proclamó que la censura estaba destruida para siempre, al menos la suprimió de hecho, pues desde el año 86 hasta su muerte, y desde esta hasta el derrocamiento de su constitucion en el año 70, no se encuentran censores. Con el fin de aparentar que hacia algo en favor del pueblo y de los pobres, confirmó la ley de Valerio Flaco que abolia una cuarta parte de las deudas. Bajó tambien el precio de los artículos de primera necesidad, pero para tener el derecho de suprimir las distribuciones gratuitas de trigo que sostenian la holgazanería del pueblo, y estableció á 120,000 legionarios suyos en las tierras mas fértiles de la Península arrebatadas á sus antiguos dueños.

Por estas leyes, los tribunos, el pueblo y los grandes se veían obligados á retroceder varios siglos, unos á la oscuridad del papel que representaban en el dia siguiente al de la retirada al monte Sacro, los otros al brillo y poderío de los primeros dias de la república. Pero, ¿podia Sila llevarles de nuevo, tambien, á las costumbres antiguas, obligando á los nobles á tener desinterés, y á los pobres á tener patriotismo? No lo creyó; ni siquiera intentó restituirles la consideracion y el respeto hácia sí mismos por medio de una purificacion severa de las costumbres. Léjos de esto, hizo que en el senado entrasen hombres indignos y oscuros; entre el pueblo re-

partió 10,000 esclavos de los proscritos, á quienes emancipó dándoles su nombre (los Cornelios.) Algunos españoles y galos llegaron á obtener el *derecho de ciudadanía*, y dejó á los demás italianos, escepto á los que habian servido contra él, repartidos entre las 35 tribus.

Leyes penales.

Sila habia restituido el poder á los grandes; sin embargo, no se hacia ilusiones acerca de su moralidad, y su legislacion penal, dirigida contra los crímenes que aquellos acostumbraban á cometer, prueba que procuró atemorizarlos, ya que no hacerles mejores. Para disminuir la intriga, decretó que no se podria ejercer el mismo cargo hasta despues de un intérvalo de diez años, y prohibió que se solicitase la pretura antes que la cuestura y el consulado antes que la pretura. Lucrecio Ofella, el mismo que durante tanto tiempo habia sitiado á Prenesta, selló aquella ley con su sangre. Pedia el consulado sin haber sido pretor: Sila le advirtió que desistiese; él continuó, y un centurion le dió de puñaladas en medio de la plaza. Volvió á hacer uso de la ley de majestad de Saturnino y de Vario, y la extendió á casos nuevos. En lo sucesivo habia de ser castigado con la interdiccion del fuego y del agua, es decir, con el destierro, todo aquel que atentase á la honra y á la seguridad del imperio, que violase el veto de un tribuno, ó detuviese á un magistrado en el ejercicio de sus funciones; á todo magistrado que dejase degradar entre sus manos los derechos de su cargo; á todo gobernador que, por su propia autoridad, declarase la guerra, saliese de su provincia con sus tropas, las excitase á la rebelion, las entregase al enèmigo, ó vendiese su libertad á los gefes que estuviesen prisioneros. De esta ley, que mas tarde castigó, no solo los actos, sino tambien las palabras, fué de la que los emperadores hicieron un uso tan cruel.

Las leyes *de falso*, de *sicariis*, *de repetundis*, fueron dirigidas contra el robo, la violencia y las concusiones, y ocho tri-

bunales permanentes prometieron rápida justicia. Como en ellos todos los jueces eran senadores, y sentenciaban sin apelacion, la administracion de justicia criminal pasaba entera al senado.

Leyes relativas al culto y á las costumbres.

En esta restauracion del gobierno aristocrático Sila, no podia olvidar la religion. Aumentó el número de los pontífices y de los augures desde diez hasta quince, les restituyó el derecho de completar por sí mismos su colegio por *cooptacion*, é hizo buscar por todas partes los oráculos sibilinos para sustituir con ellos los libros que habian perecido en el incendio del Capitolio. Reedificó este mismo templo con magnificencia, y en fin, apesar de la depravacion de las costumbres, dictó varias leyes para que se volviese á honrar la santidad del matrimonio, para contener el abuso del divorcio, los gastos de los festines y de los funerales, reglamentos, que como todas las leyes suntuarias, no tuvieron fuerza ni duracion. El mismo que los habia dictado fué quien los derrocó con su ejemplo.

Abdicacion y muerte de Sila (79—78).

Cuando Sila hubo ejecutado y completado su obra, se retiró. Su abdicacion (78) pareció un reto lanzado á sus enemigos y una confianza audaz en su fortuna. Pero los empleos y el senado, estaban llenos de hechuras suyas, y tantos hombres interesados en el mantenimiento de sus leyes, sus 10,000 Cornelios y sus 120,000 veteranos establecidos por toda Italia en las colonias militares y con los que, con una sola palabra, hubiera podido reconstituir un ejército temible, todo esto reunido hacia que su confianza fuese poco peligrosa. Su despedida del pueblo fué digna de aquella dignidad real insolente que se abdicaba á sí misma, y de aquella multitud que se vendia por un *congiario*. La llenó de viandas, de vinos ex-

quisitos, de manjares escogidos, y con tal profusion que durante varios dias arrojaron al Tiber cantidades enormes de víveres que el pueblo saciado habia dejado sin consumir.

Retirado en su casa de Cuma, vivió todavía un año y murió á consecuencia de una enfermedad espantosa. Sus carnes descompuestas se pudrieron, y engendraban sin cesar innumerables gusanos. El mismo habia escrito su epitafio; era verídico: «Nadie ha hecho, en tiempo alguno, mas bien á sus amigos, ni mas daño á sus enemigos.»

CAPÍTULO XX.

Pompeyo.

POMPEYO.—GUERRA DE SERTORIO (82-71).—ESPÁRTACO (73-71).—POMPEYO RESTABLECE EL PODER TRIBUNICIO (70).—GUERRA DE LOS PIRATAS (67).—MITRIDATES QUIERE APROVECHAR LOS CONFLICTOS DE ROMA; LÚCULO LE RECHAZA HASTA EL PONTO (73).—CONQUISTA DEL PONTO (72-71) Y DE UNA PARTE DE LA ARMENIA (69-66).—MANDO DE POMPEYO (66-63).

Pompeyo.

El odio del pueblo y de los italianos, los resentimientos del órden ecuestre y cuatro guerras peligrosas, hé aquí lo que Sila legaba á sus sucesores. ¿Quién debia ser el que recogiese esta espinosa herencia? Su heredero legal era un senado mutilado por la guerra civil, y en el que las proscripciones de los dos partidos no habian dejado una sola cabeza que excediese del nivel comun de la medianía; pero del centro de la guerra civil habia surgido un hombre que á los veinte años de edad levantaba un ejército, y sabia mantenerse siendo gefe suyo. Pompeyo condujo sus tropas á cuantos puntos quiso el dictador, á la Cisalpinia, á socorrer á Metelo, á Sicilia, al Africa; siempre vencedor é imponiendo con sus triunfos aun al mismo Sila. Este, despues de la derrota de Jarba, le mandó que licenciase sus legiones. Los soldados se amotinaron; Pompeyo los apaciguó y regresó solo á Roma. Esta confianza le salvó: el dictador le salió al encuentro con todo el pueblo y le saludó con el nombre de Grande. Pero él que-

ria el triunfo, y ni siquiera era senador! Sila rehusó: «Pues que tenga cuidado, se atrevió á decir el impetuoso jóven, porque el sol que sale tiene mas adoradores que el sol que vá á ponerse.» El dictador, sorprendido, cedió, y esclamó por dos veces: «Que triunfe, que triunfe!» (81).

En efecto, Pompeyo aun no habia desempeñado ningun cargo, ni lo queria. Pero tuvo formal empeño en probar su influencia haciendo que se diese el consulado á un protegido suyo. No obstante la oposicion de Sila y de los grandes, hizo que eligiesen á Emilio Lépido, quien no disimulaba su odio á las nuevas leyes (78).

Se dá muerte á los hombres; pero á las ideas y á las necesidades legítimas solo se las mata satisfaciéndolas. Lépido, con solo pronunciar estas palabras, restablecimiento del poder tribunicio, habia vuelto á hallar todo un partido que Sila pensaba haber ahogado en sangre. Lépido, sujeto durante el año en que desempeñó su cargo por su cólega Cátulo, volvió á emprender sus proyectos en su procónsulado de la Narbonesa. El gobernador de la Cisalpinia Junio Bruto, se declaró en favor suyo. Con la promesa de volver á llamar á los proscritos, de restituir á los italianos sus tierras confiscadas y de anular todos los actos de la dictadura, Lépido en gruesó muy luego el ejército que conducia á la Galia y penetró hasta el Janículo. Pero los veteranos amenazados con una restitucion, acudieron presurosos al lado de Pompeyo, á quien el senado agregó á Cátulo. Lépido fué puesto fuera de la ley y derrotado mas allá del puente Milvio. Otra derrota en Etruria, y luego otra cerca de Cosa, le obligaron á ir á buscar un asilo en Cerdeña, en donde murió de dolor, mientras que Pompeyo perseguia á Bruto en la Cisalpinia, tomaba á Módena, y hacia perecer á los gefes enemigos que caian en su poder (77).

Este levantamiento volvió á unir á Pompeyo con el senado, el cual le restituyó su ejército, y él aceptó el papel de ejecutor testamentario de Sila; despues de Lépido fué á pelear contra Sertorio.

Guerra de Sertorio (82—71).

Despues de la muerte de Mario y de Cinna, Sertorio habia intentado realizar la última esperanza del partido, la sublevacion de las provincias bárbaras del Occidente. En el año 82 se trasladó á España y vió acudir en torno suyo á numerosos voluntarios; desgraciadamente aun no estaban concluidos sus preparativos cuando sobrevino un lugar-teniente de Sila, el procónsul Anio, quien le obligó á abandonar la península. Embarcó á los 4.000 hombres que aun le quedaban, y durante varios meses vagó desde las costas de España á las de Africa; pero cansado de esta existencia precaria, habria emigrado á las *islas Afortunadas* (las Canarias) si sus soldados hubiesen consentido en seguirle. Entónces tomó parte en las guerras de un pueblo de la Mauritania, y habiéndose difundido por España el rumor de sus hazañas, los Lusitanos oprimidos por Anio, le invitaron á que se pusiese á su frente; aceptó y volvió á pasar á la península. Primero fué derrotado un lugar teniente de Anio, y luego el gobernador de la Bética (80). Metelo, enviado por Sila para contener aquel movimiento, no pudo atraer á su adversario á una batalla general (79). Sertorió le hizo una guerra de escaramuzas que convenia mucho á sus soldados y al país que era teatro de la lucha. Metelo, con su numeroso ejército, nada poseía mas allá del recinto de su campamento. Si sitiaba á una ciudad eran interceptados sus convoyes; si atravesaba un desfiladero, detrás de cada roca se alzaba un soldado que arrojaba sus saetas y luego huía mas ligero que el viento. Muy pronto comenzó á comprender que no era bastante fuerte, y llamó en su ayuda á Lolio, procónsul de la Narbonesa. Sertorio evitó esta union, y cuando Lolio desembocó de los Pirineos fué derrotado de una manera tan completa que huyó casi solo á *Ilerda* (Lérida). Un ataque de Metelo contra *Lacobriga*, al Sur de la Lusitania, hizo que acudiese Sertorio presuroso, quien introdujo un socorro en la

plaza, sorprendió á uno de los lugar-tenientes del gefe enemigo, y despues de haber obligado á este á levantar el sitio, le arrojó fuera de la Lusitania.

Sertorio, no obstante la presencia de aquel gran ejército, era verdaderamente dueño de toda la España: arreglaba las cuestiones de los pueblos y de los particulares, levantaba tropas, adiestraba los habitantes del país en la táctica romana, y sobre todo se dedicaba á grangearse su confianza. Habia sabido persuadirles de que se hallaba en contacto con los dioses, y de que una corza blanca que siempre le seguia, era la intermediaria. Cuando recibia secretamente una noticia importante, la corza se acercaba á su oido y le comunicaba el mensage misterioso, que él repetia en alta voz y que muy luego quedaba confirmado por los sucesos. Este ardid bastaba para la credulidad de aquellos pueblos que aun se hallaban en la infancia. Por lo demás, les imponia respeto con la severidad de sus costumbres y con su exquisito cuidado para no tolerar licencia alguna por parte de sus soldados. La derrota de Lépido le valió un auxilio importante (77). Perperna, uno de los lugar-tenientes del procónsul, pasó á España con fuerzas considerables y varios romanos distinguidos, de los que Sertorio formó un senado de 300 individuos. Para demostrar bien que se habia conservado romano en medio de los bárbaros, á ningun español admitió en aquel senado, así como les negaba todo grado en las tropas. Hasta entonces habian podido creer que Sertorio peleaba por ellos; pero desde aquel dia comprendieron que Morionistas y Silanios, partido popular y partido de los grandes querian una misma cosa: mantener en provecho propio la dominacion de Roma sobre las provincias.

Sus últimos triunfos y el acrecentamiento de sus fuerzas le permitieron que sublevase la Aquitania y la Narbonesa, y uno de sus lugar-tenientes fué á custodiar el paso de los Alpes. El senado se asustó. No obstante su repugnancia en pedir á Pompeyo nuevos servicios, como no tenia otro ejército, se vió obligado á enviarle á socorrer á Metelo (76). Para

evitar el encuentro de los destacamentos de Sertorio, se abrió un nuevo camino por los Alpes Peninos. Las cohortes españolas, cogidas de flanco, se replegaron hácia los Pirineos, abandonando la Narbonesa, la cual espió cruelmente su rebelion, y aun tambien los Pirineos que Sertorio no pudo defender por hallarse ocupado en sitiar á *Lauron*, cerca de Valencia. Pompeyo pensaba forzar sus líneas con facilidad, mas Sertorio le arrebató primero una legion, en seguida le sitió por hambre en su campamento, derrotó á todos sus destacamentos, se apoderó de *Lauron* ante su vista, y le obligó á que volviese á pasar el Ebro. Tales eran los resultados de aquella campaña anunciada tan pomposamente.

Pero en la primavera siguiente (75), Hirtuleyo, uno de los lugar-tenientes de Sertorio, fué derrotado cerca de *Itálica* (Sevilla) por Metelo, y Pompeyo mató á 10.000 hombres á Perperna y á Herenio cerca de Valencia. La union de los dos generales, que Sertorio habia impedido hasta entonces, era ya posible; todavía intentó evitarla corriendo al encuentro de Pompeyo, á quien derrotó á orillas del *Sucro* (Xucar). Se proponia destrozarle al dia siguiente, cuando apareció Metelo. «A no ser por esa vieja, dijo Sertorio, hubiera enviado á ese niño á Roma, castigado como merece.» Se resarció matándole otro dia 6.000 hombres cerca de Sagunto, pero en el mismo momento rechazaba Metelo á Perperna quien dejaba 5.000 muertos en el campo de batalla. Un ataque intentado al dia siguiente contra las líneas de Metelo, tuvo mal éxito. Los piratas, de quienes hablaremos mas adelante, cubrian entonces el mar; Sertorio se puso de acuerdo con ellos para que fuesen interceptados todos los convoyes que llegaban de Italia por mar, encargándose por sí mismo de impedir que sus adversarios hiciesen provisiones de víveres en el interior del país. Pompeyo, reducido al último extremo, escribió entonces al senado diciéndole que, si no le enviaban grandes refuerzos, iba á verse obligado á abandonar la España. El cónsul Lúculo se apresuró á enviarle trigo, dinero y dos legiones. Tambien á Sertorio le ofrecian un auxilio poderoso: Mitridates le prometió 3.000 talentos.

Metelo, al tener noticia de aquella alianza con un enemigo de Roma, puso á precio la cabeza de Sertorio; pero le guardaba el amor de sus tropas. Fué preciso volver á las batallas. Metelo se apoderó todavía de algunas ciudades que Perperna no supo defender, pero Sertorio obligó á Pompeyo á levantar el sitio de *Palantia* (Palencia sobre el Carrion); á ambos les hizo pasar hambre, los derrotó parcialmente y les obligó á retirarse, á Metelo á la Ulterior, y á Pompeyo hasta la Galia.

Los acontecimientos militares de los años 73 y 72 son desconocidos; pero en estos años vió Sertorio que perdia el afecto de los españoles, y estallaron algunas señales de descontento que reprimió con dureza, y habiendo llegado á hacerse desconfiado porque comprendia que se hallaba rodeado de traidores, se dejó arrastrar á ejecutar actos crueles. Varios hijos de nobles españoles, á quienes hacia educar á la romana en Osca, fueron degollados ó vendidos. En su mismo campamento se formó una conspiracion, de la que era gefe Perperna, y le asesinaron en medio de un festin (72). Perperna ocupó su puesto, pero no tenia su talento, ni poseía la confianza de las tropas; en todas partes sufrió reveses, y concluyó por caer en manos de Pompeyo. Para rescatar su vida ofreció entregar las cartas de los grandes de Roma que habian incitado á Sertorio á que pasase á Italia. Pompeyo quemó las cartas sin leerlas, y mandó matar al traidor. Sin embargo, los gefes indígenas, que al asociarse con Sertorio no habian peleado sino para sí mismos, se arrojaron en las plazas fuertes, y aun se defendieron en ellas durante un año. Pompeyo dirigió por sí solo las últimas operaciones de aquella guerra, y antes de entrar en Italia, levantó sobre la cumbre de los Pirineos un trofeo fastuoso cuya inscripcion decia que, desde los Alpes hasta el estrecho de Hércules, habia tomado 876 ciudades.

Espártaco (73-71).

Una nueva guerra aguardaba en Italia el vanidoso gene-

ral; Craso le llamaba contra los gladiadores, como Metelo le habia llamado contra Sertorio. Unos setenta y ocho gladiadores fugados de Cápua, en donde estaban adiestrando á un número considerable de ellos, se habian apoderado de un puesto fortificado por la naturaleza, desde el cual, bajo el mando de un esclavo tracio llamado Espártaco, rechazaron á algunas tropas enviadas contra ellos. Entonces fueron tres mil hombres á sitiarles, pero ellos bajaron por rocas cortadas perpendicularmente, y envolvieron al enemigo que les abandonó su campamento, triunfo que atrajo á las filas de los gladiadores á un gran número de boyeros y pastores de las inmediaciones. Otro general no fué mas afortunado. Espártaco derrotó á sus lugar-tenientes, y en varios encuentros se apoderó de sus lictores y de su caballo de batalla; teniendo ya entera libertad en sus movimientos, condujo su ejército hácia los Alpes, con el fin de restituir cada esclavo á su país; pero los suyos, codiciosos de botin y de venganza, se negaron á seguirle, y se desparramaron por Italia para saquearla. El senado se vió reducido á dirigir contra ellos á los dos cónsules: Espártaco los derrotó. Craso, á quien entregaron el mando supremo, vió á uno de sus lugar-tenientes derrotado: sin embargo, logró encerrar á los gladiadores en el extremo del Brucio, adonde su jefe les habia conducido para hacerles pasar á Sicilia; mas los piratas, con quienes Espártaco entró en tratos, tomaron su dinero y no le dieron ni una barca. Al propio tiempo, Craso abria de un lado á otro un ancho foso, y antes de que la obra estuviese concluida, Espártaco aprovechó una noche en que nevaba para obstruir los trabajos y escaparse, pero se introdujo la division entre los suyos, y Craso derrotó á algunas partidas sueltas. Solo Espártaco parecia ser invencible; la confianza que sus triunfos inspiraron á los gladiadores, concluyó por perderle. Le obligaron á dar una batalla decisiva en la que sucumbió, despues de haber mostrado un valor heróico (71).

De aquel ejército amenazador no quedaban ya mas que algunos restos que, volviendo harto tarde á intentar la reali-

zacion del primer proyecto de su valeroso jefe, se trasladaron á los Alpes para dispersarse por la Galia. Pompeyo, que regresaba á la sazon de España, los encontró y mató á cinco mil de aquellos desgraciados. «Craso, escribió al Senado, ha vencido á Espártaco, pero yo he arrancado las raices de esta guerra: ya no se reproducirá.» Y marchó hácia Roma, aguardado con impaciencia por el pueblo, que elevaba hasta las nubes la gloria del *héroe invencible*. En efecto, Craso no obtuvo mas que la ovacion. Habia combatido contra cien mil enemigos; pero Roma no queria confesar que habia temblado una vez mas ante sus esclavos.

Pompeyo restablece el poder tribunicio (70).

Mientras Pompeyo destrozaba en España á los últimos jefes del partido popular, este mismo partido volvia á levantarse en Roma. En 77, Lépido habia visto frustrada una tentativa á mano armada; en 76, el tribuno Licinio, sostenido por César, estuvo próximo á devolver la voz al tribunado y lo que pedia lo concedió un cónsul del año siguiente; los tribunos recobraron el derecho de arengar al pueblo y de aspirar á los cargos. En seguida, comenzaron de nuevo los desórdenes y las quejas, y Pompeyo, apoderándose del papel de mediador, escribió á Roma diciendo que si no se restablecia la buena inteligencia entre el senado y el pueblo, trabajaria él mismo para arreglar aquel asunto despues de su regreso. Llegó á fines del año 71, y el pueblo acabó de granjearse su afecto con sus aplausos; mas bien recibió que pidió el consulado y el triunfo. Pero era preciso pagar aquellos aplausos; una ley Pompeya, apoyada por Craso y César, restituyó todos sus derechos al tribunado. Despues del pueblo les llegó su vez á los caballeros; estos reclamaban los enjuiciamientes con no menos ardor que el pueblo el tribunado, y esta vez Pompeyo dejó obrar á Ciceron.

Despues de haberse dado á conocer en el foro de una manera brillante, Ciceron habia ido á Atenas y á Rodas á arreba-

tar á los Griegos el único bien que aun les quedaba, el arte de Isócrates y de Platon. Roma habia visto ya grandes oradores, pero nunca aquella abundancia armoniosa, aquel brillo, aquella afluencia inagotable. A los treinta años desempeñó el primer cargo, que fué la cuestura de Sicilia, y aspiraba á la edilidad cuando los sicilianos fueron á confiarle su venganza contra su antiguo pretor Verres, cuyo nombre recuerda las concusiones mas infames. Ciceron, aunque era individuo del senado desde su cuestura, pertenecia al órden ecuestre, en cuya parte estaban sus afecciones, sus intereses, y aun diré mas, sus ideas políticas. Ciceron queria hacer que restituyesen á los caballeros los enjuiciamientos que Cayo les dió para reformar aquel *medius ordo* que mantendria el equilibrio en el Estado. Ahora bien, Verres era senador y decia á cuantos querian oirle que estaba seguro de la impunidad, porque de sus tres años de saqueo habia hecho tres partes, una para su defensor, otra para sus jueces, y la tercera para sí mismo. Ciceron le atacó resueltamente, y Verres, aterrado, se fugó despues de la primera audiencia, abandonando á los sicilianos cuarenta y cinco millones de sextercios, pero la elocuencia vengadora le persiguió hasta en su emigracion. Ciceron escribió lo que no habia podido decir; pintó el extenso cuadro de sus crímenes, y concluyó como habia comenzado, con amenazas contra los nobles. «Roma, mientras la fuerza la ha obligado á ello, ha sufrido vuestro despotismo real; pero desde el dia en que el tribunado ha recobrado sus derechos, vuestra dominacion ha pasado... ¿no lo comprendeis?...» En efecto, esta no pudo sobrevivir á tan escandalosas revelaciones; un tio de César, el pretor Aurelio Cotta, propuso é hizo aceptar una ley por la cual fueron repartidas las plazas de jueces entre los senadores, los caballeros y los tribunos del tesoro. En el mismo año (70) fué restablecida tambien la censura, y sesenta y cuatro senadores fueron degradados, lo que era la degradacion de la nobleza entera. Así pues, tanta sangre derramada solo habia conseguido hacer vivir la obra política de Sila durante ocho años!

Guerra de los piratas (67).

Roma habia destruido todas las marinas militares sin sustituirlas. Así pues, nadie vigilaba los mares; los bandidos se habian aprovechado de esta circunstancia para infestarlos y vivir á costa del comercio y de las ciudades marítimas. La Cilicia con sus innumerables puertos y sus montañas que bajan hasta la playa, habia sido su primera madriguera, pero en todas las costas tenian arsenales, parages para retirarse y torres de atalaya. Se calculaba que tenian mas de mil buques; habian saqueado ya cuatrocientas ciudades y los templos mas venerados. Desde la Fenicia á las columnas de Hércules, no pasaba un solo buque que no pagase rescate. El nombre romano les importaba muy poco; dos pretores fueron arrebatados con sus lictores; Misena, Gaeta, y aun Ostia, situada á las puertas de Roma, fueron saqueadas, y los convoyes de Africa detenidos. En aquellos momentos Sertorio sublevaba á la España, Espártaco iba á armar á los gladiadores, y Mitridates preparaba en Asia una nueva guerra. Los piratas hubieran podido servir de vínculo entre aquellas tres sublevaciones; pero su inmensa fuerza carecia de disciplina; las ideas de robo prevalecieron sobre las ideas políticas, y si condujeron á los enviados de Sertorio adonde se hallaba Mitridates, hicieron traicion á Espártaco y causaron su ruina. En el año 78 envió Roma contra ellos á Servilio, quien despues de tres campañas penosas mereció el triunfo y el sobrenombre de Isáurico. Habia dado á la Cilicia el nombre de provincia, y sin embargo, todo quedaba aun por hacer. Marco Antonio, el padre del triunviro, recibió el encargo de expulsar de Creta á los piratas, pero logró mal éxito; Metelo lo consiguió (68) y por ello tomó el sobrenombre de *Crético*. Pero algunas expediciones aisladas no podian destruir á aquel enemigo poderoso, que aun entonces amenazaba á Roma con hacerla sufrir la escasez y el hambre. En el año 67, el tribuno Gabinio propuso que uno de los consula-

res recibiese por tres años la investidura de una autoridad absoluta é irresponsable, el mando de los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta la distancia de cuatrocientos estadíos en el interior. Los nobles se asustaron al ver aquellos poderes extraordinarios que destinaban á Pompeyo, y estuvieron muy próximos á asesinar al tribuno; pero el pueblo adoptó la ley, duplicando las fuerzas prometidas al general, quinientas galéras, ciento veinte mil infantes, cinco mil caballos, y el permiso para tomar del tesoro todo el dinero que quisiese.

Los piratas, al tener noticia de este decreto, abandonaron las costas de Italia; el precio de los víveres bajó repentinamente, y el pueblo comenzó á gritar que el solo nombre de Pompeyo habia terminado la guerra. Pompeyo escogió para lugar-tenientes suyos á 24 senadores que habian mandado ya en jefe, dividió el Mediterráneo en trece regiones, y á cada division señaló una escuadra. En cuarenta dias limpió todo el mar de Toscana y el de las Baleares. En el Mediterráneo oriental tampoco se defendieron en parte alguna los piratas aterrados. Los mas valientes, reunidos en el promontorio *Coracesius*, en Cilicia, fueron vencidos y luego cogidos en una plaza de las inmediaciones; entregaron 120 fuertes que coronaban las cumbres de las montañas desde la Caria hasta el monte Amano; Pompeyo quemó 1.300 buques, y estableció á sus prisioneros en ciudades despobladas, en Soli, Adana, Epifania y Malo, en Dimes en Acaya y aun en Calabria. Habian bastado noventa dias para terminar aquella guerra poco temible.

Mitridates quiere aprovecharse de los conflictos de Roma; Lúculo le rechaza hasta el Ponto (73).

Sila no habia permitido en 82 que Murena renovase la guerra con Mitridates; este mismo príncipe necesitaba la paz para robustecer su autoridad y reparar sus pérdidas; durante algunos años pareció que solo se ocupaba en someter de nuevo

el Bósforo, cuya administracion confió á su hijo Macarés, y en dominar á algunos pueblos bárbaros establecidos entre la Cólchida y la Laguna Meótida. Pero tan luego como supo la muerte del dictador (78), excitó secretamente á Tigrane, rey de Armenia, para que invadiese la Capadocia, de donde este monarca arrebató á 300.000 habitantes para aumentar la poblacion de su capital Tigranocerta. La cesion que de Bitinia hizo Nicomedes III al senado (75) le decidió á lanzarse él mismo á la lid. Por otra parte, la ocasion parecia ser favorable, porque los mejores generales estaban ocupados en España en pelear contra Sertorio, y los piratas cubrian el mar. Todos los pueblos bárbaros, desde el Cáucaso hasta el monte Hemo, le suministraron auxiliares; algunos romanos proscritos adiestraron sus tropas, y Sertorio le envió oficiales (74).

Lúculo, procónsul de Cilicia, recibió el encargo de dirigir aquella guerra. Su ejército se componia de menos de 32.000 hombres; marchaba, empero, sobre el Ponto, cuando supo que Mitridates habia invadido la Bitinia; que todos los publicanos habian sido asesinados por los habitantes; que Cotta, deseoso de combatir para lograr por sí solo el honor de vencer, habia esperimentado dos derrotas en un dia, una en tierra, y la otra en el mar, y por último, que se hallaba estrechamente bloqueado en Calcedonia. Corrió presuroso á socorrerle, hizo levantar el bloqueo de Calcedonia, y habiéndose replegado el enemigo en Cícica, le siguió, le encerró en sus líneas y le hizo sufrir el hambre.

Un gran destacamento que formó Mitridates para hacer provision de víveres, fué sorprendido al pasar el Rindaco, y perdió 15.000 hombres y 6.000 caballos. Tambien uno de sus lugar-tenientes fué derrotado en Frigia por el galata Deyotaro. Entre aquel campamento inmóvil y aquella ciudad inexpugnable veía Mitridates á su inmenso ejército disolverse sin poderle hacer pelear; se decidió á huir en sus naves, dejando á sus tropas terrestres que saliesen como mejor pudiesen de manos del enemigo. Lúculo mató á la mayor parte; los demás huyeron á Lámpsaco. Mitridates, merced al descuido de

un lugar-teniente, pudo llegar al Euxino y á Amiso, desde donde pidió á su hijo Macarés y á su yerno Tigrane que le enviasen rápidos auxilios.

Lúculo dejó á Cotta que sometiese las ciudades de Bitinia que aun se sostenian, y penetró en el Ponto. Con el intento de atraer al rey á una batalla antes de que llegasen los socorros que aguardaba, asoló el país y se detuvo durante mucho tiempo en el sitio de Amiso, no obstante las murmuraciones de sus tropas (72). Como en la primavera del año siguiente supiese que el rey habia reunido 44.000 hombres, fué á buscarle con tres legiones, y por medio de una multitud de combates insignificantes, volvió á cercar al enemigo y á sitiarle por hambre. Mitrídates solo consiguió salvarse sembrando sus tesoros por el camino para detener la persecucion. Antes de abandonar su reino, envió la órden de que diesen muerte á sus hermanas y á sus mujeres. Monima, la mas hermosa y amada, quiso ahogarse con su diadema; pero era esta harto débil y se rompió. Entonces, pisoteándola con desprecio, esclamó: «¡Adorno funesto! ¿para qué me has servido en tiempo alguno? Ni aun hoy no puedes ayudarme á morir.» Y se arrojó sobre la espada que le presentaba el eunuco.

Conquista del Ponto (72—71) y de una parte de la Armenia (69—66).

Tomada Amiso y restituida á la libertad, así como Sinope, organizada la administracion del Ponto y estipulado un tratado con Macarés, Lúculo regresó á Efeso á poner término á las exacciones de los publicanos, mientras enviaba á Clodio á reclamar de Tigrane III la estradicion de Mitridates. Tigrane, dueño ya de la Armenia y vencedor de los Partos, que le habian cedido todo el Norte de la Mesopotamia, habia sometido además la Siria, favorecido por las guerras civiles en medio de las cuales habia desaparecido vergonzosamente la dominacion de los Seleucidas. Aquel príncipe, que era á la sazon el monarca mas poderoso del Oriente, habia obligado

á los Partos á que le dejasen tomar el nombre de rey de los reyes. Mitridates, en la época de su prosperidad, no habia querido reconocer aquella supremacia, y por lo tanto fué recibido friamente; la embajada de Clodio varió su disposicion de ánimo. Tigrane, irritado con tal intimacion, despidió, lleno de cólera, al enviado (70).

Lúculo no retrocedió ante aquella nueva lucha. Solo llevó consigo 12,000 infantes y menos de 3,000 caballos (69). Tigrane no podia creer en tanta audacia, y el primero que le anunció la aproximacion de las legiones pagó la noticia con su cabeza. Sin embargo, la vanguardia de Lúculo bastó para dispersar el primer ejército, y comenzó el sitio de Tigranocerta. Trigane reunió hasta 250,000 hombres; cuando vió el reducido ejército romano, el rey dijo: «Si vienen como embajadores, son muchos; si vienen como enemigos, son muy pocos.» Se asegura que los romanos no perdieron mas que 5 hombres y que solo tuvieron 100 heridos. A 100,000 hacen ascender los muertos en el ejército bárbaro (6 de oct. 69). Una sublevacion de los habitantes griegos de Tigranocerta facilitó el asalto. Los legionarios encontraron en la ciudad, sin mencionar otro botin, 8,000 talentos de plata acuñada, y aun recibieron de su general 800 dracmas por cabeza.

Lúculo invernó en la Gordiena y la Sofena, desde donde invitó al rey de los Partos á que fuese á reunirse con él. Vacilando este príncipe indeciso entre las dos alianzas de Roma y de Armenia que se le ofrecian, Lúculo resolvió atacarle. Tal desprecio habia llegado á sentir hácia aquellos reyes antes tan temidos, que ya no titubeó en internarse en el corazon del Asia para derrocar un tercer imperio. Pero sus oficiales y sus soldados eran sobrado ricos para querer aventurarse á correr nuevos peligros; se negaron á seguirle, y Lúculo hubo de contentarse con terminar la derrota del rey de Armenia. El ejército de Tigrane, reformado por Mitridates, habia vuelto á aparecer en torno suyo, pero rehusaba el combate. Lúculo, con el fin de atraerle á una accion, marchó contra Artaxata, que contenia las mugeres, los hijos y

los tesoros del rey. En efecto, Tigrane le siguió, y para salvar á su segunda capital, dió una batalla (68). El resultado fué el mismo que en el año anterior. Lúculo hubiera querido apoderarse de Artaxata, pero sus soldados le obligaron á retroceder hácia el Asia Menor. Aun tomó á Nísiba (67.) Este fué el término de sus triunfos. Los publicanos, á quienes habia irritado reprimiendo sus exacciones, habian hecho ya que le diesen un sucesor en Roma. Pompeyo.

Los dos generales se encontraron en Galacia; la conferencia principió con los cumplimientos de costumbre y concluyó con ultrages. «Cual una ave de rapiña cobarde y tímida, que sigue al cazador por el olor de la carne, decia Lúculo, así Pompeyo se arrojaba sobre los cuerpos derribados por otros y triunfaba con los golpes que estos habian dado.» Amigos comunes les separaron, y Lúculo partió para Roma. Su rival solo le permitió que llevase 1,600 hombres para su triunfo, y durante tres años supo impedir que obtuviese este honor. Lúculo, irritado con razon por la injusticia del pueblo y la debilidad del senado que le habia abandonado, se retiró de un gobierno cuya caida inevitable preveía sin duda alguna, y se fué á vivir á sus quintas con las riquezas que tan gloriosamente habia adquirido. Su lujo y magnificencia le valieron el sobrenombre de Xerxes romano. La ilustrada proteccion que concedió á las letras pide indulgencia para aquella molicie elegante que, en medio de tanta corrupcion, no era ya un peligro.

Mando de Pompeyo (66—63).

Mitridates se hallaba todavía al frente de 32,000 soldados; pero cansado al fin de aquella lucha sin tregua, preguntó al nuevo general bajo qué condiciones le concederia la paz. «Que fíe en la generosidad del pueblo romano,» contestó el procónsul. Concluir como Perseo, despues de haber peleado como Anibal! Mitridates tenia un corazon demasiado grande para resolverse á ello. «Pues bien! dijo, pelearemos hasta

nuestra última hora.» Y juró no estipular la paz con Roma en tiempo alguno. Pompeyo marchaba ya hácia la pequeña Armenia. En el primer encuentro quedó destruido el ejército póntico. Tigrane, amenazado y debilitado á su vez por la traicion de un hijo suyo que se refugió al lado de Pompeyo, se vió obligado á ir á humillarse por sí mismo. En las puertas del campamento, un lictor le obligó á apearse del caballo: tan luego como vió á Pompeyo se quitó su diadema y quiso prosternarse á sus plantas. El general lo impidió, le hizo sentar á su lado, y le ofreció la paz bajo la condicion de renunciar á sus antiguas posesiones de Siria y del Asia menor, de pagar 6,000 talentos y de reconocer á su hijo por rey de Sofena. Tambien esta vez se hacia aplicacion de la antigua política del senado. Tigrane, debilitado pero no derribado del trono, era demasiado poco poderoso para ser temible, pero lo era bastante para tener á raya al soberano de los partos, cuya conducta habia sido tan equívoca durante tanto tiempo. Así pues, aquel nuevo vasallo iba á servir á Roma encargándose de la policía en el Asia alta, como Eumenes lo habia hecho en otro tiempo en el Asia anterior, *reges... vetus servitutis instrumentum.*

Sometida la Armenia, Pompeyo fué á buscar á Mitridates en el Cáucaso, y venció á los Albanos y á los Iberios; pero como el rey huía siempre delante de él, abandonó aquella persecucion infructuosa, y en la primavera de 64, despues de haber organizado el Ponto como provincia, bajó á Siria. Este país se hallaba en el estado mas deplorable. Antíoco el Asiático, á quien Lúculo reconoció como rey, no habia podido hacerse obedecer; una multitud de tiranuelos se repartian las ciudades, y los Itureos, los Arabes, saqueaban el país. Decidido á dar el Eufrates por frontera á la república, colocó bajo la dominacion romana á la Siria y á la Fenicia, dejando solo la Comagena á Antíoco, la Calcídica á un Tolomeo, y la Osroena á un gefe árabe. En la Palestina, los Macabeos habian reconquistado gloriosamente la independencia del pueblo hebreo, y desde 107, uno de sus descendientes, Aristóbulo,

se habia hecho llamar rey de los Judíos. Pero bajo la dominacion de Alejandro Janeo, seis años de guerra civil habian costado la vida á 50,000 judíos, y la contienda de los saduceos y de los fariseos habian conmovido al Estado; al fin habian prevalecido estos últimos bajo la regencia de Alejandra mujer de aquel, y cometido excesos horribles. Una segunda guerra civil entre los dos hijos de Alejandro, Hircano y Aristóbulo, produjo nuevas peripecias. Hircano fué derribado del trono y luego, sostenido por los Arabes Nabateos, volvió á sitiar á su hermano en Jerusalen. Un cuestor de Pompeyo, Em. Escauro, se hallaba á la sazon en Damasco; ambos pretendientes ofrecieron pagarle su asistencia con 3 ó 400 talentos. Escauro se decidió á favor de Aristóbulo (64). Cuando llegó Pompeyo, quiso examinar aquel asunto y citó á ambos á Damasco para que ante él defendiesen su causa respectiva. Aristóbulo, habiendo sido condenado, declaró audazmente la guerra; Pompeyo fué á buscarle á Jerusalen y le sitió en el templo durante tres meses. Un asalto postrero le entregó la plaza: entró en el *sancta sanctorum* y arrebató todos los tesoros del templo. Hircano fué restablecido, pero sin tomar el título de rey ni la diadema, y con la condicion de restituir á la Siria las conquistas de los Macabeos y de pagar un tributo anual.

Durante estas operaciones, Mitridates, á quien creyeron muerto, reapareció con un ejército en Panagoria, en el Bósforo, y obligó á su hijo Macarés á darse la muerte. Desde allí, aquel enemigo incansable, no obstante sus 60 años, queria penetrar en la Tracia, arrastrar en pos de sí á los bárbaros y bajar á Italia al frente de sus hordas innumerables: pero sus soldados, aterrados por la grandiosidad de sus proyectos, se sublevaron á instigacion de su hijo Farnacio. Mitridates, para no ser entregado vivo á los romanos, tomó veneno, y como el licor mortal no le produjese efecto, intentó atravesarse con su espada; tambien su mano le engañó, y entonces un galo le hizo este favor postrero (63).

Pompeyo, al saber esta noticia, regresó á Amiso, á donde

Farnecio le envió el cadáver de su padre con regalos magníficos. En premio de este parricidio conservó el Bósforo. El rey galata Deyotaro obtuvo algun aumento de territorio. Un tal Atalo y Pilemenes recibieron una parte de la Paflagonia; Ariobarzano habia recobrado la Capadocia, Pompeyo agregó la Sofena y la Gordiana; luego se fundaron ciudades, y otras fueron pobladas de nuevo. Se escribió la fórmula de las nuevas provincias, el Ponto, la Cilicia, la Siria y la Fenicia. Toda el Asia anterior, desde el Ponto Euxino hasta el mar Rojo, quedó reconstituida. Ya no quedaba allí ni un solo príncipe poderoso, sino vasallos de Roma: el Ponto era una comarca romana, y la Armenia, que cayó del alto rango á que se habia elevado, no iba á ser sino una barrera ó una liza entre los dos imperios que se repartian el Asia occidental.

Pompeyo, que habia ido al continente despues de Sila y Lúculo, no tuvo que dar allí grandes golpes; pero organizó en él la dominacion de Roma; fijó los límites que nunca pudo trasponer el imperio, y le dejaremos gustosos que, *ostentando su ropage triunfal*, se alabe de haber completado la pomposa obra de la grandeza romana.

CAPÍTULO XXI.

El interior de Roma desde el año 67 hasta el año 59.

PRINCIPIO DE CÉSAR.—CONSULADO DE CICERON Y CONJURACION DE CATILINA (63).—CRASO Y CATON.

Principio de César.

En el trascurso de 60 años se habian hecho dos tentativas en sentido contrario para reconstituir la república, una por los Gracos en favor de los intereses populares, la otra por Sila en nombre de los intereses aristocráticos. Ambas se habian frustrado, y Roma volvió á caer en el desórden interior y en las violencias. El consulado de Pison, en el año 67, fué digno de los peores dias de la república; comenzaban de nuevo los motines y las luchas á mano armada. Así pues, quedaba igualmente probada la impotencia de los nobles y del pueblo para gobernar, y solo faltaba hacer un experimento: la monarquía. A la sazon tendian á ella tres hombres: Pompeyo á la manera de Pericles, por medio de las mismas leyes de su país; Catilina como Dionisio y Agatocles, por medio de las conspiraciones y de la soldadesca; César á la manera de Alejandro, por medio de seducciones irresistibles y del ascendiente de su genio. Entre estos tres hombres se colocó otro que, mejor que su época, creía en la virtud y en el poder de la razon, y aun no se conformaba con la idea de que no fuese posible conservar esa gran cosa llamada libertad. Como Druso, Ciceron buscaba la salvacion de la república, no en la dominacion exclusiva de una clase de ciudadanos, sino en la conciliacion de todas las clases. Habia contribuido ya á hacer que se restituyesen los enjuiciamientos á los caballeros, y hubiera querido sujetar á Pompeyo á que se adhiriese

á su causa. Por eso contribuyó á su elevacion con cuantos esfuerzos le fueron posibles.

Otro personaje lisongeaba tambien á Pompeyo, y á la sombra de su nombre, tan grande á la sazon, se hacia un lugar en el Estado: conocemos ya á Julio César. Su poder no consistia en los cargos que habia ejercido, puesto que solo era pontífice, ni en sus hazañas, puesto que aun no habia desempeñado mando alguno, ni en su elocuencia, aunque fuese grande y se hallase probada por numerosos triunfos; sino en las tradiciones que iban unidas al descendiente de Vénus y de Anquises, en los recuerdos que despertaba el yerno de Cinna y el sobrino de Mario, en el encanto indecible derramado en toda su persona. Magnífico y pródigo, cual si hubiese contado con las riquezas del mundo entero, derramaba el oro, no tanto para sus placeres como para sus amigos y para el pueblo, al que convidaba á fiestas espléndidas. Orgulloso, activo, sin una altanería humillante, tenia el genio del mando. Habiendo caido en manos de los piratas, dominó á estos bandidos y les obligó á servirle. Le pedian 20 talentos por su rescate. «Tendreis 50, pero haré que os ahorquen;» y les cumplió su palabra. Algun tiempo despues, habiendo atacado Mitridates á los aliados, Julio César, sin título ni mision alguna, reunió tropas, derrotó á varios destacamentos y mantuvo á las ciudades en la alianza de Roma. Sila, á quien habia resistido, le comprendió mejor. «Temed, decia á los nobles, temed á ese jóven elegante y de flotante ropage.» En efecto, el elegante disoluto ocultaba una ambicion audaz; sus amigos le habian visto llorar ante una estátua de Alejandro, repitiendo: «A mi edad habia conquistado el mundo, y yo nada he hecho todavía.» Cuando Pompeyo regresó de España, encontró á César disfrutando de tal crédito que hubo de contar con él. Habia pensado emplearle como un instrumento, y él lo fué suyo: sucumbió al encanto, escuchó sus consejos disfrazados bajo la forma de elogios, y César influyó mucho en la determinacion que separó á Pompeyo de la nobleza, que era donde estaba su puesto verdadero, para po-

nerle á la cabeza del pueblo, en donde su carácter no podia dejarle permanecer mucho tiempo.

Otro ambicioso deseaba medrar al propio tiempo por distintas vías. Sila creía haber convertido á sus veteranos en labradores pacíficos, y á sus sicarios enriquecidos en ciudadanos honrados. Pero aquellos soldados holgazanes hicieron trabajar á otros por su cuenta, luego vendieron sus tierras y no conservaron mas que su espada, con la esperanza de otra guerra civil y de nuevos saqueos, mientras que sus antiguos gefes habian gastado menos tiempo aun para disipar el oro de los proscritos. Así pues, unos y otros necesitaban nuevos trastornos: uno de ellos, Catilina, se encargó de promoverlos. De una naturaleza poderosa para el mal se señaló durante las proscripciones entre los asesinos mas feroces; dió muerte á su cuñado para tener entera libertad en un amor incestuoso; degolló á su esposa y á su hijo para hacer que una muger se decidiese á darle su mano. Siendo propretor en Africa, cometió concusiones terribles (66). A su regreso aspiró al consulado, pero una diputacion de la provincia le acusaba, y el senado borró su nombre de la lista de los candidatos. Catilina se retiró estremeciéndose de rabia. Hasta le prohibian la pretension legal. Preparó una revolucion.

Hacia mucho tiempo que se habia unido con cuantos infames y delincuentes contenia Roma. Los veteranos de Sila contaban con él para una abolicion de las deudas. La severidad de los nuevos tribunales le suministró otros aliados. Una sentencia acababa de destituir á los dos cónsules designados para el año 65, Autronio y Corn. Sila, como culpables de haber comprado los sufragios. Catilina exacerbó su resentimiento, y se fraguó una trama para degollar á los nuevos cónsules, en las calendas de enero, cuando fuesen á sacrificar en el Capitolio. Dícese que Craso y César entraron en esta conjuracion; pero Craso, que era tan rico, tenia mucho que perder asociándose con hombres arruinados. En cuanto á César, tenia que apartarse por precision de un movimiento en que otros se habian apoderado ya de los papeles

principales. Dos veces se frustró el golpe, y el senado, lleno de temor, procuró aplacar á aquellos furiosos por medio de concesiones. Pison, que era uno de los conjurados, fué enviado á España como pretor, y cuando Clodio volvió á plantear la acusacion de concusion contra Catilina, Torcuato y aun el mismo Ciceron defendieron al acusado. Fué absuelto, pero quedó arruinado.

Lo que hacia al senado ser tan condescendiente, era el convencimiento de su debilidad y el temor que le inspiraba César. En aquel mismo año (65), habia sido nombrado edil curul, y no desperdició esta ocasion para presentarse como candidato legalmente y de un modo mas seguro que en el dia de los comicios, comprando una vez al pueblo entero por medio de la magnificencia de sus juegos y de sus inauditas prodigalidades. Para honrar la memoria de su padre hizo aparecer 320 pares de gladiadores enteramente cubiertos de armaduras doradas. Las Megalesias y los grandes juegos romanos fueron celebrados con la misma pompa. En aquellas fiestas, en aquellos juegos, su cólega Bibulo decia: «Nos arruinamos los dos y parece que solo él paga, el pueblo á nadie vé mas que á él.» Aun obtuvo mayores aplausos cuando una mañana se descubrieron desde toda la ciudad, en las puertas del Capitolio, estátuas brillantes de oro; era el viejo Mario que reaparecia con sus trofeos de la guerra de Yugurta y de los Cimbros. Pero estos trofeos los habia proscrito el senado y los restablecia un edil! Cátulo esclamó: «César no ataca ya á la constitucion por medio de tenebrosas intrigas, sino á la faz del cielo.» Nadie se atrevió á seguirle, y los trofeos del héroe popular continuaron brillando sobre las cabezas de los senadores aterrados.

César, al dejar el cargo de edil (64), trató de hacer que le diesen la mision lucrativa de ir á reducir el Egipto á provincia. El asunto fué aplazado, y á César se le llamó á desempeñar las oscuras funciones de presidente del tribunal encargado de castigar á los asesinos. Hasta entonces no habia hecho mas que protestar contra la dictadura de Sila, y qui-

so mancillarla de una manera legal. Entre los asuntos que llamó á su tribunal comprendió el de dos asesinos de los proscritos. Para alcanzar al senado se remontó mas aun. A instigacion suya, un tribuno del pueblo, L. Labieno, acusó en el año siguiente al anciano senador Rabirio de que 40 años antes, á consecuencia de un decreto del senado, habia dado muerte á un magistrado inviolable, el tribuno Saturnino. No obstante los esfuerzos elocuentes de Ciceron, no obstante los ruegos y lágrimas de los principales senadores, Rabirio habria sido declarado culpable si el pretor Metelo Celer no hubiese arrancado la bandera que ondeaba sobre el Janículo. Una vez quitado aquel estandarte, la asamblea tenia que disolverse. César, contento con haber probado una vez mas su fuerza, abandonó el asunto.

Aquel mismo Labieno hizo que se restituyese al pueblo el nombramiento de los pontífices. El pueblo pagó en seguida su deuda dando á César el pontificado máximo, cargo vitalicio que le constituía en gefe de la religion y le hacia ser inviolable. Ni sus costumbres ni el ateismo que profesaba abiertamente habian sido obstáculos para él: sus costumbres y sus opiniones eran las de la mayor parte de los hombres de su tiempo. En aquellos mismos momentos escribia Lucrecio su audaz poema contra la credulidad popular. Cátulo, uno de sus competidores, sabiendo que se hallaba apurado y cargado de deudas, procuró hacer que desistiese de su propósito ofreciéndole cantidades considerables. «Tomaré prestadas mayores sumas para triunfar,» dijo César. En el mismo año (63), fué designado para la pretura: así pues, se acercaba al logro de su fin, no obstante los temores y el odio de los grandes.

Consulado de Ciceron y conjuracion de Catilina (63).

Entonces era cónsul Ciceron. La nobleza y el pueblo habian acogido del mismo modo, este al hombre nuevo, aquella al gran orador que prometia al senado el auxilio de una elocuencia poderosa. Este triunfo lastimó á César, quien, para poner á prueba aquella popularidad, promovió una cues-

tima en la que fué preciso decidirse entre el pueblo y el senado. El tribuno Rulio propuso una ley agraria. Queria que un oscomisarios, revestidos durante cinco años de un poder absoluto, vendiesen todas las tierras del Estado en Italia, en Sicilia, en España, en la Macedonia, en la Grecia y hasta en el Ponto, y que con aquel dinero, con las rentas de todas las provincias, escepto las de Asia, reservadas para Pompeyo, á quien César continuaba guardando consideraciones, comprasen en Italia tierras de labor para distribuirlas á los pobres. Acaso hubiera salido de esta ley una dictadura, y aun quizás una revolucion. Ciceron la atacó en cuatro discursos elocuentes. La ley fué rechazada, pero César conseguia al menos la ventaja de haber demostrado á todos que Ciceron solo era el orador de los nobles. Otro tribuno propuso poner término á la degradacion cívica con que Sila habia abrumado á la posteridad de sus víctimas. Ciceron hizo que tambien fuese rechazada esta rogacion.

Sin embargo, estos ataques del partido popular no fueron para el cónsul el asunto mas importante: Catilina le causaba mucha mas inquietud. Asustado por los progresos que hacia la conjuracion en Roma y en toda la Italia, comenzaba á ver que si habia entre el senado y César una cuestion de influencia y de poder, entre Catilina y los grandes habia una cuestion de vida ó muerte. En las últimas elecciones consulares, Antonio solo por algunos votos habia vencido á Catilina, y este volvió á presentarse como candidato para el año 62. Catilina, cuya paciencia se habia apurado, estaba decidido á jugar el todo por el todo si esta vez no vencia. Los preparativos se habian completado; inmensos depósitos de armas se hallaban reunidos en diferentes puntos. Los veteranos de la Umbría, de la Etruria y del Samnium, que hacia tiempo se hallaban seducidos por numerosos emisarios, se armaban secretamente. La flota de Ostia parecia que estaba en el mismo sentido. Sicio, en Africa, prometia sublevar aquella provincia, y aun quizás la España. En la misma ciudad de Roma, Catilina creía que podia contar con el cónsul Antonio.

Uno de los conjurados era tribuno designado, y otro pretor. Así pues, no tenia mas que hacer una señal para que de improviso apareciesan ejércitos y marchasen sobre Roma, en donde otros cómplices habrian atizado el incendio en diferentes puntos. En pleno senado se habia atrevido á decir: «El pueblo romano es un cuerpo robusto, pero sin cabeza; yo seré su cabeza.» Y otra vez dijo: «Quieren llevar el incendio á mi casa, yo le apagaré bajo ruinas.» En los comicios consulares quedó tambien derrotado: esta fué la señal.

Poco tiempo despues supo el senado que se habian visto reuniones armadas en el Piceno y en la Apulia, y que un antiguo oficial de Sila, Malio, estaba acampado delante de Fesules con un ejército de soldados sacados de las colonias militares y de labriegos arruinados. Afortunadamente, dos procónsules, Marcio Rex y Metelo Crético, acababan de llegar de Oriente y aguardaban en las puertas de la ciudad, con algunas tropas, el triunfo que solicitaban. El primero fué enviado enseguida contra Malio, y el segundo á la Apulia; otro pretor fué al Piceno. La misma ciudad de Roma habia sido puesta en estado de sitio. Investidos los cónsules por el senado de un poder discrecional, habian colocado guardias en las puertas y en las murallas, y mandado que se hiciesen rondas en todos los barrios. Sin embargo, Catilina permanecia en Roma; Catilina concurria al senado! Ciceron, para arrojarle de él y obligarle á descubrir sus proyectos, le obligó á que por sí mismo se declarase enemigo público. «¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? exclamó en un apóstrofe famoso. Cómo ¡ni la guardia que vela por la noche en el monte Palatino, ni las tropas reunidas en la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni ese concurso de los buenos ciudadanos, ni ese lugar fortificado en que el senado se reune, ni las miradas indignadas que todos aquí te dirigen, nada te detiene!... O tiempo! ó costumbres! Todas esas tramas las conoce el senado, las vé el cónsul, y aun vives!»

Y continuó así durante mucho tiempo hasta que, expulsado por la palabra elocuente del gran orador, que en

aquel dia fué un gran ciudadano, Catilina salió del senado con la amenaza en los labios. Cuando llegó la noche fué á ponerse al frente de las tropas de Malio. Ciceron intentó desembarazarse de los cómplices que aquel habia dejado en Roma, revelando tambien sus proyectos en una asamblea del pueblo; pero solo muy pocos se asustaron y partieron. Entre ellos se hallaba el hijo de un senador; su padre, advertido del caso, le persiguió por sí mismo, le alcanzó é hizo que sus esclavos le diesen muerte en aquel mismo sitio. Pero aun quedaban Léntulo, Cetego y Bestia, y Ciceron, careciendo de pruebas escritas contra ellos, no se atrevia á perseguirlos; la imprudencia de los conjurados le suministró aquellas pruebas. Léntulo habia querido afiliar en la conjuracion á unos diputados alóbrogos que á la sazon se hallaban en Roma. Les confió cartas para su pueblo, y el cónsul, avisado con oportunidad, hizo que fuesen cogidos con sus despachos. Provisto de estos documentos, mandó conducir á los conjurados al senado, les obligó á confesarlo todo, y á los dos dias abrió la deliberacion acerca de ellos. Silano, cónsul designado, votó por la *última pena*. Todos los consulares se adhirieron á su dictámen. César, que entonces era pretor designado, se atrevió á sostener una opinion mas benigna; votó por la detencion perpétua en un municipio, con la confiscacion de bienes. La mayor parte de los senadores, conmovidos, se inclinaban á su opinion, cuando Caton acudió al auxilio de Ciceron con su ruda elocuencia. La asamblea, arrastrada por ellos, votó la muerte. Ciceron, con el fin de no dar tiempo á César para hacer intervenir á los tribunos, fué á buscar por sí mismo á Lentulo á la casa en que se hallaba preso en el Palatino, y le condujo al Tuliano, adonde los pretores llevaron á los demás conjurados. Los triunviros capitales les aguardaban. Léntulo fué ahogado el primero, y sobre su cadáver sufrieron uno en pos de otro la misma muerte Cetego, Gabinio, Estatilio y Ceparo. Cuando el cónsul atravesó por segunda vez el foro, al bajar de la cárcel, solo dijo estas palabras: «Han vivido;» y la multitud, llena de estupor, se separó silenciosa (5 de diciembre 63).

Los triunfos de los generales del senado habian inspirado sin duda á Ciceron la confianza de llevar á cabo lo que consideró como la honra eterna de su consulado. En todas partes habian sido reprimidos los movimientos solo con la presencia de las tropas. Unicamente en Etruria habian opuesto resistencia formal. Por aquella parte, un ejército mandado por Antonio resguardaba á Roma, mientras que otro, á las órdenes de Metelo, ocupaba la Cisalpinia y amenazaba la retaguardia de Catilina. Este habia reunido 20.000 hombres, de los que solo la cuarta parte tenian armas. Antes de la batalla dada cerca de Pistoia, Catilina mandó que se llevasen su caballo, como Espártaco, y se colocó en el centro con un cuerpo de tropas escogidas. La accion fué empeñadísima; ni uno de sus soldados cejó ni pidió cuartel: á él mismo le encontraron mucho mas adelante que los suyos, en medio de un monton de cadáveres enemigos y respirando todavía. Le cortaron la cabeza y la enviaron á Roma.

Craso y Caton.

Ciceron se lisonjeaba de haber asustado para siempre á los ambiciosos y á los partidos. «Que cedan las armas ante la toga,» exclamaba el consular deslumbrado. Muy luego fué desengañado. Al dejar los haces se habia propuesto dirijir un discurso al pueblo para glorificar su consulado. «El hombre que no permitió á los acusados que se defendiesen, no se defenderá á sí mismo,» dijo el tribuno Metelo Nepos; y le mandó que se limitase á hacer el juramento de costumbre, de que nada habia hecho contrario á las leyes. «Juro, esclamó Ciceron, que he salvado á la república!» Al oir este grito elocuente, Caton y los senadores contestaron saludándole con el nombre de Padre de la patria, que el pueblo entero confirmó con sus aplausos. Pero cuando hubo pasado la embriaguez de este último triunfo, Ciceron, que estaba ya mas sereno, vió mejor la situacion. Pompeyo se alejaba de él y del senado; Craso acusaba públicamente á Ciceron de haberle calumniado; por último, un tribuno parecia amenazarle con

una acusacion principal. El prudente consular se consagró á calmar todos aquellos resentimientos; trató de aplacar á Craso; proclamó altamente el celo que habia mostrado César, y se humilló ante Pompeyo, declarando que era superior á Escipion.

Sin embargo, habia un hombre con quien Ciceron podia contar: M. Porcio Caton. Era un hombre de mucha entereza, que no transigia con nada ni con nadie, ni sobre todo consigo mismo, y quizás entre todos los grandes personages de la antigüedad fué el que llevó mas léjos la idea del deber. Como su abuelo, cuya rudeza tenia, se constituyó en censor vigilante de los hombres de su época, y su vida fué una leccion viva, pero por desgracia inútil, para aquella generacion que se disponia á obedecer á un dueño no obedeciendo ya á las leyes. Combatió sin tregua y sin consideracion alguna en favor de lo que creía que era el derecho y la verdad, y cuando pensó que debia dar á la patria un ejemplo postrero, se dió muerte para que su sangre saltase hasta la corona triunfal del vencedor, y quedase impresa en ella cual la protesta suprema de la libertad.

Caton era el apoyo mas firme del nuevo partido que Ciceron esperaba haber formado, y al que denominaba partido de los hombres honrados. Cuando Metelo Nepos, apoyado en César, bajo el pretexto de restablecer el órden en la república propuso llamar á Pompeyo con todas sus fuerzas, Caton juró que mientras él viviese no se llevaria á cabo tal cosa. En la mañana de la votacion, Metelo hizo ocupar por gladiadores el templo de Castor, que daba á la plaza, y se sentó en lo alto de las gradas, al lado de César. Caton atravesó atrevidamente por entre la multitud armada, y fué á colocarse entre el tribuno y el pretor para impedir que comunicasen uno con otro. Cuando el relator comenzó á leer el texto de la rogacion, se lo impidió; habiendo cogido Metelo las tablas se las arrebató y las rompió; el tribuno quiso recitarla de memoria: un amigo de Caton le tapó la boca. El pueblo batia las palmas. Metelo hizo una seña, y los gladiadores echaron á la multi-

tud. Catón, que no quería retroceder, fué salvado con sumo trabajo por Murena. Pero los nobles volvieron con fuerzas considerables: Catón se escapó de los que le custodiaban, y Metelo, asustado á su vez, huyó de la ciudad al campo de su patrono.

Craso había permanecido fiel durante mucho tiempo á la constitucion Cornelia. Sus riquezas inmensas, botin de la guerra civil, le daban clientes hasta en el senado, y sus esclavos, con los cuales hubiera podido formar un ejército, sus libertos, sus deudores, sus inquilinos (poseía varios barrios de Roma), hacian que su apoyo fuese precioso para promover ó para detener un movimiento. Los grandes cometieron la falta de separarle de su causa, y al envolverle con César en las mismas sospechas de complicidad con Catilina, le mostraron cual había de ser su aliado. Los acreedores de César no querian dejarle marchar á su provincia de España Ulterior. Craso se constituyó en fiador suyo por la enorme cantidad de 850 talentos. Clodio, patricio jóven de carácter petulante y ambicioso, y que, no obstante su corta edad estaba cargado de deudas y de vicios, se había introducido con traje de mujer en la casa de César durante la celebracion de los misterios de la Buena Diosa. Aquel escándalo había producido un proceso. César, que había repudiado á su mujer, no porque fuese culpable, sino porque decia que de la mujer de César ni siquiera se debia sospechar, quería salvar á Clodio con el fin de servirse de él mas tarde, contra los grandes; hizo que su nuevo amigo le prestase el dinero necesario para comprar á sus jueces, y Clodio, no obstante una declaracion abrumadora de Ciceron, fué absuelto. César partió entonces para su gobierno; dejaba en pos de sí á Craso unido con Clodio, y en abierto rompimiento con la oligarquía. Para aumentar aquel caos de encontradas ambiciones, llegaba Pompeyo, segun decian, al frente de sus legiones, para poner término á la república. Sin embargo, tan luego como hubo entrado en Brindes licenció su ejército, y hácia fines de setiembre de 61 celebró su triunfo. En él llevaron cuadros en los cuales esta-

ba escrito que Pompeyo habia cogido 800 buques, 1.000 fortalezas y 300 ciudades, vuelto á poblar 39 ciudades, llevado al tesoro 20.000 talentos, y duplicado casi las rentas públicas.

Pero Pompeyo, al bajar de su carro, volvió á encontrarse solo en aquella ciudad que un momento antes estaba llena con su gloria. Lúculo atacaba todos sus actos; el senado le era hostil, y aun el mismo Ciceron encontraba que su héroe de otro tiempo carecia de dignidad y de elevacion. Muy luego hizo una prueba para ver lo que valia su crédito. En Oriente habia dispuesto de las coronas, hecho y deshecho reinos, fundado ciudades, y arreglado todo, en fin soberanamente, desde el mar Egeo hasta el Cáucaso, y desde el Helesponto hasta el mar Rojo. Hacer que confirmasen todos sus actos era para él una cuestion de honra; pidió al senado una aprobacion general y rápida. Lúculo, apoyado por Caton, quiso que se deliberase separadamente acerca de cada hecho. Esta discusion lenta, en la que eran inevitables mil descalabros, habria rebajado de una manera singular al que en otro tiempo representaba en el Oriente, el papel de rey de los reyes, y la rehusó. Al propio tiempo hacia que el tribuno Flavio pidiese al pueblo tierras para sus veteranos. Tambien en esto encontró Pompeyo á Caton y al cónsul Metelo. Llevaronse á tal extremo las cosas que Flavio hizo conducir al cónsul á la cárcel. Todo el senado queria seguirle á ella, pero su mismo patrono se avergonzó de aquellas violencias; cedió por segunda vez, con el corazon profundamente ulcerado contra aquellos nobles que le deshonraban á los ojos de sus soldados y del Asia entera.

Entonces se arrepintió de haber licenciado á sus tropas, pero ya era demasiado tarde. Rechazado por los grandes, solo le restaba consagrarse de nuevo á desempeñar aquel papel de demagogo para el cual era tan poco á propósito; pero por la parte del pueblo estaba ya ocupado el primer puesto: era preciso compartirle. Allí era donde le aguardaba César hacia diez años.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

Pág.

PRÓLOGO. 7
Causas principales de la grandeza romana. 8
Causas principales de la caida del imperio. 19
Resultados de la dominacion romana. 28

CAPÍTULO PRIMERO.

Geografía física y primeras poblaciones de Italia.

Los Alpes y el Apenino. 35
Volcanes, rios, lagos y pantanos. 37
Islas. 39
Pasos de los Alpes. 40
Ilirios y Pelasgos. 41
Iberos y Celtas. 42
Tirrenos y Helenos. 43
Oscios y Sabelianos. 44
Etruscos. 45
La Italia en 754. 46

PRIMER PERIODO.

ROMA BAJO LOS REYES, Ó ÉPOCA DE LA FORMACION DEL PUEBLO ROMANO.—244 *años* (754-510 *antes de J. C.*)

CAPÍTULO II.

Historia tradicional de los Reyes (754-510.)

Rómulo; fundacion de Roma (754). 49
El asilo; las Sabinas y Tacio. 51
Numa (714-672); instituciones religiosas. 53
Tulio Hostilio (672-640); ruina de Alba. 54
Anco (640-616); sus guerras contra los Latinos. . . . 55
Tarquino el viejo (616-578); ornato de Roma; introduccion de las costumbres etruscas. 55
Servio Tulio (578-534); reformas populares. 57
Tarquino el Soberbio (534-510); su poder; los libros Sibilinos; Lucrecia y Bruto. 59
Destierro de Tarquino (510); guerras reales (510-494). . 61

CAPÍTULO III.

Constitucion de Roma bajo el dominio de los reyes.

Orígen probable de Roma. 64
Tribus; curias; gentes. 65
Patricios y clientes; reunion curial; senado; rey; caballeros. 66
Plebeyos. 67
Colegios sacerdotales y culto. 68
Introduccion de las divinidades griegas; influencia de los augures. 70
Constitucion y leyes populares del rey Servio. . . . 71
Despotismo y trabajos de Tarquino el Soberbio; grandeza de Roma. 74
Literatura y artes. 75
Costumbres domésticas. 76
El padre de familia; la muger y los hijos. 78
Costumbres públicas; patriotismo religioso, fidelidad para los compromisos contraidos. 78

SEGUNDO PERIODO.

ROMA BAJO LOS CÓNSULES PATRICIOS, Ó ÉPOCA DE LA LUCHA DE LOS DOS ÓRDENES.—143 *años* (540-367 *antes de J. C.*)

CAPÍTULO IV.

Establecimiento del gobierno republicano (510-471).

Carácter aristocrático de la revolucion del año 510; concesiones al pueblo; leyes de los cónsules Bruto y Valerio. 82
Guerras reales; crueldad de los acreedores. 84
La dictadura (496). 85
Retirada del pueblo al Monte Sacro; el tribunado (493). 87
Ley agraria de Espurio Casio (486). 88
Los Fabios; derecho concedido á los tribunos de acusar á los cónsules (476). 90
Volero; derecho concedido al pueblo de nombrar sus tribunos y de hacer plebiscitos (471). 91
Guerras contra los Volscos, los Equos y los de Veies (493-471); Coriolano. 93
Quinto Capitolino y Cincinato. 96

CAPÍTULO V.

Los decenviros; igualdad civil.

Proposicion Terentilia (461); Ceson y el Sabino Herdonio (459). 98
Concesiones de las tierras públicas del Aventino á los plebeyos y ley sobre las multas (454-453). 101
Los primeros decenviros. 101
Apio y Virginia (448). 102
Resúmen de las XII tablas: derecho de las personas y de las cosas. 104
Disposiciones favorables para los plebeyos. 105

CAPÍTULO VI.

Progresos políticos y triunfos militares (448-390). Invasion gala.

Leyes populares de Valerio y de Horacio (448-390). . 108
Autorizacion de los casamientos entre los dos órdenes (445). 109
Nueva constitucion: Censura y tribunado consular (444). 110
Luchas para la ejecucion de la nueva constitucion (444-390); Espurio Melio (437). 111
Progresos de las armas romanas y usurpaciones de los tribunos (430-405). 112
Establecimiento del sueldo y sitio de Veies (405-395). . 113
La invasion gala: batalla del Allia (390). 115
Toma de Roma; sitio del Capitolio; Camilo. 116
Reconstruccion de la ciudad y restablecimiento del poder romano. 118
Manlio. 119

TERCER PERIODO.

ROMA BAJO LOS CÓNSULES DE LOS DOS ÓRDENES, Ó ÉPOCA DE LA CONQUISTA DEL MUNDO ANTIGUO. — 233 *años* (366-133 *antes de J. C.*)

CAPÍTULO VII.

Leyes licinias; igualdad política (366).

Leyes licinias (376-366). 121
Inejecucion de la ley agraria, pero particion del Consulado; creacion de la pretura y de la edilidad curul. . 122
Triunfo completo en torno de Roma. 124

CAPÍTULO VIII.

Guerra de la independencia italiana (343-265).

Geografía de Italia antes de la guerra del Samnium. . 126
Primera guerra: Adquisicion de Cápua (343-342). . . 129
Motin de las guarniciones romanas de la Campania (341). 130
Defeccion de los Latinos, batalla de Veseris; leyes de Publilio Filo: trato dado á los insurgentes (340-338) . 131
Segunda guerra samnita (326—305); el proconsulado (326); Horcas Caudinas (321) reconquista de la Apulia y la Campania.. 133
Primera coalicion de los Samnitas con los Etruscos, los Umbríos y Hernicos (311-309).. 135
Asolacion del Samnium (307); sumision de los Marsios y de los Samnitas (305); censura de Fabio (304). . . 136
Segunda coalicion de los Samnitas, de los Etruscos y de los Umbríos (300—290), batalla de Sentium (295). . 137
Victoria de Aquilonia (293); sumision de los Samnitas y de los Sabinos (290); dictadura popular de Hortensio (286).. 139
Tercera coalicion de los Etruscos, de los Senones y de los Boyos (285—280); batalla del lago Vadimon (283). 140
Guerra de Pirro (280—272); los Tarentinos llaman á Pirro (280). 141
Batalla de Heraclea y marcha de Pirro sobre Roma. . 142
Batalla de Asculum (279); Pirro en Sicilia; batalla de Benevento (275). 144
Sumision de Tarento (272). 145

CAPÍTULO IX.

Administracion de la Italia y cuadro de la Constitucion y de las costumbres romanas.

Concesiones á los vecinos de Roma; las treinta y tres tribus; el nombre latino. 147
Concesiones menos extensas á los demás Italianos, municipios, prefecturas, etc. 149
Colonias y vías militares. 150
Frugalidad y desinterés, union de los dos órdenes. . . 152
Igualdad política; equilibrio de los diferentes poderes; censura.. 153
Organizacion militar. 155

CAPÍTULO X.

Primera guerra púnica.

Cartago y su gobierno. 156
Causas de la guerra (264); tratado con Hieron. . . . 158
Operaciones marítimas; batalla de Ecnome. (256). . . 159
Triunfos y reveses de Régulo en Africa (256—255). . 160
La guerra llevada de nuevo á Sicilia; victoria de Panormа (250). 161
Sitio de Lilibea (250); batalla de las islas Egates (241); tratado. 162

CAPÍTULO XI.

Conquistas de Roma y de Cartago entre las dos guerras púnicas (241—219).

Organizacion de la Sicilia en provincia; adquisicion de la Cerdeña y de la Córcega. 164
Guerra en Iliria (229-219), en Cisalpinia (225) y en Istria (219). 165
Guerra de los mercenarios (241-238). 168
Amilcar; Asdrubal; Anibal; conquista de España (238-219). 169

CAPÍTULO XII.

Segunda guerra púnica.

Extension de las posesiones de Roma y de Cartago en 219. 171
Sitio de Sagunto (219). 173
Paso del Ródano y de los Alpes (218). 175
Combate del Tesino y batalla del Trebia (218). 177
Batalla del Trasimeno; dictadura de Fabio (217). . . . 178
Batalla de Canas (216). 180
Defecciones; descalabros de Anibal en Campania. . . 181
Fabio y Marcelo recobran la Campania (215-214). . . 183
Derrota de Filipo (214); toma de Siracusa (212). . . . 185
Sitio de Cápua; marcha de Anibal sobre Roma, nueva toma de Tarento (212-209). 187
Muerte de Marcelo (208); batalla del Metauro (207). . . 188
Diversion de los Escipiones en España; toma de Cartagena (211). 189
Triunfos y alianzas de P. Escipion; pasa á Africa. . . 191
Batalla de Zama (202); tratado (201). 192

CAPÍTULO XIII.

Estado del mundo antiguo hácia el año 200, y guerras desde 200 á 178.

Italia y Africa. 195

Los Seleucidas y los Tolomeos. 196
La Grecia y la Macedonia. 197
Nueva guerra con Filipo de Macedonia (200). 201
Cinocéfalos (197); proclamacion de la libertad griega (196); Nabis (195). 202
Antíoco en Grecia; combate de las Termópilas (191). . . 203
Batalla de Magnesia (190); sumision de los galatas (189). 205
Sublevacion de los españoles (197); triunfo de Caton (195), y de Sempr. Graco (198) 208
Sublevacion de los Cisalpinos (200); los Boyos emigran hácia el Danubio. 209

CAPÍTULO XIV.

Historia militar de 228 á 129.

Preparativos secretos de Filipo; muerte de Filopemenes y de Anibal (183). 211
Perseo (179-168); tercera guerra contra la Macedonia (172-168). 213
Paulo Emilio; batalla de Pidna (168). 214
Reduccion á provincias de la Macedonia (142) y la Grecia (146). 217
Reduccion del Africa (149—146). 218
Viriato (149—140) y Numancia (141—133). 220
Sumision del reino de Pérgamo (133—129). 222
Extension de las posesiones de la república hácia 130; número de las provincias. 223
Prerogativas de los gobernadores, condicion de los provinciales. 224
Organizacion de los ejércitos romanos; levantamiento de tropas; diferentes cuerpos de las legiones. 225
Castrametacion de los romanos. 228
Servicio de los soldados romanos en el campamento. . 231
Penas y recompensas. 233

CUARTO PERIODO.

DESDE LOS GRACOS HASTA AUGUSTO Ó ÉPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES.—103 *años* (133—30 *antes de J. C.*).

CAPÍTULO XV.

Estado interior de la república antes de los Gracos.

Resultados que los Romanos obtuvieron de la conquista del mundo. Ruina de las costumbres y de la religion. 236

Destruccion de la clase media y de la igualdad. . . . 242
Dos clases en la república; los ricos y los pobres; venalidad de unos, orgullo y rapiñas de los otros. . . . 247
Caton: destierro de Escipion el africano. 252
Censura de Caton; leyes suntuarias; tribunales permanentes. 255
Reaccion aristocrática. 257
Tentativas de conciliacion; Escipion Emiliano. . . . 258

CAPÍTULO XVI.

Los Gracos (133—121).

Sublevacion de los esclavos; Euno (133). 262
Ley agraria de Tiberio Graco (133). 264
Destitucion de Octavio; muerte de Tiberio (133). . . . 266
Escipion Emiliano y los italianos. 268
Peticiones y poder de Cayo Graco (123). 270
Muerte de Cayo (121). 273

CAPÍTULO XVII.

Yugurtha y los Cimbros (112—101).

Reaccion aristocrática; Mario. 276
Guerra de Yugurtha (112-104); baldon de las armas romanas (111-110). 278
Mando de Metelo y de Mario (109-104). 281
Diferentes expediciones de los romanos para asegurarse un camino por tierra hácia la Grecia y la España (154-114). 284
Invasion de los Cimbros y los Teutones en la Norica, la Galia y la España (113-102). 286
Batalla de Aix (102); batalla de Verceil (101). 288

CAPÍTULO XVIII.

Segunda rebelion de los esclavos, de los pobres de Roma y de los italianos. Sublevacion de los Provincianos (103-94).

Sublevaciones de esclavos en Campania y en Sicilia; Salvio y Atenion (103-100). 291
Nuevos movimientos populares; Saturnino (100). . . . 292
Opresion de los italianos: procuran establecerse en Roma. 296
Druso. 298
Guerra social (90-88). 300

Ley Julia (90); triunfos de Pompeyo y de Sila; ley Plautia Papiria.. 304
Mario y Sulpicio expulsan á Sila de Roma (88). . . . 306
Regreso de Sila; fuga de Mario. 307
Cinna llama á Mario (87); proscripciones; muerte de Mario (86).. 309
Sublevacion de las provincias orientales, ó guerra de Mitridates (88-84); primeras disensiones de Mitridates con Roma.. 312
Asesinato de todos los Romanos en Asia.. 314
Sitio de Atenas por Sila (87-86); batallas de Queronea y Orcomenes (86).. 316
Paz con el rey del Ponto (84). 318

CAPÍTULO XIX.

Dictadura de Sila.

Regreso de Sila; batalla de Sacriporte 82. 320
Descalabro de Carbon; batalla de la puerta Colina. . . 322
Las proscripciones (82-81). 323
Legislacion de Sila (81-79); extension de la autoridad del senado á costa del poder popular. 326
Leyes penales. 328
Leyes relativas al culto y á las costumbres.. 329
Abdicacion y muerte de Sila (79-78). 329

CAPÍTULO XX.

Pompeyo.

Pompeyo.. 331
Guerra de Sertorio (82-71). 333
Espártaco (73-71). 336
Pompeyo restablece el poder tribunicio (70). 338
Guerra de los piratas (67). 340
Mitridates quiere aprovecharse de los conflictos de Roma; Lúculo le rechaza hasta el Ponto (73). 341
Conquista del Ponto (72-71) y de una parte de la Armenia (69-66). 343
Mando de Pompeyo (66-63). 345

CAPÍTULO XXI.

El interior de Roma desde el año 67 hasta el año 59.

Principio de César. 349
Consulado de Ciceron y conjuracion de Catalina (63). . 354
Graso y Caton.. 357

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.